CALIXTO OYUELA

ANTOLOGÍA

POÉTICA HISPANO AMERICANA

TOMO I

Angel Estrada y Cia.
Editores

Printed in Argentina

ANTOLOGÍA

POÉTICA HISPANO-AMERICANA

CALIXTO OYUELA

ANTOLOGÍA

POÉTICA HISPANO-AMERICANA

CON NOTAS BIOGRÁFICAS Y CRÍTICAS

TOMO PRIMERO

BUENOS AIRES
ANGEL ESTRADA Y Cía - EDITORES
466 - CALLE BOLÍVAR - 466
1919

ÍNDICE

SEGUNDA PARTE

ÉPOCA DE LA REVOLUCIÓN

Predominio del pseudo-clasicismo franco español del siglo XVIII y principios del XIX. — Primeros ensayos de poesía criolla. — Inauguración, con Bello, de un gusto clásico más libre y puro, y de descripciones de naturaleza americana. — Anuncios del Romanticismo.

EXPLICACIÓN PRELIMINAR

Al dar a luz esta nueva colección de poetas hispano-americanos, algo debo decir, aunque brevemente, acerca del plan original adoptado, del criterio estético e histórico-literario a que obedece, y de los motivos que fundan y justifican su aparición, después de las diversas colecciones análogas hasta hoy publicadas en España y América.

De éstas, únicamente dos, precisamente la más antigua y la más moderna, ofrecen verdadero carácter literario y una apreciación inteligente: la de nuestro insigne Juan María Gutiérrez, publicada por él en Valparaíso, en 1846 (un tomo en formato mayor), y la dada a luz por la Academia Española, bajo la exclusiva dirección y con prólogos de Menéndez y Pelayo, en 1893, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América (cuatro tomos). Las intermedias, como la pésima *América Poética* de Cortes (París, 1875), y la mucho más estimable *América Literaria*, prosa y verso, de Lagomaggiore (publicada primero aquí en un tomo, en 1883, y considerablemente ampliada en dos volúmenes de gran formato, en 1890), no fueron sino obras de industria literaria, emprendidas por personas ajenas a toda literatura, o por ingenuos aficionados.

De las dos que sólo deben ser tomadas en cuenta, la *América Poética*, de Gutiérrez, hoy agotadísima [1], ade-

[1] No existe ejemplar de ella ni en la Biblioteca Nacional, ni, lo que es más extraño, en la biblioteca del mismo Gutiérrez, hoy en el Senado de la Nación.

mas de la notoria debilidad y tolerancia de su autor con todo lo americano, que le llevaba a multiplicar con exceso el número de los genios, y a encontrar fácil disculpa para lo mediano y aun para lo malo, adolece de la deficiencia insanable de su atrasadísima fecha. Después de ella, llegaron a madurez poetas que entonces sólo estaban en germen, y han surgido muchos de los más altos ingenios con que pueden honrarse las letras americanas.

Queda así únicamente en pie la *Antología de poetas hispano-americanos*, de Menéndez y Pelayo, obra bien digna por cierto del profundo saber y del inmenso genio crítico de su autor, primero del mundo; no sólo por la colección misma, sino aun por los nutridos e interesantísimos prólogos que preceden a cada una de las literaturas americanas, cuya historia poética ha quedado en ellos, por vez primera, magistralmente trazada. Pero esta gran colección, por deliberado propósito de su autor, que sólo quiso dar sitio en ella a los poetas muertos, no comprende a un considerable número de poetas, entonces todavía vivos, y que como Pombo, Fallon, M. A. Caro, Gutiérrez Nájera, Ricardo Gutiérrez y otros (sin contar no pocos menores de mucho mérito), figuran con títulos indiscutibles entre los mayores de Hispano América. Por otra parte, su natural benevolencia, su explicable deseo de no aparecer excesivamente severo con la poesía castellana en América, en una obra de confraternidad de la raza, y, en buena parte, su acentuado *criterio histórico*, que le inclinaba a admitir lo que pudiera ser útil al estudio completo de nuestro movimiento literario y sus diversas tendencias, le abrieron acaso demasiado la mano con respecto a ciertas composiciones y a ciertos autores, y aunque ello no sea necesariamente censurable desde su punto de mira, deja campo y razón en la materia para una obra ajustada a un criterio más restringidamente estético, bien que no olvide a su vez, dentro de

ciertos límites, el valor representativo y el carácter histórico propios de toda obra seria de este género. Si no se leen los versos con los ojos de la historia, — dice con toda razón Menéndez y Pelayo — ¡ cuán pocos versos habrá que sobrevivan ! Y no porque les falte belleza, sino porque son rarísimas en arte aquellas bellezas evidentes e inmaculadas que no requieren interpretación alguna para que a su sola presencia todo el mundo las reconozca y las admire.

Una antología, por lo demás, puede llenar bien su objeto por diversos caminos y modelándose en tipos diferentes, segun el propósito que principalmente la inspire : desde el simple engarce de *joyas poéticas*, dentro del más severo criterio artístico, hasta la colección más *objetiva*, representativa y amplia. Por mi parte, he intentado obtener un medio entre ambos extremos, buscando con empeño un armonioso punto de conciliación entre el *valor estético* y la *representación histórica*. Puedo decir que en esta nueva *Antología* americana, el criterio artístico es el primordial, como su nombre mismo lo pide ; pero con cierta prudente holgura con respecto a autores o a obras de segundo orden y de mérito sólo relativo, cuya lectura, sin dejar de ser por lo menos agradable, y muchas veces interesante, sirva para conocer de un modo más completo, así a los poetas mismos, como al conjunto literario de que son muchas veces la expresión más característica. Tal ha sido mi propósito en este punto : de mi mayor o menor acierto juzgará el atento lector.

Pero la verdadera novedad, que considero acertada y fecunda, de esta colección de poesías hispano-americanas, consiste en el plan seguido para formarla. Hasta ahora, las obras de este género no han sido sino recopilaciones, bien o mal hechas, de antologías parciales correspondientes a sendas naciones de Hispano-América. En cada una se comprendían todas las épocas, y al comenzar la serie siguiente,

se reanudaba de nuevo la corriente del tiempo. El conjunto se ha obtenido así por superposición y surcido, no por disposición y desarrollo orgánico. Yo he juzgado necesario hacer la división, no por naciones, sino por épocas, comunes a todas, considerando, al efecto, a toda la América Española como una sola República literaria. Así lo exigen de consuno la identidad de raza y de lengua y el evidente y notable sincronismo del movimiento literario hispano-americano, sujeto a unas mismas influencias y obediente a direcciones análogas, desde los primeros días coloniales hasta los nuestros, y desde la Argentina hasta Méjico. En tal sentido, puedo afirmar con verdad que es esta la primera antología hispano-americana *propiamente dicha* que se publica.

He dividido la colección naturalmente en tres épocas: la *colonial*, la *revolucionaria* y la *independiente*, subdividiendo esta última en los dos períodos, de acuerdo con las transformaciones poéticas operadas en los dos últimos tercios del siglo pasado y principios del presente, que literariamente la forman. Resulta, así, distribuída la obra, por *clasificación natural*, en cuatro partes, cada una de las cuales lleva al frente una sintética indicación de las influencias y caracteres en ella predominantes.

Claro está que tratándose de períodos relativamente breves, como la época revolucionaria y cada uno de los que constituyen la independiente, hay autores que es imposible encasillar de un modo absoluto en uno solo, pues ya sea por haber comenzado a escribir hacia el fin de uno de ellos, o por haber gozado de una larga existencia, corresponden a dos, y a veces, aunque muy pocas, a tres secciones. Tal es el caso, entre varios otros, del gran Bello, cuya fecunda vida literaria, iniciada en las postrimerías de la colonia, llega a su madurez durante la guerra de emancipación, y se prolonga con brillo en el primer período de

la era independiente, ya en pleno romanticismo. En circunstancias tales, he dado la preferencia a la época de mayor florecimiento del poeta, aquella de la cual haya recibido, o en que haya ejercido, influencia mas decisiva. Todo ello se indica y puntualiza en las sucintas notas biográficas y críticas que van al final de cada tomo.

En cuanto a los autores llamados a formar esta colección, he debido, por regla de elemental conveniencia, atenerme principalmente a los que ya no existen, agregando sólo, de los vivos, los que por su edad, o por alguna otra circunstancia, han llegado al fin de su carrera literaria, sin que ninguna nueva manifestación importante pueda fundadamente esperarse de ellos. Así queda discretamente atenuada, sin quebrantarla, la saludable regla antedicha, que a algunos dolorosos sacrificios obliga. Los demas, todavia en plena producción, y por lo tanto sujetos a modificaciones y progresos considerables, tienen su oportuno lugar en la revista y en el libro, sin que nada pierdan con no entrar en el museo antológico, propio de los que ya han podido ser definitivamente caracterizados y juzgados. En materia de autores y tendencias literarias debe también darse al tiempo lo que es del tiempo.

Entretanto, conviene siempre renovar y depurar el examen de los escritores consagrados, que han pasado ya a formar parte de sus respectivas literaturas. Con ello se rectifican los juicios excesivamente favorables o desfavorables de las generaciones próximas a ellos, procurando que nos inspiren impresiones cada vez mas estéticamente puras; y se les hace, ademas, un acto de reparación y de justicia, contribuyendo a que se les conozca y aprecie por las generaciones nuevas, a refrescar su recuerdo, hoy sobre todo, en que tanto se afecta desdeñar o tener en poco aun a las mas nobles y sinceras inspiraciones, cuando no se presentan rigurosamente vestidas con las formas de ultima moda.

Acaso son hoy mas numerosos y jactanciosos que nunca los que confunden lastimosamente las formas y gustos de arte, siempre cambiantes, las retóricas al uso, con la verdadera esencia poetica que en ellas vierten los verdaderos artistas, y que hace imperecederas sus obras, aunque por la eterna ley de las renovaciones y transformaciones humanas, se haya reemplazado por otros el molde en que las fundieron. Olvidan que el *modernismo* de un día no puede ser el del dia siguiente, y que si no hubiese mas belleza que la del ultimo figurin (y tal parecen creer, pues nunca nos hablan de otra), los mas grandes poetas de todos los tiempos escribirian en el agua, cualquier *arrítmico* ultrametafórico y *quimerista* actual valdría mas que Leopardi, y cualquier musico disonante superaria al divino creador de *Norma*. Precisamente esa adoración exclusiva, ese seguir a ciegas la ultima indumentaria, parece el sello mas fehaciente de la medianía o nulidad de ingenio, reducido a reforzarse y lucir por medio de su perfecta adaptación al capricho de la moda reinante. ¡El coro disimula la mala voz!

Las cosas van tan de prisa en América — decía con razon y previsión admirable Menendez y Pelayo en 1892, hablando de Mejico — que la alentada y briosa generación literaria que vino a la escena después de la caída del Imperio, y que se habia formado principalmente con las obras de Victor Hugo y demas corifeos del romanticismo francés, comienza ya a ser substituida por un brillante grupo de poetas jovenes, que traen ideales artisticos muy diversos, y en los cuales, por lo poco que a mi ha llegado de sus obras, parece que predomina el gusto de los *parnasianos* franceses y de algunos modernos poetas italianos. ¡Ojalá que tal tendencia, favorable siempre a la pulcritud y al esmero en la técnica, no degenere, como en Francia ha degenerado, en pueril *diletantismo*, y que al seguirla, los novisimos poetas americanos acierten a conciliarla con lo que de ellos exige

la tradición poética española, y con el respeto a las grandes y primitivas fuentes de toda poesía!». Los hechos posteriores han demostrado, por desgracia, con qué cierto presentimiento ese gran «maestro de los que saben» temía que el ultimo movimiento poético americano, en vez de ser de *renovación*, siempre fecunda, se precipitase, por ciego y exótico remedo de una *manera* modernista parisiense, en *degeneracion pueril.* Ello ha hecho decir a un escritor tan moderno y *nuevo* como el venezolano Blanco - Fombona: «Si por modernista se entiende simios que siguen viviendo de la imitación francesa, «snobs» que corren desalados detrás de la ultima novedad, prosadores de guirigay que menosprecian el castellano porque lo ignoran y la America porque no saben verla, rubendaríacos extravagantes e insignificantes, entonces yo no soy modernista, ni revolvedor, ni nada, sino un reaccionario contra ese modernismo, o un conservador que se queda con sus clasicos. A la parodia grotesca de lo frances prefiero mi raza española y su vieja literatura sin matices, su literatura de hierro. Prefiero mi patria del trópico... a todos los «Parises» imaginables, con sus mil locuras deleitosas y su literatura ultramoderna de veinticinco alfileres.—La poesía de nuestros clasicos, a pesar de su forma ultraespañola, es mas americana, y lo es mas la poesía de nuestros románticos y de nuestros poetas políticos, — Marmol, J. E. Caro, Arboleda, — que la poesía llamada modernista y que no representa de América sino la incertidumbre y la inquietud... Creo que algunos de nosotros empezamos, por fortuna, a abominar de las muertas ninfas paganas, de los centauros clasicos: de toda esa Grecia de abalorio; de los frívolos abates y marqueses del siglo XVIII, de los trianones versallescos: de toda esa Francia artificial y de Watteau... Máscara cubría nuestro rostro: por eso no nos reconocíamos; mentira hablaban nuestros labios: por eso no nos entendíamos; insinceridad

dominaba nuestro espíritu: por eso moríamos. — La afectación, la insinceridad, la falta de vida, el que no corra sangre por nuestras obras, sino tinta, depende de que nos inspiramos para escribir en las obras de los demás, olvidando lo que tenemos en torno y desoyendo nuestras personales voces interiores... De ahí el que nos deslumbremos con los libros y las ciudades europeas; de ahí el culto de lo cisatlántico[1]; de ahí el respeto lacayuno y sin análisis de cuanto Europa nos impone... Y a menudo olvidamos que, aun entre brutos, el cruce, para que sea beneficioso, debe producirse entre animales afines y no entre especies disímiles... La principal deficiencia del modernismo en América, el germen ponzoñoso que iba a darle temprana muerte, ha sido el exotismo. ¡Abajo el exotismo! El enemigo es París. ¡Muera París!».[2]

Notables palabras son éstas en un modernista de América, y dignas de recogerse, por sí mismas y por la saludable reacción que anuncian, así como por su coincidencia con las proféticas de Menéndez y Pelayo antes citadas, y con lo que este mismo gran escritor, de índole y tradición tan diferentes, severamente observaba al hablar, en un prólogo de su *Antología,* de la reciente poesía cubana: «En otros ingenios, la animadversión contra la madre patria, y el gusto difundido por la educación extranjera, se tradujeron en serviles alardes de imitación de la moderna poesía francesa, en la cual tampoco se eligieron siempre los modelos con el gusto más exquisito. En vez de traer al arte castellano, en la lengua de Heredia y de Andrés Bello, las singulares y prodigiosas hermosuras del suelo tropical, prefirieron repetirnos por centésima vez, en jerga mestiza y agabachada, lo que en París habían aprendido y

[1] Esto se escribía en París, en 1913.

[2] *Antología de poetas modernistas americanos.* Prólogo.—El prologuista representa en esa colección, como poeta, al modernismo de Venezuela.

lo que desde París se difunde por toda Europa; y así fué cómo, en són de independencia, vinieron a perder todo carácter americano y todo carácter español, sin ser tampoco franceses sino de imitación y contrahechos, porque nadie reniega impunemente de su casta.»

Por último, no estará de más hacer mérito de una circunstancia que da especial utilidad e importancia a toda buena antología poética hispano-americana. En América son ya muchos los buenos versos; pero poquísimos los buenos libros de versos. El inmenso fárrago de versos pecadores, que es necesario quemar como mala hierba, está formado no sólo por los que vegetan a media correspondencia con las musas, sino también por buen numero de composiciones de poetas estimables o distinguidos, y aun de algunos de los más ilustres y justamente famosos. ¿No es asombroso que de la voluminosa colección de un tan gran poeta como Heredia apenas puedan extraerse tres poesías verdaderamente dignas de su genio y de la posteridad? Otro tanto puede decirse de Olmedo, que escribió mucho menos; de Mármol, de Ricardo Gutiérrez, de Andrade y de muchos más, que leídos en conjunto, en sus colecciones respectivas, pierden considerablemente y salen como disminuídos por las numerosas plantas secas o raquíticas o enmarañadas que invaden el campo mismo en que se alzan algunas grandes composiciones. Falta generalmente aún en los poetas hispano-americanos el sentido y el gusto de la *obra* orgánica y armónica, que no sólo es posible en el poema, la novela o el drama, sino asimismo, aunque con mayor libertad y variedad, según la naturaleza del genero, en la serie lírica, que traduce artísticamente, aun a través de una larga existencia, la vida profunda de un alto espíritu. El modo aventurero como, por muchas causas sociales y políticas, se ha cultivado la poesía en América; el lugar secundario asignado al arte en la vida por los mas

eminentes poetas, en medio de las luchas, vicisitudes y catastrofes en que a veces se veían envueltos, o de la indiferencia y poco aprecio de la sociedad en que vivían; la preeminencia, a veces excesiva, de lo que pensaban y sentían como hombres, sobre lo que concebían y cincelaban como artistas, los llevaban sin duda a escribir mucho con poco escrupulo de arte, — de encargo o de ocasión, — sin esperar la « visita de la divinidad », y a recoger y encerrar luego en montón informe, en colección mecanica, cuanto de ese modo habían escrito, a veces, en una larga vida. A estos libros así formados, hay que añadir los de algunos brillantes poetas muertos jóvenes, apenas llegados a sazón, cuyas obras de merito, necesariamente escasas, se reunen en libro por editores incapaces, o por imprudentes amigos y admiradores, juntas y revueltas con sus más endebles e incoloros ensayos. De todo ello resulta que la gran mayoría de los poetas castellanos de América, contándose entre ellos muchos de los más insignes, son, por definición, *poetas de antología*. Es, por tanto, obra buena y justa y reverente asentar su gloria sobre su pedestal verdadero, y depurandolos de su propia escoria, presentar el oro puro de sus inspiraciones al merecido homenaje de la posteridad.

CALIXTO OYUELA.

N. B.—Da asimismo especial utilidad a las buenas antologías castellanas de América la deplorable separación intelectual en que siguen viviendo las naciones hispano-americanas, a la que conspiran, sin duda, la escasez y dificultad de las comunicaciones y las enormes distancias. Es por ello sumamente difícil obtener en el comercio las obras completas o principales aun de los mejores escritores, a cuyo deficientísimo conocimiento contribuyen, por otra parte, los pésimos *parnasos* nacionales, que hoy tanto abundan, verdaderos monumentos de inepcia de sus fatídicos compiladores y editores.

En cuanto a los textos, debo advertir que he puesto el más persistente esmero en su depuración y corrección. Casi todas las antologías americanas existentes se hallan plagadas de groseros errores, ya tipográficos, ya, más graves, de sentido o de metrica, que van repitiéndose idénticos de una en otra, por una especie de nefasta consagración de la incuria. Una atención diligente al respecto, y, siempre que me ha sido posible, la comparación de ediciones diversas, me ha dado el beneficio de una larga lista de correcciones importantes de diverso género.

ANTOLOGÍA

PRIMERA PARTE

ÉPOCA COLONIAL

(INFLUENCIAS: Clasicismo ítalo-español del siglo XVI, conceptismo y culteranismo del XVII y prosaísmo del XVIII).

FRANCISCO DE TERRAZAS

(Mejicano — Siglo XVI)

SONETO

Dejad las hebras de oro ensortijado
Que el ánima me tienen enlazada,
Y volved a la nieve no pisada
Lo blanco, de esas rosas matizado.

Dejad las perlas y el coral preciado
De que esa boca está tan adornada,
Y al cielo, de quien sois tan envidiada,
Volved los soles que le habéis robado.

La gracia y discreción que muestra ha sido
Del gran saber del celestial maestro,
Volvédselo a la angélica natura;

Y todo aquesto así restituído,
Veréis que lo que os queda es propio vuestro:
Ser áspera, cruel, ingrata y dura.

PEDRO DE OÑA

(Chileno — Siglo XVI)

ARAUCO DOMADO

CANTO V

Estaba a la sazón Caupolicano
En un lugar ameno de Elicura,
Do por gozar el sol en su frescura,
Se vino con su palla mano a mano;
Merece tal visita el verde llano,
Por ser de tanta gracia y hermosura;
Que allí las flores tienen por floreo
Colmalle las medidas al deseo.

Allí jamás entró el septiembre frío,
Nunca el templado abril estuvo fuera;
Allí no falta verde primavera
Ni asoma crudo invierno y seco estío.
Allí, por el sereno y manso río,
Como por transparente vidrïera,
Las náyades están a su contento
Mirando cuanto pasa en el asiento.

Tal vez del rojo sol se están burlando,
Que por colar allí su luz febea,
Con los tejidos árboles pelea,
Que al agua están, mirándose, mirando;
Tal vez de ver que el viento respirando
A los hojosos ramos lisonjea;
Tal vez de que los dulces ruiseñores
Cantando les descubran sus amores.

Entre una y otra sierra levantadas,
Que van a dar al cielo con las frentes,
Y al suelo con sus fértiles vertientes,
La deleitosa vera está fundada.
¡Oh, quién tuviera pluma tan cortada
Y versos tan medidos y corrientes,
Que hicieran el vestido deste valle
Cortado a la medida de su talle!

En todo tiempo el rico y fértil prado
Está de hierba y flores guarnecido,
Las cuales muestran siempre su vestido
De trémulos aljófares bordado:
Aquí veréis la rosa de encarnado,
Allí el clavel de púrpura teñido,
Los turquesados lirios, las vïolas,
Jazmines, azucenas, amapolas.

Acá y allá con soplo fresco y blando
Los dos Favonio y Céfiro las vuelven,
Y ellas, en pago desto, los envuelven
Del suave olor que están de sí lanzando;

Entre ellas las abejas susurrando,
Que el dulce pasto en rubia miel resuelven,
Ya de jacinto, ya de croco y clicie,
Se llevan el cohollo y superficie.

Revuélvese el arroyo sinüoso,
Hecho de puro vidrio una cadena,
Por la floresta plácida y amena,
Bajando desde el monte pedregoso;
Y con murmurio grato sonoroso
Despacha al hondo mar la rica vena,
Cruzándola y haciendo en varios modos
Descansos, paradillas y recodos.

Vense por ambas márgenes poblados
El mirto, el salce, el álamo, el aliso,
El sauce, el fresno, el nardo, el cipariso,
Los pinos y los cedros encumbrados,
Con otros frescos árboles copados
Traspuestos del primero paraíso,
Por cuya hoja el viento en puntos graves
El bajo lleva al tiple de las aves.

También se ve la hiedra enamorada,
Que con su verde brazo retorcido
Ciñe lasciva el tronco mal pulido
De la derecha haya levantada;
Y en conyugal amor se ve abrazada
La vid alegre al olmo envejecido,
Por quien sus tiernos pámpanos prohija,
Con que lo enlaza, encrespa y ensortija.

En corros andan juntas y escondidas
Las drïadas, oréades, napeas,
Y otras ignotas mil silvestres deas,
De sátiros y faunos perseguidas;
En álamos Lampecies convertidas,
Y en verdes lauros vírgenes Peneas,
Que son, por conocerse tan hermosas,
Selváticas, esquivas, desdeñosas.

Por los frondosos débiles ramillos
Que con el blando céfiro bracean,
En acordada música gorjean
Mil coros de esmaltados pajarillos;
Cuyos acentos dobles y sencillos
Sus puntos y sus cláusulas recrean
De tal manera el ánima que atiende,
Que se arrebata, eleva y se suspende.

Entre la verde juncia en la ribera
Veréis al blanco cisne paseando,
Y alguna vez en dulce voz mostrando
Haberle ya llegado la postrera;
Sublimes por el agua el cuerpo fuera,
Veréis a los patillos ir nadando,
Y cuando se os esconden y escabullen,
¡Qué lejos los veréis de do zabullen!

Pues por el bosque espeso y enredado
Ya sale el jabalí cerdoso y fiero,
Ya pasa el gamo tímido y ligero,
Ya corren la corcilla y el venado,

Ya se atraviesa el tigre varïado,
Ya penden sobre algún despeñadero
Las saltadoras cabras montesinas
Con otras agradables salvajinas.

La fuente, que con saltos mal medidos
Por la frisada, tosca y dura peña
En fugitivo golpe se despeña,
Llevándose de paso los oídos,
En medio de los árboles floridos
Y crespos de la hojosa y verde greña,
Enfrena el curso oblicuo y espumoso,
Haciéndose un estanque deleitoso.

Por su cristal bruñido y transparente
Las guijas y pizarras de la arena,
Sin recibir la vista mucha pena,
Se pueden numerar distintamente;
Los árboles se ven tan claramente
En la materia líquida y serena,
Que no sabréis cuál es la rama viva,
Si la que está debajo o la de arriba.

Titán, al tramontarse, lo saluda,
Tornando sus arenas de oro fino,
Y para descansar de su camino
No tiene otro lugar a donde acuda;
La verde hierba nace tan menuda
Orillas del estero cristalino,
Y toda por igual por donde quiera,
Como si la cortaran con tijera.

Aquí ninguna especie de ganado
Fué digna de estampar su ruda huella,
Ni se podrá alabar de que con ella
Dejase su esplendor contaminado;
Tan solamente el niño dios alado
En esta parte vive y goza della,
Y esparce tiernamente por las flores
Alegres y dulcísimos amores.

Aquí Caupolicano caluroso
Con Fresia, como dijé, sesteaba,
Y sus pasados lances le acordaba
Por tierno estilo y término amoroso:
No estaba de la guerra cuidadoso,
Ni cosa por su cargo se le daba,
Porque do está el amor apoderado,
Apenas puede entrar otro cuidado.

Por una parte el sitio le provoca;
La ociosidad por otro le convida
Para comunicar a su querida
Palabra, mano, pecho, rostro y boca;
Y al regalado són que amor le toca,
Le canta: « Dulce gloria, dulce vida,
¿ Quién goza como yo de bien tan alto,
Sin pena, ni temor, ni sobresalto?

» ¿ Hay gloria o puede habella que se iguale
Con esta que resulta de tu vista?
¿ Hay pecho tan de nieve que resista
Al fuego y resplandor que della sale?

¿Qué vale cetro y mando, ni qué vale
Del universo mundo la conquista,
Respecto de lo que es haberla hecho
Al muro inexpugnable de tu pecho?

»¡Dichosos los peligros desiguales
En que por ti me puse, amores míos!
Dichosos tus desdenes y desvíos,
Dichosos todos estos y otros males;
Pues ya se han reducido a bienes tales,
Que entre estos altos álamos sombríos,
Tu libre cuello rindas a mis brazos
Y a tan estrechos vínculos y abrazos.»

«¡Ay, Fresia le responde, dueño amado,
Y cómo no es de amor perfecto y puro
Hallarse en el contento tan seguro,
Sin pena, sin temor y sin cuidado;
Pues nunca tras el dulce y tierno estado
Se deja de seguir el agro y duro,
Ni viene el bien, si vez alguna vino,
Sin que le ataje el mal en su camino!

»De mí te sé decir, mi caro esposo
(No sé si es condición de las mujeres),
Que en medio de estos gustos y placeres,
Se siente acá mi pecho sospechoso;
Mas siempre del amor huye el reposo,
O al menos está preso de alfileres;
Que en la labor de un pecho enamorado
Siempre es el sobrestante su cuidado.»

Caupolicán replica: « ¿Quién es parte,
Por más que se nos muestre el lado esquivo,
Para que desta gloria que recibo
Y deste bien tan próspero me aparte?
No hay para qué, señora, recelarte
Que en esto habrá mudanza mientras vivo,
Y pues que estoy seguro yo de muerte,
Estarlo puedes tú de mala suerte.

» Sacude, pues, del pecho esos temores
Que sin razón agora te saltean,
Y no te dé ninguno de que sean
Menos de lo que son nuestros amores. »
Con esto se levantan de las flores,
Y alegres por el prado se pasean,
Aunque ella, no del todo enajenado
Su cuidadoso pecho de cuidado.

Descienden al estanque juntamente;
Que los está llamando su frescura,
Y Apolo, que también los apresura,
Por se mostrar entonces más ardiente;
El hijo de Leocán gallardamente
Descubre la corpórea compostura,
Espalda y pechos anchos, muslo grueso,
Proporcionada carne y fuerte hueso.

Desnudo al agua súbito se arroja,
La cual, con alboroto encanecido,
Al recibirle forma aquel ruïdo
Que el árbol sacudiéndole la hoja;

El cuerpo en un instante se remoja,
Y esgrime el brazo y músculo fornido,
Supliendo con el arte y su destreza
El peso que le dió naturaleza.

Su regalada Fresia, que lo atiende,
Y sola no se puede sufrir tanto,
Con ademán airoso lanza el manto
Y la delgada túnica desprende;
Las mismas aguas frígidas enciende;
Al ofuscado bosque pone espanto,
Y Febo de propósito se para
Para gozar mejor su vista rara.

Abrásase mirándola. dudoso
Si fuese Dafne en lauro convertida,
De nuevo al ser humano reducida,
Según se siente della cudicioso;
Descúbrese un alegre objeto hermoso,
Bastante causador de muerte y vida,
Que el monte y valle, viéndolo, se ufana,
Creyendo que despunta la mañana.

Es el cabello liso y ondeado,
Su frente, cuello y manos son de nieve,
Su boca de rubí, graciosa y breve,
La vista garza, el pecho relevado;
De torno el brazo, el vientre jaspeado,
Columna a quien el Paro parias debe,
Su tierno y albo pie por la verdura
Al blanco cisne vence en la blancura.

Al agua sin parar saltó ligera,
Huyendo de miralla, con aviso
De no morir la muerte que Narciso,
Si dentro la figura propia viera;
Mostrósele la fuente placentera,
Poniéndose en el temple que ella quiso,
Y aun dicen que de gozo al recibilla
Se adelantó del término y orilla.

Va zabullendo el cuerpo sumergido,
Que muestra por debajo el agua pura
Del cándido alabastro la blancura,
Si tiene sobre sí cristal bruñido;
Hasta que da en los pies de su querido,
Adonde, con el agua a la cintura,
Se enhiesta sacudiéndose el cabello
Y echándole los brazos por el cuello.

Los pechos, antes bellos que velludos,
Ya que se les prohibe el penetrarse,
Procuran lo que pueden estrecharse
Con reciprocación de ciegos ñudos;
No están allí los Géminis desnudos
Con tan fogosas ansias de juntarse,
Ni Salmacis con Troco el zahareño,
A quien por verse dueña amó por dueño.

Alguna vez el ñudo se desata,
Y ella se finge esquiva y se escabulle;
Mas el galán, siguiéndola, zabulle,
Y por el pie nevado la arrebata;

El agua salta arriba vuelta en plata,
Y abajo la menuda arena bulle;
La tórtola envidiosa que los mira,
Más triste por su pájaro suspira.

Estando en esto el uno y otro amante,
Linfáticos haciendo ya del agua
A costa del amor chisposa fragua,
Que a tanto suele ser amor bastante;
Se les presenta súbito delante,
Con que el presente gusto se les agua,
La disfrazada furia de Megera,
Hablando al general desta manera:

« No es tiempo agora, príncipe araucano,
De darte a pasatiempos y placeres,
Ni de rendirte al pie de las mujeres,
Pendiendo todo el reino de tu mano.
¿No ves el nuevo ejército cristiano,
Que, sin respeto alguno de quien eres,
Su huella imprime ya en la tierra tuya,
Con vana presunción de hacerla suya? »

Quedó Caupolicán alborotado
Oyendo novedad tan espantosa,
Y Fresia despulsada y pavorosa,
Su blanco velo en pálido trocado;
Él la miraba atónito y pasmado
Sin que decir pudiese alguna cosa,
Y ella entre sí, mirándole, decía:
« ¡Esto era lo que tanto yo temía! »

La furia, como tiempo ve oportuno,
De las que a mano están sobre la frente,
Dos víboras arranca prestamente,
Llenas de más que tósigo importuno,
Y escóndeles la suya a cada uno,
Que sin acuerdo están del accidente,
Allá en lo más intrínseco del seno,
Do siembren su mortífero veneno.

Deslízanse revueltas por los pechos
Do la ponzoña pésima vomitan,
Y con aguda lengua solicitan
Mortales iras, rabias y despechos;
Con que en furor diabólico deshechos
Ya los infieles ánimos se irritan,
Ya rabian, ya se culpan, ya se afrentan,
Ya, del veneno hinchándose, revientan.

Megera entonces, viéndolos dispuestos,
Prosigue: «Torna en ti, Caupolicano;
Que ser señor del mundo está en tu mano,
Si sabes acudir con pasos prestos.
Sabrás que cien cristianos descompuestos,
Que perdonó el furor del mar insano,
Han levantado en Penco un flaco muro,
Donde los tiene un joven mal seguro.

»Partióse del Pirú con vano intento
De ser la confusión de tu reinado,
Y con desprecio loco del Estado
Ha fabricado a vista dél su asiento;

Importa que, dejando atrás el viento,
Vayas a que te pague de contado
Su temerario y frívolo designo,
Ya de tu indignación y enojo digno.

»Pero conviene hacerse de manera,
Que no le dé lugar la prisa tuya
Para que al espumoso mar se huya,
Haciendo de sus ondas talanquera;
Mas antes que el ejército que espera
Tu gente desanime con la suya,
Abrevies tanto el tiempo de asaltalle,
Que aun para arrepentirse no le halle.

»Pues goza de tan buena coyuntura,
Que no la habrá mejor según barrunto,
Y vuela con tu fuerza y poder junto
A do te está llamando la ventura.
Mira que la victoria está segura
Con sólo que perder no quieras punto,
Y que una dilación pequeña puede
Negarte lo que el cielo te concede.

» ¿Cómo? ¿Qué, tu soberbia frente altiva
Podrá sufrir agora ver delante
Que con desprecio della la levante
Uno que en verdes años sólo estriba,
Y que con poca gente apenas viva
Ose salir a puesto semejante,
A tiro de ponerse en tierra firme,
Contigo rostro a rostro y firme a firme?

»¿De qué te sirve, oh gran Caupolicano,
Lo mucho que en tu gloria tienes hecho,
Si agora que subida está en el techo,
Sufres que den con ella por el llano,
Y que a pesar del crédito araucano,
Un mozo advenedizo tenga pecho
Para que sólo en fe del tierno suyo
Se ponga al duro encuentro dese tuyo?

» Cuando otra cosa nunca hacer pudiese
Que haberse en el lugar que digo puesto,
Aunque después medroso en curso presto
Al mar por donde vino se volviese,
Le fuera de grandísimo interese,
Y a ti tan mal contado y mal honesto,
Que escurecieras bien con este solo
Tus hechos claros más que el mismo Apolo.

» En nombre de Pillán, te hago cierto
Que si padeces punto de tardanza,
Verás resuelta en humo tu esperanza,
Y contra ti la suerte al descubierto;
Pues la cerviz enhiesta y cuello yerto
Jamás a ley sujeta ni ordenanza,
Verás al yugo dellas sometida,
Si a bien librar quedares con la vida.

» Por cuanto quieres verte deste modo,
Estando el remediallo a tu albedrío,
Sin hijos, sin mujer, sin señorío,
Sin dulce libertad, que es sobre todo;

Pues no te quieras ¡ay! poner de lodo,
Por dar al blando amor lugar vacío,
Ni de famoso rey potente y bravo
Venir a ser infame y triste esclavo.

Mira, Caupolicán, que eres la base
Donde tan grande máquina se apoya;
No quieras que se pierda como Troya,
Por consentir que amor te desencase;
Traba de la ocasión antes que pase,
Porque si aquí te estás como la boya
En amorosas aguas sobre aguado,
Serás en las de Lete sepultado.»

Con esto remató la furia horrible
Su caviloso encanto persuasivo,
Dejando al pecho bárbaro y altivo
Nadando en puro fuego inextinguible;
Y haciéndose a sus ojos invisible,
Vuelve al estado el paso fugitivo,
Adonde su furor, veneno y llama
Por las médulas íntimas derrama.

Ya con ardiente soplo turbulento,
Ya con sangrientas áspides mortales,
Ya con la lengua y ojos infernales
Va corrompiendo en torno aquel asiento;
Hasta que casi calva y sin aliento,
Así de haber lanzado soplos tales
Como de echar culebras de la frente,
Se vuelve adonde está la triste gente.

Y en un volcán de fiera boca escura,
Por donde escupe horror la negra estanza,
Dejado lo fantástico, se lanza
Llevándose tras sí la puerta dura;
En tanto que del agua clara y pura
Caupolicán saltando se abalanza
A se vestir frenético el vestido.
Ya de furioso espíritu embestido.

De allí se parte luego acelerado
Siguiéndole su Fresia presurosa,
Colérica, linfática, furiosa,
Con pecho de temor enajenado;
Y marchan hasta cuando el sol dorado,
Huyendo de la noche tenebrosa,
Que a más andar siguiéndole venía,
Al mar como a sagrado se acogía.

Llegado el indio al rancho, aplica el cuerno
Al túmido carrillo y recia boca,
De do la voz horrísona revoca
Allá en lo más oculto del infierno:
Suena de mano en mano en su gobierno,
Y en breve casi todo se convoca,
Porque iban como en vuelo arrebatados,
De aquel furor diabólico llevados.

El hecho llanamente les declara,
Sin pompa ni artificio de razones,
Porque para mover sus corazones
Resobra que les miren a la cara,

Y ordénales que cuando el alba clara
Abriese los escuros pabellones
Dejando cama y lado de su esposo,
Se embista el fuerte lleno de reposo.

Pues cuando, con sonido carrasqueño
Que al órgano del oído destemplaba,
El importuno grillo aviso daba
De ser llegada ya la vez del sueño,
Enderezando a Talca, sitio isleño
Que a vista del vecino muro estaba,
Caminan veinte mil a sordo paso
Por entre muda noche y campo raso.

Venidos brevemente a Talcaguano
Cubiertos del capote y velo obscuro,
Marcharon sin parar al breve muro
Orillas del ondoso mar insano;
Mas con silencio tal, que el aire vano
Se estaba tan sutil, tan raro y puro,
Como si por allí nadie pasara
Que con aliento y voces lo espesara.

Debajo una barranca, al pie del monte
Que en su cabeza tiene la albarrada,
Esperó el fiero bárbaro en celada
A que el nocturno tiempo se remonte,
Para que, en argentando al horizonte
La matutina voz del alborada,
Que es cuando el sueño ocupa lo más alto,
Se dé con furia súbita el asalto.

Ya pues que el negro manto adelgazaba,
Abriéndose por todos sus dobleces
Y limpio de neblina y otras heces,
Aljofarado el valle se mostraba;
Rompiendo aquel silencio en grita brava,
Y con los alaridos que otras veces,
Asaltan el palenque y balüarte,
Ciñéndole por una y otra parte.

En tres formados gruesos escuadrones
Presenta el enemigo la batalla,
De cruda piel cubierto y fina malla,
Y tremolando enseñas y pendones;
Ya los de más fogosos corazones
Se van adelantando a la muralla
Con mil cabezas, colas y pellejos
De tigre, de león, de zorros viejos.

Asómase a mirar su fiera traza
Aquella clara sangre de Mendoza,
Que dentro de las venas le retoza
Por experimentar la dura maza;
Y no se turba punto ni embaraza,
Mas todo lo posible se alboroza,
De ver que ya lugar se le concede
Para mostrar, en parte, lo que puede.

Previene con fervor, industria y maña
Aquello que no estarlo parecía;
Y enfrente, por la parte que venía
Arauco denodado contra España,

Seis piezas, como dije, de campaña
El adivino joven puesto había,
Que fueron casi todo el instrumento
Para que se cantase el vencimiento.

Quisiera bien saltar la palizada
Y a recibir al bárbaro saliera,
Si ser temeridad no conociera,
Y cosa en generales reprobada;
Ya sube a toda prisa la emboscada
Con astas erizando la ladera;
Pero, con todo, el Hércules gallardo
Se mata porque viene a paso tardo.

No suele estar jamás lebrel de Irlanda
Si al jabalí cerdoso ve mostrarse.
Con tanta voluntad de abalanzarse,
Tirando del collar y quien le manda,
Como de ver subir la espesa banda
Revienta el general por señalarse;
Mas la razón, que sola es quien le humilla,
Sabe tenelle corta la traílla.

Y como la visera no ha calado
Para que así mejor advierta y note
Cuál viene por su mal y por su azote
El enemigo ejército formado,
Está como el azor empiguelado
Antes de haberle puesto el capirote;
Que si pasar un ave se le antoja,
Mil veces de la alcándara se arroja.

Estando, pues, intrépido mirando
Al indio bravo el joven orgulloso,
No sé qué brazo idólatra nervoso
Desembrazó con ímpetu nefando
Una redonda piedra, que zumbando
Con más furor que el rayo impetüoso,
Su curso fugacísimo endereza
A la cabeza fuerte del cabeza.

Allí quebró la furia desmedida,
Y tanto, que con dar a la celada
Por especial milagro la pedrada,
Dejó de dar al blanco de la vida;
Pues con la frente el joven aturdida
Miró de abajo el muro y albarrada,
Mas no tocó la tierra cuando luego
Se enderezó brotando vivo fuego.

No dudo que Megera de su mano
Hiciese el riguroso tiro fuerte,
Sabiendo que si al joven daba muerte,
Estaba lo demás rendido y llano;
Mas el Eterno Padre soberano,
Que permitió acertalle desta suerte,
Por ser tan lleno el blanco y espacioso,
Previno, como Dios, lo más dañoso.

Después que firme el pie en la tierra pone,
Y la esperanza y ojos en el cielo,
El cesarino espíritu novelo
Su gente anima, exhorta y la compone.

No hay prevención ni ardid a que perdone,
Porque los halla escritos en el suelo
Su claro entendimiento y perspicacia,
Herido con los rayos de la gracia.

Ya la trabada cerca y terrapleno,
Que al morro exento sirve de corona,
De espesa gente en orden se corona,
Con hierro en mano y ánimo en el seno;
Ya no hay lugar allí que no esté lleno
De quien por él arriesgue la persona;
Ya todos dan la suerte por echada,
Aunque la vida va de esta parada.

Ya con soberbios altos alaridos,
E trépito confuso y ruido espeso,
El pérfido escuadrón cerrado y grueso
Asalta los bastiones guarnecidos;
Los nuestros al asalto apercibidos,
Con orden y valor en contrapeso
Del excesivo número contrario,
Resisten al encuentro temerario.

Los orgullosos bárbaros de fama,
Con los que la procuran, más se allegan,
Y al enemigo hierro así se entregan
Como pudieran toros de Jarama;
Unos echando tierra y otros rama
Para pasar el ancho foso ciegan;
Otros no esperan esto mal sufridos,
Salvándolo con saltos desmedidos.

Cuáles, para mejor poder hacello,
Se valen de las picas prolongadas;
Cuáles, de correndillas atrasadas;
Cuáles, del aire solo del cabello;
Y cuáles, sin aquesto y sin aquello,
Apenas dan algunas braceadas,
Cuando de pies están en la otra parte
Y luego sobre el fuerte y balüarte.

Fué déstos el primero Gracolano,
Mozo gallardo, fuerte y atrevido,
Y fuélo por habello prometido
Al sumo general Caupolicano,
De que ganando a todos por la mano,
En fe de su renombre esclarecido,
Al muro crespo de armas entraría,
Abriendo por entre ellas ancha vía.

En cumplimiento, pues, de su promesa,
El animoso joven se adelanta,
Do sobre el foso puesta la una planta,
Con la otra por el aire lo atraviesa;
Y luego al agro muro y gente espesa,
Sin espantalle que es atal y tanta,
Trepa furioso el bárbaro derecho,
Mostrando a duras armas, duro pecho.

Al fin rompió con él por todas ellas,
Subiendo, aunque de sangre y golpes lleno,
Sus prestos pies al ancho terrapleno,
Y su valor y nombre a las estrellas;

Do haciendo ver a muchos muchas dellas,
A costa de los nuestros hizo bueno
Su dicho tan infiel como arrogante,
Llevándolo con hechos adelante.

Tras él se arroja el bravo Tucapelo,
Siguiéndole Talguén, su amigo grande,
Con Rengo, Leucotón y Lepomande
Y Euglón, a quien sirvió mi patrio suelo;
Los cuales todos siete dando un vuelo,
Que no hay quien se lo impida ni demande,
Pasan de claro en claro el foso obscuro,
Viniendo a dar de manos en el muro.

Quedó temblando en torno la barrera
Del poderoso golpe y duro encuentro,
Haciendo conocer a los de dentro
El ánimo y vigor de los de fuera;
Que luego sin escala ni escalera
Suben arriba en busca de su centro,
Sin ser a defenderse lo bastante
Ver contra sí mil puntas de diamante.

Que de temor los bárbaros desnudos,
Como los que a vencer estaban hechos,
Mil armas desbaratan con los pechos,
Que son allí sus cóncavos escudos;
No bastan a tenellos golpes crudos
Ni el granizar de rayos contrahechos,
Que por broncinas bocas escupidos,
Retiñen sordamente en sus oídos.

Del muro los impelen y rebaten
Con duras picas y ásperas espadas,
Unas a botes y otras a estocadas,
A cuyo ronco son los montes laten;
Mas ellos como rocas a quien baten
Las ondas por el cierzo reforzadas,
No sólo tienen fuerte en esta guerra,
Mas por el aire van ganando tierra.

El uno gateando por su lanza,
El otro a la contraria bien asido,
Arriban al palenque defendido
Y al peligroso fin de su esperanza;
Quién luego su membrudo cuerpo lanza
Por el lugar de gente más tupido,
Y quién sobre el bastón ñudoso y grueso
Sustenta de la guerra todo el peso.

Mas ¿quién podrá pintar a Tucapelo
De pie sobre la cerca y palizada,
En medio de la gente amontonada,
Soberbio despreciando tierra y cielo,
Armado un peto doble de su abuelo,
Y una marina concha por celada,
Con que la maza en mano se rodea,
Y haciendo campo el bárbaro campea?

A cuál de un golpe solo el cuerpo muele,
A cuál con otro deja sin sentido,
A cuál del muro abajo sacudido,
Hace que a su pesar sin alas vuele;

Nada le queda allí que no lo asuele
Su brazo de infernal furor movido,
Por donde hacia la parte que lo cala
Retira, lleva, arrolla y acorrala.

No lleva con paciencia don Felipe,
¡Oh justa indignación de sangre noble!
Que tanto golpe el pérfido redoble,
Sin que él también alguno participe;
Y no queriendo que otro se anticipe,
Se va para él tan fuerte como un roble,
Firme la espada rígida en la diestra,
Y el acerado escudo en la siniestra.

El indio con la dura maza en alto
Y atrás el pie derecho lo recibe;
Aguarda el español que la derribe,
Para, salvando el cuerpo, entrar de un salto;
Mas de destreza el bárbaro no falto
Al enemigo intento se apercibe,
Tirando el primer golpe blandamente,
A fin de segundalle fácilmente.

Aciértale; mas ved si fué tan blando,
Pues dándole en el canto del escudo
Y haciendo el caballero lo que pudo,
Se lo llevó dos pasos trompicando;
Tras él entró, la maza levantando
Para el segundo golpe, y fué tan crudo,
Que si lugar el nuestro no le hiciera,
Muerto a sus pies el indio se le diera.

Quedó entre dos horcones encajado
En la albarrada el leño con tal fuerza,
Que aunque a librallo el dueño dél se esfuerza,
Tiene primero tiempo el bautizado
De dalle, habiendo ya con él entrado,
Sin que el agudo filo se le tuerza,
Por el siniestro brazo una estocada
Que le pasó con más de media espada.

Hallóse con el bárbaro tan cerca,
Que le hubo de ceñir sus fuertes brazos,
Creyendo hacelle entre ellos mil pedazos,
Doblando su cerviz tan dura y terca;
Mas vuelcan ambos juntos por la cerca
Envueltos en durísimos abrazos,
Que entrambos en la lucha son maestros,
Tan fuertes igualmente como diestros.

Apriétanse los huesos y costillas
A fuerza de los vínculos estrechos,
Y con los pies izquierdos y derechos
Se valen de traspiés y zancadillas;
Ya tiemblan de cansadas las rodillas,
Ya dan ronquidos íntimos los pechos,
Ya laten los ijares, ya garlean
Y los ardientes pulsos menudean.

Revuélvense por una y otra parte,
Arando con sus pies la tierra dura,
Y válense tal vez de fuerza pura,
Tal vez de su destreza, maña y arte;

La firme trabazón del baiüarte
Se siente a sus vaivenes mal segura,
Y toda en torno tanto se estremece,
Que por algunas partes desfallece.

No hay quien a despartillos parte sea,
El uno porque a tanto no se atreve,
Y el otro porque haciendo lo que debe
Acude en su lugar a la pelea;
Demás de que por toda la trinchea
Tan a menudo flecha y bala llueve
Por nubes de materia salitrada,
Que fuera desto apenas se ve nada.

Por donde sin saber de qué manera,
Andando cuál encima y cuál debajo,
El bárbaro de un salto vino abajo
Dejando al español y a la barrera;
Y no cayó a la parte de hacia fuera
Para que se librara del trabajo,
Sino en la plaza, en medio de enemigos
Que de su gran valor fuesen testigos.

Arrójase tras él de la muralla
El presto don Felipe de Hurtado,
Ganoso de acabar lo comenzado
Y de ganar al indio la batalla;
Mas él que en tales términos se halla,
Bramando más que el toro agarrochado,
Espumajoso y fiero en el semblante,
Embiste cuanta gente ve delante.

Quita por fuerza a un indio la macana,
Y a la primera vez que la voltea
Hace subir más gente a la trinchea
De la que se le queda en tierra llana:
En esto la batida barbacana,
Vuelta de cana en roja, bermejea,
Y a más andar por una y otra parte
Aviva la batalla el fiero Marte.

Ya llueve el indio flechas en la plaza;
Graniza sobre el fuerte piedra dura;
Ya dellas la formada nube escura
Al claro cielo encubre y embaraza;
Ya el dardo arrojadizo desembraza,
Rompiendo la región sutil y pura;
Ya calla el mar furioso y bravas ondas
Al estallido espeso de las hondas.

Ya el español, a fuerza de tronidos
Hace temblar el monte y la trinchea;
Ya el seco polvorín relampaguea,
Ya se disparan rayos encendidos;
Ya el cielo y aire están escurecidos;
Ya no hay debajo dellos qué se vea,
Si no se ve, que es vista dura y fuerte,
La temerosa imagen de la muerte.

Cual suele cuando el crudo invierno acaba
Venir la tempestad impetüosa,
Envuelta en gruesa lluvia pedregosa,
Con desigual horror y furia brava;

La cual al cielo, que antes raso estaba,
Viste de negra nube procelosa,
Que despidiendo lanzas a la tierra,
Maltrata el prado, monte, valle y sierra;

Cuando se ven el mar, el aire, el cielo,
Armados del rigor que están lanzando,
Y la rasgada nube retronando
Escupe fuego vivo contra el suelo;
El pájaro en su nido eriza el pelo,
Y todo se acorruca tiritando;
Debajo de sus madres los cabritos
Están temblando mudos y marchitos;

O como suelen dos discordes vientos
Iguales en las fuerzas encontrarse,
Y en una opaca selva contrastarse
Con encontrados soplos turbulentos,
Haciendo que a sus ímpetus violentos,
Unos con otros vengan a trabarse
Los árboles del bosque entretejido,
Formando fragosísimo rüido:

Así las huestes bárbara y cristiana,
Dado que desiguales tanto sean,
Es tanta la igualdad con que pelean,
Que aun no se pierde tanto ni se gana;
Aunque con mano todos inhumana
Así los duros golpes menudean,
Que van atropellando los postreros,
Por priesa que se dan, a los primeros.

En medio del estruendo y batería,
Enhiesto sobre el muro, entre su gente
Parece aquel magnánimo y valiente,
Aquel insigne joven don García;
Cual suele parecer al mediodía
A vueltas de agua un sol resplandeciente,
O como cuando el cielo está ñublado
Se ve por él un arco atravesado.

Su cuerpo bello armaba por de fuera
Un blanco y limpio arnés de temple fino,
Y por de dentro al alma un diamantino
Que al ímpetu de un monte resistiera;
Brotaba por su rostro y la cimera
Más luz que el sol en medio su camino,
Bastante a que mirándole de frente
Se deslumbrase el bárbaro insolente.

El vello de oro puro le apuntaba
Con suma perfección y gracia puesto,
Y el aguileño, rojo y blanco gesto
Envuelto en fina púrpura mostraba;
Ninguno de los suyos le miraba
Por mínimo que fuera, que con esto
No concibiese un ánimo terrible
Para poner el pecho a lo imposible.

Al fuerte corazón el fuerte escudo
Como a seguro arrimo está arrimado,
Y a la derecha mano encomendado
El blanco, ya bermejo, filo agudo;

Que por su cuerpo el bárbaro desnudo
A su pesar mil veces paso ha dado,
Haciendo de la clara sangre nueva,
A costa de la suya, clara prueba.

Solícito por todas partes anda,
En todo se interpone, a todo atiende,
Y aunque en furor colérico se enciende,
Con gran reportación ordena y manda;
A quien la mano muestra floja y blanda,
Con apretar la suya reprehende,
Y en el que con mayor esfuerzo lidia
Engendra generosa y justa envidia.

Con soberano estilo y modo grave
Anima a su escuadrón en tal estrecho,
Y sobre el alto dicho pone el hecho,
Cosa que en un sujeto apenas cabe;
Y menos cabe en mí que los alabe
Faltándome la voz, el canto, el pecho,
Si no me presta el cielo para tanto
Voz nueva, pecho nuevo y nuevo canto.

AMARILIS[1] a BELARDO

Tanto como la vista la noticia
De grandes cosas suele las más veces
Al alma tiernamente aficionarla,
Que no hace el amor siempre justicia,
Ni los ojos a veces son jüeces
Del valor de la cosa para amarla:
Mas suele en los oídos retratarla
Con tal virtud y adorno,
Haciendo en los sentidos un soborno,
Aunque distinto tengan el sujeto
Que en todo y en sus partes es perfeto,
Que los inflama todos,
Y busca luego artificiosos modos
Con que pueda entenderse
El corazón, que piensa entretenerse
Con dulce imaginar para alentarse,
Sin mirar que no puede
Amor sin esperanza sustentarse.

[1] Pseudónimo de una ilustre dama y poetisa peruana, de fines del siglo XVI y primeras décadas del XVII, que según fundadísimas conjeturas de La Barrera *(Nueva biografía de Lope de Vega)* y Menéndez y Pelayo *(Antología de poetas hispano-americanos*, tomo 3.º, prólogo), encubre a María de Alvarado, doncella de Huanuco. *Belardo*, a quien esta epístola está dirigida, era el nombre poético de Lope de Vega, quien contestó a su apasionada y admiradora de América con una galante epístola en tercetos

El sustentarse amor sin esperanza
Es fineza tan rara, que quisiera
Saber si en algún pecho se ha hallado.
Que las más veces la desconfianza
Amortigua la llama, que pudiera
Obligar con amar lo deseado;
Mas nunca tuve por dichoso estado
Amar bienes posibles,
Sino aquellos que son más imposibles.
A estos ha de amar un alma osada.
Pues para más alteza fué criada
Que la que el mundo enseña;
Y así quiero hacer una reseña
De amor dificultoso,
Que sin pensar desvela mi reposo,
Amando a quien no veo, y me lastima:
¡Ved qué extraños contrarios,
Venidos de otro mundo y de otro clima!

Al fin en este, donde el Sur me esconde,
Oí, Belardo, tus conceptos bellos,
Tu dulzura y estilo milagroso;
Vi con cuánto favor te corresponde
El que vió de su Dafne los cabellos
Trocados en su daño en lauro umbroso,
Y admirando tu ingenio portentoso,
No pude reportarme
De descubrirme a ti, y a mí dañarme.
Mas ¿qué daño podrá nadie hacerme
Que tu valor no pueda defenderme?
Y tendré gran disculpa,

Si el amarte sin verte fuera culpa,
Que el mismo que lo hace
Probó primero el lazo en que me enlace,
Durando para siempre las memorias
De los sucesos tristes
Que en su vergüenza cuentan las historias.

Oí tu voz, Belardo; mas ¿qué digo?
No Belardo, milagro han de llamarte,
Este es tu nombre, el cielo te le ha dado,
Y Amor, que nunca tuvo paz conmigo,
Te me representó parte por parte,
En ti más que en sus fuerzas confiado:
Mostróse en esta empresa más osado,
Por ser el artificio
Peregrino en la traza y el oficio,
Otras puertas del alma quebrantando,
No por los ojos míos, que velando
Están en gran pureza;
Mas por oídos, cuya fortaleza
Ha sido y es tan fuerte,
Que por ellos no entró sombra de muerte,
Que tales son palabras desmandadas,
Si vírgenes las oyen
Que a Dios han sido y son sacrificadas.

Con gran razón a tu valor inmenso
Consagran mil deidades sus labores,
Cuando manijan perlas en sus faldas:
Todo ese mundo allá te paga censo,
Y este de acá, mediante tus favores,

Crece en riqueza de oro y esmeraldas:
Potosí, que sustenta en sus espaldas
Entre el invierno crudo,
Aquel peso que Atlante ya no pudo,
Confiesa que su fama te la debe;
Y quien del claro Lima el agua bebe
Sus primicias te ofrece,
Después que con tus dones se engrandece,
Acrecentando ofrendas
A tus excelsas y admirables prendas:
Yo, que aquestas grandezas voy mirando,
Entretenida en ellas,
Las voy en mis entrañas celebrando.

En tu patria, Belardo, mas no es tuya,
No sientas mucho verte peregrino,
Plegue a Dios no se enoje Manzanares,
Por más que haga de tu fama suya;
Que otro origen tuviste más divino,
Y otra gloria mayor, si la buscares.
¡Oh cuánto acertarás, si imaginares
Que es patria tuya el cielo,
Y que eres peregrino acá en el suelo!
Porque no hallo en él quién igualarte
Pueda, no sólo en todo, mas en parte,
Que eres único y solo
En cuanto miran uno y otro polo.
Pues, peregrino mío,
Vuelve a tu natural: póngante brío,
No las murallas que elevó tu canto
En Tebas engañosas,
Mas las eternas, que te importan tanto.

Allá deseo en santo amor gozarte.
Pues acá es imposible poder verte,
Y temo tus peligros y mis faltas :
Tablas tiene el naufragio, y escaparte
Puedes en ella de la eterna muerte,
Si del bien frágil al divino saltas ;
Las singulares gracias con que esmaltas
Tus soberanas obras,
Con que fama inmortal continuo cobras,
Empléalas de hoy más con versos lindos
En soberanos y divinos Pindos :
Tus divinos concetos
Allí serán más dulces y perfetos ;
Que el mundo, a quien le sigue,
En vez de premio, al bienhechor persigue ;
Y contra la virtud apresta el arco
Con ponzoñosas flechas
De la maligna aljaba de Aristarco.

Quiero, pues, comenzar a darte cuenta
De mis padres y patria y de mi estado,
Porque sepas quién te ama y quién te escribe :
Bien que ya la memoria me atormenta,
Renovando el dolor, que aunque llorado,
Está presente y en el alma vive.
No quiera Dios que en presunción estribe
Lo que aquí te dijere,
Ni que fábula alguna compusiere,
Que suelen causas propias engañarnos,
Y en referir grandezas alargarnos,
Que la filausia engaña

Más, que no la verdad nos desengaña,
Especialmente cuando
Vamos en honras vanas estribando:
Destas pudiera bien decirte muchas;
Mas quédense en silencio,
Pues atento contemplo que me escuchas.

En este imperio oculto que el sol baña,
Más de Baco piadoso que de Alcides,
Entre un trópico frío y otro ardiente,
A donde fuerzas ínclitas de España
Con varios casos y continuas lides
Fama inmortal ganaron a su gente:
Donde Neptuno engasta su tridente
En nácar y oro fino:
Cuando Pizarro con su flota vino,
Fundó ciudades y dejó memorias
Que eternas quedarán en las historias:
Aquí en un valle ameno,
De tantos bienes y delicias lleno,
Que siempre es primavera,
Merced del sueño de la cuarta esfera,
La ciudad de León fué edificada,
Y con hado dichoso
Quedó de héroes fortísimos poblada.

Es frontera de bárbaros, y ha sido
Terror de los tiranos, que intentaron
Contra su rey enarbolar bandera:
Al que en Jauja por ellos fué rendido
Su atrevido estandarte le arrastraron,

Y volvieron el reino a cuyo era.
Bien pudiera, Belardo, si quisiera,
En gracia de los cielos,
Decir hazañas de mis dos abuelos,
Que aqueste nuevo mundo conquistaron
Y esta ciudad también edificaron,
Do vasallos tuvieron
Y por su rey su vida y sangre dieron:
Mas es discurso largo,
Que la fama ha tomado ya a su cargo,
Si acaso la desgracia de esta tierra,
Que corre en este tiempo,
Tantos ilustres méritos no entierra.

De padres nobles dos hermanas fuimos,
Que nos dejaron con temprana muerte
Aun no desnudas de pueriles paños.
El cielo, y una tía que tuvimos,
Suplió la soledad de nuestra suerte:
Con el amparo suyo algunos años
Huímos siempre de sabrosos daños;
Y así nos inclinamos
A virtudes heroicas que heredamos:
De la beldad que el cielo acá reparte
Nos cupo, según dicen, mucha parte,
Con otras muchas prendas:
No son poco bastantes las haciendas
Al continuo sustento;
Y estamos juntas, con tan gran contento,
Que un alma a entrambas rige y nos gobierna,
Sin que haya tuyo y mío,
Sino paz amorosa, dulce y tierna.

Ha sido mi *Belisa* celebrada,
Que éste es su nombre, y *Amarilis* mío,
Entrambas de afición favorecidas:
Yo he sido a dulces musas inclinada;
Mi hermana, aunque menor, tiene más brío,
Y partes, por quien es, muy conocidas:
Al fin todas han sido merecidas
Con alegre himeneo
De un joven venturoso, que en trofeo
A su fortuna y vencedora palma,
Alegre la rindió prendas del alma.
Yo, siguiendo otro trato,
Contenta vivo en limpio celibato,
Con virginal estado,
A Dios con gran afecto consagrado,
Y espero en su bondad y en su grandeza
Me tendrá de su mano
Guardando inmaculada mi pureza.

De mis cosas te he dicho en breve suma
Todo cuanto quisieras preguntarme,
Y de las tuyas muchas he leído:
Temerosa y cobarde está mi pluma,
Si en alabanzas tuyas emplearme
Con singular contento he pretendido:
Si cuanto quiero das por recibido,
¡Oh qué dello me debes!
Y porque esta verdad ausente pruebes,
Corresponde en recíproco cuidado
Al amor que en mí está depositado.
Celia no se desdeñe

Por ver que en esto mi valor se empeñe;
Que ofendido en sus quiebras,
Su nombre todavía al fin celebras;
Y aunque milagros su firmeza haga,
Te son muy bien debidos,
Y aun no sé si con esto tu fe paga.

No seremos por esto dos rivales,
Que trópicos y zonas nos dividen,
Sin dejarnos asir de los cabellos,
Ni sus méritos pueden ser iguales:
Cuantos al mundo el cetro y honor piden
De trenzas de oro, cejas y ojos bellos,
Cuando enredado te hallaste en ellos
Bien supiste estimallos
Y en ese mundo y este celebrallos,
Y en persona de Angélica pintaste
Cuanto de su lindeza contemplaste:
Mas estoyme riendo
De ver que creo aquello que no entiendo,
Por ser dificultosos
Para mí los sucesos amorosos,
Y tener puesto el gusto y el consuelo,
No en trajes semejantes,
Sino en dulces coloquios con el cielo.

Finalmente, Belardo, yo te ofrezco
Una alma pura a tu valor rendida:
Acepta el don, que puedes estimallo;
Y dándome por fe lo que merezco,
Quedará mi intención favorecida,

De la cual hablo poco y mucho callo,
Y para darte más, no sé ni hallo.
Déte el cielo favores,
Las dos Arabias bálsamo y olores,
Cambayas sus diamantes, Tíbar oro,
Marfil Cefala, Persia su tesoro,
Perlas los orientales,
El Rojo Mar finísimos corales,
Balajes los Ceilanes,
Áloe precioso Sárnaos y Campanes,
Rubíes Pegugamba y Nubia algalia,
Amatistas Rarsinga,
Y prósperos sucesos Acidalia.

Esto mi voluntad te da y ofrece,
Y ojalá yo pudiera con mis obras
Hacerte ofrendas de mayor estima;
Mas donde tanto junto se merece,
De nadie no recibes, sino cobras
Lo que te debe el mundo en prosa y rima.
He querido, pues, viéndote en la cima
Del alcázar de Apolo,
Como su propio dueño único y solo,
Pedirte un don, que te agradezca el cielo,
Para bien de tu alma y mi consuelo.
No te alborotes, tente,
Que te aseguro bien que te contente
Cuando vieres mi intento,
Y sé que lo harás con gran contento,
Que al liberal no importa para asille
Significar pobrezas,
Pues con que más se agrada es con pedille.

Yo y mi hermana una Santa celebramos
Cuya vida de nadie ha sido escrita,
Como empresa que muchos han temido:
El verla de tu mano deseamos;
Tu dulce Musa alienta y resucita,
Y ponla con estilo tan subido
Que sea donde quiera conocido,
Y agradecido sea
De nuestra santa virgen Dorotea.
¡Oh qué sujeto, mi Belardo, tienes
Con que de lauro coronar tus sienes
Podrás, si no emperezas,
Contando desta virgen mil grandezas
Que reconoce el cielo
Y respeta y adora todo el suelo!
Desta divina y admirable Santa
La santidad refiere,
Y dulcemente su martirio canta.

Ya veo que tendrás por cosa nueva,
No que te ofrezca censo un mundo nuevo,
Que a ti cien mil que hubiera te le dieran;
Mas que mi Musa rústica se atreva
A emprender el asunto a que me llevo,
Hazaña que cien Tasos no emprendieran:
Ellos al fin son hombres, y temieran;
Mas la mujer, que es fuerte,
No teme alguna vez la misma muerte.
Pero si he parecídote atrevida,
A lo menos parézcate rendida:
Que fines desiguales

Amor los hace con su fuerza iguales;
Y quédote debiendo,
No que me sufras, mas que estés oyendo
Con singular paciencia mis simplezas,
Ocupado contino
En tantas excelencias y grandezas.

Versos cansados, ¿qué furor os lleva
A ser sujeto de simpleza indiana,
Y a poneros en manos de Belardo?
Al fin, aunque amarguéis, por fruta nueva
Os vendrán a probar, aunque sin gana,
Y verán vuestro gusto bronco y tardo:
El ingenio gallardo
En cuya mesa habéis de ser honrados,
Hará vuestros intentos disculpados:
Navegad; buen viaje; haced la vela:
Guiad un alma que sin alas vuela.

POETISA ANÓNIMA

Peruana — Siglo XVII

DISCURSO EN LOOR DE LA POESIA

A DIEGO MEXIA

La mano y el favor de la Cirene,
A quien Apolo amó con amor tierno,
Y el agua consagrada de Hipocrene,

Y aquella lira con que del Averno
Orfeo libertó su dulce esposa,
Suspendiendo las furias del infierno;

La célebre armonía milagrosa
De aquel cuya testudo pudo tanto,
Que dió muralla a Tebas la famosa;

El platicar süave, vuelto en llanto
Y en sola voz, que a Júpiter guardaba,
Y a Juno entretenía y daba espanto;

El verso con que Homero eternizaba
Lo que del fuerte Aquiles escribía,
Y aquella vena con que lo dictaba,

Quisiera que alcanzaras, Musa mía,
Para que en grave y sublimado verso
Cantaras en loor de la Poesía.

Que ya que el vulgo rústico, perverso
Procura aniquilarla, tú hicieras
Su nombre eterno en todo el universo.

Aquí, Ninfas del Sur, venid ligeras;
Pues que soy la primera que os imploro,
Dadme vuestro socorro las primeras.

Y vosotras, Pimpleides, cuyo coro
Habita en Helicón, dad largo el paso,
Y abrid en mi favor vuestro tesoro;

De la agua Medusea dadme un vaso,
Y pues toca a vosotras, venid presto,
Olvidando a Libetros y a Parnaso.

Y tú, divino Apolo, cuyo gesto
Alumbra al orbe, ven en un momento,
Y pon en mí de tu saber el resto.

Inflama el verso mío con tu aliento,
Y en la agua de tu Trípode lo infunde,
Pues fuiste de él principio y fundamento.

Mas ¿en qué mar mi débil voz se hunde?
¿A quién invoco? ¿qué deidades llamo?
¿Qué vanidad, qué niebla me confunde?

Si, oh gran Mexía, en tu esplendor me inflamo,
Si tú eres mi Parnaso, tú mi Apolo,
¿Para qué a Apolo y al Parnaso aclamo?

Tú en el Perú, tú en el Austrino polo,
Eres el Delio, el Sol, el Febo santo;
Sé, pues, mi Febo, Sol y Delio sólo.

Tus huellas sigo, al cielo me levanto
Con tus alas: defiendo a la Poesía:
Fébada tuya soy, oye mi canto.

Tú me diste preceptos, tú la guía
Me serás, tú que honor eres de España,
Y la gloria del nombre de Mexía.

Bien sé que en intentar esta hazaña
Pongo un monte, mayor que Etna el nombrado,
En hombros de mujer, que son de araña;

Mas el grave dolor que me ha causado
Ver a Helicona en tan humilde suerte,
Me obliga a que me muestre tu soldado.

Que en guerra que amenaza afrenta, o muerte,
Será mi triunfo tanto más glorioso
Cuanto la vencedora es menos fuerte.

Después que Dios con brazo poderoso
Dispuso el caos y confusión primera,
Formando aqueste mapa milagroso;

Después que en la celeste vidrïera
Fijó los signos, y los movimientos
Del Sol compuso en su admirable esfera;

Después que concordó los elementos
Y cuanto en ellos hay, dando preceto
Al mar que no rompiese sus asientos;

Recopilar queriendo en un sujeto
Lo que criado había, al hombre hizo
A su similitud, que es bien perfeto.

De frágil tierra y barro quebradizo
Fué hecha aquesta imagen milagrosa,
Que tanto al autor suyo satisfizo;

Y en ella con su mano poderosa
Epilogó de todo lo criado
La suma, y lo mejor de cada cosa.

Quedó del hombre Dios enamorado,
Y dióle imperio y muchas preeminencias,
Por Vicediós dejándole nombrado.

Dotóle de virtudes y excelencias,
Adornóle con artes liberales,
Y dióle infusas por su amor las ciencias.

Y todos estos dones naturales
Los encerró en un don tan eminente,
Que habita allá en los coros celestiales.

Quiso que aqueste don fuese una fuente
De todas cuantas artes alcanzase,
Y más que todas ellas excelente;

De tal suerte, que en él se epilogase
La humana ciencia, y ordenó que el darlo
A solo el mismo Dios se reservase;

Que lo demás pudiese él enseñarlo
A sus hijos, mas que este don precioso
Sólo el que se lo dió pueda otorgarlo.

¿Qué don es éste? ¿quién el más grandioso
Que por objeto a toda ciencia encierra,
Sino el metrificar dulce y sabroso?

El don de la Poesía abraza y cierra,
Por privilegio dado de la altura,
Las ciencias y artes que hay acá en la tierra.

Ésta las comprehende en su clausura,
Las perfecciona, ilustra y enriquece
Con su melosa y grave compostura.

Y aquel que en todas ciencias no florece,
Y en todas artes no es ejercitado,
El nombre de poeta no merece.

Y por no poder ser que esté cifrado
Todo el saber en uno sumamente,
No puede haber poeta consumado.

Pero serálo aquel más excelente
Que tuviere más alto entendimiento,
Y fuere en más estudios eminente.

Pues ya de la Poesía el nacimiento
Y su primer origen ¿fué en el suelo?
¿O tiene aquí en la tierra el fundamento?

Oh Musa mía, para mi consuelo
Dime dónde nació, que estoy dudando,
¿Nació entre los espíritus del cielo?

Éstos a su Criador reverenciando
Compusieron aquel Trisagros trino,
Que al trino y uno siempre están cantando.

Y como la Poesía al hombre vino
De espíritus angélicos perfetos,
Que por conceptos hablan de contino,

Los espiritüales, los discretos
Sabrán más de poesía, y será ella
Mejor mientras tuviere más concetos.

De esta región empírea, santa y bella
Se derivó en Adán primeramente,
Como la lumbre Délfica en la estrella.

¿Quién duda, que advirtiendo allá en la mente
Las mercedes que Dios hecho le había
Porque le fuese grato y obediente,

No entonase la voz con melodía,
Y cantase a su Dios muchas canciones,
Y que Eva alguna vez le ayudaría:

Y viéndose después entre terrones,
Comiendo con sudor por el pecado,
Y sujeto a la muerte y sus pasiones;

Estando con la reja y el arado,
¿Que elegías compondría de tristeza,
Por verse de la gloria desterrado?

Entró luego en el mundo la rudeza
Con la culpa; hincheron las maldades
Al hombre de ignorancia y de bruteza:

Dividiéronse en dos parcialidades
Las gentes; siguió a Dios la más pequeña,
Y la mayor a sus iniquidades.

La que siguió de Dios el bando y seña,
Toda ciencia heredó, porque la ciencia
Fundada en Dios al mismo Dios enseña.

Tuvo también en suma reverencia
Al don de la Poesía, conociendo
Su grande dignidad y su excelencia.

Y así el dichoso pueblo, en recibiendo
De Dios algunos bienes y favores,
Le daba gracias, cantos componiendo.

Moisés, queriendo dar sumos loores,
Y la gente hebrea, a Dios eterno,
Por ser de los egipcios vencedores,

El cántico hicieron dulce y tierno
(Que el Éxodo celebra) relatando
Cómo el rey Faraón bajó al Infierno.

Pues ya cuando Jahel privó del mando
Y de la vida á Sísara animoso,
A Dios rogando y con el mazo dando,

¡ Qué poema tan grave y sonoroso
Barac el fuerte y Débora cantaron,
Por ver su pueblo libre y victorioso !

La muerte de Golïat celebraron
Las matronas con versos de alegría,
Cuando a Saúl con ellos indignaron.

El rey David sus salmos componía,
Y en ellos del gran Dios profetizaba;
¡ De tanta majestad es la Poesía !

Él mismo los hacía y los cantaba;
Y más que con retóricos extremos
A componer a todos incitaba.

« Nuevo cantar a nuestro Dios cantemos
(Decía), y con templados instrumentos
Su nombre bendigamos y alabemos.

Cantadle con dulcísimos acentos,
Sus maravillas publicando al mundo,
Y en él depositad los pensamientos. »

También Judit, después que al tremebundo
Holofernes cortó la vil garganta,
Y morador lo hizo del profundo,

Al cielo empíreo aquella voz levanta,
Y dando a Dios loor por la victoria,
Heroicos y sagrados versos canta.

Y aquellos que gozaron de la gloria
En Babilonia estando en medio el fuego,
Menospreciando vida transitoria,

Las voces entonaron con sosiego,
Y con metros al Dios de las alturas
Hicieron fiesta, regocijo y juego.

Job sus calamidades y amarguras
Escribió en verso heroico y elegante;
Que a veces un dolor brota dulzuras.

A Jeremías dejo, aunque más cante
Sus Trenos numerosos, que ha llegado
Al Nuevo Testamento mi discante.

La madre del Señor de lo criado
¿No compuso aquel canto que enternece
Al corazón más duro y obstinado?

« A su Señor mi ánima engrandece,
Y el espíritu mío de alegría
Se regocija en Dios y le obedece. »

¡Oh dulce Virgen, ínclita María!
No es pequeño argumento y gloria poca
Esto para estimar la Poesía:

Que basta haber andado en vuestra boca
Para darle valor, y a todo cuanto
Con su pincel dibuja, ilustra y toca.

¿Y qué diré del soberano canto
De aquel a quien, dudando allá en el templo,
Quitó la habla el Paraninfo santo?

A ti también, oh Simeón, contemplo,
Que abrazado al *Jesús* con brazos píos,
De justo y de poeta fuiste ejemplo.

El Hosanna cantaron los judíos
A aquel a cuyos miembros con la lanza
Después dejaron de calor vacíos.

Mas ¿para qué mi musa se abalanza
Queriendo comprobar cuánto a Dios cuadre
Que en metro se le dé siempre alabanza?

Pues vemos que la Iglesia nuestra madre
Con salmos, himnos, versos y canciones
Pide mercedes al Eterno Padre.

De aquí los sapientísimos varones
Hicieron versos griegos y latinos,
De Cristo, de sus obras y sermones.

Mas ¿cómo una mujer los peregrinos
Metros del gran Paulino y del hispano
Juvenco alabará siendo divinos?

De los modernos, callo a Mantüano,
A Fiera, a Sannazaro, y dejo a Vida,
Y al honor de Sevilla, Arias Montano.

De la parcialidad que desasida
Quedó de Dios, negando su obediencia,
Es bien tratar, pues ella nos convida.

Ésta, pues, se apartó de la presencia
De Dios, y así quedó necia, ignorante,
Bárbara, ciega, ruda y sin prudencia.

Seguía su soberbia el arrogante,
Amaba la crueldad el sanguinoso,
Y el avariento al oro rutilante.

Era Dios la lujuria del vicioso,
Adoraba el ladrón en la rapiña,
Y al honor daba incienso el ambicioso.

No había deidad ni ley divina,
Si no era el propio gusto y apetito,
Por carecer de ciencias y doctrina.

Mas el eterno Dios incircunscrito,
Por las causas que al hombre son secretas,
Fué reparando abuso tan maldito.

Dió al mundo (indigno de esto) los poetas
A los cuales filósofos llamaron,
Sus vidas estimando por perfetas.

Éstos fueron aquellos que enseñaron
Las cosas celestiales, y la alteza
De Dios por las criaturas rastrearon:

Éstos mostraron de naturaleza
Los secretos; juntaron a las gentes
En pueblos, y fundaron la nobleza.

Las virtudes morales excelentes
Pusieron en precepto; y el lenguaje
Limaron con sus metros eminentes.

La brutal vida, aquel vivir salvaje
Domesticaron, siendo el fundamento
De policía en el contrato y traje.

De esto tuvo principio y argumento
Decir que Orfeo con su voz mudaba
Los árboles y peñas de su asiento:

Mostrando que los versos que cantaba
Fuerza tenían de mover los pechos
Más fieros que las fieras que amansaba.

Conoció el mundo en breve los provechos
De este arte celestial de la Poesía,
Viendo los vicios con su luz deshechos.

Creció su honor, y la virtud crecía
En ellos, así el nombre de poeta
Casi con el de Jove competía.

Porque este ilustre nombre se interpreta
Hacedor, por hacer con artificio
Nuestra imperfecta vida más perfeta;

Y así el que fuere dado a todo vicio
Poeta no será, pues su instituto
Es deleitar, y doctrinar su oficio.

¿Qué puede doctrinar un disoluto?
¿Qué pueden deleitar torpes razones?
Pues sólo está el deleite do está el fruto.

Tratemos, Musa, de las opiniones
Que del poema angélico tuvieron
Las griegas y romúlidas naciones.

Las cuales como sabias entendieron
Ser arte de los cielos descendida,
Y así a su Apolo dios la atribuyeron.

Fué en aquel siglo en gran honor tenida,
Y como don divino venerada,
Y de muy poca gente merecida.

Fué en montes consagrados colocada,
En Helicón, en Pimpla y en Parnaso,
Donde a las Musas dieron la morada.

Fingieron que si al hombre con su vaso
No infundían el metro, era imposible
En la Poesía dar un solo paso.

Porque aunque sea verdad que no es factible
Alcanzarse por arte lo que es vena,
La vena sin el arte es irrisible.

Oid a Cicerón cómo resuena
Con elocuente trompa en alabanza
De la gran dignidad de la Camena.

El buen poeta (dice Tulio) alcanza
Espíritu divino, y lo que asombra
Es darle con los dioses semejanza.

Dice que el nombre de poeta es sombra,
Y tipo de deidad santa y secreta:
Y que Ennio a los poetas santos nombra.

Aristóteles diga qué es poeta:
Plinio, Estrabón, y díganoslo Roma,
Pues da al poeta nombre de profeta.

Corona de laurel, como al que doma
Bárbaras gentes, Roma concedía
A los que en verso honraban su idïoma.

Dábala al vencedor porque vencía,
Y dábala al poeta artificioso
Porque a vencer, cantando, persuadía.

¡Oh tiempo veces mil y mil dichoso
(Digo dichoso en esto), pues que fuiste
En el arte de Apolo tan famoso!

¡Cuán bien sus excelencias conociste,
Con cuánto acatamiento la estimaste,
En qué punto y quilate la pusiste!

A los doctos poetas sublimaste,
Y a los que fueron más inferïores
En el olvido eterno sepultaste.

De monarcas, de reyes, de señores,
Sujetaste los cetros y coronas
Al arte, la mayor de las mayores.

Y siendo aquesto así, ¿por qué abandonas
Ahora a la que entonces diste el lauro,
Y levantaste allá sobre las zonas?

Del Nilo al Betis, del Polaco al Mauro
Hiciste le pagasen el tributo,
Y la encumbraste sobre Ariete y Tauro.

A Julio César vimos (por quien luto
Se puso Venus, siendo muerto a manos
Del Bruto en nombre, y en los hechos bruto)

En cuánta estima tuvo al soberano
Metrificar, pues de la negra llama
Libró a Marón, el docto Mantüano.

Y en honor de Calíope su dama
Escribió él mismo la sentencia en verso,
Por quien vive la *Eneida* y tiene fama.

Y el Macedonio que del universo
Ganó tan grande parte, sin que agüero
Le fuese en algo a su opinión adverso;

No contento con verse en sumo impero,
Del hijo de Peleo la memoria
Envidió, suspirando por Homero.

No tuvo envidia del valor y gloria
Del griego Aquiles, mas de que alcanzase
Un tal poeta y una tal historia;

Considerando que aunque sujetase
Un mundo y mundos, era todo nada,
Sin un Homero que lo celebrase.

La *Ilíada,* su dulce enamorada,
En paz, en guerra, entre el calor o el frío
Le servía de espejo y de almohada.

Presentáronle un cofre en que Darío
Guardaba sus ungüentos, tan precioso
Cuanto explicar no puede el verso mío.

Viendo Alejandro un cofre tan costoso,
Lo aceptó, y dijo: « Aqueste sólo es bueno
Para guardar a Homero el sentencioso. »

Poniendo a Tebas con sus armas freno,
A la casa de Píndaro y parientes
Reservó del rigor de que iba lleno.

Siete ciudades nobles, florecientes,
Tuvieron por el ciego competencia;
Que un buen poeta es gloria de mil gentes.

Apolo en Delfos pronunció sentencia
De muerte contra aquellos que la dieron
A Arquíloco, un poeta de excelencia.

A Sófocles sepulcro honroso abrieron
Los de Lacedemonia, por mandado
Expreso que del Bromio dios tuvieron.

Mas ¿para qué en ejemplos me he cansado,
Por mostrar el honor que a los poetas
Los dioses y las gentes les han dado,

Si en las grutas del Báratro secretas
Los demonios hicieron cortesía
A Orfeo por su arpa y chanzonetas?

No quiero explique aquí la Musa mía
Los latinos, que alcanzan nombre eterno
Por este excelso don de la Poesía;

Los cuales con su canto dulce y tierno
A sí y a los que en metro celebraron
Libraron de las aguas del Averno.

Sus nombres con su pluma eternizaron,
Y de la noche del eterno olvido
Mediante sus vigilias se escaparon.

Conocido es Virgilio, que a su Dido
Rindió al amor con falso disimulo,
Y el tálamo afeó de su marido.

Pomponio, Horacio, Itálico, Catulo,
Marcial, Valerio, Séneca, Avïeno,
Lucrecio, Juvenal, Persio, Tibulo,

Y tú, oh Ovidio, de sentencias lleno,
Que aborreciste el foro y la oratoria
Por seguir de las nueve el coro ameno.

Y olvido al español que, en dulce historia,
El Farsálico encuentro nos dió escrito
Por dar a España con su verso gloria.

Pero ¿dó voy, a dó me precipito?
¿Quiero contar del cielo las estrellas?
Quédese: que es contar un infinito.

Mas será bien, pues soy mujer, que de ellas
Diga mi Musa si el benigno cielo
Quiso con tanto bien engrandecellas.

Soy parte, y como parte me recelo
No me ciegue afición; mas diré sólo
Que a muchas dió su lumbre el dios de Delo.

Léase Policiano, que de Apolo
Fué un vivo rayo, el cual de muchas canta,
Divulgando su honor de polo a polo.

Entre muchas, oh Safo, te levanta
Al cielo, por tu metro y por tu lira,
Y también de Damófila discanta.

Y de ti, Pola, con razón se admira,
Pues limaste a Lucano aquella historia,
Que a ser eterna por tu causa aspira.

Dejemos las antiguas: ¿con qué gloria
De una Proba Valeria, que es romana,
Hará mi lengua rústica memoria?

Aquesta, de la *Eneida* mantüana
Trastrocando los versos, hizo en verso
De Cristo vida y muerte soberana.

De las Sibilas sabe el universo
Las muchas profecías que escribieron
En metro numeroso, grave y terso.

Éstas del celestial consejo fueron
Partícipes, y en sacro y dulce canto
Las Fébadas oráculos dijeron.

Sus vaticinios la Tiresia Manto,
De divino furor arrebatada,
En versos los cantó, poniendo espanto.

Pues ¿qué diré de Italia, que adornada
Hoy día se nos muestra con matronas
Que en esto exceden a la edad pasada?

Tú, oh Fama, en muchos libros las pregonas,
Sus rimas cantas, su esplendor demuestras,
Y así de lauro eterno las coronas.

También Apolo se infundió en las nuestras,
Y aun yo conozco en el Perú tres damas
Que han dado en la Poesía heroicas muestras.

Las cuales... mas callemos, que sus famas
No las fundan en verso: a tus varones,
Oh España, vuelvo, pues allá me llamas.

También se sirve Apolo de leones,
Pues han mil españoles florecido
En épicas, en cómico y canciones.

Y muchos han llegado, y excedido
A los griegos, latinos y toscanos,
Y a los que entre ellos han resplandecido.

Que como dió el dios Marte con sus manos
Al español su espada, porque él solo
Fuese espanto y horror de los paganos;

Así también el soberano Apolo
Le dió su pluma, para que volara
Del eje antiguo a nuestro nuevo polo.

¡Quién fuera tan dichosa que alcanzara
Tan elegantes versos, que con ellos
Los poetas de España sublimara!

Aunque loarlos yo fuera ofendellos;
Fuera, por darles lustre, honor y pompa,
Obscurecerme a mí y obscurecellos.

La Fama con su eterna y clara trompa
Tiene el cuidado de llevar sus nombres,
A do el rigor del tiempo no los rompa;

Y ellos también con plumas más que de hombres,
A pesar del olvido, cada día
Eternizan sus obras y renombres.

¡Oh España venerable, oh madre pía,
Dichosa puedes con razón llamarte,
Pues por ti está en su punto la Poesía!

En ti vemos de Febo el estandarte;
Tú eres el sacro templo de Minerva,
Y el trono y silla del horrendo Marte.

Gloríate de hoy más, pues la proterva
Envidia se te rinde y da blasones,
Sin que los borre la fortuna acerba.

Y vosotras, antárticas regiones,
También podéis teneros por dichosas,
Pues alcanzáis tan célebres varones,

Cuyas plumas heroicas, milagrosas,
Darán, y han dado muestras, cómo en esto
Alcanzáis voto, como en otras cosas.

¿Dónde vas, Musa? ¿No hemos prosupuesto
De rematar aquí nuestro discurso,
Que de prolijo y tosco es ya molesto?

¿Por qué dilatas el difícil curso?
¿Por qué arrojas al mar mi navecilla,
Mar que ni tiene puerto ni recurso?

¿Una mujer que teme en ver la orilla
De un arroyuelo de cristales bellos,
Quieres que rompa al mar con su barquilla?

¿Cómo es posible yo celebre a aquellos
Que asido tienen con la diestra mano
Al rubio intonso dios de los cabellos?

Pues nombrarlos a todos es en vano,
Por ser los del Perú tantos, que exceden
A las flores que Tempe da en verano.

Mas, Musa, dí de algunos, ya que pueden
Contigo tanto, y alza más la prima,
Que ellos su plectro y mano te conceden.

Testigo me serás, sagrada Lima,
Que el doctor Figueroa es laureado
Por su grandiosa y elevada rima.

Tú, de ovas y espadañas coronado,
Sobre la urna transparente oíste
Su grave canto, y fué de ti aprobado.

Y un tiempo fué que en tu Academia viste
Al gran Duarte, al gran Fernández digo,
Por cuya ausencia te has mostrado triste.

Fué al cerro donde el Austro es buen testigo
Que vale más su vena, que las venas
De plata que allí puso el cielo amigo.

Betis se ufana que éste en sus arenas
Gozó el primer aliento, y quiere parte
El Luso de su ingenio y sus Camenas.

Quisiera, oh Montesdoca, celebrarte;
Mas estás retirado allá en tu cama,
Cuándo siguiendo a Febo, cuándo a Marte.

Pero como tu nombre se derrama
Por ambos polos, has dejado el cargo
De eternizar tus versos a la fama.

Del Tajo ameno por camino largo,
Un rico pescador las aguas de oro
Trocó por Tetis y su reino amargo.

Mas no pudo el Perú tanto tesoro
Ganar, sino ganando a ti, oh Sedeño,
Regalo del Parnaso y de su coro.

Ya el mundo espera que del grave ceño
De Glauca el pescador tuyo le cante,
Mostrando el artificio de su dueño.

Con reverencia nombra mi discante
Al licenciado Pedro de Oña: España,
Pues lo conoce, templos le levante.

Espíritu gentil, doma la saña
De Arauco (pues con hierro no es posible)
Con la dulzura de tu verso extraña.

La Volcanea horrífica, terrible,
Y el militar elogio, y la famosa
Miscelánea, que al Inga es apacible:

La entrada de los Mojos milagrosa,
La comedia del Cuzco y Vasquirana,
Tanto verso elegante y tanta prosa,

Nombre te dan y gloria soberana,
Miguel Cabello, y ésta redundando
Por Hesperia, Archidona queda ufana.

A ti, Juan de Salcedo Villandrando,
El mismo Apolo Délfico se rinda,
A tu nombre su lira dedicando:

Pues nunca sale por la cumbre Pinda
Con tanto resplandor cuanto demuestras
Cantando en alabanza de Clarinda.

Ojeda y Gálvez, si las plumas vuestras
No estuvieran a Cristo dedicadas,
Ya de Castalia hubieran dado muestras.

Tal vez os las ponéis, y a las sagradas
Regiones os llegáis tanto, que entiendo
Que de algún ángel las tenéis prestadas.

El uno está a Trujillo enriqueciendo,
A Lima el otro, y ambos a Sevilla
La estáis con vuestra musa ennobleciendo.

Déme su ingenio Juan de la Portilla,
Para que ensalce su fecunda vena,
Que temo con mi voz disminuilla.

La Antártica región que al orbe atruena,
Con Potosí celebrará su nombre,
Nombre que el cielo eternizarlo ordena.

Gaspar Villarroel, digo aquel hombre
Que a pesar de las aguas del Leteo,
Con verso altivo ilustra su renombre:

Aquel que en la dulzura es un Orfeo,
Y un griego Melesígenes en ciencia,
Y en majestad y alteza un dios Timbreo.

Éste, por ser quien es, me da licencia
Que abrevie aquí las alabanzas suyas;
Que es símbolo el callar de reverencia.

Mas aunque tú la vana gloria huyas
(Que por la dar mujer será bien vana),
Callar no quiero, oh Ávalos, las tuyas:

Y cuando calle yo, sabe la Indiana
América muy bien cómo es don Diego
Honor de la poesía castellana.

Con gran recelo a tu esplendor me llego,
Luis Pérez Ángel, norma de discretos,
Porque soy mariposa y temo el fuego.

Fabrican tus romances y sonetos
(Como los de Anfión un tiempo a Tebas),
Muros a Arica a fuerza de concetos.

Y tú, Antonio Falcón, bien es te atrevas
La antártica Academia, como Atlante,
Fundar en ti, pues sobre ti la llevas.

Ya el culto Tasso, ya el obscuro Dante,
Tienen imitador en ti, y tan diestro,
Que yendo tras su luz, le vas delante.

Tú, Diego de Aguilar, eres maestro
En la escuela Cirrea gradüado,
Por ser tu metro honor del siglo nuestro.

El renombre de Córdova, ilustrado
Quedará por tu lira; justa paga
Del amor que a las Musas has mostrado.

No porque al fin, Cristóbal de Arriaga,
Te ponga de este elogio, eres postrero;
Ni es justo que tu gloria se deshaga:

Que en Pimpla se te da el lugar primero,
Como al primero que con fuerza de arte
Corres al parangón do llegó Homero.

De industria quise el último dejarte,
Don Pedro ilustre, como a quien Apolo
(Por ser tú Carvajal) dió su estandarte.

Ni da el Perú, ni nunca dió Pactolo
Con sus minas y arenas tal riqueza,
Como tú con tu pluma a nuestro polo.

Elpis Heroída, préstame la alteza
De tu espíritu insigne, porque cante
De otros muchos poetas la grandeza:

Mas pues humano ingenio no es bastante,
Saquemos de lo dicho este argumento,
Si es buena la Poesía: es importante

Ser buena, por su santo nacimiento,
Y porque es don de Dios, y Dios la estima:
Queda arriba probado nuestro intento.

Ser importante, pruébolo: la prima
Siento que se destempla, y voy cansada,
Mas la razón a proseguir me anima.

Será una cosa tanto más preciada
Y de más importancia, cuanto fuere
Más provechosa y más aprovechada.

Es de importancia el Sol porque aunque hiere,
Con sus rayos alumbra y nos da vida,
Criando lo que vive y lo que muere.

La Tierra es de importancia porque anida
Al hombre, y así a él como a los brutos
Les da, cual justa madre, la comida.

Todos los vegetales por sus frutos
Son de importancia, y sonlo el mar y el viento
Porque nos rinden fértiles tributos.

No sólo es de importancia un elemento.
Mas una hormiga, pues su providencia
Al hombre ha de servir de documento.

Cada arte importa, importa cada ciencia,
Porque de cada cual viene un provecho,
Que es el fin a que mira su existencia.

Pues si una utilidad hace de hecho
Ser cada cosa de por sí importante,
¿Qué importará quien muchas nos ha hecho?

Es la Poesía un piélago abundante
De provechos al hombre; y su importancia
No es sola para un tiempo ni un instante.

Es de provecho en nuestra tierna infancia,
Porque quita y arranca de cimiento,
Mediante sus estudios, la ignorancia.

En la virilidad es ornamento,
Y a fuerza de vigilias y sudores
Pare sus hijos nuestro entendimiento.

En la vejez alivia los dolores,
Entretiene la noche mal dormida,
O componiendo o revolviendo autores.

Da en lo poblado el gusto sin medida,
En el campo acompaña y da consuelo,
Y en el camino a meditar convida.

De ver un prado, un bosque, un arroyuelo,
De oír un pajarito, da motivo
Para que el alma se levante al cielo.

Anda siempre el poeta entretenido
Con su Dios, con la Virgen, con los Santos,
O ya se baja al centro denegrido.

De aquí proceden los heroicos cantos,
Las sentencias y ejemplos virtüosos,
Que han corregido y convertido a tantos.

Y si hay poetas torpes y viciosos,
El don de la Poesía es casto y bueno,
Y ellos los malos, sucios y asquerosos.

El lirio, el alhelí del prado ameno
Son saludables; llega la serpiente,
Y hace de ellos tósigo y veneno.

Por esto el ignorante y maldiciente,
Tanta seguida viendo, y zarabanda,
Infame introducción de infame gente,

La lengua desenfrena y se desmanda
A condenar a fuego a la Poesía,
Como si fuese herética o nefanda.

Necio: ¿también será la teología
Mala, porque Lutero el miserable
Quiso fundar en ella su herejía?

Acusa a la Escritura venerable,
Porque la tuerce el mísero Calvino,
Para probar su intento abominable.

Quita los tenplos donde al Rey divino
Le ofrecen sacrificios, porque en ellos
Comete un desalmado un desatino.

Del oro y plata, dos metales bellos,
Condena al Hacedor excelso y sabio,
Pues tantos males causa el pretendellos.

Contra todas las cosas mueve el labio,
Pues todas, si de todas hay mal uso,
Hacen a Dios ofensa, al hombre agravio.

Si dices que te ofende y trae confuso
Ver en la Iglesia llenos los poetas
De dioses que el gentil en aras puso,

Las causas son muy varias y secretas,
Y todas aprobadas por católicas,
Y así en las condenar no te entremetas.

Las unas son palabras metafóricas,
Y aunque mujer indocta me contemplo,
Sé que también hay otras alegóricas.

No es esto para ti: por un ejemplo
Me entenderás. Ya has visto en cualquier fiesta
Colgado con primor un santo templo:

Allí habrás visto por nivel dispuesta
Rica tapicería y tela de oro
Por más grandeza a trechos interpuesta:

Habrás visto doseles, y un tesoro
Grande de joyas y otros mil ornatos,
Con traza insigne y con igual decoro:

Habrás visto poner muchos retratos,
Y aun es el aderezo más vistoso
En semejantes pompas y aparatos:

Cuál sería de Alcides el famoso,
Otro de Marte y de la Cipria diosa,
Y cuál del niño ciego riguroso:

La prosapia de Césares famosa
Y el turco Solimán allí estaría,
Y la bizarra turca, dicha Rosa.

Pues ¿cómo en templo santo, en santo día
Y entre gente cristiana de almas puras,
Y donde está la sacra Eucaristía,

Se permiten retratos y figuras
De los dioses profanos y de aquellos
Que están ardiendo en cárceles obscuras?

Permítense poner, y es bien ponellos
Como trofeos de la Iglesia: ella
Con esto muestra que se sirve de ellos.

Así esta dama ilustre cuanto bella
De la Poesía, cuando se compone
En honra de su Dios que pudo hacella,

Con su divino espíritu dispone
De los dioses antiguos, de tal suerte,
Que a Cristo sirven y a sus pies los pone.

Más razones pudiera aquí traerte,
Oh ignorante; mas siéntote turbado,
Que es fuerte la verdad como la muerte.

¡Oh poético espíritu enviado
Del cielo empíreo a nuestra indigna tierra,
Gratuitamente a nuestro ingenio dado!

Tú eres, tú, el que hace dura guerra
Al vicio y al regalo, dibujando
El horror y el peligro que en sí encierra.

Tú estás a las virtudes encumbrando,
Y enseñas con dulcísimas razones
Lo que se gana la virtud ganando.

Tú alivias nuestras penas y pasiones,
Y das consuelo al ánimo afligido
Con tus sabrosos metros y canciones.

Tú eres el puerto al mar embravecido
De penas, donde olvida sus tristezas
Cualquiera que a tu abrigo se ha acogido.

Tú celebras los hechos, las proezas
De aquellos que por armas y ventura
Alcanzaron honores y riquezas.

Tú dibujas la rara hermosura
De las damas, en rimas y sonetos,
Y el bien del casto amor y su dulzura.

Tú explicas los intrínsecos concetos
Del alma y los ingenios engrandeces,
Y los acendras y haces más perfetos.

¿Quién te podrá loar como mereces?
¿Y cómo a proseguir seré bastante,
Si con tu luz me asombras y enmudeces?

Y dime, oh Musa, ¿quién de aquí adelante,
De la Poesía viendo la excelencia,
No la amará con un amor constante?

¿Qué lengua habrá que tenga ya licencia
Para la blasfemar, sin que repare,
Teniéndole respeto y reverencia?

¿Y cuál será el ingrato que alcanzare
Merced tan alta, rara y exquisita,
Que en libelos y en vicios la empleare?

¿Quién la olorosa flor hará marchita,
Y a las bestias inmundas del pecado
Arrojará la rica margarita?

Repara un poco, espíritu cansado,
Que sin aliento vas, yo bien lo veo,
Y está muy lejos de este mar el vado.

Y tú, Mexía, que eres del Febeo
Bando el príncipe, acepta nuestra ofrenda,
De ingenio pobre y rica de deseo.

Y pues eres mi Delio, ten la rienda
Al curso con que vuelas por la cumbre
De tu esfera, y mi voz y metro enmienda,
Para que dignos queden de tu lumbre.

LUIS DE TEJEDA

(Argentino — Siglo XVII)

EL ÁRBOL DE JUDÁ: LIBER GENERATIONIS

(FRAGMENTO)

¿Qué celestial Orfeo,
Qué cítara de rayos peregrina,
Hoy que cantar deseo
De la divina Infanta palestina
El alto nacimiento,
Me prestarán su voz y dulce acento?

Que cuando en breve velo
Se cifra en Nazareth grandeza tanta,
No remedar el suelo
Ecos que el cielo eternamente canta,
De este dichoso día
Corta alabanza y rústica sería.

Del cual ya noticiosos
En los principios de su ser radiantes
Los coros luminosos,

En números cantaron modulantes
Al sol que así los dora,
El claro oriente de su bella aurora.

La soberana idea
Mostró a los siglos su luciente cuna
Nunca manchada y fea,
Que alegres de su próspera fortuna,
En sombra y en figura
Se la mostraron a la edad futura.

Del humano linaje
El padre universal, por su pecado
Ya puesto en servil traje,
Con la esperanza consoló su estado
De que de su espinosa
Zarza saldría tan purpúrea rosa.

Mirando en su destierro
Aquel tan malogrado paraíso
Que le cerró su yerro,
Entre la culpa y el dolor preciso
Conoció la figura
De un paraíso nuevo de hermosura.

Aquella arca valiente
Que Noé fabricó por tantos años,
Fué figura excelente
De ésta, que en el diluvio de los daños,
Del mundo su horizonte
Tuvo en la cumbre del más alto monte.

La cándida paloma
Que el verde ramo trajo en rojo pico,
Fué de esta que hoy asoma
De paz al mundo con el ramo rico,
De cuello terso y rubio,
También figura al general diluvio.

La vara que florida
De Arón vió el mundo, singular portento,
Luego que fué ofrecida
Al arca del Antiguo Testamento,
Figura hermosa le hace
A ésta, que aun antes floreció que nace.

¡Oh tú que al mundo triste,
Alegre siglo, de la estirpe clara
De Judá, la raíz diste
De Jesé Beledmítica, y preclara!
Atiende al árbol santo
Que de ella en los siguientes creció tanto.

Mira, edad, pues, dichosa,
A David, de Jesé primera planta,
Cómo en Sión ya goza
De Israel y Judá grandeza tanta
Con el cetro y corona,
Que humilde al arca postra su persona.

Al arca soberana,
Figura misteriosa de María,
Cuya fábrica llana

En el alcázar de Sión tenía;
Pero mira, a su ejemplo,
De su hijo Salomón el rico templo.

Salomón, rey tan sabio,
Que hasta el Eufrates, del undoso Egito
Movió a la fama el labio,
Y esclavo, a la vejez, de su apetito,
De concubinas vanas
A adoraciones se rindió profanas.

Reino tan absoluto
Roboán el hijo hizo (inexorable
Al pesado tributo)
Con otro a su pesar comunicable,
Y solamente queda
Rey de Judá, quien a Israel hereda.

En el reino, en la impía
Adoración al padre parecido,
Tres años reinó Abía,
Cuyo hijo Azá, del gran David ungido
(No del padre ni abuelo)
Imitador reinó con santo celo.

Suspenda aquí mi pluma
El curso de la real genealogía
Que va escribiendo en suma;
Porque en la cumbre el celador Elía
Asoma del Carmelo,
Piadosamente penetrando el cielo.

Tan ligera y fogosa
El mar inflama y por el aire sube
Su oración fervorosa,
Que a vista de su fe, cándida nube
De breve nacimiento
La tierra riega y humedece el viento.

Allí el sagrado Elía,
Por tradición inmemorial se sabe
Que el nacimiento vía
De esta pequeña niña, nube y nave
Del inmenso tesoro
Que al mundo había de dar en lluvias de oro

. . . .

EL FÉNIX DE AMOR

Que José fuese esposo de María
Y uniese un dulce amor sus voluntades,
Decreto eterno fué, no voluntaria
Elección suya; porque ya tenía
Embargadas sus tiernas libertades
Virginal voto, obligación contraria;
Cuando la turba varia
Del pretendiente Tribu al templo vino
A la voz del oráculo divino;
Y Josef en su mano
El ramo seco y vano
Floreciente mostró, prodigio bello,

Que al yugo soberano
Del matrimonio sujetó su cuello.

Miró entonces José la dulce prenda
Que le entregaron, y anegó sus ojos
En piélagos inmensos de hermosura;
Y a examinar, sin que su sol se ofenda,
Obsequioso se puso los despojos
Del rostro bello y corporal figura:
Su espaciosa blancura
Miró, bañada (en la distancia poca)
Del clavel deshojado de su boca,
Nácar que perlas cría,
Para cuando se ría,
Y del carmín templado a maravillas,
Que liberal les fía
La vergonzosa rosa a sus mejillas.

Perfilado cristal organizado
La nariz desde el cielo de su frente
Baja hasta el labio en proporción graciosa,
Y un hermoso lucero a cada lado
Brillante ostenta, emulación luciente
Del que o la tarde o la mañana goza;
De allí majestüosa,
Con rayos de pestañas, que parejas
Tiran las negras nubes de sus cejas,
Su inmunidad defiende
Del que osado la ofende,
Cuando con vista ociosa o con profana
Escudriñar pretende
La virginal belleza soberana.

Oro en madejas de su tíbar bello
Aliñoso desciende, aunque sin arte,
En ondas crespas de su frente al cielo;
Y la columna de su ebúrneo cuello
Por su pecho y espaldas las reparte,
Sirviendo tanto sol de sombra y velo.
La vista y casto anhelo
De José se suspende a tanto objeto,
Ídolo raro, de beldad perfeto,
Y con admiraciones
De sensibles acciones,
No idólatra le adora, mas venera;
Que las adoraciones
Para deidad reserva verdadera.

Mira a José la celestial doncella,
Y con un rayo tan gracioso embiste
A su potencia corporal visiva,
Que luego deslumbrado a luz tan bella,
No cual soberbia águila resiste,
Que al sol se opone perspicaz y altiva;
Antes con fuerza activa
Desde su vista el rayo al pecho pasa
Y en viva llama el corazón le abrasa,
Que ni siente ni goza,
Cual simple mariposa [1]
Que en cenizas resuelta queda luego,

[1] La falsa rima de este verso con el anterior, cometida también en la composición anterior y más adelante, con otras palabras, parece denotar que ya en el siglo XVII se confundía en Córdoba el sonido de la *z* con el de la *s*.—(Nota del C.)

Que llama poderosa
La abrasa, sin mirar que está en el fuego.

La mano que le entrega reverente,
Torneado copo de la blanca nieve,
José recibe de su esposa apenas,
Cuando un templado hielo correr siente
A su abrasado corazón en breve
Por los rojos conductos de sus venas:
Atenciones ajenas
El corazón imita de la vista
En la sensible material conquista,
Que sólo morir quiere,
Viviendo cuando muere,
Mientras el rayo, imagen de María,
La clara vista hiere
De su interior sentido y fantasía.

Del simulacro reconoce raro
El sentido interior con vista aguda
Las perfecciones menos materiales,
Y que aquel rayo refulgente y claro
Pueda tener origen, pone en duda,
En el cuerpo y sus partes integrales;
Sus siempre naturales
Incendios le embaraza al apetito,
Que el rayo va pasando hasta el distrito
De esfera inteligible,
Pues la concupiscible
No se halla digna del glorioso empleo
Que le toca al posible
Entendimiento y racional deseo.

El rayo, pues, expresa imagen bella
Que arrebató el agente, del sentido,
Y hasta el posible inmaterial conduce,
Tan puro ya en José se imprime y sella,
Que de su virginal amor herido,
Ya, amante de su esposa, se introduce,
Porque se le trasluce
Un sol de lejos, que en confuso adora,
Que aquellas nubes del sentido dora,
Y que de su hermosura
Es el sol su alma pura,
Con que se atreve a desear gozalla,
No en corporal figura,
Sino en la intelectiva en que la halla.

De gozar la belleza, en quien la mira,
El deseo es amor; y es ciego amante
Quien en la imagen del sentido, escasa,
Para tan torpe amor pone la mira,
Sin seguir aquel rayo fulminante
Hasta el entendimiento donde pasa;
Y aun quien así embaraza
Sin pásar adelante su deseo,
De amor no llega al más glorioso empleo;
Que aunque lícito sea,
Ya en el cuerpo se emplea,
Albergue accidental de la hermosura:
Sólo José desea
Gozar el sol que de ella es fuente pura.

Ya no la imagen, mas su propio objeto,
Sol, que ya vido, aunque en confusa calma,

A conocer, qué es el gozar, aspira;
Y de su entendimiento, aun imperfeto,
Hasta el íntimo centro de su alma,
Sin andar en discursos, se retira:
De su esposa allí admira
El alma, sol y origen de aquel rayo
Que en sus potencias hizo breve ensayo,
En su misma substancia
Con íntima distancia,
Y con deseo ya de comprendella,
En luciente fragancia
Muere, y revive transformado en ella.

El ave, de individua especie, es fama
Que de la Arabia en un excelso monte
Construye a un mismo tiempo tumba y cuna,
Donde de aromas en fogosa cama,
Fijando al sol la vista en su horizonte,
Se abrasa, muere, y nace, y siempre es una;
La variable fortuna
No teme, pues resuelta en su ceniza,
En su mismo morir se inmortaliza
En vida más luciente
Para el siglo siguiente:
Así el fénix Josef, en el Moncayo
Monte de su alta mente,
Se abrasó al sol que le arrojó aquel rayo.

Y pudo ya con libertad dichosa,
Sin la pensión de la mortal miseria
Y las comunes leyes del sentido,
A cada rayo de su bella esposa,

Pues no le originaba su materia,
De su amor virginal quedar herido;
Porque eran los que vido
En su cuerpo graciosos arreboles,
Resultas de aquel piélago de soles
Que en su alma y claro asiento
Vía su entendimiento:
Cada vista a este fénix de amor le era
Un ciclo de años ciento,
En que abrasado y muerto renaciera.

AL NIÑO JESÚS

I

Belén, portal dichoso,
Casa de pan, que ciñes
Aquel cándido trigo
Nacido en tierra virgen;

Deja que a tus umbrales
No palacios sublimes,
No edificios soberbios
De Babilonia envidie;

Deja que tu pesebre
Sellos mis labios frisen,
Fuentes mis ojos rieguen,
Ojos el alma mire.

En tu inmensa estrechura
Lo grande miro humilde,
Lo incircunscripto breve,
Postrado lo terrible.

Quien es de tierra y cielo
Compasador Euclides,
A una cuna de pajas
Se proporciona y mide.

El calor se le niega,
La nieve le corrige,
Y a quien da nieve y lana
No hay hoy pañal que abrigue.

¡Oh cómo está la Madre
Agradeciendo humilde
El abrigo a las bestias,
Que el hombre le prohibe!

Mece la jumentilla
Los pajizos cojines,
Y el buey con tardo aliento
De brasero le sirve.

Llorad, ojos, un rato;
Que cuando el hombre aflige
A Dios, de rudas bestias
Asistirse permite.

Aquella bella Aurora
Por quien los campos ríen,
De la eterna y triunfante
Jerusalén insigne,

Llora sobre las pajas,
Y en sus hilos humildes
(Torsales de oro) ensarta
Aljófares sutiles.

Y así le dice al Niño:
«Esta cuna infelice,
Hijo, te pronostica
Alguna tumba triste;

Y siendo tan estrecha,
Desde agora me dice
Que en las pajas te ensayas
Para en la cruz mullirte.

Sus agudas aristas
Manos y pies te afligen,
Y los tres pronostican
De acero agudos linces.

Las que tus tiernas sienes
Punzan sobre sutiles
Hebras de tu cabeza,
La corona me dicen.

Al vestido encarnado
Que de mi tela hiciste,
Raso triste y pajizo
De entretela le sirve.»

Entre pucheros tiernos
Ya llora, ya se ríe
El Niño con la Madre,
Y ella, llorando, dice:

Si tu desnudez lloras,
Dime, ¿por qué saliste,
Dejando mis entrañas,
Que eran pañales firmes?

Mas ya me estás diciendo,
Mientras lloras y ríes:
Salgo a buscar ingratos,
Pues por ingratos vine.

No llores, pues, bien mío,
Si a tanto te atreviste,
Que a tu Padre dejaste
Y a tu madre despides.

II

La madre al Niño tierno,
Para que en él se abrigue,
Traslada a su regazo
Con sus blancos marfiles;

Y por que los agravios
De tanta nieve olvide,
Un copo de sus pechos
En sus claveles tiñe.

El Niño se adormece:
No hay cielo que no envidie
Pechos que le sustentan
Indigno que le pise;

Mientras entre hijo y madre
Correspondientes siguen
A apoyos de azucenas,
Lisonjas carmesíes.

José, su casto esposo,
Como cándido cisne,
En lágrimas se baña,
En amor se derrite.

Cubierto mira el techo
De aquel portal humilde,
Ya no de telarañas,
De alas de serafines.

Los espíritus puros,
Pasmados de rendirse
A admiraciones cultas,
A conceptos sutiles,

Profundamente admiran
Que quien del seno firme
Del Padre fué engendrado,
Sin madre que le críe,

Temporalmente hoy salga
De aquella Madre Virgen
Engendrado, y sin padre,
Pues sin él le concibe.

El misterio escondido
Que aquel Ángel sublime
Le reveló en sus dudas,
Penetra ya y percibe.

En tanto de los cielos
Los deificos clarines,
Rabeles emplumados,
Dulces voces repiten:

Gloria a Dios en los cielos
Y paz al hombre, dicen:
Sus voces eco forman
En oídos pastoriles;

Que voces que da el cielo
A los soberbios rinden,
A los pobres enseñan
Y alumbran los humildes.

El pastor más valiente
No ya el cayado rige,
O la campaña asista,
O la cabaña habite;

La más bella zagala
Se olvida de ser libre;
Tras el suelto ganado
No hay honda ya que cimbre;

Las cándidas ovejas
Que ni redil las ciñe,
Que ni silbo las junta,
Se andan sueltas y libres;

De pacer olvidadas,
De blanca nieve visten
Los campos de Belén
Y sus verdes países.

Pastores y zagalas
En coros y festines
Buscan al Niño tierno
En el portal humilde.

No hay rústicas ofrendas
Que a sus pies no se humillen,
Y en platos de inocencia
Devoción no ministren.

No sólo al Niño cantan
Églogas pastoriles;
Que el Oriente le envía
Sus más gloriosos timbres.

De aquellos sabios Reyes
Coronas que los ciñen,
Cetros que los levantan,
Púrpuras que los tiñen,

Ofrendas son reales;
Sin que porque se humillen
Cetro, corona y grana
A Dios, más no se estimen.

El incienso sabeo,
Goma que el sol derrite,
Uno le liba en humo
Como a deidad sublime;

El oro, parto noble,
Que del sol se concibe,
Como a Rey le tributa
Otro obediente y firme;

La mirra, por que en ella
Hombre le simbolice,
Tercero Rey le ofrece:
Amor lo da y recibe.

III

Hoy dulce Jesús mío
Que en el mundo naciste,
Y tu divino cuerpo
En pan se me permite,

De mi alma te contemplo
En el portal humilde,
Cercado de animales
De mis vicios terribles.

Si en los de aquel pesebre
Agasajo tuviste,
Los míos te pusieron
Entre sus pajas viles.

De aparente hermosura
Artificiosas Circes
Con cantos de sirenas
Me siguen como a Ulises.

Mundanas ambiciones
Mi vanidad persiguen
Con locas esperanzas
Que hasta el cielo se engríen.

No hay vicio que no cerque
En sus torpes rediles
Mi libertad preciosa,
Por que se precipite.

Hoy a tus plantas tiernas
Toda entera se rinde,
Haciendo sacrificio
De estas fieras esfinges.

¡Tú, poderosa Reina,
Que al mismo Dios pariste,
Más limpia que los cielos
Desde tu claro origen!

Tú, que no fueras madre
De Dios, divina Virgen,
Si el no haber pecadores
Fuera cosa posible:

Pues el lugar me debes
Que pisas tan sublime,
Este pobre pesebre
Tu piedad solemnice.

En él a tu hijo tengo,
Y que el hijo se mire
En pesebre y sin madre,
Parece ya imposible;

Que como es sol que nace,
Es fuerza te anticipes
Como su Aurora bella,
Abriendo tus rubíes.

Ábrelos, Virgen pura,
Ruega, pues son tus fines
Rogar por pecadores
Después que madre fuiste.

Rosa de Jericó,
Que tu nácar no abriste
Para darnos la perla,
Nuestro remedio pide.

Tú del sol de justicia
Los movimientos mides,
Y en su oriente y ocaso
Eres su eterna elicie.

Porque si niño nace
Sin madre, no es posible;
Porque en la cruz no muere
Sin que a su pie te mire.

José, que del Eterno
Padre substituíste,
En trinidad segunda,
El poder invencible;

José, que entre hijo y madre
Unión de amor asistes,
De la Virgen esposo,
Y de él padre felice:

De este pobre pesebre
De mi corazón libre
Devotamente pido
Que los umbrales pises;

Y que la luz divina
Que tu alma llena y ciñe
Hagas que el Hijo y Madre
A todos comunique.

SANTA ROSA DE LIMA

Nace en provincia verde y espinosa
Tierno cogollo; apenas engendrado
Entre las rosas, sol es ya del prado,
Crepúsculo de olor, rayo de rosa.

De los llantos del alba apenas goza,
Cuando es del dueño singular cuidado,
Temiendo, o se le tronche rudo arado,
O se le aje mano artificiosa.

Mas ya qne del cairel desaprisiona
La virgen hoja, previniendo engaños,
La corta, y pone en su guirnalda o zona:

Así esta virgen tierna en verdes años
Cortó su Autor, y puso en su corona:
¡O bien anticipados desengaños!

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

(Mejicana — Siglo XVII)

REDONDILLAS

Hombres necios, que acusáis
A la mujer sin razón,
Sin ver que sois la ocasión
De lo mismo que culpáis;

Si con ansia sin igual
Solicitáis su desdén,
¿Por qué queréis que obren bien
Si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia,
Y luego con gravedad
Decís que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
De vuestro parecer loco
Al niño que pone el coco,
Y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia
Hallar a la que buscáis,
Para pretendida Thais,
Y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro,
Que el que falto de consejo
Él mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
Tenéis condición igual,
Quejándoos, si os tratan mal,
Burlándoos, si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,
Pues la que más se recata,
Si no os admite, es ingrata,
Y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis,
Que con desigual nivel,
A una culpáis por cruel,
Y a otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofende,
Y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena
Que vuestro gusto refiere,
Bien haya la que no os quiere,
Y quejaos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas
A sus libertades alas,
Y después de hacerlas malas
Las queréis hallar muy buenas.

¡Cuál mayor culpa ha tenido
En una pasión errada,
La que cae de rogada,
O el que ruega de caído?

¿O cuál es más de culpar,
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga,
O el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantáis
De la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis,
O hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,
Y después, con más razón,
Acusaréis la afición
De la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo
Que lidia vuestra arrogancia,
Pues en promesa e instancia
Juntáis diablo, carne y mundo.

DÉCIMAS

Copia divina en quien veo
Desvanecido al pincel,
De ver que ha llegado él
Donde no pudo el deseo;
Alto, soberano empleo
De más que humano talento,
Exento de atrevimiento,
Pues tu beldad increíble,
Como excede a lo posible,
No la alcanza el pensamiento.

¿Qué pincel tan soberano
Fué a copiarte suficiente?
¿Qué numen movió la mente?
¿Qué virtud rigió la mano?
No se alabe el arte vano
Que te formó peregrino;
Pues en tu beldad convino,
Para formar un portento,
Fuese humano el instrumento,
Pero el impulso divino.

Tan espíritu te admiro,
Que cuando deidad te creo,
Hallo el alma, que no veo,
Y dudo el cuerpo, que miro;
Todo el discurso retiro
Admirada en tu beldad,
Que muestra con realidad,

Dejando el sentido en calma,
Que puede copiarse el alma,
Que es visible la deidad.

Mirando perfección tal
Cual la que en ti llego a ver,
Apenas puedo creer
Que puedes tener igual;
Y a no haber original
De cuya perfección rara
La que hay en ti se copiara,
Perdida por tu afición,
Segundo Pigmaleón,
La animación te impetrara.

Toco, por ver si escondido
Lo viviente en ti parece:
¿Posible es que de él carece
Quien roba todo el sentido?
¿Posible es que no ha sentido
Esta mano que le toca,
Y a que atiendas te provoca
A mis rendidos despojos?
¿Qué, no hay luz en esos ojos?
¿Qué, no hay voz en esa boca?

Bien puedo formar querella
Cuando me dejas en calma,
De que me robas el alma
Y no te animas con ella;
Y cuando altivo atropella
Tu rigor mi rendimiento,

Apurando el sufrimiento,
Tanto tu piedad se aleja,
Que se me pierde la queja
Y se me logra el tormento.

Tal vez pienso que piadoso
Respondes a mi afición,
Y otras teme el corazón
Que te esquivas desdeñoso.
Ya alienta el pecho dichoso,
Ya infeliz al rigor muere;
Pero, como quiera, adquiere
La dicha de poseer,
Porque al fin, en mi poder
Serás lo que yo quisiere.

Y aunque ostentes el rigor
De tu original fiel,
A mí me ha dado el pincel
Lo que no puede el amor:
Dichosa vivo al favor
Que me ofrece un bronce frío:
Pues aunque muestres desvío,
Podrás, cuando más terrible,
Decir que eres impasible,
Pero no que no eres mío.

SONETO

Detente, sombra de mi bien esquivo,
Imagen del hechizo que más quiero,
Bella ilusión por quien alegre muero,
Dulce ficción por quien penosa vivo.
Si al imán de tus gracias atractivo
Sirve mi pecho de obediente acero,
¿Para qué me enamoras lisonjero
Si has de burlarme luego fugitivo?
Mas blasonar no puedes satisfecho
De que triunfa de mí tu tiranía;
Que aunque dejas burlado el lazo estrecho
Que tu forma fantástica ceñía,
Poco importa burlar brazos y pecho,
Si te labra prisión mi fantasía.

LIRAS

QUE EXPRESAN SENTIMIENTOS DE AUSENTE

Amado dueño mío,
Escucha un rato mis cansadas quejas,
Pues del viento las fío
Que breve las conduzca a tus orejas,
Si no se desvanece el triste acento
Como mis esperanzas en el viento.

Óyeme con los ojos,
Ya que están tan distantes los oídos,
Y de ausentes enojos
En ecos de mi pluma mis gemidos;

Y ya que a ti no llega mi voz ruda,
Óyeme sordo, pues me quejo muda.

Si del campo te agradas,
Goza de sus frescuras venturosas,
Sin que aquestas cansadas
Lágrimas te detengan enfadosas;
Que en él verás, si atento te entretienes,
Ejemplo de mis males y mis bienes.

Si al arroyo parlero
Ves galán de las flores en el prado,
Que amante y lisonjero
A cuantas mira intima su cuidado,
En su corriente mi dolor te avisa
Que a costa de mi llanto tienes risa.

Si ves que triste llora
Su esperanza marchita en ramo verde
Tórtola gemidora,
En él y en ella mi dolor te acuerde
Que imitan con verdor y con lamento
Él mi esperanza y ella mi tormento.

Si la flor delicada,
Si la peña, que altiva no consiente
Del tiempo ser hollada,
Ambas me imitan, aunque variamente,
Ya con fragilidad, ya con dureza,
Mi dicha aquélla, y ésta mi firmeza.

Si ves el ciervo herido
Que baja por el monte acelerado,

Buscando dolorido
Alivio al mal en un arroyo helado,
Y sediento al cristal se precipita,
No en el alivio, en el dolor me imita.

Si la liebre encogida
Huye medrosa de los galgos fieros,
Y por salvar la vida
No deja estampa de los pies ligeros,
Tal mi esperanza en dudas y recelos
Se ve acosada de villanos celos.

Si ves el cielo claro,
Tal es la sencillez del alma mía;
Y si, de luz avaro,
De tinieblas se emboza el claro día,
Es con su obscuridad y su inclemencia
Imagen de mi vida en esta ausencia.

Así que, Fabio amado,
Saber puedes mis males sin costarte
La noticia cuidado;
Pues puedes de los campos informarte,
Y pues yo a todo mi dolor ajusto,
Saber mi pena sin dejar tu gusto.

Mas ¿cuándo, ¡ay gloria mía!
Mereceré gozar tu luz serena?
¿Cuándo llegará el día
Que pongas dulce fin a tanta pena?
¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto,
Y de los míos quitarás el llanto?

¿Cuándo tu voz sonora
Herirá mis oídos delicada,
Y el alma, que te adora,
De inundación de gozos anegada,
A recibirte con amante prisa
Saldrá a los ojos desatada en risa?

¿Cuándo tu luz hermosa
Revestirá de gloria mis sentidos?
Y ¿cuándo yo dichosa
Mis suspiros daré por bien perdidos,
Teniendo en poco el precio de mi llanto,
Que tanto ha de penar quien goza tanto?

¿Cuándo de tu apacible
Rostro, alegre veré el semblante afable,
Y aquel bien indecible,
A toda humana pluma inexplicable?
Que mal se ceñirá a lo definido
Lo que no cabe en todo lo sentido.

Ven, pues, mi prenda amada,
Que ya fallece mi cansada vida
De esta ausencia pesada;
Ven, pues, que mientras tarda tu venida,
Aunque me cueste su verdor enojos,
Regaré mi esperanza con mis ojos.

REDONDILLAS

EN QUE DESCRIBE RACIONALMENTE LOS EFECTOS IRRACIONALES DEL AMOR

Este amoroso tormento
Que en mi corazón se ve,
Sé que lo siento, y no sé
La causa por que lo siento.

Siento una grave agonía
Por lograr un devaneo,
Que empieza como deseo,
Y pára en melancolía.

Y cuando con más terneza
Mi infeliz estado lloro,
Sé que estoy triste, e ignoro
La causa de mi tristeza.

Siento un anhelo tirano
Por la ocasión a que aspiro,
Y cuando cerca la miro
Yo misma aparto la mano.

Porque si acaso se ofrece
Después de tanto desvelo,
La desazona el recelo,
O el susto la desvanece.

Y si alguna vez sin susto
Consigo tal posesión,
Cualquiera leve ocasión
Me malogra todo el gusto.

Siento mal del mismo bien
Con receloso temor,
Y me obliga el mismo amor
Tal vez a mostrar desdén.

Cualquier leve ocasión labra
En mi pecho de manera
Que el que imposible venciera
Se irrita de una palabra.

Con poca causa ofendida
Suelo, en mitad de mi amor,
Negar un leve favor,
A quien le diera la vida.

Ya sufrida, ya irritada,
Con contrarias penas lucho,
Que por él sufriré mucho,
Y con él sufriré nada.

No sé en qué lógica cabe
El que tal cuestión se pruebe,
Que por él lo grave es leve,
Y con él lo leve es grave.

Sin bastantes fundamentos
Forman mis tristes cuidados
De conceptos engañados
Un monte de sentimientos.

Y en aquel fiero conjunto
Hallo, cuando se derriba,
Que aquella máquina altiva
Sólo estribaba en un punto.

Tal vez el dolor me engaña,
Y presumo sin razón
Que no habrá satisfacción
Que pueda templar mi saña.

Y cuando a averiguar llego
El agravio por que riño,
Es como espanto de niño.
Que pára en burlas y juego.

Y aunque el desengaño toco,
Con la misma pena lucho
De ver que padezco mucho,
Padeciendo por tan poco.

A vengarse se abalanza
Tal vez el alma ofendida,
Y después arrepentida
Tomo de mí otra venganza.

Y si al desdén satisfago
Es con tan ambiguo error,
Que yo pienso que es rigor,
Y se remata en halago.

Hasta el labio desatento
Suele equívoco tal vez,
Por usar de la altivez
Encontrar el rendimiento.

Cuando por soñada culpa
Con más enojo me incito,
Yo le acrimino el delito,
Y le busco la disculpa.

No huyo el mal ni busco el bien,
Porque en mi confuso error,
Ni me asegura el amor,
Ni me despecha el desdén.

En mi ciego devaneo,
Bien hallada con mi engaño,
Solicito el desengaño
Y no encontrarlo deseo.

Si alguno mis quejas oye,
Más a decirlas me obliga
Por que me las contradiga,
Que no por que las apoye.

Porque si con la pasión
Algo contra mi amor digo,
Es mi mayor enemigo
Quien me concede razón.

Y si acaso en mi provecho
Hallo la razón propicia,
Me embaraza la justicia
Y ando cediendo el derecho.

Nunca hallo gusto cumplido,
Porque entre alivio y dolor
Hallo culpa en el amor
Y disculpa en el olvido.

Esto de mi pena dura
Es algo del dolor fiero,
Y mucho más no refiero
Porque pasa de locura.

Si acaso me contradigo
En este confuso error,
Aquel que tuviere amor
Entenderá lo que digo.

ROMANCE

Ya que para despedirme,
Dulce idolatrado dueño,
Ni me da licencia el llanto,
Ni me da lugar el tiempo,
Háblente los tristes rasgos,
Entre lastimeros ecos,
De mi triste pluma, nunca
Con más justa causa negros.
Y aun esta te hablará torpe
Con las lágrimas que vierto,
Porque va borrando el agua
Lo que va dictando el fuego.
Hablar me impiden mis ojos,
Y es que se anticipan ellos,
Viendo lo que he de decirte,
A decírtelo primero.
Oye la elocuencia muda
Que hay en mi dolor, sirviendo
Los suspiros de palabras,
Las lágrimas de conceptos.
Mira la fiera borrasca
Que pasa en el mar del pecho,

Donde zozobran turbados
Mis confusos pensamientos.
  Mira cómo ya el vivir
Me sirve de afán grosero;
Que se avergüenza la vida
De durarme tanto tiempo.
  Mira la muerte, que esquiva
Huye, porque la deseo,
Que aun la muerte, si es buscada,
Se quiere subir de precio.
  Mira cómo el cuerpo amante,
Rendido a tanto tormento,
Siendo en lo demás cadáver,
Sólo en el sentir es cuerpo.
  Mira cómo el alma misma
Aun teme, en su ser exento,
Que quiera el dolor violar
La inmunidad de lo eterno.
  En lágrimas y suspiros,
Corazón y alma a un tiempo,
Aquél se convierte en agua,
Y ésta se resuelve en viento.
  Ya no me sirve de vida
Esta vida que poseo,
Sino de condición sola
Necesaria al sentimiento.
  Mas ¿por qué gasto razones
En contar mi pena, y dejo
De decir lo que es preciso,
Por decir lo que estás viendo?
  En fin, te vas: ¡ay de mí!
Dudosamente lo pienso;

Pues si es verdad, no estoy viva,
Y si viva, no lo creo.
¿Posible es que ha de haber día
Tan infausto, tan funesto,
En que sin ver yo las tuyas
Esparza sus luces Febo?
¿Posible es que ha de llegar
El rigor a tan severo,
Que no ha de darles tu vista
A mis pesares aliento?
¡Ay mi bien! ¡Ay prenda mía!
¡Dulce fin de mis deseos!
¿Por qué me llevas el alma,
Dejándome el sentimiento?
Mira que es contradicción
Que no cabe en un sujeto
Tanta muerte en una vida,
Tanto dolor en un muerto.
Mas ya que es preciso ¡ay triste!
En mi infelice suceso,
Ni vivir con la esperanza,
Ni morir con el tormento,
Dame algún consuelo tú
En el dolor que padezco,
Y quien en el suyo muere,
Viva siquiera en tu pecho.
No te olvides que te adoro,
Y sírvate de recuerdo
Las finezas que me debes,
Si no las prendas que tengo.
Acuérdate que mi amor,
Haciendo gala del riesgo,

Sólo por atropellarlo
Se alegraba de tenerlo.
Y si mi amor no es bastante,
El tuyo mismo te acuerdo,
Que no es poco empeño haber
Empezado ya en empeño.
Acuérdate, señor mío,
De tus nobles juramentos,
Y lo que juró tu boca
No lo desmientan tus hechos.
Y perdona si en temer
Mi agravio, mi bien, te ofendo,
Que no es dolor el dolor
Que se contiene en lo atento.
Y adiós, que con el ahogo
Que me embarga los alientos,
No sé ya lo que te digo,
Ni lo que te escribo leo.

ENDECHAS

QUE DISCURREN FANTASÍAS TRISTES DE UN AUSENTE

Prolija memoria,
Permite siquiera
Que por un instante
Sosiegue mis penas.
Afloja el cordel,
Que, según aprietas,
Temo que reviente
Si das otra vuelta.

Mira que si acabas
Con mi vida, cesa
De tus tiranías
La triste materia.
No piedad te pido
En aquestas treguas,
Sino que otra especie
De tormento sea.
Ni de mí presumas
Que soy tan grosera
Que la vida sólo
Para vivir quiera.
Bien sabes tú, como
Quien está tan cerca,
Que sólo la estimo
Por sentir con ella.
Y porque perdida,
Perder era fuerza
Un amor que pide
Duración eterna.
Por esto te pido
Que tengas clemencia,
No porque yo viva,
Sí porque él no muera.
¿No basta cuán vivas
Se me representan
De mi ausente cielo
Las divinas prendas?
¿No basta acordarme
Sus caricias tiernas,
Sus dulces palabras,
Sus nobles finezas?

¿Y no basta que
Industriosa crezcas
Con pasadas glorias
Mis presentes penas?
Sino que (¡ay de mí!
Mi bien, quién pudiera
No hacerte este agravio
De temer mi ofensa!)
Sino que, villana,
Persuadirme intentas
Que mi agravio es
Posible que sea.
Y para formarlo,
Con necia agudeza,
Con cuerdas palabras
Acciones contestas:
Sus proposiciones
Me las interpretas,
Y lo que en paz dijo
Me sirve de guerra.
¿Para qué examinas
Si habrá quién merezca
De sus bellos ojos
Atenciones tiernas?
¿Si de otra hermosura
Acaso le llevan
Méritos más altos,
Más dulces ternezas?
¿Si de obligaciones
La carga molesta
Le obliga, en mi agravio,
A pagar la deuda?

¿Para qué ventilas
La cuestión superflua
De si es la mudanza
Hija de la ausencia?
Ya yo sé que es frágil
La naturaleza,
Y que su constancia
Sola, es no tenerla.
Sé que la mudanza
Por puntos, en ella
Es de su ser propio
Caduca dolencia.
Pero también sé
Que ha habido firmeza,
Que ha habido excepciones
De la común regla.
Pues ¿por qué la suya
Quieres tú que sea,
Siendo ambas posibles,
De aquélla, y no de ésta?
Mas ¡ay! que ya escucho
Que das por respuesta,
Que son más seguras
Las cosas adversas.
Con estos temores
En confusa guerra,
Entre muerte y vida
Me tienes suspensa.
Ven a algún partido
De una vez, y acepta
Permitir que viva,
O dejar que muera.

ENDECHAS

QUE PRORRUMPEN EN LAS VOCES DEL DOLOR AL DESPEDIRSE PARA UNA AUSENCIA

Si acaso, Fabio mío,
Después de penas tantas,
Quedan para las quejas
Alientos en el alma;
Si acaso en las cenizas
De mi muerta esperanza
Se libró por pequeña
Alguna débil rama,
Adonde entretenerse
Con fuerza limitada,
El rato que me escuchas,
Pueda la vital aura;
Si acaso a la tijera
Mortal, que me amenaza,
Concede breves treguas
La inexorable Parca:
Oye en tristes endechas
Las tiernas consonancias,
Que al moribundo cisne
Sirven de exequias blandas.
Y antes que noche eterna,
Con letal llave opaca,
De mis trémulos ojos
Cierre las lumbres vagas,
Dame el postrer abrazo,
Cuyas tiernas lazadas,
Siendo unión de los cuerpos,
Identifican almas.

Oiga tus dulces ecos,
Y en cadencias turbadas,
No permita el ahogo
Enteras las palabras.
De tu rostro en el mío
Haz amorosa estampa,
Y las mejillas frías
De ardiente llanto baña.
Tus lágrimas y mías
Digan equivocadas
Que, aunque en distintos pechos,
Las engendró una causa.
Unidas de las manos
Las bien tejidas palmas,
Con movimientos digan
Lo que los labios callan.
Dame por prendas firmes
De tu fe no violada,
En tu pecho, escrituras,
Seguros, en tu cara;
Para que cuando baje
A las estigias aguas,
Tuyo el óbolo sea
Para fletar la barca.
Recibe de mis labios
El que en mortales ansias
El exánime pecho
Último aliento exhala.
Y el espíritu ardiente
Que vivífica llama
De acto sirvió primero
A tierra organizada,

Recibe, y de tu pecho
En la dulce morada
Padrón eterno sea
De mi fineza rara.
Y adiós, Fabio querido,
Que ya el aliento falta,
Y de vivir se aleja
La que de ti se aparta.

AUTO SACRAMENTAL DEL DIVINO NARCISO

FRAGMENTOS

NATURALEZA

De buscar a Narciso fatigada,
Sin permitir sosiego a mi pie errante
Ni a mi planta cansada,
¡Qué tantos ha ya días, que vagante
Examino las breñas
Sin poder encontrar más que las señas!

A este bosque he llegado, donde espero
Tener noticias de mi bien perdido;
Que si señas confiero,
Diciendo está del prado lo florido
Que producir amenidades tantas
Es por haber besado ya sus plantas.

¡Oh cuántos días ha que he examinado
La selva flor a flor y planta a planta,
Gastando congojado
Mi triste corazón en pena tanta,
Y mi pie fatigando vagabundo
Tiempo, que siglos son, selva, que es mundo!

Díganlo las edades que han pasado,
Díganlo las regiones que he corrido,
Los suspiros que he dado,
De lágrimas los ríos que he vertido,
Los trabajos, los hierros, las prisiones
Que he padecido en tantas ocasiones.

Una vez, por buscarle, me toparon
De la ciudad las guardas, y atrevidas
No sólo me quitaron
El manto, mas me dieron mil heridas
Los centinelas de los altos muros,
Teniéndose de mí por mal seguros.

¡Oh ninfas que habitáis este florido
Y ameno prado! ansiosamente os ruego
Que si acaso al querido
De mi alma encontrareis, de mi fuego
Le noticiéis diciendo mi agonía
Con que de amor enferma el alma mía.

Si queréis que os dé señas de mi amado,
Rubicundo esplendor le colorea
Sobre jazmín nevado;
Por su cuello rizado ofir pasea;

Los ojos de paloma que enamora,
Y en los raudales transparentes mora.

Mirra olorosa de su aliento exhala;
Sus manos son al torno, y están llenas
De jacintos por gala,
O por indicios de sus graves penas;
Que si el jacinto es *ay* entre sus brillos,
Ostenta tantos *ayes* como anillos.

Dos columnas de mármol sobre basas
De oro, sustentan su edificio bello,
Y en delicias no escasas,
Suavísimo es y ebúrneo el blanco cuello,
Y todo apetecido y deseado:
Tal es, oh ninfas, mi divino amado.

Entre millares mil es escogido,
Y cual granada luce sazonada
En el prado florido,
Entre rústicos árboles plantada:
Así sin que ningún zagal le iguale,
Entre todos los otros sobresale.

Decidme dónde está el que mi alma adora,
O en qué parte apacienta sus corderos,
O hacia dónde a la hora
Meridiana descansan sus luceros,
Para que yo empiece a andar vagando
Por los rediles que le voy buscando.

Mas por mi dicha ya cumplidas veo
De Daniel las semanas misteriosas,

Y logra mi deseo
Las alegres promesas amorosas
Que me ofrece Isaías
En todas sus sagradas profecías.

Pues ya nació aquel niño hermoso y bello;
Y ya nació aquel hijo delicado
Que será gloria el vello,
Llevando sobre el hombro el principado,
Admirable Dios, fuerte y consejero,
Rey y Padre del siglo venidero.

Ya brotó aquella vara misteriosa
De Jesé la flor bella, en que descansa
Sobre su copa hermosa
Espíritu divino, en que afianza
Sabiduría, consejo, inteligencia,
Fortaleza, piedad, temor y ciencia.

Ya el fruto de David tiene la silla
De su padre; ya el lobo y el cordero
Se junta y agavilla,
Y el cabritillo con el pardo fiero;
Junto al oso el becerro quieto yace,
Y como buey el león las pajas pace.

Recién nacido infante, quieto juega
En el cóncavo de áspid ponzoñoso,
Y a la caverna llega
Del Régulo nocivo, niño hermoso,
Y la manilla en ella entra seguro,
Sin poderlo dañar su aliento impuro.

Ya la señal, que Acaz pedir no quiso
Y Dios le concedió sin él pedirla,
Se ve, pues ya Dios hizo
La nueva, la estupenda maravilla
Que a la naturaleza tanto excede,
De que una virgen para, y virgen quede.

Ya a Abraham se ha cumplido la promesa
Que Dios reiteró a Isaac, de que serían
En su estirpe y nobleza
Bendecidas las gentes que nacían
En todas las naciones
Para participar sus bendiciones.

El cetro de Judá, que ya ha saltado,
Según fué de Jacob la profecía,
Da a entender que ha llegado
Del mundo la esperanza y la alegría,
La salud del Señor que él esperaba
Y en profético espíritu miraba.

Sólo me falta ya ver consumado
El mayor sacrificio. ¡Oh, si llegara,
Y de mi dulce amado
Mereciera mi amor mirar la cara!
Seguiréle por más que me fatigue,
Pues dice que ha de hallarle quien le sigue.

¡Oh divino amado, quién gozara
Acercarse a tu aliento generoso
De fragancia más rara
Que el vino y el ungüento más precioso!

Tu nombre es como el óleo derramado,
Y por esto las ninfas te han amado.

Tras tus olores presto voy corriendo:
¡Oh con cuánta razón todas te adoran!
Mas no estés atendiendo
Si del sol los ardores me acaloran;
Mira que aunque soy negra soy hermosa,
Pues parezco a tu imagen milagrosa.

Mas allí una pastora hermosa veo:
¿Quién podrá ser beldad tan peregrina?
Mas, o miente el deseo,
O ya he visto otra vez su luz divina:
A ella quiero acercarme,
Por ver si puedo bien certificarme.

(Llegan la Naturaleza y la Gracia a la fuente, pónese la Naturaleza entre las ramas, y con ella la Gracia, de manera que parezca que se mira; y sale por otra parte Narciso con una honda como pastor, y canta el último verso y lo demás representa.)

NARCISO

Ovejuela perdida,
De tu dueño olvidada,
¿Adónde vas errada?
Mira que dividida
De mí, también te apartas de tu vida.

Por las cisternas viejas
Bebiendo turbias aguas,
Tu necia sed enjuagas,
Y con sordas orejas
De las aguas vivíficas te alejas.

En mis finezas piensa:
Verás que siempre amante
Te guardo vigilante,
Te libro de la ofensa,
Y que pongo la vida en tu defensa.

De la escarcha y la nieve
Cubierto, voy siguiendo
Tus necios pasos, viendo
Que ingrata no te mueve
Ver que dejo por ti noventa y nueve.

Mira que mi hermosura
De todas es amada,
De todas es buscada,
Sin reservar criatura,
Y sola a ti te elige tu ventura.

Por sendas horrorosas
Tus pasos voy siguiendo,
Y mis plantas hiriendo
De espinas dolorosas,
Que estas selvas producen escabrosas.

Yo tengo de buscarte,
Y aunque tema perdida,
Por buscarte, la vida,
No tengo de dejarte,
Que antes quiero perderla por hallarte.

¿Así me correspondes,
Necia, de juicio errado?
¿No soy quien te ha criado?

¿Cómo no me respondes?
¿Y cómo (si pudieras) te me escondes?

Pregunta a tus mayores
Los beneficios míos,
Los abundantes ríos,
Los pastos y verdores
En que te apacentaron mis amores.

En un campo de abrojos,
En tierra no habitada
Te hallé sola, arriesgada
Del lobo a ser despojos,
Y te guardé cual niña de mis ojos.

Trájete a la verdura
Del más ameno prado,
Donde te ha apacentado
De la miel la dulzura,
Y aceite que manó de peña dura.

Del trigo generoso
La medula escogida
Te sustentó la vida
Hecho manjar sabroso,
Y el licor de las uvas oloroso.

Engordaste, y lozana,
Soberbia y engreída
De verte tan lucida,
Altivamente vana
Mi belleza olvidaste soberana.

Buscaste otros pastores,
A quien no conocieron
Tus padres, ni los vieron,
Ni honraron tus mayores;
Y con esto incitaste mis furores.

Y prorrumpí enojado:
Yo esconderé mi cara
(A cuyas luces pára
Su cara el sol dorado)
De este ingrato, perverso, infiel ganado.

Yo haré que mis furores
Los campos los abrasen
Y las hierbas que pacen,
Y talen mis ardores
Aun los montes que son más superiores.

Mis saetas ligeras
Les tiraré, y el hambre
Corte el vital estambre,
Y de aves carniceras
Serán mordidos y de bestias fieras.

Probarán los furores
De arrastradas serpientes,
Y en muertes diferentes
Obrarán mis rigores
Fuera el cuchillo y dentro los temores.

Mira que soberano
Soy, que no le hay más fuerte,
Que yo doy vida y muerte,

Que yo hiero, yo sano,
Y que nadie se escapa de mi mano.

Pero la sed ardiente
Me aflige y me fatiga;
Bien es que el curso siga
De aquella clara fuente,
Y que en ella templar mi amor intente.

Que pues por ti he pasado
El hambre de gozarte,
No es mucho que mostrarte
Procure mi cuidado:
Que de la sed por ti estoy abrasado.

(Todo esto ha de haberlo dicho llegando hacia la fuente, y en llegando la mira y dice:)

Llego: mas ¡qué es lo que miro!
¡Qué soberana hermosura!
Afrenta con su luz pura
Todo el celestial zafiro:
Del sol el luciente giro,
Con todo el curso luciente
Que da desde Ocaso a Oriente,
No esparce en signos y estrellas
Tanta luz, tantas centellas
Como da sola esta fuente.

Cielo y tierra se ha cifrado
A componer su arrebol;
El cielo con su esplendor,
Y con sus flores el prado;
La esfera se ha trasladado

Toda a quererla adornar;
Pero no, que tan sin par
Belleza, todo el desvelo
De la tierra ni del cielo
No la pudiera formar.

Recién abierta granada
Sus mejillas sonrosea,
Sus dos labios hermosea
Partida cinta dorada,
Por quien la voz delicada,
Haciendo al coral agravio,
Despide el aliento sabio
Que así a sus claveles toca;
Leche y miel vierte la boca,
Panales destila el labio.

Las perlas, que en concha breve
Guarda, se han asimilado
Al rebaño, que apiñado
Desciende en copos de nieve;
El cuerpo, que gentil mueve,
El aire a la palma toma;
Los ojos por quien asoma
El alma en su resplandor,
Muestra, con luces de sol,
Benignidad de paloma.

Terso el bulto delicado
De lo que a la vista ofrece,
Parva de trigo parece
Con azucenas vallado;

De marfil es torneado
El cuello, gentil coluna;
No puede igualar ninguna
Hermosura a su arrebol,
Escogida como el sol,
Y hermosa como la luna.

Con un ojo solo bello
El corazón me ha abrasado,
El pecho me ha traspasado
Con el rizo de un cabello:
Abre el cristalino sello
De ese centro claro y frío,
Para que entre el amor mío;
Mira que traigo escarchada
La crencha de oro rizada
Con las perlas del rocío.

Ven, esposa, a tu querido,
Rompe esta cortina clara,
Muéstrame tu hermosa cara,
Suene tu voz a mi oído;
Ven del Líbano escogido,
Acaba ya de venir,
Y coronaré el ofir
De tu madeja preciosa
Con la corona olorosa
De Amaná, Hermón y Sanir.

SOR FRANCISCA JOSEFA DE CASTILLO Y GUEVARA

(Colombiana — Siglo XVIII)

DELIQUIOS DEL DIVINO AMOR

EN EL CORAZÓN DE LA CRIATURA Y EN LAS AGONÍAS DEL HUERTO

El habla delicada
Del amante que estimo,
Miel y leche destila
Entre rosas y lirios.

Su meliflua palabra
Corta como rocío,
Y con ella florece
El corazón marchito.

Tan suave se introduce
Su delicado silbo,
Que duda el corazón
Si es el corazón mismo.

Tan eficaz persuade
Que, cual fuego encendido,
Derrite como cera
Los montes y los riscos.

Tan fuerte y tan sonoro
Es su aliento divino,
Que resucita muertos
Y despierta dormidos.

Tan dulce y tan suave
Se percibe al oído,
Que alegra de los huesos
Aun lo más escondido.

Al monte de la mirra
He de hacer mi camino,
Con tan ligeros pasos
Que iguale al cervatillo.

Mas ¡ay Dios! que mi amado
Al huerto ha descendido,
Y como árbol de mirra
Suda el licor más primo.

De bálsamo es mi amado,
Apretado racimo
De las viñas de Engadi:
El amor le ha cogido.

De su cabeza el pelo,
Aunque ella es oro fino,
Difusamente baja
De penas a un abismo.

El rigor de la noche
Le da el color sombrío,
Y gotas de su hielo
Le llenan de rocío.

¿Quién pudo hacer ¡ay cielo!
Temer a mi querido?
Que huye el aliento y queda
En un mortal deliquio.

Rotas las azucenas
De sus labios divinos,
Mirra amarga destilan
En su color marchitos.

Huye, aquilón; ven, austro:
Sopla en el huerto mío:
Las eras de las flores
Den su olor escogido.

Sopla más favorable,
Amado vientecillo;
Den su olor los aromas,
Las rosas y los lirios.

Mas ¡ay! que si sus luces
De fuego y llamas hizo,
Hará dejar su aliento
El corazón herido.

MATÍAS CÓRDOBA

(Guatemalteco — Siglo XVIII)

LA TENTATIVA DEL LEÓN Y EL ÉXITO DE SU EMPRESA

FÁBULA MORAL

La tentativa de abatir al hombre
Que por su ingenio y su virtud se eleva,
Cantar deseo, Musa, si propicia
De tal conformidad mi voz alientas,
Que sugiera instrucciones saludables,
Al mismo tiempo que la risa mueva.
Había en los desiertos africanos,
Entre un grupo de rocas, una cueva,
Donde parió una leona su cachorro
Y le ocultó cou suma diligencia.
Después que con su leche le ha nutrido,
De carnes elegidas le alimenta,
Y da, con excelentes instrucciones,
La última mano a su piedad materna.
Le refiere sus nobles ascendientes,
No para que sus glorias le envanezcan,

Sino para que imite sus virtudes,
Cuyos modelos tiene tan de cerca.
—¡Qué gloria tener, dice, un padre ilustre
¡Qué confusión el no seguir sus huellas!
¿Hablarás del honor de una familia
Que en ti produzca su mayor afrenta?
Debes ser compasivo y generoso,
Por lo mismo que nadie tiene fuerza
Para dañarte, y exceptuando el hombre,
Todo a tu imperio fuerte se sujeta.
El león orgulloso aquí se enoja,
Sus ojos encarnados centellean,
La piel movible de su frente agita,
Y sacude erizada la melena.
—¿Quién es, pregunta, quién, ese viviente
Que resistir a mi pujanza pueda,
Cuya sola mención ha acibarado
Las palabras más dulces y halagüeñas?
Con solo... — En este instante da un bramido
Que estremece la gruta, el bosque atruena,
Y el eco que repiten las montañas
Por todo el horizonte se dispersa.
—El hombre — dice la prudente madre —
Es animal de una mediana fuerza,
Que la suele aumentar el ejercicio,
Sin que a la tuya compararse pueda;
Mas con sagacidad, industria y maña,
Todo lo rinde, todo lo sujeta:
Oprime el mar, se sirve de los vientos,
Arranca las entrañas a la tierra,
Y, lo que me horroriza al referirlo,

El rayo ardiente a voluntad maneja.
Y así, evita encontrarlo, huye, hijo mío,
Acelerado corre a tu caverna:
Es el hombre feroz con sus hermanos,
¡Cómo no lo será con una fiera! —
— ¿Que yo me esconda? — dice — he de buscarle
Y en singular batalla aquel que venza
Tendrá la primacía, no fundada
En la opinion; fundada en la experiencia:
Sé que temeridad y cobardía
Son dos extremos que el valor detesta;
Mas se deben probar todos los medios
De conseguir una gloriosa empresa.
— La ardiente juventud te precipita —
Le replica la madre — no es prudencia
Buscarse por sí mismo la desgracia
Aunque es valor sufrirla cuando llega.
Entonces el león dice: — ¿Haré alarde,
¡Pese a mí! de rendir la mansa oveja,
Que no pudiendo obscurecer mi gloria.
De mis garras es víctima indefensa?
Estoy determinado: no te canses
En oponer a mi pasión violenta
De la razón los débiles estorbos;
O me veas triunfante o no me veas.
Dice, y al punto presuroso parte
Cuando la noche a descorrer empieza
El manto obscuro que hace majestuoso
El pálido esplendor de las estrellas.
Sin rumbo fijo, sin torcer el paso
Por el tupido bosque se abre senda.

Insensible a las puntas de las zarzas
Que le hacen obstinada resistencia.
Sale, por fin, al anchuroso campo,
Y en él un animal se le presenta
Que a los plateados visos de la luna
Con atención, mas sin temor observa.
—Robusta es la cerviz—dice;—en la frente
Tiene con sus adornos la defensa.
¡Qué nerviosos los pies! ¡Qué forcejudas
Deben ser esas manos corpulentas!
¡Con cuánta impavidez, qué satisfecho
Yace, creyendo que ninguno pueda
Tener atrevimiento de inquietarle,
Disputando con él la preeminencia!—
En tanto distraído tremolaba
La grande cola, que en las hojas secas,
Caídas de los árboles vecinos,
Formaba extraño ruido, que amedrenta
Al fatigado buey que descansaba
Para tomar de nuevo su tarea.
Perezoso se apoya en una mano;
La otra, después, con lentitud asienta,
E impeliéndose al punto se levanta
Dejando ver cual es su corpulencia.
Retirarse el león es cobardía;
Hacerle frente, peligrosa empresa,
Cualquier extremo tiene precipicio;
Mas, después de un momento, delibera
Que es preferible una gloriosa muerte
A una vida comprada con bajezas.
Asi determinado se adelanta

Excusando camino al que sospecha
Ser el hombre a quien busca furibundo,
Y horrible y denodado se presenta.
¿Tú eres — le dice — el hombre que presume
Ser solo soberano de la tierra,
Creyendo que su rango y primacía
Todo animal, temblando, reverencia? —
No — responde; — ¡ay de mí! no soy el hombre:
Soy de los infelices que sujeta;
A quien por los más útiles servicios
Da la más dura y vil correspondencia.
Al punto que nací, mandó a mi madre
Que mi alimento natural partiera
Entre él y yo, y sólo a ciertas horas
Tomaba hambriento la ordeñada teta.
Después impuso a mi cerviz el yugo,
Aun antes de cumplir tres primaveras,
Para hacerme arrastrar enorme carga;
Y si el peso y el sol me desalientan,
En lugar de apiadarse, enfurecido,
Con su aguijón me hiere sin clemencia.
Si en las sutiles cañas las espigas
Agitadas del aura balancean,
Yo he preparado el delicioso cuadro
Abriendo surcos en la dura tierra,
Que con tanta abundancia le produce
El grano cuyas pajas me presenta.
¡Ay! cuando me envejezco en su servicio,
¡De qué suerte corona mi carrera!
Después de maneatarme, a sangre fría
Me da el golpe fatal: no le penetran

Los gritos y clamores repetidos
Que mis útiles obras le recuerdan.
Mira sin conmoción correr la sangre;
Y se sirven mis carnes en su mesa,
Sin horror, como vianda delicada.
Y pues esto del hombre te da idea,
Toma este rumbo y apresura el paso
Que yo debo tomar la parte opuesta;
Porque si tú deseas encontrarle,
Yo apetezco y procuro no me vea. —
  La fiera, rencorosa, estas palabras
Escuchó con asombro, y no sospecha
Que acaso el buey será uno de los criados
Que hablan mal de sus amos y exageran
Lo bien que sirven, y lo poco o nada
Que por ser fieles y oficiosos medran.
Es su enemigo el hombre, y esto basta
Para creer las calumnias más groseras:
Pues así le parece justifica
El odio que en su pecho reconcentra;
Mas el taimado señaló aquel rumbo,
Deseoso de acabar la conferencia,
Y así le hizo vagar toda la noche
Sin hallar cosa que a hombre se parezca.
  La aurora, en cuyos labios como rosas
Una sonrisa tímida se expresa,
Escucha las pintadas avecillas
Que con dulces gorjeos la celebran;
En tanto el león descubre otro viviente
Que al buey en la estatura se asemeja.
A él dirige su marcha acelerado
Y con tono insultante así que llega,

— Eh ¿tú eres el vil hombre? — le pregunta;
Pero aquel animal que airoso muestra
Gallarda petulancia, noble orgullo,
No le da tan de pronto la respuesta.
Primero atentamente lo examina:
En los pies se recarga; ambas orejas
Hacia él dirige, y luego le responde:
— Del hombre, a quien se rinde mi soberbia,
Un criado soy que con placer le sirvo
Tomando como mías sus empresas.
En sus largas jornadas le conduzco
Puesto sobre mi lomo: con la espuela
Me bate los ijares, y yo entonces
Corriendo más veloz que una centella,
Alcanzo a los rebeldes fugitivos
Que no quieren estar a su obediencia.
Si es demasiado mi fogoso empeño,
Con el freno al instante lo modera,
Y con el mismo freno me prescribe
El paso en que he de andar y por qué senda.
¡Qué peligros arrostro por servirle!
Cuando el clarín y los timbales suenan,
Erizada la crin, hiriendo el suelo,
Como sensible a la gloriosa empresa,
Lejos de amedrentarme los horrores,
A mi señor advierto la impaciencia
Con que deseo entrar con él en parte
De los riesgos y afanes de la guerra.—
Suena entonces de lejos un relincho,
Y el caballo, al oírlo: — Aunque quisiera,
Dijo, seguir hablando, me precisa
Ir adonde me llaman con urgencia.

Luego, volviendo las torneadas ancas,
Con tal ímpetu emprende la carrera,
Que a la fiera en los ojos encendidos
Con las patas arroja las arenas.
Al león, no el dolor, sino el insulto
Le es insufrible: de la acción violenta
Jura vengarse, y para hacerlo pronto,
Frota los ojos con las manos vueltas.
Mas después que los abre, el veloz potro
Ya no parece en la llanura inmensa.
Sigue, no obstante, por el mismo rumbo
Creyendo que se oculta en las hileras
De unos frondosos árboles que mira;
Mas pierde la esperanza cuando llega
Al sitio majestuoso consagrado
Al genio reflexivo. Las napeas,
Con el dedo en los labios, a los faunos,
Que avanzan por mirarlas más de cerca,
Silencio imponen, y las blandas alas
Céfiro con sorpresa mueve apenas.
Duerme la ninfa de una clara fuente
Que deja ver su reluciente arena:
Después copia los sauces de la orilla;
Y más en lo profundo representa
La perspectiva augusta de los cielos,
Por la parte oriental que Febo incendia.
¡Qué hermoso carmesí! ¡Qué franjas de oro!
La avenida de luz por allá deja,
Sobre un hermoso fondo azul celeste,
Un jaspeado color de madreperla.
Al león este cuadro nada importa,
Siendo su celestial magnificencia

Para aquel corazón bueno y sensible
Que odio, envidia, venganza no envenenan.
Trepa ligero al sauce más antiguo:
Mira por todas partes y no encuentra
Por ninguna el objeto de sus iras;
Pero siendo oportuno a sus ideas
Aquel sitio, en el brazo más robusto
Que hay en la rama principal, se sienta.
Ve desde allí venir hacia la fuente
Un animal de poca corpulencia,
Aunque muy bien formado, que clamando
Con voz aguda su dolor expresa.
Cuando llegó a distancia que podía
El león escucharle... ¡ qué sorpresa!
¡Qué acceso de furor! Habla del hombre,
A quien, como si oyéndole estuviera,
Con el dulce entusiasmo del cariño
Le dirige la voz de esta manera:
—¿Dónde, señor, estás que no me escuchas?
¿De mi lealtad acaso no te acuerdas?
¿Quién como yo te advierte los peligros,
O se expone a morir en tu defensa?
Ningún criado te da más testimonios
De amor, de sumisión y de obediencia;
Pues si las leves faltas me castigas,
No opongo a tu furor más que la queja.
Lamiéndote la mano que me hiere,
Y postrado a tus pies, pido me vuelvas
A tu amistad, y una mirada tuya,
Golpes, desprecios, todo lo compensa.
Si me mandas seguir alguna caza,
¡Con qué empeño, qué celo, qué presteza,

La persigo, la alcanzo y de ella triunfo!
Mas sobrio te la entrego, sin que pueda
Mi integridad faltar aun en el caso
De que el hambre furiosa me acometa.
Cuando duermes yo velo cuidadoso:
Rondo la casa por que no sorprenda
Algún extraño tan preciosa vida:
Muestro, además, mi celo en la defensa
De animales a quienes dañaría
Si el placer que te causan no advirtiera...
Mas por aquí el olfato... ciertamente...
Sí, por aquí pasó, según la huella.—

Decía el perro, oliendo las pisadas
Que vió estampadas en la blanda tierra.
Sigue el rastro creyendo que ninguno
Nada de lo que dijo oír pudiera;
Y el enemigo lo escuchaba todo.
¡Esas facilidades de la lengua!

El león confundido no percibe
Qué magia, qué virtud el hombre tenga,
Pues que los animales más valientes
De grado se le rinden o por fuerza.
Baja no obstante, y se encamina al sitio
En que el perro observó la humana huella.
Al llegar, cuidadoso la examina,
Y, viendo su tamaño, considera
Que excediendo a la suya en otro tanto,
Tendría su rival doble grandeza.
En traje de prudencia disfrazado
El pálido temor, temblando llega,
Y a tomar la espesura le persuade

Con el semblante, la actitud y señas.
Mas luego la opinión inexorable,
Que tiraniza el globo de la tierra,
Con ojos torvos *¡Que dirán!* le grita:
No dice más, ni aguarda la respuesta.
Venid acá, censores inflexibles,
No aguardéis a que el éxito se vea
Para fallar en tono decisivo:
El león vuestro sabio juicio espera.
Cuando ya no le sirva, si es vencido,
Será locura proseguir la empresa;
Como si vence, debe ser cordura
No abandonar una victoria cierta.
Al león fatigado, que no sabe
A dónde encaminarse, o qué hacer deba,
Un matorral espeso le convida,
Y en él dudoso a descansar se interna,
Notando que allí puede sin ser visto
Observar cuanto pasa por defuera.
El sueño le acomete; él se resiste
Y lo rechaza, en fin, cuando ve cerca
Un animal bien hecho, cuya mole
Sólo sobre sus pies mantiene recta.
— No arman sus manos, dice, corvas uñas;
Es adorno su pelo, no cubierta;
Calma y bondad anuncia su semblante;
Todo es blandura, gracias, inocencia.
En tu favor previenes, ¡ser amable!
¿Serás, dulce viviente, serás presa
Que esclavice y degrade el feroz hombre?
¡No hará tal, que yo salgo a tu defensa!

Se levanta, se estira, se sacude,
Y se dirige al que auxiliar intenta;
Mas como ve su turbación, le dice:
— El hombre es a quien busco, nada temas.
— Pues bien, yo soy el hombre; ¿qué buscabas?
¿Qué se ofrece? — le dijo con firmeza.
— ¿Eres tú? — le pregunta; — ¿eres el mismo?
— Sin duda, soy el mismo — le contesta.
— ¡Cómo! — exclama el león — ¡tantas maldades
Ocultas con tan bellas apariencias!
— Dejemos — dijo el hombre — los insultos,
Que irritan, aunque propios de una bestia;
Y así para evitar contestaciones,
Puedes volver al bosque y yo a la aldea.
— ¡No — responde el león — no nos iremos,
Hoy mismo quiero ver por experiencia
Si acaso eres conmigo tan valiente
Como tirano con las otras bestias! —
Pone el hombre en tortura su discurso
Por que le suministre alguna treta;
Mas la presencia de ánimo no pierde,
Que es lo que en tales casos aprovecha.
— Mira — dijo al león — siempre la fama...
Ya se ve, es imposible que uno pueda
A todos contentar... mas no me opongo:
Estoy conforme con lo que tú quieras;
Pero antes que riñamos, es preciso
Hacer para mi casa un haz de leña;
Porque si tú me vences, ya eso menos
Tendrá que hacer mi débil compañera;
Cuando no, quedaré debilitado,
Porque no hay enemigo que no ofenda.

El león no advertía que en un tronco,
Cuyas profundas raíces lo sustentan,
Y que tenía cerca su enemigo,
Una hacha muy pesada estaba puesta.
Tomóla pues el hombre, y allí mismo
La clavó con tal ímpetu y violencia
Que bien se percibió crujir el tronco,
Vibrar el aire, retemblar la tierra.
Después con tono impávido le dice:
— Si apeteces cuanto antes la contienda,
Ven a ayudarme a dividir el tronco —.
El león, que reñir a punto lleva,
— ¿Cómo quieres — pregunta — que te ayude ?—
Y el hombre contestó: — De esta manera.
Y atrás doblando un pie, sobre sí tira
El extremo del mástil con gran fuerza;
El un lado de la hacha fué el apoyo;
Con el otro venció la resistencia
Del tronco, haciendo en él una abertura;
Y pujando le dice: — Con presteza,
Agarra la hendidura... que me canso...
Tira luego por esa parte opuesta...
Con valor... ahora... fuerte. Y el incauto
Mete las manos hasta las muñecas
Para abrir más el tronco; pero el hombre,
Soltando la palanca, preso deja
A su rival, que brama de coraje
Y del dolor que le hace ver estrellas.
Entonces con irónica sonrisa
Le decía: — Verás por experiencia
Si acaso soy contigo tan valiente
Como tirano con las otras bestias.

¡Rebelde! a palos domaré tu orgullo,
Y amarrado después con fuerte cuerda,
Te llevaré arrastrando por las calles
Para que en la horca deshonrado mueras.—
Tanto el tormento de la mordedura
Como lo doloroso de la afrenta,
Angustian al león: pierde el sentido,
Se desmaya, inclinando la cabeza
Contra el pérfido tronco: mas volviendo
En sí otra vez, le dice: —¡Hombre! respeta
Los decretos del cielo en la desgracia,
Que hacer mayor pretendes con la afrenta.
Si acaso te es tan dulce la venganza,
Tienes tu mano armada, y yo cabeza:
Hiere al que ingenuamente reconoce.
Que a todo es superior tu inteligencia.
—No—dijo el hombre entonces—vive honrado.
Y al mismo tiempo fácilmente suelta
Al vencido león, y sigue hablando:
¡Mucha gloria es vencerte, noble fiera;
Mas sin comparación es más glorioso
El triunfo celestial de la clemencia!

RAFAEL LANDIVAR

(Guatemalteco — Siglo XVIII)

—

LOS LAGOS DE MÉJICO

(Libro primero del poema latino intitulado *Rusticatio mexicana*)

VERSIÓN PARAFRÁSTICA DE JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA

Disfrace con retóricas figuras
El otro su palabra y pensamiento,
Por que ninguno intente
Penetrar en latebras tan obscuras
Y a su mente confusa dar tormento;
Ora conceda raciocinio al bruto,
Ora süave acento;
Ya de armas nos presente el campo hirsuto;
Ya debelada la extendida tierra
Por el furor de asoladora guerra.
A mi me agrada sólo del nativo
Suelo ferace recorrer los prados
Al impulso de vivo
Patrio amor, y los lagos azulados
De Méjico; y de Flora a los serenos
Huertecillos flotantes

De amapolas y lirio y rosa llenos,
Ir en canoas leves y sonantes.
Ya la cumbre negruzca del Jarullo,
En donde impera el sículo Vulcano;
Ya los arroyos que con blando arrullo
Del monte bajan a regar el llano,
He de cantar, y la preciosa grana,
Y el añil que reviste al campo ameno,
Del castor los palacios, y las minas
Que esconde Anáhuac en su virgen seno
Y las cándidas mieles
Que del azúcar la jugosa caña
De Méjico produce en los vergeles,
Y que ávido el colono
Se apresta diestro a condensar con maña
De rojo barro en quebradizo cono.
Y he de cantar los tímidos rebaños
Que en este suelo pastan esparcidos;
Y los murmurios de la clara fuente
Siguiendo su corriente;
Las costumbres de tiempos fenecidos;
Y las variadas aves,
Los sacrificios y los juegos graves.
Debía, lo confieso,
Antes vestirme con luctuoso manto,
Verter amargo y silencioso llanto
Y sucumbir de mi dolor al peso;
Que, mientras nazcan flores
De las colinas en las rampas bellas
Y emitan luz radiosa las estrellas,
He de llevar conmigo mis dolores.

Mas ¡ay! que aún me obliga
De la bárbara suerte la enemiga
Y cruda mano que sus rudos tiros
A mí dirige, en el llagado pecho
A reprimir el duelo y los suspiros.
¿A qué fin exhalar tristes querellas?..
Antes mejor a la serena altura
Del Pindo subiré, y al rubio Apolo,
Caudillo de las Ninfas y ventura,
Invocaré tan sólo.
¡Alguna vez apártase del suelo
El alma herida por buscar consuelo!
¡Tú, docto Cintio, que con mano amiga
El plectro mueves y a las musas sacras
Enseñas a entonar dulce cantiga,
Tú, a mí, que narro cosas verdaderas,
Que alguien, por raras, juzgará quimeras,
Sé propicio, y llamado,
Tu acento dame suave y regalado!
Existe una ciudad al Occidente,
Lejos de aquí, del mundo conocida
Con el nombre de Méjico; esplendente
Es su cielo, muy amplia y concurrida,
Famosa por sus ínclitas proezas,
Por sus hijos, su clima y sus riquezas.
En otro tiempo dominó orgullosa
Sin sombra de litigio
A la casta del indio recelosa,
De fe, entusiasmo y de valor prodigio.
El español ahora
A las razas y pueblos subyugando

En guerra pertinaz y asoladora,
El cetro empuña del supremo mando.
A esta ciudad limpísimas rodean
De dos lagunas las cerúleas aguas,
Donde a impulso del remo culebrean
Las ligeras y gráciles piraguas.
No intento en mis cantares
Hablar de todos los pequeños mares
Que distan de la corte; pues no todos
Acogen en su seno tantos ríos;
Ni pueblan sus orillas y recodos
Peces sin cuento de luciente escama;
Ni flotan en su tersa superficie
Tantos jardines de luciente grama
Y de flores innúmeras vestidos;
Ni el aleteo escuchan y graznidos
De ánades mil que pazcan a su margen;
Sino de aquellos lagos que colora
De púrpura la Aurora,
Y el claro Febo al asomar la frente
Sobre los montes del risueño Oriente,
Con rayos de oro próvido ilumina
Cuando al venir el aterido Invierno
Al austral polo lánguido se inclina:
Y aquel canal que viene serpeando
Sin cesar, y al comercio favorece,
Sus márgenes de espuma salpicando,
Y que resbala blando,
Delicia de los dulces moradores,
Ya que la orilla se corona en flores.
A ellos vecinas, cabe la ribera

Levántanse dos pueblos que renombre
A estas lagunas dieron;
El uno es Chalco, llámase Tezcuco
El otro, porque entrambos recibieron
De la lengua vernácula su nombre.
De un lago más que de otro preferidas
Las aguas son, que míranse adormidas
Acoger a las cóncavas chalupas,
Y a la ciudad envuelta en gasa leve
Circunvalar en forma de muralla;
Porque aquellas de Chalco son más puras,
Más dulces, y a los mansos habitantes
De Méjico ella nutre
Con las mieses y cármenes flotantes
Que en sus riberas cría;
Y es primer gloria de inmortal valía
Y ornamento del campo cultivado.

En su álveo extenso las amenas aguas
Encierra, y dulces; porque allí atesora
La que le entra por cauces escondidos
Linfa tranquila, o turbia y bullidora.
Y otros sin nombre limpios arroyuelos;
Y cien undosos ríos
Que desconfianza infunden y recelos
Al valle con sus ímpetus bravíos.
Allí no imperan el sañudo Bóreas
Y el Austro nebuloso;
Ni el Céfiro feliz y Euro rabioso
Se retan en aquellas soledades
Líquidas, a la lucha, desatando
Las sombrías y roncas tempestades.

Sólo se escucha allí murmurio blando;
Los vientos de reinar sin esperanza,
Se encierran en sus antros; mientra impera
Sobre las linfas plácida bonanza.
  Y aun cuando el valle truécase de Chalco
En líquida llanura, dulce fuente
Brota en el centro en medio de las olas
Callada y transparente;
Y a la cual no colora de la orilla
Aquella indócil y bermeja arcilla,
Ni de campos vecinos y lodosos
La afean aluviones cenagosos;
Sino que es incolora, pura, clara,
Y tanto, que las guijas de su seno
Puede mirar cualquiera, y ¡cosa rara!
Aun numerarlas. El arroyo ameno
Al brotar del abismo con gran fuerza,
Gélida el agua arroja
Y las aguas del lago desaloja
En círculos que míranse menores
Y se alejan haciéndose mayores.
Como en tiempos remotos el Alfeo
Argivo, que en sus áridas riberas
Después de hundirse, por el antro obscuro
Con rápido y eterno culebreo
Resbala bien seguro
Y ansioso en medio de las sombras fieras,
Muy debajo del piélago bravío,
Y de las olas vanas
Sin escuchar el rebramar impío,
Hasta no ver las tierras sicilianas

Y salir ¡oh Aretusa! por tu boca
Y revestirte de argentada toca;
No de otro modo viene aquella fuente
Con lánguida corriente
Por debajo las tierras socavadas
Hasta aspirar las auras deseadas.
Pero de dónde fluya y tome origen
Aqueste manantial, por qué se elevan
Al nacer, y entre sí rabiosas bregan
En grato desconcierto
Las claras linfas, es del todo incierto.
¿Ni quién negar o defender podría
Que el aire en las secretas cavidades
Se satura de aquellas humedades,
Y en varias gotas, luego que se enfría,
Se condensa, y las frondas
Salpica de la grama, rueda al suelo,
Allí se embebe, y en cerúleas ondas
Abajo nace en forma de arroyuelo?
¿O que las linfas de la mar salobre
Se recalan tal vez en las cavernas
Tenebrosas internas,
Y luego suben su nivel buscando
Por angostas y fáciles rendijas,
El sabor amarguísimo dejando
Entre la arena, pedernal y guijas,
Hasta fluír encima la llanura
Haciendo rebosar lagos y fuentes,
Al heno humilde y árboles ingentes
Dando incremento, júbilo y verdura?
¿O que tal vez de los excelsos montes

Donde se apoya el cristalino cielo,
Vistiendo los azules horizontes
De húmedas nubes y albicante hielo,
Tomen origen las lagunas vastas,
El manantial y plácido arroyuelo?
Y aquesta es la sentencia
Que confirman acordes la experiencia
Y el razonado parecer de aquellos
A quienes ocultó la recelosa
Madre Naturaleza
De sus arcanos la eternal grandeza,
De sus obras la serie portentosa;
Pues no a nosotros reveló clemente
El origen excelso de esta fuente;
Porque, aunque el llano de las crespas olas
Divide las montañas y collado,
Ninguno se levanta resguardado
Y de grana vestido y frescas violas.
No a muy larga distancia
Dos montes llevan la orgullosa frente
Hasta llegar al cielo refulgente
Y con denuedo e insólita arrogancia
Amenazarle. En la brumosa cumbre
Nieve y hielos entrambos atesoran,
Que en el espacio el aquilón coagula
Y en muchas millas pródigo acumula.
Estas nieves y hielos, a la lumbre
Del claro sol liquídanse, y del viento
Al raudo soplo, buscan el asiento
Del monte, y gota a gota en las cavernas
Se infiltran; abren brecha por un lado

De aquellas ígneas y tremantes fraguas;
Y salen en ejército formado
A debelar a las palustres aguas.
Hay otra maravilla
Insigne, insueta, de ínclito renombre,
Y que entre todos los prodigios brilla:
Una alta cruz de níveo y duro mármol,
Del artista labrada por la diestra
Y que pulida y diáfana se muestra
De aqueste manantial en lo más hondo,
Tan bien plantada en el cerúleo fondo,
Que no hay fuerza a arrancarla suficiente.
Mas, qué indiquen aquestos monumentos,
Y cuál sea su origen venerable,
Nada dicen, y en niebla impenetrable
Se envuelven los antiguos documentos.
Al ver este prodigio el círreo Apolo
Deje en silencio a la Castalia fuente;
De Aretusa feliz las castas linfas
Que al pie resbalan de palustres frondas,
Y las líbicas ondas,
Desdeñe altivo Júpiter potente;
Enmudezcan los númenes sombríos
De los espúmeos y sonoros ríos;
Y la fama en sus himnos inmortales
Celebre de contino
De Méjico los límpidos raudales
Y el claro nombre que le dió el destino.
Apresuraos ahora,
Ya que el cielo benigno nos concede
Mares que el Notó alborotar no puede,

E invitan a la turba bullidora
De flotantes y angostos barquichuelos;
Yo, más osado, mi veloz barquilla
Quiero amarrar de la verdosa orilla
Por ver de Flora los nadantes huertos
A que los indios hábiles y expertos
Han llamado *Chinampas*. Tú, entretanto,
¡Oh de Favonio peregrina esposa,
Que ceñida de juncos, mirto y rosa,
Al desplegar la orla de tu manto,
A la mustia pradera
Das con las flores júbilo y encanto!
Dime, te ruego, ¿quién sobre las aguas
En prados flotadores
Sembró hortalizas, árboles y flores?
¿Quién ha trocado en fértiles praderas
Estos tranquilos y pequeños mares
Cuando vistes de fruta los pomares?
  Los antiguos primeros mejicanos
En medio de la frígida laguna
La gran ciudad establecer ufanos
Quisieron, con tan próspera fortuna,
Con tal habilidad, que andando el tiempo,
Fué, por su bizarría,
El centro de esta grande monarquía.
Mas ¡ay! con tal empeño, con tal fausto
Los templos de sus dioses erigieron,
Y palacios y alcázares subieron,
Y alminares al éter zafirino;
Tanto, y en breve, la industriosa gente,
Sufrida, humilde, dócil y valiente,
Más que otras razas, a aumentarse vino,

Que al rey de Azcapotzalco, a quien pagaban
El tributo, recelos inspiraban.

Este monarca bárbaro nutría
Un fuego que aumentaba por instantes
Al ver multiplicar los habitantes
De Tenochtitlan que a la par crecía;
Y por eso resuelve la manera
De aniquilarlos, y un nuevo tributo
Les impone, que era
Sobre sus fuerzas, hórrida quimera.
Les manda que le lleven sin demora
Sobre las linfas odorantes huertos,
Sembrados con los frutos que atesora
El Anáhuac, y de árboles cubiertos:
Y que si rehusaban
Obedecerle, ¡situación horrible!
Porque tal vez creyeran imposible
Sus órdenes cumplir, arrasaría
A la ciudad, llevando sus furores
Al grado de amagar con muerte impía
A los inermes tristes moradores.
A los cielos alzaron sus gemidos
Todos ellos confusos y afligidos,
E hicieron resonar con sus lamentos,
Mesando la erizada cabellera,
Los templos de sus númenes sangrientos.
Mas tantos males evitó prudente
La rara habilidad de aquella gente.

Fiados en su ingenio y en la fuerza
De sus robustos varoniles pechos,
A la obra se dedican;

Dejan sus ondas y pajizos techos;
En los breñales hórridos se implican,
Buscando en los senderos tortüosos
Flexible esparto y árboles frondosos.
A cada cual con admirable tino
Su labor le enseñaban, ofreciendo
Por recompensa premio no mezquino.
Unos desprenden las torcidas ramas
De tiernos mimbres; otros las barquillas
Llenan con ellas y con rubias gramas;
Y éstos, a remo, las crujientes quillas
Conducen a las plácidas orillas.
Hierve el gentío, se fatiga y suda;
Y el entusiasmo noble
A ver concluída la labor ayuda.
Después que el pueblo con maduro examen
Formó el acervo de madera y mimbre,
Unidos todos con delgadas hojas,
Y con tenaz esparto en vez de urdimbre,
A costa de fatigas y congojas
Largas alfombras ávidos tejieron
A oblonga estera en todo semejantes;
Muy cerca de los muros las abrieron;
Y aquí y allá dejando vastas sendas,
Sobre el lago salobre las tendieron.
Y por que no los vientos procelosos
Esparzan, y se lleven las turgentes
Bravas olas los cármenes nacientes,
Ponen debajo de nudosos robles
Vigas ingentes, y atan las esteras
Al grande peso que las tiene inmobles.

Apenas los felices mejicanos
Vieron la obra terminar ufanos,
Encaminaron las agudas proras
A la florida virginal ribera,
Y desprenden los céspedes gramosos,
Que podían trocarse en sementera.
Y no de otra manera
Discurren por los campos aromosos,
Encima de los frescos lauredales,
Sin temer lluvias, vientos ni calores,
Libando el néctar de las tiernas flores
Al henchir los enjambres sonorosos
Sus nuevos y dulcísimos panales.
Con el césped recargan las canoas,
Y ágiles vuelven las hundidas proas.
Y sobre las esteras sin tardanza
Las glebas tienden, que el fecundo arado
No sintieron, y que eran su esperanza.
Y arrojan luego la húmeda semilla
Sobre la rica preparada arcilla;
Siembran acá sobre flotante prado
Blando maíz, que es dádiva de Ceres;
Allá hortalizas; ni por esto faltan
Hermosos y amenísimos jardines
De juncos, lirios, trébol y jazmines,
Que Roma antigua consagró a Citeres;
Y el terso lago esmaltan,
Y son el reino donde Flora impera,
Y asilo de la dulce primavera.
Flotar apenas asombrados vieron
En medio de las olas

Los campos de hortaliza y tenues violas,
De su labor ufanos más se unieron,
Y la rienda soltaron a porfía
A la expansión, contento y alegría;
Y a remo, encima de las linfas claras,
Los jardines llevaron
Y el difícil tributo al rey pagaron:
Prudentes reservándose otros huertos
Que de Flora a las gemas añadieran
Los gratos dones de la madre Ceres,
Y de su industria monumentos ciertos,
Al guardar de aquel hecho la memoria,
Y de su ingenio, en las edades fueran.

Y si un ladrón el huertecillo daña,
O el cruel viento al madurado fruto
Derriba acaso con temible saña,
El indígena astuto
Sobre las aguas el flotante prado
Conduce a otro lugar más abrigado,
Y aquellos males precavido evita.
Guarda cada uno con tenaz empeño
Su pequeña heredad, que flota leve
En aquel lago fértil y risueño.

La tierra firme de la verde orilla,
De estos campos flotantes la riqueza
Tan singular, conoce que la humilla
Y los ve con un aire de tristeza.
Mas yergue la cabeza
En olmos y cerezos coronada,
En peros encorvados por el fruto,
En cedros y laurel y pino hirsuto,

En cajiga sombrosa y levantada,
Y en púnico manzano,
Y siempre, en competencia con los huertos,
Se viste con las galas del verano.

En ese bosque moran tantas aves
A la sombra tenaz de la arboleda,
Que siempre el aura fugitiva y leda
Se complace en llevar los ecos suaves.
Allí la turba alada
Y de vivos colores matizada
El aire hiende con dorada pluma:
Ora se ciernen eu el hondo espacio;
Ora en la orilla, de brillante espuma
Bañada, sueltan el sabroso trino.
Allí el gorrión divino
De roja cresta embelesado canta,
Y al cual las plumas del erguido cuello
Por ser sanguíneas tórnanle más bello.
Allí revuela del excelso coro
De pájaros el rey, insigne y claro
Por las voces innúmeras que avaro
Encierra en la dulcísima garganta,
Pues que en verdad no hay otro más canoro;
El *cenzontle*, que fué desconocido
Del Viejo Mundo, y que la voz remeda
Del hombre, de las aves, y el ladrido
Del mastín y las blandas inflexiones
Del que entona motetes y canciones.
Tañendo el arpa con dorado plectro,
Ahora forma musical escala,
Ahora chilla cual rapaz milano,

Ya maya como gato y abre el ala
Y el són remeda de clarín insano,
Y ya ladra festivo, gime o pía
Trémulo y débil cual implume cría.
Encerrado en la jaula se consuela
Y alegre en torno de la cárcel vuela
Dulcísimo cantando noche y día.
No tanto la llorosa Filomela
De Teseo los crímenes deplora
Bajo la sombra de álamo tardío
Llenando el bosque con su voz sonora,
Como el cenzontle cabe fresco río
Regocija, cantando, la ribera
Y los arbustos de feraz plantío.

Al asomar la dulce Primavera,
Cuando los leves prados nadadores
Se coronan en flores
Y los campos se visten de esmeralda
Y frescas rosas de carmín y gualda,
Frecuentan estas plácidas orillas
Y estas ondas los nobles mejicanos
En pequeñas y frágiles barquillas.
Entran por grupos en los barcos leves,
Con doble remo, el ánimo espaciando
Con el acorde blando
De la ronca dulcísona guitarra,
A la cual flébil Eco
De los antros obscuros do se esconde
Con voz débil y opaca le responde;
Y la ardua selva por el canto herida
De los amantes las palabras suaves

Resuena embebecida.
Y se retan ya entonces a la justa,
A quién remó mejor, y más ligero
Conduzca las levísimas piraguas:
Al estruendo de aplauso lisonjero
Parten rizando las cerúleas aguas
Y se alejan, llevados de la gloria
Por el deseo, a sitios muy distantes,
Hasta que al fin de aquellos contrincantes
Alguno alcanza el lauro de victoria.
Y van en derredor de las chinampas
Ufano el vencedor y los vencidos
Siguiendo alegres las torcidas calles
Entre pequeños flotadores valles,
O en sus barcos resbalan embebidos
Cerca de las riberas sinüosas
Salpicadas de flores olorosas.
Como el cretense prófugo Teseo
Logró dejar los senos horrorosos
Buscando los umbrales engañosos
Del laberinto con falaz rodeo,
Así las calles por hallar se afana,
Errante por los huertos nadadores,
La juventud de Méjico galana.

No escasean algunos que se gozan
Bajo aquel limpio y refulgente cielo
En prender a los peces que allí nadan
Con el combado y formidable anzuelo,
Ya que dejan los huertos y la orilla,
Y a donde más se explaya la laguna
Con grácil remo llevan su barquilla.

Muy cautamente prenden en el hamo
El fatal cebo; pende de una caña
El hilo que sumergen en un tramo
Entre ninfeas, juncos y espadaña:
Le arrojan a los peces, y en silencio
Esperan. Pronto los volubles peces
En derredor del cebo se aglomeran
Sin osar engullirle; se zabullen
Y ocultan con los líquidos dobleces
Del fondo obscuro: tornan y superan
La clara linfa donde alegres bullen;
Y van y vienen por igual camino,
Hasta que al fin se rinden a su sino
Y en el cebo engañoso y atrayente
Clavan incautos el pequeño diente.
Levanta el pescador a la aura pura
La caña sin demora,
Y le ciñe la turba bullidora
De socios que a aplaudirle se apresura.
Azota el pececillo moribundo
Con aletas y cola la barquilla,
Mientras con otras férulas delgadas
Con el cebo mortífero aparadas,
Vaguean otros por la verde orilla;
Y vese a medio hundirse la canoa
Bajo aquel peso; júzganse dichosos
Los pescadores, y llevando ufanos
La hermosa pesca, buscan sus hogares
(Cuando la estrella entre arreboles arde)
Envueltos en la sombra de la tarde.
  Mas luego que se aplaca

Aquel tumulto y entra vocinglera
La turba en la ciudad, y con su opaca
Veste ruidosa el Ábrego acelera
La fuga de la virgen Primavera.
Agrada recorrer aqueste ameno
Campo abierto de espléndida hermosura
A los que alienta el corazón sereno,
A los que abate fúnebre amargura,
Y a los que inquieren del saber amantes
De Minerva las plácidas labores.
Estas risueñas y húmedas orillas,
Sembradas de laurel y manzanillas,
Acogen a menudo a los poetas,
Que al bastecer sus mágicas paletas
Deian oír sus cantos seductores.
Aquí lloraba en versos armoniosos
De Cristo las heridas y afrentosos
Rudos tormentos y tremenda muerte,
Llevado del más noble y verdadero
Amor etéreo y fuerte,
El piadoso y melifluo Juan Carnero.
Aquí con estro sacro
El gran Abad mil himnos de alabanza
Cantó al Señor. Con voces de matanza
Asordaba estos campos y riberas
El docto Alegre, el hado de Peleo
Al lamentar y las batallas fieras
De Apolo con el arte y el de Orfeo.
Por esta orilla de los pardos troncos
Carcomidos y broncos,
Zapata y Reina, y Alarcón, famado

Por su coturno, los gloriosos nombres
Grabaron en la rígida corteza
Al menear el plectro delicado
Y desparcir su bárbara tristeza.
Mas al tañer la célica sor Juana
Su ebúrnea lira, el estruendoso río
Paró su curso, y en el bosque umbrío
De aves canoras la caterva ufana
Los trinos melodiosos suspendieron,
Y las rocas ingentes se movieron.
Y por que no a las Musas negra envidia
Atormentara, y por mayor decoro,
Fué incorporada al aganípeo coro.
Jamás el cisne de plumón nevado
Embargó con tan blandas melodías
Al deleitoso y floreciente prado,
Ni, moribundo en los undosos giros
Del Caístro, tan blandas armonías
Supo unir con tan lánguidos suspiros.

Mas ya se encauza y fluye impetüoso,
Y en río ingente el apacible lago
Encierra toda el agua que fecunda
Los dulces campos; y huye perezoso
Cortando la ciudad, y sinüoso
Su curso sigue y la ribera inunda
De guijas y peñascos erizada,
Y en la laguna arrójase salada;
Semejante al Jordán, que su agua infunde
Dulce y pura en el seno del mar Muerto
Y en la asfáltica linfa se confunde.
Pues aunque en las llanuras de Tezcuco

Limpios arroyos brotan por doquiera,
Y se nutre la pérfida laguna
De aguas dulces, famélica aglomera
Tal cantidad de sales en su seno,
Que las linfas corrompe, y las orillas
Torna infecundas su letal veneno.
Míranse allí las hierbas, amarillas
Y siempre enfermas; árboles y arbustos
Nunca descuellan verdes y robustos;
Sus frutos no produce naturales
La tierra blanquecina; y los rebaños
No a la sombra de vides y castaños
Trozan la flor de plácidos gramales.
Quema la sal los campos anchurosos
Y aleja el agua, que se azota impura
Con su fetor, tibieza y amargura,
Al cardumen de peces bulliciosos.
Si alguno de ellos atrevido y ciego
La laguna de Chalco tal vez deja
Y un solo instante placentero nada
En la linfa salada,
El mal olor fatígale y aqueja;
Quiere huír, exhala leve queja,
Sube y aspira el aura, y luego muere.

Y es cautelosa: engaña esta laguna
A las leves barquillas y canoas
Que se confían. Al mostrar la frente
El padre Febo sobre el mar de Oriente
Haciendo huír a la llorosa luna
Y a las estrellas, de color de lila
Sus ondas son y muéstrase tranquila;

Pero no bien envuelve en negra sombra
El sol la falda del occiduo monte
Y cansado se inclina al horizonte,
Cuando rabioso el Austro se alborota,
Se agita, y sus espumas en la playa
Salobre y muda enfurecido azota.
Ya se abre abajo de la barca leve,
Ya se infla rauda y sube a las estrellas,
Y la piragua herida
Por la negra laguna embravecida
Se desata en gemidos y querellas,
A la par con los nautas previsores
Que se esfuerzan y gritan asustados
Y fatigan a Dios con sus clamores.
Y si el timón, solícito el piloto
No dirigiera a la segura orilla,
Sumergirían los adversos hados
Nautas y barcos en sepulcro ignoto.

Aqueste lago encubre su falacia
Con cierto aire de gracia:
Él de Chalco la límpida laguna
Se bebe a más beber, por el ameno
Ancho canal, y de incontables fuentes
Que a él fluyen, las linfas transparentes
Guarda ambicioso en el avaro seno,
Sin permitir jamás que gota alguna
Se derrame en los campos. No se llena
Con tantas aguas; nunca satisfecho
Se siente, y ni se mira que rebose
Dejando un punto el cenagoso lecho;
Muy semejante al túmido Oceano,

Que islas encierra y vastos continentes
Con sus olas, y llama de doquiera
Grandes ríos que laman su ribera
Y se los bebe gárrulo, insaciable,
Sin que amenacen las hinchadas aguas
Al continente, sin que solo un río
Se escape de él arrebatado y frío,
Y sin que abra al comercio nuevos mares.
  Nada admirable ofrece el Nuevo Mundo
Más admirable que la astucia y maña
Con que los indios en lo más profundo
Del lago apresan entre junco y caña
Las falanges de patos graznadores,
Que antes cruzaban la región etérea
Sin peligro, y las ondas bullidoras
De los lagos de Méjico; las armas
E insidias de los indios no temían,
Y lentamente, sin temor ni alarmas,
Por las verdes riberas discurrían,
Y algunas veces gárrulos y osados
Burlaban a los indios desarmados,
Hasta que al fin el natural talento
De aquella raza en la apariencia ruda,
Reprimió tan inicuo atrevimiento.
Crece en los bosques sin cultivo alguno,
Pendiente de las ramas y adherida
A los troncos, ingente calabaza
Sin meollo en verdad; y que es muy útil
Para cruzar sin riesgo de la vida
Los anchos ríos, y al salir de caza,
Para llevar el confortante vino

Y atenuar las fatigas del camino.
Suele escoger entre éstas las mayores
Astuto el indio; luego las arroja
Encima de las ondas cristalinas,
Y donde más los patos nadadores
Exentos de congoja
Desparecen y quiebran las verdinas
Palustres hierbas. Treme, horrorizado,
El ánade infeliz; de aquellos monstruos,
Con graznido lloroso y prolongado,
Huye al punto, y la turba lastimera
Asorda con sus gritos la ribera.
Pero al mirar que flotan y navegan
Sin causar ningún daño,
Deponen el pavor y se recrean
En el común y deleitoso baño.
Van de los patos una y otra mole
En derredor, mas ellos no las temen,
Y en medio nadan de su tierna prole.
El indio astuto entonces con presteza
Adapta a su cabeza
Alguna calabaza igual en todo
A las que vense con impulso blando
Encima de las aguas ir nadando;
Entra en el lago y húndese hasta el cuello,
Y envuelto con las olas se adelanta
Sin alejarse de la orilla amena,
Y hollando el suelo con aleve planta.
La falange de patos ve serena
Llegar aquel estorbo; entonce el indio
Alarga allí la codiciosa mano

Y de los pies asiéndolos ufano,
Los sumerge en el agua adormecida
Sin distinción; sin que la obscura fraude
Adivinen, los priva de la vida.
¡Tanta es la habilidad de aquella gente,
Que estúpida reputan e indolente!

RAMÓN VIESCAS

(Ecuatoriano – Siglo XVIII)

A UN POETA QUE EN EL RIGOR DEL INVIERNO SE OCUPABA EN HACER VERSOS

Miro el Pindo arrebozado
Con redingote de nieve,
Y helada en medio del curso
A la fuente de Hipocrene;
Las musas en la cocina
Encendiendo un olmo verde,
Y el buen Apolo en la cama
Hasta las ocho o las nueve,
Sin tocar ni aun castañetas,
Sin cantar ni aun en falsete,
Se están mano sobre mano,
Dándose diente con diente;
Y tú, Fabio, muy sereno
En tu silla o taburete,
Escribiendo que te pelas,
Y haciendo coplas que hierves.
¿Eres poeta de lana
Que tanto frío no sientes?
O es tu vena chimenea
Que carámbanos disuelve?

Todo sensitivo gime,
Todo vegetable muere,
Todas las aguas se hielan,
Todos los vientos se mueven;
Llora el mármol, suda el bronce,
Y la tierra penitente
Está entre hielos y escarchas
Por sus primaveras verdes.
Desnudo el campo se mira,
Blanco, pero nunca *ad messem*,
Y entre obelisco de hielo
Yace esqueleto de nieve.
Pobres y ricos tiritan,
Mas éstos con pingües vientres
Les sobra para animales
Estar cubiertos de pieles.
Y aquellos que en viles trapos
Mal del frío se defienden,
Es mayor el desabrigo
Que en sus barrigas padecen.
Como nuevas salamandras,
Los hombres y las mujeres
Entre el fuego se recrean,
Allí comen, allí beben.
Y el pobre preste que corre
En pos de un muerto que hiede,
Después de tiritar salmos
Dice una misa que duele.
Todo el mundo en ocio pasa
Los días, que siendo breves,
Con grande majadería,
Si no hiela, o nieva, o llueve.

Febo, que es el suspirado
Recreo de los vivientes,
Entre frazadas de nubes
Suele asomar las más veces.
Y aunque en despejado cielo
A nuestro hemisferio asciende,
Apenas da media vuelta
Se vuelve a su gabinete,
Dejando que las estrellas
Las demás horas gobiernen
Con rigorosos edictos
De obscuridad y destemples.
¿Cómo no ha de ser del mundo
Tan miserable la suerte,
Si le falta la asistencia
De su activo presidente?
Este es el tiempo que llaman
Invierno todas las gentes,
Que en boca de un alemán
Es *infierno* propiamente.
Y tú en temporal tan fiero,
Quieta y sosegadamente
En pensamientos te hielas
Y en conceptos te disuelves.
Con el compás del ingenio
Cual extático Arquimedes,
Estás midiendo la esfera
De tu soberana mente.
Rara frescura, por cierto,
Humor de tan alto temple,
Que no se destempla a un norte,
Ni a los hielos se estremece.

Tu fortaleza me admira,
Tus romances me divierten;
Pero, con perdón, amigo,
El que prometí no esperes;
Porque está tan crudo el tiempo,
Y tan helada la fuente,
Que no es fácil que destile
Ningún pensamiento alegre.
A cada letra se engendra
Un sabañón que me hiere,
Y a cada concepto airoso
Una pechuguera fuerte.
El alma siempre en cuclillas
Por el gran frío que siente,
Ni extender un pie de verso
Ni elevarse un poco puede.
Longanizas muy heladas
Todos mis dedos parecen,
Y no sé que tengo manos
Sino por lo que me duelen.
Así, amigo, Dios te guarde
Para otros tantos diciembres,
Cuantas son las primaveras
Que en tus poesías viertes.

MANUEL DE ZEQUEIRA Y ARANGO

(Cubano — Siglos XVIII-XIX)

A LA PIÑA

Del seno fértil de la madre tierra,
En actitud erguida se levanta
La airosa piña de esplendor vestida,
Llena de ricas galas.

Desde que nace, liberal Pomona
Con la muy verde túnica la ampara,
Hasta que Ceres borda su vestido
Con estrellas doradas.

Aun antes de existir, su augusta madre
El vegetal imperio le prepara,
Y por regio blasón la gran diadema
La ciñe de esmeraldas.

Como suele gentil alguna ninfa
Que allá entre sus domésticas resalta,
El pomposo penacho que la cubre
Brilla entre frutas varias.

Es su presencia honor de los jardines,
Obelisco rural que se levanta
En el florido templo de Amaltea
Para ilustrar sus aras.

Los olorosos jugos de las flores,
Las esencias, los bálsamos de Arabia,
Y todos los aromas de natura
Concentra en sus entrañas.

A nuestros campos desde el sacro Olimpo,
El copero de Júpiter se lanza,
Y con la fruta vuelve que los dioses
Para el festín aguardan.

En la empírea mansión fué recibida
Con júbilo común, y al despojarla
De su real vestidura, el firmamento
Perfumó con el ámbar.

En la sagrada copa la ambrosía
Su mérito perdió: con la fragancia
Del dulce zumo del sorbete indiano
Los númenes se inflaman.

Despnés que lo libó el divino Orfeo,
Al compás de la lira bien templada,
Hinchendo con su música el empíreo,
Cantó sus alabanzas.

La madre Venus cuando al labio rojo
Su néctar aplicó, quedó embriagada
De lúbrico placer, y en voz festiva
A Ganimedes llama.

La piña, dijo, la fragante piña,
En mis pensiles sea cultivada
Por manos de mis ninfas; sí, que corra
Su bálsamo en Idalia.»

¡Salve, suelo feliz, donde prodiga
Madre naturaleza en abundancia
La odorífera planta fumigable!
¡Salve, feliz Habana!

La bella flor en tu región ardiente
Recogiendo odoríferas substancias,
Templa de Cáncer la calor estiva
Con las frescas ananas.

Coronada de flor la primavera,
El rico otoño y las benignas auras
En mil trinados y festivos coros
Su mérito proclaman.

Todos los dones, las delicias todas
Que la natura en sus talleres labra,
En el meloso néctar de la piña
Se ven recopiladas.

¡Salve, divino fruto! y con el óleo
De tu esencia mis labios embalsama:
Haz que mi musa de tu elogio digna
Publique tu fragancia.

Así el clemente, el poderoso Jove,
Jamás permita que de nube parda
Veloz centella que tronando vibre,
Sobre tu copa caiga.

Así el céfiro blando en tu contorno
Jamás se canse de batir sus alas,
De ti apartando el corruptor insecto
Y el aquilón que brama.

Y así la aurora con divino aliento
Brotando perlas que en su seno cuaja,
Conserve tu esplendor, para que seas
La pompa de mi patria.

MANUEL JUSTO DE RUVALCABA

(Cubano — Siglos XVIII-XIX)

A NISE, BORDANDO UN RAMILLETE

No es la necesidad tan solamente
Inventora suprema de las cosas
Cuando de entre tus manos primorosas
Nace una primavera floreciente.
La seda en sus colores diferente
Toma diversas formas caprichosas,
Que aprendiendo en tus dedos a ser rosas
Viven sin marchitarse eternamente.
Me parece que al verte colocada
Cerca del bastidor, dándole vida,
Sale Flora a mirarte avergonzada;
Llega, ve tu labor mejor tejida
Que la suya de Abril, queda enojada,
Y sin más esperar, vase corrida.

FRAY MANUEL DE NAVARRETE

(Mejicano — Siglos XVIII-XIX)

LA DIVINA PROVIDENCIA [1]

Cuando con alas de inmortal deseo
Vuelo hacia todos lados,
Subo y bajo los cielos elevados,
Y tantos seres veo
En su orden respectivo colocados:
Cuando la luz me guía
De la alma religión, nunca pudiera
Preguntarles dudosa el alma mía:
¿Cuál es el numen misericordioso
Que desde su alta esfera
Cuida de tantos seres amoroso?
Alza, mortal, los ojos, ve y admira
Los cuidados de Dios siempre velando
Sobre toda la gran naturaleza:
Mira los bienes, los regalos mira
Que está siempre manando

[1] Este poema consta de una introducción y tres cantos. Sólo se reproducen aquí el canto primero y parte del segundo.

La fuente perenal de sus ternezas
Todo anuncia cariños y finezas
Del padre universal, del Dios de amores,
Que al mirar nuestra débil existencia
Nos colma de favores:
Todo anuncia su amable providencia.
Ríe el alba en los cielos avisando
Que viene el claro día,
Y luego asoma el sol resplandeciente,
A cuyo fuego blando
Restaura su alegría
Y su vital calor todo viviente.
Sólo Dios pudo ser tan providente:
Su infatigable empeño
Aun en lo más pequeño
Se muestra cuidadoso:
Porque ¿quién sino el Todopoderoso
Dice a las aves, al dejar sus nidos,
Que vuelen en bandadas
A los anchos y fértiles ejidos,
Para volver cargadas
A socorrer sus míseros hijuelos,
Que al padre de los cielos
En flébiles piadas
Le piden el sustento?
Sólo Dios pudo hacer este portento.
Pero aun a más se extiende su cuidado,
Viendo por lo que está más retirado:
Porque ¿quién sino Él mismo pule y viste
En el valle más hondo y apartado
De tan bello color al lirio triste?
Sólo Dios, el Señor de cuanto existe.

Y si su mano ahora
Hace que salga por el alto cielo
La rutilante aurora
Para alegrar la habitación del suelo,
Después hará a la noche que descienda
Sobre nuestra morada,
Y del sueño tranquilo acompañada
Hará benigno que sus alas tienda.
Entonces, cuando el cielo
Parece recogerse, y que ha bajado
La tierra, y que se cubre con el velo
Que la noche de estrellas ha corrido...
Pero el Señor no duerme: cuando el mundo,
De lóbregas tinieblas rodeado,
Descansa en un silencio tan profundo
Cual si lo hubiese Dios dado al olvido,
¿Quién sino Dios, entonces, al rugido
Del formidable león que en la espesura
Estremece los montes levantados;
Quién sino Dios sus manos extendiera
Para saciar el hambre de una fiera
Que sale entonces de su cueva obscura?
Tales son del Eterno los cuidados:
Al fin es su criatura:
Ella, cual todas, su favor espera,
Pues sólo Dios pudiera
Mantener provídente cuantas cosas
Salieron de sus manos poderosas.
Sí, Señor, sólo tú, desde el brillante
Alcázar de diamante
Que elevaste en el alto firmamento,
Sobre todos los seres vigilante,

Y poniendo en seguro movimiento
Los orbes celestiales;
Sí, Señor, desde allá, según el modo
Que apenas se trasluce a los mortales,
Todo lo miras y lo arreglas todo.
¡Todo!... sí, pues no fuera consiguiente
Que siendo tú el autor de lo criado,
Otro fuera encargado
De ser en cosa alguna providente.
Todo lo riges acertadamente;
Sin que lleve Eolo
El carro de los vientos, ni Neptuno
El cerúleo tridente;
Porque tu cetro, sólo
Tu cetro de esplendor, y no otro alguno,
Sobre el vasto universo representa
El gobierno del Dios que lo sustenta.
Mas ¿qué genio divino,
Como a recios impulsos, me ha obligado
A subir sobre el cielo cristalino?
Deja, mi musa, deja el estrellado
Lugar, y en manso vuelo
Baja, y me muestra en el humilde suelo
Las grandes profusiones
De Dios en las anuales estaciones:
Baja y canta al Señor, que va guiando
Al año por las tierras circulando.

CANTO SEGUNDO

Al modo que los hábiles pintores
En ingeniosos cuadros aplicando
Oportunos colores,
Nos van representando
Los aspectos que el año va mudando;
Y como en cuatro imágenes procura
De admirable y feliz correspondencia
Con la madre natura,
Instruirnos la pintura,
Hasta hacernos tocar con evidencia
Los favores de la alta providencia;
Así también ufano yo quería
Que en sus versos lo hiciera
La alegre musa mía.
¡Oh tú, sabio *Barquera!*
Dirígela entretanto,
Dirígela, te ruego, mientras canto
La dulce primavera.
¡Cuán bella se nos muestra por el llano,
Y cuál es su decoro
De esa la amable ninfa del verano,
Cuando el sol entra ufano
En la alta casa del carnero de oro!
Cuán risueña se mira en la espaciosa
Y afortunada selva, coronando
Al joven año de clavel y rosa!
Y al verla tan hermosa,
Los apacibles céfiros volando,
Los arroyos corriendo,

Los melodiosos pájaros cantando,
Y las flores riendo...
Naturaleza toda a su presencia
Alaba a la Divina Providencia.
  Sigue el año su curso presuroso,
Y en tanto que los cielos van rodando
Sobre sus firmes ejes, va tornando
El sol por su camino luminoso.
Asoma luego el caluroso estío
Y las espigas de los campos dora
Que hizo brotar la mano agricultora
Entre la escarcha del invierno frío.
Arden los valles; pero el ancho río,
Los bosques y las auras matinales
Restauran el vigor de los mortales;
Cuando, por otra parte, los despojos
De la alegre y fecunda sementera
Ofrecen mil contentos a los ojos;
La rubia mies preséntase en manojos
Sobre los altos carros; la galera
En su anchuroso seno la atesora;
Prepárase la era,
Y la hambre asoladora,
Que hace a las gentes formidable guerra,
Como asustada sale de la tierra.
Resuena en las cabañas la alegría
De la gente del campo bienhadada,
Y la sombra de Ceres disipada,
El canto sube a la región del día.
  Pero el Señor le escucha, y con violencia
Convoca a su presencia

Mil espesos nublados
Que de agua y refrigerio van cargados.
Su seña aguardan y en el mismo instante
Que responde a su voz el firmamento,
La máquina del mundo, vacilante,
Se pone en movimiento:
Sopla agitado el viento,
El polo cruje, el éter se ilumina;
La catarata se abre repentina,
Y baja por el aire estrepitosa
En torrentes la lluvia cristalina.
Cruza la tempestad, y la frescura
Que deja por la tierra calurosa,
Fomenta el seno de la gran natura.
¡Tiempo dichoso en que la huerta amena
Su abundancia nos brinda, ya madura
De frutas tantas con que Dios la llena!
Este es el tiempo en que el cantor famoso
De la otoñal riqueza nos mostraba
Las matutinas horas, y ardoroso
Con su cítara dulce las cantaba
En la cuna del alba amaneciendo,
Al punto que asomaba
Vertumno con sus ninfas, ofreciendo
A los hombres sus huertos en bonanza.
Sí, *Canazul* felice, hijo de Apolo;
Tú las cantaste con tu dulce afluencia;
Tuya fué para Dios esta alabanza.
. . . .

MANUEL DE LAVARDÉN

(Argentino—Siglos XVIII-XIX)

SÁTIRA [1]

Yo no nací poeta ni presumo
Que con las hojarascas del Parnaso
En torno de mi féretro hagan humo.

No creo que he probado por acaso
Las virtudes del agua que concibo
Que sabe a la pezuña del Pegaso.

Mas cuando los agravios apercibo
Que se hacen a mi patria, me preparo
Excusa racional en el motivo.

Ni que yo espere aplauso será raro
Cuando escucho aplaudir por las tabernas
De Codros trasandinos el descaro.

¡Oh tú que dignamente nos gobiernas,
Culto censor de nuestra policía!
Si el celo alguna vez con ocio alternas,

[1] Esta sátira literaria se refiere a unos sonetos del P. Maciel en elogio del virrey Loreto, y, más detenidamente, a ciertas décimas publicadas bajo el pseudónimo del *Duque de Najera*, con que se designaba a un demente de Buenos Aires. El poeta las atribuye, mordazmente, a algún poetastro peruano.

Y llega por acaso la voz mía
A distraer tus graves atenciones,
Ensaya tu nativa bizarría.

Yo te pido, señor, que me perdones
Si me atrevo a ocupar en tu defensa
Del rústico laúd indignos sones.

Sabe la causa, sabe que tu ofensa
Se mezcla de mi patria con la injuria
Por alguno que apoca tu despensa;

Y que entre la carnívora centuria
Que evita de su gula los desmayos,
Disfrazada en obsequio la penuria,

Al reclamo hospital de tus lacayos,
No sólo buitres, como yo creía,
Sino también acuden papagayos.

Tú no ignoras, señor, que el otro día,
Entre sabios y necios comensales
Que corteja y tolera tu hidalguía,

Algunos de Helicón pseudo-fiscales
A par de los relieves de tu mesa
Mondaron dos sonetos garrafales [1].

Parto inmaturo que abortó la priesa
De quien, por otra parte, no se olvida
Que no es la de un soneto poca empresa.

Algún docto con frase comedida
Mostrará de aquella obra los defectos
Sin exceder la crítica debida.

[1] Es de Gerardo Lobo, que dijo: « Mondando sonéticos garrafales ». (Nota de don Juan M. Gutiérrez).

Dirá los consonantes incorrectos,
De algunos pensamientos la lindeza,
Y los que tal vez haya mal electos.
Acaso notará la ligereza
Al que a las fuerzas de la ciencia fía
Lo que no concedió naturaleza;
Y dirá cuando más sin burlería
Con tímidas razones, aunque bellas,
Que no se adquiere el dón de la poesía,
Y que nuestro doctor sigue las huellas
Del Demóstenes ítalo, que imita,
Cuya prosa se sube a las estrellas;
Pero que su renombre debilita
El argentino Cicerón cuando hace
Alarde de una musa hermafrodita.
Porque ello es cierto, que el poeta nace
Y el que no lo sacó del menudillo
En vano la mollera se deshace.
Por esto hay de Pomponios baratillo,
De Galenos el número da grima,
Y teologazos andan a porrillo;
Mas de poetas de cabal estima
Mucho será se cuenten dos docenas,
Como no se numeren los de Lima.
Allí sí que fecundas las Camenas
Alumbran partos mil cada semana
Por quita allá ese par de berenjenas;
Pues cualquier mulatillo palangana
Con décimas sin número remite
A su padre, el marqués, una banana;

Y como el vulgo bárbaro repite
Sus glosas por la calle, se persuade
Que con Quevedo y Góngora compite.

Por acá es al revés: para que agrade
El juguete más digno de Talía,
Es preciso que Apolo le traslade.

El pueblo que de libre se gloría
Produce nobles almas, que a ninguno
Quisiera conceder la primacía.

No es este vulgo vil de color bruno,
Que cualquiera sandez de un viracocha,
Aunque de todas letras esté ayuno,

Le parece de almíbar y melcocha,
Y a ensalzarla por juro de conquista
Los beodos gaznates desabrocha.

O dígalo del pobre romancista
La musa, que con cuatro pelotones
El nido de las águilas atrista.

Oiga el escarabajo los blasones
Con que distingue sus hediondas trovas
Un pueblo que por fin gasta calzones.

¡Oh musa que sacudes las alcobas
De la casa de locos de mi testa,
Cuidado como agora te me abobas!

Cuéntame de cada uno la respuesta,
Pues ya que te arrufaldas de divina,
Debes haberte hallado en esta fiesta.

Mi triste chimenea deshollina,
Y si esta diligencia no es bastante,
Sópame una febea melecina.

Las décimas volaron, y al instante
Resonaron inmensas carcajadas,
Riendo tras los doctos el pedante.

Ocurrieron lectores a manadas,
Como en noche de viernes cercar suelen
La que en la esquina fríe las pescadas.

Uno dijo al oírlas: «¡Cómo huelen
Las coplas a carnero de la tierra!
Si no son peruleras que me enmielen.

«Mal año para el hijo de la perra,
(Un campestre añadió, dando un corcovo)
¡Y faltan conchabados en la hierra!

Dijo un escolarcillo que no es bobo:
De Lobo la mitad tiene el poeta,
Mas con la otra mitad no será Lobo.»

Un gallego, también de cuchufleta,
Sin acabar se fué refunfuñando:
«Para jaita nun es la chanzuneta.»

Un guarda, sus encaros preparando,
Gritó: «¡Favor al Rey! El papel venga.
Que este género es de contrabando.»

Se le lleva, si no hay quién le contenga;
Y fué no sé qué quidam de peluca
Quien, después de toser, hizo esta arenga:

«Señores, esta cosa me trabuca;
Leamos el papel con más cuidado,
Porque se me ha fijado acá en la nuca.

No es poeta el autor, por de contado:
Convéncelo el asunto, que critica
Como a las musas poco acomodado.

La diestra vena todo lo amplifica,
Y sobre los arrullos de una gata
Versos y pensamientos multiplica.

Aqueste mismo caso que se trata,
¡Cómo lo revelara si quisiera
Algún numen del Río de la Plata!

Pues no es la de este tal musa ratera
Que, sin criterio ni sin justo tino,
Las dulces espinelas adultera,

Acomodando el metro granadino
A la punzante sátira buída,
Más propia del itálico asesino.

Y lo que peor es, descomedida
La grosera sentencia de estos versos,
Que de un candil ardieran por torcida,

En conceptos vulgares y perversos,
Con vapores pestíferos, empaña
El honor de cristales más que tersos;

Pues cuando lanza su indigesta saña
Contra pueblo que alguno juzgaría
Grato solar de la civil España,

Zahiere con soez chocarrería
El mérito de aquel que tiene a cargo
Velar sobre la urbana policía.»

Mil cosas dijo el criticón amargo,
Que yo quiero dejar en el tintero,
Porque apuntarlas fuera cuento largo.

Sólo le vi poner pajizo y fiero
Cuando volvió a leer la bella frase,
Pueblo incivil, que ingiere el majadero.

Temí que de furor se desmayase,
O que, según los dientes apretaba,
Sin la mitad de un labio se quedase.

Y temblando, al concurso preguntaba:
¿Quién será el poetillo mendicante?»
Y tamaños ojazos rodeaba.

Hallábase junto a él un estudiante,
Y respondió de pronto: «Yo me abismo
Que aun estéis del autor tan ignorante.

Hartas muestras nos da su estilo mismo,
La mestiza dicción poco sonora,
Pues el, «*donde un enfermo*», es cholinismo.

Las leyes que citando deshonora,
El odio a nuestra patria, todo ostenta
El tal «duque de Nájera» dó mora.

¡Ah!, dijo el pelucón, caigo en la cuenta;
Yo no sé el poetastro en qué se funda:
Quítenme ese papel que me revienta.

A trabarse volvió la baraúnda;
El guarda le pedía por su fuero
Y mostraba una cara furibunda.

Queríale a revueltas un pulpero
Para envolver ají, no sin justicia,
Y un boticario entraba de tercero.

Métese por los cascos la codicia,
Ármase una tremenda safacoca,
Uno vota, otro llama la justicia;

Mas viendo disputar una bicoca,
Y andar muy cerca ya las puñaladas,
Un soldado les puso punto en boca;

Y enviando de vanguardia dos puñadas,
Y mostrando en reserva un gran guijarro,
Llegó Cortés, y dijo: « Camaradas,
Yo tomo este papel para un cigarro. »

AL PARANÁ

Augusto Paraná, sagrado río,
Primogénito ilustre del Oceano,
Que en el carro de nácar refulgente [1],
Tirado de caimanes, recamados
De verde y oro, vas de clima en clima,
De región en región, vertiendo franco
Suave frescor y pródiga abundancia,
Tan grato al portugués como al hispano:
Si el aspecto sañudo de Mavorte,
Si de Albión los insultos temerarios [2]
Asombrando tu cándido carácter,
Retroceder [3] te hicieron asustado
A la gruta distante que decoran
Perlas nevadas [4], ígneos topacios,
Y en que tienes volcada la urna de oro [5],

[1] Hay en el Paraná multitud de conchas, que fácilmente se descascaran, y muestran un bruñido nácar que puede ser un ramo de industria. Los paraguayos las emplean en embutidos

[2] Bloqueo de los ingleses.

[3] No deben olvidar los amigos del país el raro fenómeno de haberse echado de menos en los cinco años pasados el ordinario crecimiento del Paraná, y las grandes resultas de este acaecimiento con respecto al comercio interior y cría de ganados. De semejante suceso no hay noticia y se ignora su causa. El año precedente volvió a su ordinario transborde.

[4] La laguna Apuper, después Santa Ana, hoy de las Perlas, las ha dado pequeñas en su orilla. El fondo no se ha reconocido.

[5] Nace el Paraná en las minas de oro de los portugueses.

De ondas de plata [1] siempre rebosando:
Si las sencillas ninfas argentinas
Contigo temerosas profugaron
Y el peine de carey allí escondieron
Con que pulsan y sacan sones blandos
En liras de cristal, de cuerdas de oro,
Que os envidian las Deas del Parnaso:
Desciende ya, dejando la corona
De juncos retorcidos, y dejando
La banda del silvestre *camalote* [2],
Pues que ya el ardimiento provocado
Del heroico español, cambiando el oro
Por el bronce marcial [3], te allana el paso,
Y para el arduo, intrépido combate
Carlos presta el valor, Jove los rayos.
Cerquen tu augusta frente alegres lirios
Y coronen la popa de tu carro;
Las ninfas te acompañen adornadas
De guirnaldas, de aromas y amaranto;
Y altos himnos entonen, con que avisen
Tu tránsito a los dioses tributarios.
El *Paraguay*, el *Uruguay* lo sepan,
Y se apresuren próvidos y urbanos
A salirte al camino, y a porfía
Te paren en distancia los caballos

[1] Se alude al nombre del río de la Plata, que le dió el genovés Gabot impropiamente, no criándose este metal en sus provincias, por lo que debiera mantener el nombre de río de Solís, del descubridor.

[2] El *camalote* es un conocido yerbazo que se cría en los remansos del Paraná.

[3] Aprontos navales del Superior Gobierno y Real Consulado de Comercio contra los corsarios ingleses.

Que del mar patagónico[1] trajeron;
Los que ya zabullendo, ya nadando,
Ostentan su vigor, que mientras llegan,
Lindos céfiros tengan enfrenados.
Baja con majestad, reconociendo
De tus playas los bosques y los antros;
Extiéndete anchuroso, y tus vertientes,
Dando socorros a sedientos campos,
Den idea cabal de tu grandeza.
No quede seno que a tu excelsa mano
Deudor no se confiese. Tú las sales
Derrites, y tú elevas los extractos
De fecundos aceites; tú introduces
El humor nutritivo, y suavizando
El árido terrón, haces que admita
De calor y humedad fermentos caros.
Ceres de confesar no se desdeña
Que a tu grandeza debe sus ornatos.
No el ronco caracol, la cornucopia,
Sirviendo de clarín, venga anunciando
Tu llegada feliz. Acá tus hijos,
Hijos en que te gozas, y que a cargo
Pusiste de unos genios tutelares
Que por divisa la verdad tomaron,
Céfiros halagüeños, por honrarte
Bullen y te preparan sin descanso

[1] Hállase en la costa patagónica un marisco que tiene, en su pequeño tamaño, que será de cuatro pulgadas, la bizarra figura de los caballos del carro de Neptuno. Ignoramos si en otras partes los hay de mayor bulto, o si lo deben a la fecundidad griega. Su cabeza remeda con propiedad la del caballo, y la cola torcida acaba en alas, como se pinta frecuentemente.

Perfumados altares en que brilla
La industria popular, triunfales arcos,
En que las artes liberales lucen;
Y enjambre vistosísimo de naos
De incorruptible leño, que es dón tuyo,
Con banderolas de colores varios
Aguardándote está. Tú con la pala
De plata, las arenas dispersando,
Su curso facilita. La gran corte
En grande gala espera. Ya los sabios
De tu dichoso arribo se prometen
Muchos conocimientos más exactos
De la admirable historia de tus reinos;
Y los laureados jóvenes, con cantos
Dulcísonos de pura poesía
Que tus melifluas ninfas enseñaron,
Aspiran a grabar tu excelso nombre
Para siempre del Pindo en los peñascos,
Donde de hoy más se canten tus virtudes,
Y no las iras del furioso Janto.
Ven, sacro río, para dar impulso
Al inspirado ardor; bajo tu amparo
Corran, como tus aguas, nuestros versos[1]...

. . . .

[1] Omito los últimos nueve versos de este canto, porque nada tienen que ver con su tema, y desdicen, por absurdamente ridículos, de todo lo demás. — (Nota del C.)

SEGUNDA PARTE

ÉPOCA DE LA REVOLUCIÓN

(Predominio del pseudo-clasicismo franco-español del siglo XVIII y principios del XIX. —Primeros ensayos de poesía criolla.—Inauguración, con Bello, de un gusto clásico más libre y puro, y de descripciones de naturaleza americana.—Anuncios del Romanticismo.)

JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO

(Ecuatoriano.—Siglos XVIII-XIX)

LA VICTORIA DE JUNÍN

CANTO A BOLÍVAR

El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
La hispana muchedumbre,
Que más feroz que nunca amenazaba
A sangre y fuego eterna servidumbre;
Y el canto de victoria
Que en ecos mil discurre, ensordeciendo
El hondo valle y enriscada cumbre,
Proclaman a BOLÍVAR en la tierra
Árbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo
El arte humano osado levantaba
Para hablar a los siglos y naciones;

Templos, do esclavas manos
Deificaban en pompa a sus tiranos,
Ludibrio son del tiempo, que con su ala
Débil las toca, y las derriba al suelo,
Después que en fácil juego el fugaz viento
Borró sus mentirosas inscripciones;
Y bajo los escombros confundido
Entre las sombras del eterno olvido
¡Oh de ambición y de miseria ejemplo!
El sacerdote yace, el dios y el templo.

Mas los sublimes montes, cuya frente
A la región etérea se levanta,
Que ven las tempestades a su planta
Brillar, rugir, romperse, disiparse;
Los Andes... las enormes, estupendas
Moles sentadas sobre bases de oro,
La tierra con su peso equilibrando,
Jamás se moverán. Ellos, burlando
De ajena envidia y del protervo tiempo
La furia y el poder, serán eternos
De libertad y de victoria heraldos,
Que con eco profundo
A la postrera edad dirán del mundo:
«Nosotros vimos de Junín el campo;
Vimos que al desplegarse
Del Perú y de Colombia las banderas,
Se turban las legiones altaneras,
Huye el fiero español despavorido,
O pide paz rendido.
Venció Bolívar: el Perú fué libre;

Y en triunfal pompa Libertad sagrada
En el templo del Sol fué colocada.»

¿Quién me dará templar el voraz fuego
En que ardo todo yo? Trémula, incierta,
Torpe la mano va sobre la lira
Dando discorde son. ¿Quién me liberta
Del dios que me fatiga...?
Siento unas veces la rebelde Musa,
Cual bacante en furor, vagar incierta
Por medio de las plazas bulliciosas,
O sola por las selvas silenciosas
O las risueñas playas
Que manso lame el caudaloso Guayas;
Otras el vuelo arrebatado tiende
Sobre los montes, y de allí desciende
Al campo de Junín, y ardiendo en ira,
Los numerosos escuadrones mira
Que el odiado pendón de España arbolan;
Y en cristado morrión y peto armada,
Cual amazona fiera,
Se mezcla entre las filas la primera
De todos los guerreros,
Y a combatir con ellos se adelanta,
Triunfa con ellos y sus triunfos canta.

Tal en los siglos de virtud y gloria,
Cuando el guerrero sólo y el poeta
Eran dignos de honor y de memoria,
La musa audaz de Píndaro divino,
Cual intrépido atleta,

En inmortal porfía
Al griego estadio concurrir solía;
Y en estro hirviendo y en amor de fama,
Y del metro y del número impaciente,
Pulsa su lira de oro sonorosa,
Y alto asiento concede entre los dioses
Al que fuera en la lid más valeroso,
O al más afortunado.
Pero luego envidiosa
De la inmortalidad que les ha dado,
Ciega se lanza al circo polvoroso,
Las alas rapidísimas agita,
Y al carro vencedor se precipita;
Y desatando armónicos raudales,
Pide, disputa, gana,
O arrebata la palma a sus rivales.

¿Quién es aquel que el paso lento mueve
Sobre el collado que a Junín domina?
¿Que el campo desde allí mide, y el sitio
Del combatir y del vencer desina?
¿Que la hueste contraria observa, cuenta,
Y en su mente la rompe y desordena,
Y a los más bravos a morir condena,
Cual águila caudal que se complace
Del alto cielo en divisar su presa
Que entre el rebaño mal segura pace?
¿Quién el que ya desciende
Pronto y apercibido a la pelea?
Preñada en tempestades le rodea
Nube tremenda: el brillo de su espada

Es el vivo reflejo de su gloria:
Su voz un trueno; su mirada un rayo.
¿Quién aquel que al trabarse la batalla,
Ufano como nuncio de victoria,
Un corcel impetuoso fatigando
Discurre sin cesar por toda parte...?
¿Quién, sino el hijo de Colombia y Marte?

Sonó su voz: «Peruanos,
Mirad allí los duros opresores
De vuestra patria. Bravos colombianos,
En cien crudas batallas vencedores,
Mirad allí los enemigos fieros
Que buscando venís desde Orinoco:
Suya es la fuerza, y el valor es vuestro,
Vuestra será la gloria;
Pues lidiar con valor y por la patria
Es el mejor presagio de victoria.
Acometed: que siempre
De quien se atreve más el triunfo ha sido:
Quien no espera vencer, ya está vencido.»

Dice; y al punto, cual fugaces carros
Que, dada la señal, parten, y en densos
De arena y polvo torbellinos ruedan,
Arden los ejes, se estremece el suelo,
Estrépito confuso asorda el cielo,
Y en medio del afán cada cual teme
Que los demás adelantarse puedan;
Así los ordenados escuadrones,
Que del iris reflejan los colores

O la imagen del sol en sus pendones,
Se avanzan a la lid. ¡Oh! ¡quién temiera,
Que sü ímpetu mismo los perdiera!

¡Perderse! no, jamás: que en la pelea
Los arrastra y anima e importuna
De BOLÍVAR el genio y la fortuna.
Llama improviso al bravo Necochea,
Y mostrándole el campo,
Partir, acometer, vencer le manda;
Y el guerrero esforzado,
Otra vez vencedor, y otra cantado,
Dentro en el corazón por patria jura
Cumplir la orden fatal, y a la victoria
O a noble y cierta muerte se apresura.

Ya el formidable estruendo
Del atambor en uno y otro bando,
Y el són de las trompetas clamoroso,
Y el relinchar del alazán fogoso,
Que erguida la cerviz y el ojo ardiendo,
En bélico furor salta impaciente
Do más se encruelece la pelea;
Y el silbo de las balas, que rasgando
El aire, llevan por doquier la muerte;
Y el choque asaz horrendo
De selvas densas de ferradas picas;
Y el brilo y estridor de los aceros
Que al sol reflectán sanguinosos visos;
Y espadas, lanzas, miembros esparcidos
O en torrentes de sangre arrebatados;

Y el violento tropel de los guerreros
Que, más feroces mientras más heridos,
Dando y volviendo el golpe redoblado,
Mueren, mas no se rinden... ; todo anuncia
Que el momento ha llegado,
En el gran libro del Destino escrito,
De la venganza al pueblo americano,
De mengua y de baldón al castellano.

Si el fanatismo con sus furias todas,
Hijas del negro averno, me inflamara,
Y mi pecho y mi musa enardeciera
En tartáreo furor, del león de España,
Al ver dudoso el triunfo, me atreviera
A pintar el rencor y horrible saña.
Ruje atroz, y cobrando
Más fuerza en su despecho, se abalanza,
Abriéndose ancha calle entre las haces
Por medio el fuego y contrapuestas lanzas;
Rayos respira, mortandad y estrago,
Y sin pararse a devorar la presa,
Prosigue en su furor, y en cada huella
Deja de negra sangre un hondo lago.

En tanto el argentino valeroso
Recuerda que vencer se le ha mandado;
Y no ya cual caudillo, cual soldado
Los formidables ímpetus contiene
Y uno en contra de ciento se sostiene;
Como tigre furiosa
De rabiosos mastines acosada,

Que guardan el redil, mata, destroza,
Ahuyenta sus contrarios, y aunque herida,
Sale con la victoria y con la vida.
¡Oh capitán valiente,
Blasón ilustre de tu ilustre patria,
No morirás! Tu nombre eternamente
En nuestros fastos sonará glorioso,
Y bellas ninfas de tu Plata undoso
A tu gloria darán sonoro canto
Y a tu ingrato destino acerbo llanto.

Ya el intrépido Miller aparece
Y el desigual combate restablece.
Bajo su mando, ufana
Marchar se ve la juventud peruana,
Ardiente, firme, a perecer resuelta,
Si acaso el hado infiel vencer le niega.
En el arduo conflicto opone ciega
A los adversos dardos firmes pechos,
Y otro nombre conquista con sus hechos.

¿Son esos los garzones delicados
Entre seda y aromas arrullados?
¿Los hijos del placer son esos fieros?
Sí: que los que antes desatar no osaban
Los dulces lazos de jazmín y rosa
Con que amor y placer los enredaban,
Hoy ya con mano fuerte
La cadena quebrantan ponderosa
Que ató sus pies, y vuelan denodados
A los campos de muerte y gloria cierta,

Apenas la alta fama los despierta
De los guerreros que su cara patria
En tres lustros de sangre libertaron;
Y apenas el querido
Nombre de libertad su pecho inflama,
Y de amor patrio la celeste llama
Prende en su corazón adormecido.

Tal el joven Aquiles
Que en infame disfraz y en ocio blando
De lánguidos suspiros,
Los destinos de Grecia dilatando,
Vive cautivo en la beldad de Sciros,
Los ojos pace en el vistoso alarde
De arreos y de galas femeniles
Que de India y Tiro y Menfis opulenta
Curiosos mercadantes le encarecen;
Mas a su vista apenas resplandecen
Pavés, espada y yelmo, que entre gasas
El itacense astuto le presenta,
Pásmase... se recobra, y con violenta
Mano el templado acero arrebatando,
Rasga y arroja las indignas tocas;
Parte, traspasa el mar y en la troyana
Arena, muerte, asolación, espanto
Difunde por doquier: todo le cede...
Aun Héctor retrocede...
Y cae al fin; y en derredor tres veces
Su sangriento cadáver profanado,
Al veloz carro atado
Del vencedor inexorable y duro,
El polvo barre del sagrado muro.

Ora mi lira resonar debía
Del nombre y las hazañas portentosas
De tantos capitanes que este día
La palma del valor se disputaron,
Digna de todos... Carvajal... y Silva...
Y Suárez... y otros mil... Mas de improviso
La espada de BOLÍVAR aparece,
Y a todos los guerreros,
Como el sol a los astros, obscurece.

Yo acaso más osado le cantara,
Si la meonia musa me prestara
La resonante trompa que otro tiempo
Cantaba al crudo Marte entre los Traces,
Bien animando las terribles haces,
Bien los fieros caballos, que la lumbre
De la égida de Palas espantaba.

Tal el héroe brillaba
Por las primeras filas discurriendo.
Se oye su voz, su acero resplandece
Do más la pugna y el peligro crece;
Nada le puede resistir... Y es fama,
¡Oh portento inaudito!
Que el bello nombre de Colombia escrito
Sobre su frente, en torno despedía
Rayos de luz tan viva y refulgente,
Que deslumbrado el español desmaya,
Tiembla, pierde la voz, el movimiento:
Sólo para la fuga tiene aliento.

Así, cuando en la noche algún malvado
Va a descargar el brazo levantado,
Si de improviso lanza un rayo el cielo,
Se pasma, y el puñal trémulo suelta;
Hielo mortal a su furor sucede;
Tiembla y horrorizado retrocede.
Ya no hay más combatir. El enemigo
El campo todo y la victoria cede.
Huye cual siervo herido; y a donde huye
Allí encuentra la muerte. Los caballos,
Que fueron su esperanza en la pelea,
Heridos, espantados, por el campo
O entre las filas vagan, salpicando
El suelo en sangre que su crin gotea;
Derriban al jinete, lo atropellan,
Y las catervas van despavoridas,
O unas en otras con terror se estrellan.

Crece la confusión, crece el espanto,
Y al impulso del aire, que vibrando
Sube en clamores y alaridos lleno,
Tremen las cumbres que respeta el trueno.
Y discurriendo el vencedor en tanto
Por cimas de cadáveres y heridos,
Postra al que huye, perdona a los rendidos

Padre del universo, Sol radioso,
Dios del Perú, modera omnipotente
El ardor de tu carro impetüoso
Y no escondas tu luz indeficiente...
Una hora más de luz... Pera esta hora

No fué la del Destino. El dios oía
El voto de su pueblo, y de la frente
El cerco de diamantes desceñía.
En fugaz rayo el horizonte dora,
En mayor disco menos luz ofrece,
Y veloz tras los Andes se obscurece.

Tendió su manto lóbrego la noche,
Y las reliquias del perdido bando,
Con sus tristes y atónitos caudillos,
Corren sin saber dónde espavoridas,
Y de su sombra misma se estremecen;
Y al fin en las tinieblas ocultando
Su afrenta y su pavor, desaparecen.

¡Victoria por la patria! ¡oh Dios! ¡victoria!
Triunfo a Colombia y a Bolívar gloria.

Ya el ronco parche y el clarín sonoro
No a presagiar batalla y muerte suenan,
Ni a enfurecer las almas; mas se estrenan
En alentar el bullicioso coro
De vivas y patrióticas canciones.
Arden cien pinos, y a su luz las sombras
Huyeron, cual poco antes desbandadas
Huyeron de la espada de Colombia
Las vandálicas huestes debeladas.

En torno de la lumbre,
El nombre de Bolívar repitiendo
Y las hazañas de tan claro día,
Los jefes y la alegre muchedumbre

Consumen en acordes libaciones
De Baco y Ceres los celestes dones.

¡Victoria! ¡paz! clamaban,
¡Paz para siempre! Furia de la guerra,
Húndete al hondo averno derrocada.
Ya cesa el mal y el llanto de la tierra:
¡Paz para siempre! La sanguínea espada,
O cubierta de orín ignominioso,
O en el útil arado transformada,
Nuevas leyes dará. Las varias gentes
Del mundo, que a despecho de los cielos
Y del ignoto ponto proceloso,
Abrió a Colón su audacia o su codicia,
Todas ya para siempre recobraron
En JUNIN libertad, gloria y reposo.

Gloria, mas no reposo, de repente
Clamó una voz de lo alto de los cielos;
Y a los ecos los ecos por tres veces
Gloria, mas no reposo, respondieron.
El suelo tiembla, y cual fulgentes faros
De los Andes las cúspides ardieron;
Y de la noche el pavoroso manto
Se transparenta, y rásgase, y el éter
Allá lejos purísimo aparece
Y en rósea luz bañado resplandece.

Cuando improviso, veneranda sombra
En faz serena y ademán augusto
Entre cándidas nubes se levanta.
Del hombro izquierdo nebuloso manto

Pende, y su diestra aéreo cetro rige:
Su mirar noble, pero no sañudo;
Y nieblas figuraban a su planta
Penacho, arco, carcax, flechas y escudo.
Una zona de estrellas
Glorificaba en derredor su frente
Y la borla imperial de ella pendiente.

Miró a Junín, y plácida sonrisa
Vagó sobre su faz. « Hijos, decía,
Generación del Sol afortunada
Que con placer yo puedo llamar mía
Yo soy Huaina Capac; soy el postrero
Del vástago sagrado:
Dichoso rey, mas padre desgraciado.
De esta mansión de paz y luz he visto
Correr las tres centurias
De maldición, de sangre y servidumbre,
Y el imperio regido por las Furias.

« No hay punto en estos valles y estos cerros
Que no mande tristísimas memorias.
Torrentes mil de sangre se cruzaron
Aquí y allí; las tribus numerosas
Al ruido del cañón se disiparon;
Y los restos mortales de mi gente
Aun a las mismas rocas fecundaron.
Más allá un hijo expira entre los hierros
De su sagrada majestad indignos...
Un insolente y vil aventurero
Y un iracundo sacerdote fueron

De un poderoso rey los asesinos...
¡Tantos horrores y maldades tantas
Por el oro que hollaban nuestras plantas!

«Y mi Huáscar también... ¡Yo no vivía!
Que de vivir, lo juro, bastaría,
Sobrara a debelar la hidra española
Esta mi diestra triunfadora, sola.
Y nuestro suelo, que ama sobre todos
El Sol mi padre, en el estrago fiero
No fué ¡oh dolor! ni el solo, ni el primero;
Que mis caros hermanos
El gran Guatimozín y Moctezuma
Conmigo el caso acerbo lamentaron
De su nefaria muerte y cautiverio,
Y la devastación del grande imperio,
En riqueza y poder igual al mío...
Hoy con noble desdén ambos recuerdan
El ultraje inaudito, y entre fiestas
Alevosas el dardo prevenido,
Y el lecho en vivas ascuas encendido.

«¡Guerra al usurpador! — ¿Qué le debemos?
¿Luces, costumbres, religión o leyes?...
¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
Feroces, y por fin supersticiosos!
¿Qué religión? ¿la de Jesús?... ¡Blasfemos!
Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
Los sacramentos santos que trajeron.
¡Oh religión! ¡oh fuente pura y santa
De amor y de consuelo para el hombre,
Cuántos males se hicieron en tu nombre!

¿Y qué lazos de amor...? Por los oficios
De la hospitalidad más generosa
Hierros nos dan; por gratitud, suplicios.
Todos, sí, todos: menos uno solo;
El mártir del amor americano,
De paz, de caridad, apóstol santo,
Divino Casas, de otra patria digno.
Nos amó hasta morir. — Por tanto, ahora
En el empíreo entre los Incas mora.

« En tanto la hora inevitable vino
Que con diamante señaló el destino,
A la venganza y gloria de mi pueblo.
Y se alza el vengador. — Desde otros mares
Como sonante tempestad se acerca:
Y fulminó. Y del Inca en la peana,
Que el tiempo y un poder furial profana,
Cual de un Dios irritado en los altares
Las víctimas cayeron a millares.
¡Oh campos de Junín!... ¡Oh predilecto
Hijo y amigo y vengador del Inca!
¡Oh pueblos que formáis un pueblo solo
Y una familia, y todos sois mis hijos!
Vivid, triunfad... »

El Inca esclarecido
Iba a seguir; mas de repente queda
En éxtasis profundo embebecido:
Atónito en el cielo
Ambos ojos inmóviles ponía,
Y en la improvisa inspiración absorto
La sombra de una estatua parecía.

Cobró la voz al fin. « Pueblos decía,
La página fatal ante mis ojos
Desenvolvió el Destino, salpicada
Toda en purpúrea sangre; mas en torno
También en bello resplandor bañada.
Jefe de mi nación, nobles guerreros,
Oíd cuanto mi oráculo os previene,
Y requerid los ínclitos aceros,
Y en vez de cantos, nueva alarma suene:
Que en otros campos de inmortal memoria
La patria os pide, y el Destino os manda
Otro afán, nueva lid, mayor victoria. »
Las legiones atónitas oían;
Mas luego que se anuncia otro combate,
Se alzan, arman, y al orden de batalla
Ufanas y prestísimas corrieran;
Y ya de acometer la voz esperan.
Reina el silencio. Mas de su alta nube
El Inca exclama: « De ese ardor es digna
La ardua lid que os espera;
Ardua, terrible, pero al fin postrera.
Ese adalid vencido
Vuela en su fuga a mi sagrada Cuzco;
Y en su furia insensata
Gentes, armas, tesoros arrebata,
Y a nuevo azar entrega su fortuna.
Venganza, indignación, furor le inflaman,
Y allá en su pecho hierven como fuegos
Que de un volcán en las entrañas braman.

« Marcha: y el mismo campo donde ciegos
En sangrienta porfía

Los primeros tiranos disputaron
Cuál de ellos sólo dominar debía,
Pues el poder y el oro dividido
Templar su ardiente fiebre no podía;
En ese campo que a discordia ajena
Debió su infausto nombre, y la cadena
Que después arrastró todo el imperio;
Allí, no sin misterio,
Venganza y gloria nos darán los cielos.
¡Oh valle de Ayacucho bienhadado!
Campo serás de gloria y de venganza...
Mas no sin sangre... ¡Yo me estremeciera,
Si mi ser inmortal no lo impidiera!

« Allí BOLÍVAR, en su heroica mente
Mayores pensamientos revolviendo,
El nuevo triunfo trazará, y haciendo
De su genio y poder un nuevo ensayo,
Al joven Sucre prestará su rayo.
Al joven animoso,
A quien del Ecuador montes y ríos
Dos veces aclamaron victorioso.
Ya se verá en la frente del guerrero
Toda el alma del Héroe reflejada,
Que él le quiso infundir de una mirada.

« Como torrentes desde la alta cumbre
Al valle en mil raudales despeñados,
Vendrán los hijos de la infanda Iberia,
Soberbios en su fiera muchedumbre,
Cuando a su encuentro volará impaciente

Tu juventud, Colombia belicosa,
Y la tuya ¡oh Perú! de fama ansiosa,
Y el caudillo impertérrito a su frente.

«¡Atroz, horrendo choque, de azar lleno!
Cual aturde y espanta en su estallido
De hórrida tempestad el postrer trueno.
Arder en fuego el aire,
En humo y polvo obscurecerse el cielo,
Y con la sangre en que rebosa el suelo
Se verá el Apurímac de repente
Embravecer su rápida corriente.

«Mientras por sierras y hondos precipicios
A la hueste enemiga
El impaciente Córdova fatiga:
Córdova, a quien inflama
Fuego de edad, y amor de patria y fama;
Córdova, en cuyas sienes con bello arte
Crecen y se entrelazan
Tu mirto, Venus, tus laureles, Marte.
Con su Miller los húsares recuerdan
El nombre de Junín: Vargas su nombre,
Y Vencedor el suyo con su Lara
En cien hazañas cada cual más clara.

«Allá, por otra parte,
Sereno, pero siempre infatigable,
Terrible cual su nombre, batallando
Se presenta La-Mar, y se apresura
La tarda rota del protervo bando.
Era su antiguo voto, por la patria

Combatir y morir. Dios complacido
Combatir y vencer le ha concedido.
Mártir del pundonor, he aquí tu día:
Ya la calumnia impía
Bajo tu pie bramando confundida,
Te sonríe la Patria agradecida;
Y tu nombre glorioso,
Al armónico canto que resuena
En las floridas márgenes del Guayas,
Que por oírlo su corriente enfrena,
Se mezclará, y el pecho de tu amigo,
Tus hazañas cantando y tu ventura,
Palpitará de gozo y de ternura.

«Lo grande y peligroso
Hiela al cobarde, irrita al animoso.
¡Qué intrepidez! ¡qué súbito coraje
El brazo agita y en el pecho prende
Del que su patria y libertad defiende!
El menor resistir es nuevo ultraje.
El jinete impetuoso,
El fulmíneo arcabuz de sí arrojando,
Lánzase a tierra con el hierro en mano,
Pues le parece, en trance tan dudoso,
Lento el caballo, perezoso el plomo.
Crece el ardor. — Ya cede en toda parte
El número al valor, la fuerza al arte.
Y el ibero arrogante en las memorias
De sus pasadas glorias,
Firme, feroz resiste; y ya en idea
Bajo triunfales arcos, que alzar debe

La sojuzgada Lima, se pasea.
Mas su afán, su ilusión, sus artes... nada,
Ni la resuelta y numerosa tropa
Le sirve. Cede al ímpetu tremendo;
Y el arma de Bailén rindió cayendo
El vencedor del vencedor de Europa.
Perdió el valor, mas no las iras pierde,
Y en furibunda rabia el polvo muerde;
Alza el párpado grave, y sanguinosos
Ruedan sus ojos y sus dientes crujen;
Mira la luz; se indigna de mirarla;
Acusa, insulta al cielo, y de sus labios
Cárdenos, espumosos,
Votos y negra sangre y hiel brotando,
En vano un vengador muere invocando.

« ¡ Ah ! ya diviso míseras reliquias
Con todos sus caudillos humillados
Venir, pidiendo paz. Y generoso
En nombre de BOLÍVAR y la patria
No se la niega el vencedor glorioso,
Y su triunfo sangriento
Con el ramo feliz de paz corona:
Que si patria y honor le arman la mano
Arde en venganza el pecho americano;
Y cuando vence, todo lo perdona.

« Las voces, el clamor de los que vencen,
Y de Quinó las ásperas montañas,
Y los cóncavos senos de la tierra,
Y los ecos sin fin de la ardua sierra,
Todo repite sin cesar: ¡ Victoria !

« Y las bullentes linfas de Apurímac
A las fugaces linfas de Ucayale
Se unen, y unidas llevan presurosas,
En sonante murmullo y alba espuma,
Con palmas en las manos y coronas,
Esta nueva feliz al Amazonas;
Y el espléndido rey al punto ordena
A sus delfines, ninfas y sirenas
Que en clamorosos, plácidos cantares
Tu gran victoria anuncien a los mares.

« Salud, ¡oh vencedor! ¡Oh Sucre! vence,
Y de nuevo laurel orla tu frente.
Alta esperanza de tu insigne patria,
Como la palma al margen de un torrente
Crece tu nombre... Y sola, en este día
Tu gloria, sin Bolívar, brillaría.
Tal se ve Héspero arder en su carrera;
Y del nocturno cielo
Suyo el imperio sin la luna fuera.

« Por las manos de Sucre la Victoria
Ciñe a Bolívar lauro inmarcesible.
¡Oh triunfador! la palma de Ayacucho,
Fatiga eterna al bronce de la Fama,
Segunda vez Libertador te aclama.

« Esta es la hora feliz. Desde aquí empieza
La nueva edad al Inca prometida
De libertad, de paz y de grandeza.
Rompiste la cadena aborrecida;
La rebelde cerviz hispana hollaste;

Grande gloria alcanzaste;
Pero mayor te espera, si a mi pueblo,
Así cual a la guerra lo conformas
Y a conquistar su libertad le empeñas,
La rara y ardua ciencia
De merecer la paz y vivir libre
Con voz y ejemplo y con poder le enseñas.

« Yo con riendas de seda regí al pueblo,
Y cual padre le amé; mas no quisiera
Que el cetro de los Incas renaciera:
Que ya se vió algún Inca, que teniendo
El terrible poder todo en su mano,
Comenzó padre, y acabó tirano.
Yo fuí conquistador, ya me avergüenzo
Del glorioso y sangriento ministerio:
Pues un conquistador, el más humano,
Formar, mas no regir, debe un imperio.

« Por no trillada senda, de la gloria
Al templo vuelas, ínclito Bolívar.
Que ese poder tremendo que te fía
De los padres el íntegro senado,
Si otro tiempo perder a Roma pudo,
En tu potente mano
Es a la libertad del pueblo escudo.

« ¡Oh libertad! el Héroe que podía
Ser el brazo de Marte sanguinario,
Ese es tu sacerdote más celoso,
Y el primero que toma el incensario,
Y a tus aras se inclina silencioso.

¡Oh libertad! Si al pueblo americano
La solemne misión ha dado el cielo
De domeñar el monstruo de la guerra
Y dilatar tu imperio soberano
Por las regiones todas de la tierra
Y por las ondas todas de los mares,
No temas, con este Héroe, que algún día
Eclipse el ciego error tus resplandores,
Superstición profane tus altares,
Ni que insulte tu ley la tiranía:
Ya tu imperio y tu culto son eternos.
Y cual restauras en su antigua gloria
Del santo y poderoso
Pacha-Cámac el templo portentoso,
Tiempo vendrá, mi oráculo no miente,
En que darás a pueblos destronados
Su majestad ingénita y su solio.
Animarás las ruinas de Cartago,
Relevarás en Grecia el Areopago,
Y en la humillada Roma el Capitolio.

Tuya será, BOLÍVAR, esta gloria,
Tuyo el romper el yugo de los reyes,
Y a su despecho entronizar las leyes;
Y la discordia en áspides crinada,
Por tu brazo en cien nudos aherrojada,
Ante los Haces santos confundidas
Harás temblar las armas parricidas.

Ya las hondas entrañas de la tierra
En larga vena ofrecen el tesoro

Que en ellas guarda el Sol, y nuestros montes
Los valles regarán con lava de oro,
Y el pueblo primogenito dichoso
De libertad, que sobre todos tanto
Por su poder y gloria se enaltece,
Como entre sus estrellas
La estrella de VIRGINIA resplandece,
Nos da el ósculo santo
De amistad fraternal. Y las naciones
Del remoto hemisferio celebrado,
Al contemplar el vuelo arrebatado
De nuestras musas y artes,
Como iguales amigos nos saludan,
Con el tridente abriendo la carrera
La Reina de los mares la primera.

Será perpetua ¡oh pueblos! esta gloria,
Y vuestra libertad incontrastable
Contra el poder y liga detestable
De todos los tiranos conjurados,
Si en lazo federal de polo a polo
En la guerra y la paz vivís unidos.
Vuestra fuerza es la unión. Unión ¡oh pueblos!
Para ser libres y jamás vencidos.
Esta unión, este lazo poderoso
La gran cadena de los Andes sea,
Que en fortísimo enlace se dilatan
Del uno al otro mar: las tempestades
Del cielo ardiendo en fuego se arrebatan;
Erupciones volcánicas arrasan
Campos, pueblos, vastísimas regiones,

Y amenazan horrendas convulsiones
El globo destrozar desde el profundo:
Ellos, empero, firmes y serenos
Ven el estrago funeral del mundo.

« Esta es, BOLÍVAR, aun mayor hazaña
Que destrozar el férreo cetro a España,
Y es digna de ti solo. En tanto, triunfa...
Ya se alzan los magníficos trofeos,
Y tu nombre aclamado
Por las vecinas y remotas gentes
En lenguas, voces, metros diferentes,
Recorrerá la serie de los siglos
En las alas del canto arrebatado...
Y en medio del concento numeroso,
La voz del Guayas crece
Y a las más resonantes enmudece.
Tú la salud y honor de nuestro pueblo
Serás viviendo, y ángel poderoso
Que lo proteja, cuando
Tarde al empíreo el vuelo arrebatares,
Y entre los claros Incas
A la diestra de Manco te sentares.

« Así place al Destino. ¡Oh! ved al cóndor,
Al peruviano rey del pueblo aério.
A quien ya cede el águila el imperio:
Vedle cuál desplegando en nuevas galas
Las espléndidas alas,
Sublime a la región del Sol se eleva,
Y el alto augurio que os revelo aprueba.

«Marchad, marchad, guerreros,
Y apresurad el día de la gloria;
Que en la fragosa margen de Apurímac
Con palmas os espera la Victoria.»
Dijo el Inca, y las bóvedas etéreas
De par en par se abrieron,
En viva luz y resplandor brillaron
Y en celestiales cantos resonaron.

Era el coro de cándidas Vestales,
Las vírgenes del Sol, que rodeando
Al Inca como a sumo sacerdote,
En goce santo y ecos virginales
En torno van cantando
Del Sol las alabanzas inmortales.

« Alma eterna del mundo,
Dios santo del Perú, padre del Inca,
En tu giro fecundo
Gózate sin cesar, luz bienhechora,
Viendo ya libre al pueblo que te adora.

« La tiniebla de sangre y servidumbre
Que ofuscaba la lumbre
De tu radiante faz, pura y serena,
Se disipó, y en cantos se convierte
La querella de muerte
Y el ruido antiguo de servil cadena.

« Aquí la libertad buscó un asilo,
Amable peregrina,
Y ya lo encuentra plácido y tranquilo;

Y aquí poner la diosa
Quiere su templo y ara milagrosa;
Aquí, olvidada de su cara Helvecia,
Se viene a consolar de la rüina
De los altares que le alzó la Grecia,
Y en todos sus oráculos proclama
Que al Madalén y al Rímac bullicioso
Ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.

¡Oh Padre, oh claro Sol! no desampares
Este suelo jamás, ni estos altares.
Tu vivífico ardor todos los seres
Anima y reproduce: por ti viven
Y acción, salud, placer, beldad reciben.
Tú al labrador despiertas,
Y a las aves canoras
En tus primeras horas,
Y son tuyos sus cantos matinales;
Por ti siente el guerrero
En amor patrio enardecida el alma,
Y al pie de tu ara rinde placentero
Su laurel y su palma;
Y tuyos son sus cánticos marciales.
Fecunda ¡oh Sol! tu tierra,
Y los males repara de la guerra.

Da a nuestros campos frutos abundosos
Aunque niegues el brillo a los metales;
Da naves a los puertos,
Pueblos a los desiertos,
A las armas victoria,
Alas al Genio y a las Musas gloria.

«Dios del Perú, sostén, salva, conforta
El brazo que te venga:
No para nuevas lides sanguinosas,
Que miran con horror madres y esposas;
Sino para poner a olas civiles
Límites ciertos, y que en paz florezcan
De la alma paz los dones soberanos,
Y arredre a sediciosos y a tiranos.

«Brilla con nueva luz, rey de los cielos,
Brilla con nueva luz en aquel día
Del triunfo que magnífica prepara
A su LIBERTADOR la patria mía.
¡Pompa digna del Inca y del imperio
Que hoy de su ruina a nuevo ser revive!

«Abre tus puertas, opulenta Lima,
Abate tus murallas y recibe
Al noble triunfador que rodeado
De pueblos numerosos, y aclamado
ANGEL de la esperanza,
Y GENIO de la paz y de la gloria,
En inefable majestad se avanza.

«Las Musas y las artes revolando
En torno van del carro esplendoroso
Y los pendones patrios vencedores
Al aire vago ondean, ostentando
Del Sol la imagen, de iris los colores.
Y en ágil planta y en gentiles formas,
Dando al viento el cabello desparcido,
De flores matizado,

Cual las Horas del Sol raudas y bellas,
Saltan en derredor lindas doncellas
En giro no estudiado,
Las glorias de su patria
En sus patrios cantares celebrando,
Y en sus pulidas manos levantando,
Albos y tersos como el seno de ellas,
Cien primorosos vasos de alabastro
Que espiran fragantísimos aromas;
Y de su centro se derrama y sube
Por los cerúleos ámbitos del cielo
De ondoso incienso transparente nube.
Cierran la pompa espléndidos trofeos,
Y por delante en larga serie marchan
Humildes, confundidos,
Los pueblos y los jefes ya vencidos.
Allá procede el ástur belicoso;
Allí va el catalán infatigable,
Y el agreste celtíbero indomable.
Y el cántabro feroz, que a la romana
Cadena el cuello sujetó el postrero;
Y el andaluz liviano,
Y el adusto y severo castellano.
Ya el áureo Tajo cetro y nombre cede;
Y las que antes graciosas
Fueron honor del fabuloso suelo,
Ninfas del Tormes y el Genil, en duelo
Se esconden silenciosas;
Y el grande Betis, viendo ya marchita
Su sacra oliva, menos orgulloso
Paga su antiguo feudo al mar undoso.

El Sol, suspenso en la mitad del cielo,
Aplaudirá esta pompa. — « ¡ Oh Sol, oh Padre
Tu luz rompa y disipe
Las sombras del antiguo cautiverio ;
Tu luz nos dé el imperio ;
Tu luz la libertad nos restituya ;
Tuya es la tierra, y la victoria es tuya ! »
Cesó el canto. Los cielos aplaudieron,
Y en plácido fulgor resplandecieron.
Todos quedan atónitos. Y en tanto
Tras la dorada nube el Inca santo
Y las santas vestales se escondieron.

Mas ¿ cuál audacia te elevó a los cielos,
Humilde Musa mía ? ¡ Oh, no reveles
A los seres mortales
En débil canto arcanos celestiales !
Y ciñan otros la apolínea rama,
Y siéntense a la mesa de los dioses,
Y los arrulle la parlera Fama,
Que es la gloria y tormento de la vida.
Yo volveré a mi flauta conocida,
Libre vagando por el bosque umbrío
De naranjos y opacos tamarindos,
O entre el rosal pintado y oloroso
Que matiza la margen de mi río,
O entre risueños campos do en pomposo
Trono piramidal y alta corona
La Piña ostenta el cetro de Pomona.
Y me diré feliz, si mereciere,
Al colgar esta lira en que he cantado

En tono menos dino
La gloria y el destino
Del venturoso PUEBLO AMERICANO,
Yo me diré feliz, si mereciere,
Por premio a mi osadía,
Una mirada tierna de las Gracias,
Y el aprecio y amor de mis hermanos,
Una sonrisa de la patria mía,
Y el odio y el furor de los tiranos.

AL GENERAL FLORES

VENCEDOR EN MIÑARICA

Cual águila inexperta, que impelida
Del regio instinto de su estirpe clara,
Emprende el precoz vuelo
En atrevido ensayo,
Y elevándose ufana, envanecida,
Sobre las nubes que atormenta el rayo,
No en el peligro de su ardor repara,
Y a su ambicioso anhelo
Estrecha viene la mitad del cielo;

Mas de improviso deslumbrada, ciega,
Sin saber dónde va, pierde el aliento,
Y a la merced del viento
Ya su destino y su salud entrega;
O por su solo peso descendiendo,
Se encuentra por acaso
En medio de su selva conocida,

Y allí, la luz huyendo. se guarece,
Y de fatiga y de pavor vencida,
Renunciando al imperio, desfallece:

Así mi Musa un día
Sintió la tierra huír bajo su planta,
Y osó escalar los cielos, no teniendo
Mas genio que amor patrio y osadía.
En la región etérea se declara
Grande sacerdotisa de los Incas;
Abre el templo del Sol; flores y ofrendas
Esparce sobre el ara;
Ciñe la estola espléndida y la tiara;
Inquieta, atormentada
De un dios que dentro el pecho no le cabe.
Profiere en alta voz lo que no sabe,
Por ciega inspiración. Tiemblan los reyes
Escuchando el oráculo tremendo;
Revelaciones, leyes
Dicta al pueblo; describe las batallas;
De la Patria predice la victoria,
Y la aplaude en seráficos cantares;
De los Incas deifica la memoria,
Y a sus manes sagrados,
Si tumba les faltó, levanta altares.

Mas cuando ya su triunfo absorta canta,
Atrás la vista torna,
Mide el abismo que salvó, y se espanta;
Tiembla, deja caer el refulgente
Sacro diadema que sus sienes orna,
Y flaco el pecho, el ánimo doliente

Cual si volviera de un delirio siente,
Y de la santa agitación rendida,
Quedó en lento deliquio adormecida.

En vano el bronce fratricida truena,
Y de las armas rompe el estallido;
Y al recrujir el carro de la guerra
Se siente en torno retemblar la tierra.
Y el atroz silbo de rabiosas sierpes
Que la Discordia enreda a su melena,
En sed mortal los pechos enfurece;
Y de la antigua silla de los Incas
Hasta do bate el mar los altos muros
De la noble heredera de Cartago,
Todo es horror, y confusión y estrago.

En vano ¡oh Dios! del medio
De las olas civiles, con sorpresa,
Joven, graciosa, de esperanzas llena,
Una nueva República aparece:
Cual la diosa de amor y de belleza
Coronada de rosas y azahares,
Con que el ambiente plácido perfuma,
Surgió sobre la hirviente y alba espuma,
Del mar nacida a serenar los mares;

Y en vano sobre el margen populoso
Del rico Tames y bullente Rímac,
En verso numeroso
Canoras voces se alzan despertando
La Musa de Junín... que el sacro fuego
De inspiración cesó: lánguido expira,

Y el canto silencioso
Duerme sobre las cuerdas de su lira.

Mas nunca el Genio muere, y con su aliento
La tierra, el firmamento,
El mármol y cadáveres anima.
Ya está dentro de mí. Veloces vientos,
Anunciad a las gentes
Un nuevo canto de victoria. Dadme
Laurel y palmas y alas esplendentes;
Volvedme el estro santo,
Que ya en el seno siento hervir el canto.

¿A dónde huyendo del paterno techo
Corre la juventud precipitada?
En sus ojos furor, rabia en su pecho,
Y en su mano blandiendo ensangrentada
Un tizón infernal, cual civil Parca,
Ciega discurre, tala, y sus horrendas
Huellas en sangre y en cenizas marca.

Leyes y patria y libertad proclaman...
Y oro, sangre, poder... esas sus leyes,
Esa es la libertad, de que se llaman
Ínclitos vengadores...

Y en los enormes montes interpuestos,
Y en el soberbio inexpugnable alcázar,
Que de lejos ostenta
La reina del Pacífico opulenta,
La insolente esperanza
Ponen de triunfo cierto y de venganza.

Corren al triunfo cierto... y un abismo
Se abrió bajo sus pies... que los horrores
De tanta sedición, los alaridos
Que entre las ruinas salen, los clamores
De tantos pueblos íntegros y fieles,
El rayo concitaron que dormía
Allá en el seno de su nube umbría.

Ese es el adalid a quien dió el cielo
Valor, consejo, previsión y audacia.
Al arduo empeño, a la mayor desgracia
Le sobra el corazón. Todo le cede:
Sirve a su voz la suerte, ante su genio
El peligro espantado retrocede.

Flores los pueblos claman, y los montes,
Que la escena magnífica decoran,
Flores, repiten sin cesar. Los ecos
Ávidos unos a otros se devoran
Y en inquietud perpetua se suceden
Como olas de la mar. Sordos aterran
La turba pertinaz, que espavorida
Huye, y no sabe dónde: que doquiera
Los ecos la persiguen, y doquiera
El espectro del héroe la intimida.

Así cuando una nube repentina
Enluta el cielo, cuando el sol declina,
Se afanan los pastores recogiendo
El rebaño que pace descuidado;
Mas si improviso estalla un trueno horrendo,
El tímido ganado

Se aturde, se dispersa, desoyendo
Del fiel mastín inútiles clamores;
Se pierde en precipicios espantosos,
Que más lo apartan del redil querido;
Y entre tantos horrores
Vagan, tiemblan y caen confundidos
Ganados y mastines y pastores.

Oyó la voz doliente de la Patria
Su siempre fiel guerrero,
Y desnudando el invencible acero,
Se avanza; y los valientes capitanes
En cien lides gloriosos le rodean,
Y dar paz a la Patria o morir firmes,
Sobre la cruz de sus espadas juran...
Él habla, y a su acento
Todo en torno es acción y movimiento.
Armas, tormentos bélicos... y cuanto
Elemento de guerra y de victoria
Da el suelo, forma el arte, el genio crea,
Se apresta, o aparece por encanto.
Gime el yunque, la fragua centellea,
Brota naves el mar, tropas la tierra...
Aquí y allí la juventud se adiestra
A la terrible y desigual palestra...
Y el caballo impaciente
De freno y de reposo,
Se indigna, escarba el suelo polvoroso;
Impávido, insolente
Demanda la señal; bufa, amenaza,
Tiemblan sus miembros, su ojo reverbera;

Enarca la cerviz, la alza arrogante
De prominente oreja coronada;
Y al viento derramada
La crin luciente de su cuello enhiesto,
Ufano da en fantástica carrera
Mil y mil pasos sin salir del puesto.

Mayor afán, agitación, tumulto,
Reina en el bando opuesto.
Armas les da el furor; la ambición ciega,
Constancia... obstinación. ¡Cuán impotente
Dió voces la razón!... Y en vano el cielo
Los aterra con signos portentosos:
Nocturnas sombras vagan por el suelo
Exhalando alaridos lastimosos;
Rayos sanguíneos las tinieblas aran
En pálido fulgor, y por la noche
Sones terribles de uno al otro extremo
De la espantosa bóveda se oyeron;
Se hiende el monte, el huracán estalla,
¡Y es todo el aire un campo de batalla!
Y en medio de la pompa más solemne,
Las imágenes santas derribadas,
¡Qué horror! del alto pedestal cayeron,
Del incienso sacrílego indignadas.

¿Veis allá lejos ominosa nube
Ondeando en polvo de revuelta arena,
Que densa se derrama y lenta sube?...
Allí está Miñarica. La Discordia
Allí sus haces crédulas ordena;

Las convoca, las cuenta, las inflama...
Las inflama... después las desenfrena.

Flores vuela al encuentro, y cuando alzada
Sobre la hostil cerviz resplandecía
Su espada, reconoce sus hermanos,
Lejos de sí la arroja, y les ofrece
El seno abierto y las inermes manos.

Mas fiera la facción se enorgullece:
Razón, ruego, amistad y paz desdeña;
Triunfa al verse rogada,
Y en ilusión y en arrogancia crece:
Que rara vez clemencia generosa
El monstruo del furor civil domeña,
Y aun más los viles pechos escandece.

Tornó del héroe a relumbrar la espada,
Y esta fué la señal. Los combatientes
Con firme paso y exultantes frentes
Se acometen, se mezclan... De una parte
El número y el ímpetu... de la otra
Arte, valor, serenidad; doquiera
Furor y sangre... y a las armas sangre,
Aun más infame que el orín, empaña;
Y los pendones patrios encontrados
Rotos y en sangre flotan empapados.
Cristados yelmos, miembros palpitantes
Erizan la campaña...
Y los troncos humanos
Se revuelcan, amagan,
E impotentes de herir, siquiera insultan,

Mientras los restos de vital aliento
Entre sus labios macilentos vagan.
Los antiguos amigos, los hermanos
Se encuentran, se conocen... y se abrazan...
Con el abrazo de furente saña!
Ni tregua, ni piedad... ¿Quién me retira
De esta escena de horror?... Rompe tu lira,
Doliente Musa mía, y antes deja
Por siempre sepultada en noche obscura
Tanta guerra civil. ¡Oh! tú no seas
Quien a la edad futura
Quiera en durable verso revelarla:
Que si mengua o escándalo resulta,
Honra más la verdad quien más la oculta.

Como rayo entre nube tormentosa
Serpea fulminando y veloz huye,
Vuelve a brillar, la tempestad disipa,
Y su esplendor al cielo restituye;
Así la espada del invicto FLORES
Por entre los espesos escuadrones
Va sin ley cierta, brilla... y desparecen.
A los unos aterra su presencia;
Otros, piedad clamando, se rindieron;
Y a los que, fuertes para huír, huyeron,
Los alcanzó en su fuga la clemencia.

¡Salud, oh claro vencedor! ¡Oh firme
Brazo, columna, y gloria de la Patria!
Por ti la asolación, por ti el estruendo
Bélico cesa, y la inspirada Musa

Despertó dando arrebatado canto:
Por ti la Patria el merecido llanto
Templa al mirar el hecatombe horrendo
Que es precio de la paz; por ti recobran
Su paz los pueblos y su prez las artes,
La alma Temis su santo ministerio,
Su antiguo honor los patrios estandartes,
La ley su cetro, libertad su imperio;
Y las sombras de Guachi desoladas
De su afrenta y dolor quedan vengadas.

Rey de los Andes, la ardua frente inclina,
Que pasa el Vencedor. A nuestras playas
Dirige el paso victorioso, en tanto
Que el himno sacro la amistad entona,
Y fausta la Victoria le destina
Triunfales pompas en su caro Guayas,
Y en este canto espléndida corona.

(1835)

A UN AMIGO

EN EL NACIMIENTO DE SU PRIMOGÉNITO

¡Tanto bien es vivir, que presurosos
Deudos y amigos plácidos rodean
La cuna del que nace,
Y en versos numerosos
Con felices pronósticos recrean
La ilusión paternal! Uno la frente

Besa del inocente,
Y en ella lee su próspero destino;
Otro, ingenio divino,
Sed de saber y fama
Y de amor patrio la celeste llama
Ve en sus ojos arder; y la ternura,
El candor y piedad otro divisa
En su graciosa y plácida sonrisa.

¿Pero será feliz, o serán tantas
Hermosas esperanzas ilusiones?
Ilusiones, Risel. Ese agraciado
Niño, tu amor y tu embeleso ahora,
Hombre nace a miseria condenado.
Vanos títulos son para librarle
Su fortuna, su nombre.
¿Mas qué hablo yo de nombre y de fortuna,
Si la misma virtud y sus talentos
Serán en estos malhadados días
Un crimen sin perdón?... La moral pura,
La simple, la veraz filosofía,
Y tus leyes seguir, madre natura,
Impiedad se dirá: rasgar el velo
Que la superstición, la hipocresía
Tienden a la maldad; decir que el cielo
Límites ciertos al poder prescribe
Como a la mar, y que la mar insana
Menos desobediente
Es al alto decreto omnipotente,
Impiedad... sedición... Por toda parte
La frente erguida el vicio se pasea

Llevando por divisa « audacia y arte ».
Tienta, seduce, inflama;
Ni oro ni afán perdona,
Da a la maldad por galardón la fama,
Se atreve a todo, y triunfa y se corona.

¡Qué escenas, Dios, qué ejemplos! ¡qué peligros!
¿Y es tanto bien vivir? ¡Siquiera el cielo
A más serenos días retardara
¡Oh niño, tu nacer! que ahora sólo
El indigno espectáculo te espera
De una patria en mil partes lacerada,
Sangre filial brotando por doquiera;
Y crinada de sierpes silbadoras
La discordia indignada
Sacudiendo, cual furia horrible y fea,
Su pestilente y ominosa tea.

¡Oh, si te fuera dado al seno obscuro,
Pero dulce y seguro,
De la nada tornar... y de este hermoso
Y vivífico sol, alma del mundo,
No volver a la luz, sino allá cuando,
Ceñida en lauro de victoria, ostente
La dulce patria su radiosa frente,
Y cuando el astro del saber termine
Su conocido giro al Occidente;
Y el culto del arado y de las artes,
Más preciosas que el oro,
Haga reflorecer, en lustre eterno,
Candor, riqueza y nacional decoro;
Y leyes de virtud y amor dictando,

En lazo federal las gentes todas
Adune la alma paz, y se amen todas...
Y, ¡oh triunfo! derrocados
Caigan al hondo abismo
Error, odio civil y fanatismo!

Traed, cielos, en ala presurosa
Este de expectación hermoso día.
Entretanto, Risel, cauto refrena
El vuelo de esperanza y de alegría.
¡Oh, cuántas veces una flor graciosa
Que al primer rayo matinal se abría,
Y gloria del verjel la proclamaba
La turba de los hijos de la Aurora,
Y algún tierno amador la destinaba
A morir perfumando el casto seno
De la más bella y más feliz pastora;
¡Oh, cuántas veces mustia y desmayada
No llega a ver el sol! ¡que de improviso
La abrasa el hielo, el viento la deshoja,
O quizá hollada por la planta impura
De una bestia feroz ve su hermosura!

Empero tu deber, Risel amado,
Ya que te ves alzado
A la sublime dignidad de padre,
Te manda no temer; antes el fuerte
Pecho contraponer a la violenta
Avenida del mal y de la suerte.
Virtud, ingenio tienes. Sirva todo,
No sólo a dirigir la índole tierna
De tu hijo al bien, que en desunión eterna

Está con la ambición y la mentira,
Sino a purificar en algún modo
El aire infecto que doquier respira.
Aprenda de tu ejemplo
Prudencia, no doblez; valor, no audacia:
Moderación en próspera fortuna,
Constante dignidad en la desgracia.
Porque cuando en el monte se embravece
Hórrida tempestad, el flaco arbusto
Trabajado del ábrego perece,
Mas al humilde suelo nunca inclina
Su excelsa frente la robusta encina;
Antes allá en las nubes señorea
Los elementos en su guerra impía
Y al fulgurante rayo desafía.

Y tú, mi dulce amiga, cuyo hermoso
Corazón es el ara
Del amor conyugal y la ternura;
Que por seguir y consolar tu esposo,
En tabla mal segura
Osaste hollar con varonil denuedo
Mares por sus naufragios tan famosas,
Y cortes más que mares procelosas;
Tú, que aun en medio del dolor serena,
Viste abrirse a tus pies la tumba obscura,
Ni asomada a su abismo te espantaste;
Y ansiedad y amargura
En los pesares sólo,
Mal merecidos, de Risel mostraste,
O cuando el tierno pecho te asaltaba

Dulce memoria de la patria ausente:
¡Oh! entonces no sabías
Que al volver a tu patria y tus amigos
En premio el cielo a tu virtud guardaba
Lo que negó a diez años de deseos,
Y que madre a tu madre abrazarías.

Gózate para siempre, amiga mía;
Huyó la nube en tempestad preñada,
Y te amanece bonancible día.
Gózate, tierna amiga, para siempre:
Éste, éste de la patria el caro suelo,
Éste su dulce y apacible cielo,
Éstos tus lares son. ¿Por qué suspiras?
No es ya mentido sueño lo que miras...
Esa que tierna abrazas es tu madre;
Tú, más feliz que yo, tu madre abrazas...
Mientras yo ¡desdichado!
Que una ventura igual me prometía,
Sólo en la tumba abrazaré la mía.

Tú, sé feliz, y goza ya, segura
De sobresalto fiero,
Inefable delicia en el cariño
De este precioso niño,
Primera prenda de tu amor primero.

Paréceme mirarte embebecida
En sus ingenuas y festivas gracias;
Y, cuando más absorta, de improviso
Una lágrima ardiente
De tus ojos brotar... el inocente,

Cual si entendiera lo que entonces piensas,
Las manecitas cariñosas tiende,
Abre en sonrisa la encarnada boca
Y el dulce beso maternal provoca.
Bésale veces mil, y esta dulzura
Divide con Risel. Sabia natura
No te formó, al nacer, amable, hermosa,
Sino para ser madre y ser esposa.

Y tú, querido infante, que ignorando
Cuál será tu destino, en la dorada
Blanda cuna te meces,
Y agraciado sonríes,
O ledo te adormeces;
Ya que mirar la luz te ha dado el cielo,
Vive, florece; y tus amigos vean
Que en honor y consuelo
De tu familia y de tu patria creces.

Sigue como tus padres alentado
De la virtud la senda,
Y nada temas; que en cualquier estado
Vive el hombre de bien serenamente
A una y otra fortuna preparado,
Y libre, o en cadena, y aun ya alzada
Sobre su cuello la funesta espada,
En noble impavidez antes la frente
A la ceñuda adversidad humilla,
Que a un risueño tirano la rodilla.

(1817)

ANDRÉS BELLO

(Venezolano Siglos XVIII-XIX)

ALOCUCIÓN A LA POESÍA

Divina Poesía,
Tú de la soledad habitadora,
A consultar tus cantos enseñada
Con el silencio de la selva umbría;
Tú a quien la verde gruta fué morada,
Y el eco de los montes compañía;
Tiempo es que dejes ya la culta Europa,
Que tu nativa rustiquez desama,
Y dirijas el vuelo adonde te abre
El mundo de Colón su grande escena.
También propicio allí respeta el cielo
La siempre verde rama
Con que al valor coronas:
También allí la florecida vega,
El bosque enmarañado, el sesgo río,
Colores mil a tus pinceles brindan;
Y Céfiro revuela entre las rosas;
Y fúlgidas estrellas

Tachonan la carroza de la noche;
Y el rey del cielo, entre cortinas bellas
De nacaradas nubes, se levanta.
Y la avecilla en no aprendidos tonos
Con dulce pico endechas de amor canta.

¿Que a ti, silvestre ninfa, son las pompas
De dorados alcázares reales?
¿A tributar también irás en ellos,
En medio de la turba cortesana,
El torpe incienso de servil lisonja?
No tal te vieron tus más bellos días
Cuando en la infancia de la gente humana,
Maestra de los pueblos y los reyes
Cantaste al mundo las primeras leyes.
No te detenga ¡oh diosa!
Esta región de luz y de miseria,
En donde tu ambiciosa
Rival Filosofía,
Que la virtud a cálculo somete,
De los mortales te ha usurpado el culto;
Donde la coronada hidra amenaza
Traer de nuevo al pensamiento esclavo
La antigua noche de barbarie y crimen;
Donde la libertad vano delirio,
Fe la servilidad, grandeza el fasto,
La corrupción cultura se apellida:
Descuelga de la encina carcomida
Tu dulce lira de oro, con que un tiempo
Los prados y las flores, el susurro
De la floresta opaca, el apacible

Murmurar del arroyo transparente,
Las gracias atractivas
De natura inocente
A los hombres cantaste embelesados;
Y sobre el vasto Atlántico tendiendo
Las vagarosas alas, a otro cielo,
A otro mundo, a otras gentes te encamina,
Do viste aún su primitivo traje
La tierra, al hombre sometida apenas;
Y las riquezas de los climas todos,
América, del Sol joven esposa,
Del antiguo Oceano hija postrera,
En su seno feraz cría y esmera.

¿Qué morada te aguarda? ¿Qué alta cumbre,
Qué prado ameno, qué repuesto bosque
Harás tu domicilio? ¿En qué felice
Playa estampada tu sandalia de oro
Será primero? ¿Donde el claro río
Que de Albión los héroes vió humillados,
Los azules pendones reverbera
De Buenos Aires, y orgulloso arrastra
De cien potentes aguas los tributos
Al atónito mar? ¿O donde emboza
Su doble cima el Avila [1] entre nubes,
Y la ciudad renace de Losada? [2]
¿O más te sonreirán, Musa, los valles
De Chile afortunado, que enriquecen
Rubias cosechas y süaves frutos;

[1] Monte vecino a Caracas.—*(El Autor).*
[2] Fundador de Caracas —*(El Autor).*

Do la inocencia y el candor ingenuo
Y la hospitalidad del mundo antiguo
Con el valor y el patriotismo habitan?
¿O la ciudad[1] que el águila posada
Sobre el nopal mostró al azteca[2] errante
Y el suelo de inexhaustas venas rico
Que casi hartaron la avarienta Europa?
Ya de la mar del Sur la bella reina,
A cuyas hijas dió la gracia en dote
Naturaleza, habitación te brinda
Bajo su blando cielo, que no turban
Lluvias jamás ni embravecidos vientos.
¿O la elevada Quito
Harás tu albergue, que entre canas cumbres
Sentada, oye bramar las tempestades
Bajo sus pies, y etéreas auras bebe,
A tu celeste inspiración propicias?
Mas oye do tronando se abre paso
Entre murallas de peinada roca,
Y, envuelto en blanca nube de vapores
De vacilantes iris matizada,
Los valles va a buscar de Magdalena
Con salto audaz el Bogotá espumoso.
Allí memorias de tempranos días
Tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce
Y nativa inocencia venturosos,
Sustento fácil dió a sus moradores,
Primera prole de su fértil seno,
Cundinamarca; antes que el corvo arado

[1] Méjico. — *(El Autor).*
[2] Nación americana fundadora de Méjico.—*(El Autor).*

Violase el suelo, ni extranjera nave
Las apartadas costas visitara.
Aun no aguzado la ambición había
Hierro feroz; aun no degenerado
Buscaba el hombre bajo obscuros techos
El albergue, que grutas y florestas
Saludable le daban y seguro,
Sin que señor la tierra conociese,
Los campos valla, ni los pueblos muro.
La libertad sin leyes florecía;
Todo era paz, contento y alegría;
Cuando de dichas tantas envidiosa
Huitaca[1] bella, de las aguas diosa,
Hinchando el Bogotá, sumerge el valle.
De la gente infeliz, parte pequeña
Asilo halló en los montes:
El abismo voraz sepulta el resto.
Tú cantarás cómo indignó el funesto
Estrago de su casi extinta raza
A Nenqueteba, hijo del Sol, que rompe
Con su cetro divino la enriscada
Montaña, y a las ondas abre calle.
El Bogotá, que inmenso lago un día,
De cumbre a cumbre dilató su imperio;
De las ya estrechas márgenes, que asalta
Con vana furia, la prisión desdeña,
Y por la brecha hirviendo se despeña.
Tú cantarás cómo a las nuevas gentes
Nenqueteba piadoso, leyes, y artes,

[1] Huitaca, mujer de Nenqueteba o Bochica, legislador de los Muiscas. — Véase Humboldt, *Vues des Cordillères*, t. I. — *(El Autor).*

Y culto dió; después que a la maligna
Ninfa mudó en lumbrera de la noche,
Y de la Luna por la vez primera
Surcó el Olimpo el argentado coche.

Ve, pues, ve, a celebrar las maravillas
Del Ecuador: canta el vistoso cielo
Que de los astros todos los hermosos
Coros alegran, donde a un tiempo el vasto
Dragón del Norte su dorada espira
Desvuelve en torno al luminar inmóvil
Que el rumbo al marinero audaz señala,
Y la paloma cándida de Arauco
En las australes ondas moja el ala.
Si tus colores los más ricos mueles
Y tomas el mejor de tus pinceles,
Podrás los climas retratar que entero
El vigor guardan genital primero
Con que la voz omnipotente, oída
Del hondo caos, hinchió la tierra, apenas
Sobre su informe faz aparecida,
Y de verdura la cubrió y de vida.
Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso
Que vuestros verdes laberintos puebla,
Y en varias formas y estatura y galas
Hacer parece alarde de sí mismo,
Poner presumirá nombre o guarismo?
En densa muchedumbre
Ceibas, acacias, mirtos se entretejen,
Bejucos, vides, gramas:
Las ramas a las ramas,

Pugnando por gozar de las felices
Auras y de la luz, perpetua guerra
Hacen, y a las raíces
Angosto viene el seno de la tierra.
¡Oh! ¡Quién contigo, amable Poesía,
Del Cauca a las orillas me llevara,
Y el blando aliento respirar me diera
De la siempre lozana primavera
Que allí su reino estableció y su corte!
O, si ya de cuidados enojosos
Exento, por las márgenes amenas
Del Aragua moviese
El tardo incierto paso;
O reclinado acaso
Bajo una fresca palma en la llanura,
Viese arder en la bóveda azulada
Tus cuatro lumbres bellas,
¡Oh cruz del Sur! que las nocturnas horas
Mides al caminante
Por la espaciosa soledad errante;
O del cucuy las luminosas huellas
Viese cortar el aire tenebroso,
Y del lejano tambo a mis oídos
Viniera el són del yaraví amoroso![1]
Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
Algún Marón americano ¡oh diosa!
También las mieses, los rebaños cante,
El rico suelo al hombre avasallado,
Y las dádivas mil con que la zona
De Febo amada al labrador corona:

[1] Tonada triste del Perú, y de los llanos de Colombia.—(*El Autor*).

Donde cándida miel llevan las cañas,
Y animado carmín la tuna cría,
Donde tremola el algodón su nieve,
Y el ananás sazona su ambrosía;
De sus racimos la variada copia
Rinde el palmar, da azucarados globos
El zapotillo, su manteca ofrece
La verde palta, da el añil su tinta,
Bajo su dulce carga desfallece
El banano, el café el aroma acendra
De sus albos jazmines, y el cacao
Cuaja en urnas de púrpura su almendra.
. . . .

LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA

SILVA AMERICANA

¡Salve, fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribes
El vago curso, y cuanto ser se anima
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas; tú la uva
Das a la hirviente cuba:
No de purpúrea flor, o roja, o gualda,
A tus florestas bellas
Falta matiz alguno; y bebe en ellas

Aromas mil el viento;
Y greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura, desde el llano
Que tiene por el lindero el horizonte,
Hasta el erguido monte,
De inaccesible nieve siempre cano.
Tú das la caña hermosa,
De do la miel se acendra,
Por quien desdeña el mundo los panales:
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en la espumante jícara rebosa:
Bulle carmín viviente en tus nopales,
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
Y de tu añil la tinta generosa
Émula es de la lumbre del zafiro;
El vino es tuyo, que la herida agave[1]
Para los hijos vierte
Del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya,
Que cuando de süave
Humo en espiras vagarosas huya,
Solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
El arbusto sabeo[2],
Y el perfume le das que en los festines
La fiebre insana templará a Lieo.
Para tus hijos la procera palma[3]

[1] Maguey o pita *(Agave americana, L.)* que da el pulpe.

[2] El café es originario de Arabia, y el más estimado en el comercio viene todavía de aquella parte del Yemen en que estuvo el reino de Sabá, que es cabalmente donde hoy está Moka.

[3] Ninguna familia de vegetales puede competir con las palmas en la variedad de productos útiles al hombre: pan, leche, vino, aceite, fruta, hortaliza, cera, leña, cuerdas, vestido, etc

Su vario feudo cría,
Y el ananás sazona su ambrosía:
Su blanco pan la yuca [1],
Sus rubias pomas la patata educa,
Y el algodón despliega al aura leve
Las rosas de oro y el vellón de nieve.
Tendida para ti la fresca parcha [2]
En enramadas de verdor lozano,
Cuelga de sus sarmientos trepadores
Nectáreos globos y franjadas flores;
Y para ti el maíz, jefe altanero
De la espigada tribu, hinche su grano;
Y para ti el banano [3]
Desmaya al peso de su dulce carga;
El banano, primero
De cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las gentes
Del Ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
El premio rinde opimo:

[1] No se debe confundir (como se ha hecho en un Diccionario de grande y merecida autoridad) la planta de cuya raíz se hace el pan de casave (que es la *Jatropha manihot*, de Linneo, conocida ya generalmente en castellano bajo el nombre de *yuca*), con la *Yucca* de los botánicos.

[2] Este nombre se da en Venezuela a las *Pasifloras* o *Pasionarias*, género abundantísimo en especies, todas bellas, y algunas de suavísimos frutos.

[3] El banano es el vegetal que principalmente cultivan para sí los esclavos de las plantaciones o haciendas, y de que sacan mediata o inmediatamente su subsistencia, y casi todas las cosas que les hacen tolerable la vida. Sabido es que el bananal no sólo da, a proporción del terreno que ocupa, más cantidad de alimento que ninguna otra siembra o plantío, sino que de todos los vegetales alimenticios, éste es el que pide menos trabajo y menos cuidado.—(*El Autor*).

No es a la podadera, no al arado
Deudor de su racimo;
Escasa industria bástale, cual puede
Hurtar a sus fatigas mano esclava:
Crece veloz, y cuando exhausto acaba,
Adulta prole en torno le sucede.

Mas ¡oh! si cual no cede
El tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
Y como de natura esmero ha sido,
De tu indolente habitador lo fuera:
¡Oh! ¡Si al falaz rüido
La dicha al fin supiese verdadera
Anteponer, que del umbral le llama
Del labrador sencillo,
Lejos del necio y vano
Fausto, el mentido brillo,
El ocio pestilente ciudadano!
¿Por qué ilusión funesta
Aquellos que fortuna hizo señores
De tan dichosa tierra y pingüe y varia,
Al cuidado abandonan
Y a la fe mercenaria
Las patrias heredades,
Y en el ciego tumulto se aprisionan
De míseras ciudades,
Do la ambición proterva
Sopla la llama de civiles bandos,
O al patriotismo la desidia enerva;
Do el lujo las costumbres atosiga,
Y combaten los vicios

La incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
Se endurece el mancebo a la fatiga;
Mas la salud estraga en el abrazo
De pérfida hermosura,
Que pone en almoneda los favores;
Mas pasatiempo estima
Prender aleve en casto seno el fuego
De ilícitos amores;
O embebecido le hallará la aurora
En mesa infame de ruinoso juego.
En tanto a la lisonja seductora
Del asiduo amador fácil oído
Da la consorte: crece
En la materna escuela
De la disipación y el galanteo
La tierna virgen, y al delito espuela
Es antes el ejemplo que el deseo.
¿Y será que se formen de este modo
Los ánimos heroicos denodados
Que fundan y sustentan los Estados?
¿De la algazara del festín beodo,
O de los coros de liviana danza,
La dura juventud saldrá, modesta,
Orgullo de la patria y esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
De la severa ley regir el freno;
Brillar en torno aceros homicidas
En la dudosa lid verá sereno;
O animoso hará frente al genio altivo
Del engreído mando en la tribuna,

Aquel que ya en la cuna
Durmió al arrullo del cantar lascivo,
Que riza el pelo, y se unge y se atavía
Con femenil esmero,
Y en indolente ociosidad el día,
O en criminal lujuria pasa entero?
No así trató la triunfadora Roma
Las artes de la paz y de la guerra;
Antes fió las riendas del Estado
A la mano robusta
Que tostó el sol y encalleció el arado;
Y bajo el techo humoso campesino
Los hijos educó, que el conjurado
Mundo allanaron al valor latino.

¡Oh! ¡Los que afortunados poseedores
Habéis nacido de la tierra hermosa
En que reseña hacer de sus favores,
Como para ganaros y atraeros,
Quiso naturaleza bondadosa!
Romped el duro encanto
Que os tiene entre murallas prisioneros.
El vulgo de las artes laborioso,
El mercader, que necesario al lujo,
Al lujo necesita,
Los que anhelando van tras el señuelo
Del alto cargo y del honor ruidoso,
La grey de aduladores parasita,
Gustosos pueblen ese infecto caos;
El campo es vuestra herencia: en él gozaos.
¿Amáis la libertad? El campo habita:

No allá donde el magnate
Entre armados satélites se mueve,
Y de la moda, universal señora,
Va la razón al triunfal carro atada,
Y a la fortuna la insensata plebe,
Y el noble al aura popular adora.
¿O la virtud amáis? ¡Ah! ¡Que el retiro,
La solitaria calma
En que, juez de sí misma, pasa el alma
A las acciones muestra,
Es de la vida la mejor maestra!
¿Buscáis durables goces,
Felicidad, cuanta es al hombre dada
Y a su terreno asiento, en que vecina
Está la risa al llanto, y siempre ¡ah! siempre,
Donde halaga la flor, punza la espina?
Id a gozar la suerte campesina;
La regalada paz, que ni rencores
Al labrador, ni envidias acibaran;
La cama que mullida le preparan
El contento, el trabajo, el aire puro;
Y el sabor de los fáciles manjares,
Que dispendiosa gula no le aceda;
Y el asilo seguro
De sus patrios hogares
Que a la salud y al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
Que vuelve al cuerpo laso
El perdido vigor, que a la enojosa
Vejez retarda el paso,
Y el rostro a la beldad tiñe de rosa.

¿Es allí menos blanda por ventura
De amor la llama, que templó el recato?
¿O menos aficiona la hermosura
Que de extranjero ornato
Y afeites impostores no se cura?
¿O el corazón escucha indiferente
El lenguaje inocente
Que los afectos sin disfraz expresa
Y a la intención ajusta la promesa?
No del espejo al importuno ensayo
La risa se compone, el paso, el gesto;
No falta allí carmín al rostro honesto
Que la modestia y la salud colora,
Ni la mirada que lanzó al soslayo
Tímido amor, la senda al alma ignora.
¿Esperaréis que forme
Más venturosos lazos himeneo,
Do el interés barata,
Tirano del deseo,
Ajena mano y fe por nombre o plata,
Que do conforme gusto, edad conforme,
Y elección libre, y mutuo ardor los ata?

Allí también deberes
Hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
Heridas de la guerra: el fértil suelo,
Áspero ahora y bravo,
Al desacostumbrado yugo torne
Del arte humana y le tribute esclavo.
Del obstruído estanque y del molino
Recuerden ya las aguas el camino;

El intrincado bosque el hacha rompa,
Consuma el fuego: abrid en luengas calles
La obscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
A la sedienta caña;
La manzana y la pera
En la fresca montaña
El cielo olviden de su madre España;
Adorne la ladera
El cafetal; ampare
A la tierna teobroma en la ribera
La sombra maternal de su bucare[1];
Aquí el vergel, allá la huerta ría...
¿Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil a tu voz, agricultura,
Nodriza de las gentes, la caterva
Servil armada va de corvas hoces;
Mírola ya que invade la espesura
De la floresta opaca; oigo las voces;
Siento el rumor confuso, el hierro suena;
Los golpes el lejano
Eco redobla; gime el ceibo anciano,
Que a numerosa tropa
Largo tiempo fatiga:
Batido de cien hachas se estremece,
Estalla al fin, y rinde el ancha copa.
Huyó la fiera; deja el caro nido,
Deja la prole implume
El ave, y otro bosque no sabido

[1] El cacao (*Theobrama cacao, L.*) suele plantarse en Venezuela a la sombra de árboles corpulentos llamados bucares.

De los humanos, va a buscar doliente...
¿Qué miro? Alto torrente
De sonorosa llama
Corre, y sobre las áridas rüinas
De la postrada selva se derrama.
El raudo incendio a gran distancia brama,
Y el humo en negro remolino sube
Aglomerando nube sobre nube.
Ya de lo que antes era
Verdor hermoso y fresca lozanía,
Sólo difuntos troncos,
Sólo cenizas quedan, monumento
De la dicha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
De las tupidas plantas montaraces
Sucede ya el fructífero plantío
En muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo a ramo alcanza,
Y a los rollizos tallos hurta el día;
Ya la primera flor desvuelve el seno,
Bello a la vista, alegre a la esperanza:
A la esperanza, que riendo enjuga
Del fatigado agricultor la frente,
Y allá a lo lejos el opimo fruto
Y la cosecha apañadora pinta,
Que lleva de los campos el tributo,
Colmado el cesto y con la falda en cinta;
Y bajo el peso de los largos bienes
Con que al colono acude,
Hace crujir los vastos almacenes.

¡Buen Dios! No en vano sude,
Mas a merced y a compasión te mueva
La gente agricultora
Del Ecuador, que del desmayo triste
Con renovado aliento vuelve ahora,
Y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,
Tantos años de fiera
Devastación y militar insulto,
Aun más que tu clemencia antigua implora.
Su rústica piedad, pero sincera,
Halle a tus ojos gracia: no el risueño
Porvenir que las penas le aligera,
Cual de dorado sueño
Visión falaz, desvanecido llore;
Intempestiva lluvia no maltrate
El delicado embrión; el diente impío
De insecto roedor no lo devore;
Sañudo vendaval no lo arrebate,
Ni agote al árbol el materno jugo
La calorosa sed de largo estío.
Y pues al fin te plugo,
Árbitro de la suerte soberano,
Que suelto el cuello de extranjero yugo
Irguiese al cielo el hombre americano;
Bendecida de ti se arraigue y medre
Su libertad; en el más hondo encierra
De los abismos la malvada guerra,
Y el miedo de la espada asoladora
Al suspicaz cultivador no arredre
Del arte bienhechora,
Que las familias nutre y los Estados:

La azorada inquietud deje las almas,
Deje la triste herrumbre los arados.
Asaz de nuestros padres malhadados
Expiamos la bárbara conquista.
¿Cuántas doquier la vista
No asombran erizadas soledades,
Do cultos campos fueron, do ciudades?
De muertes, proscripciones,
Suplicios, orfandades,
¿Quién contará la pavorosa suma?
Saciadas duermen ya de sangre ibera
Las sombras de Atahualpa y Moctezuma.
¡Ah! Desde el alto asiento
En que escabel te son alados coros
Que velan en pasmado acatamiento
La faz ante la lumbre de tu frente
(Si merece por dicha una mirada
Tuya la sin ventura humana gente),
El ángel nos envía,
El ángel de la paz, que al crudo ibero
Haga olvidar la antigua tiranía,
Y acatar reverente el que a los hombres
Sagrado diste, imprescriptible fuero:
Que alargar le haga al injuriado hermano
(¡Ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;
Y si la innata mansedumbre duerme,
La despierte en el pecho americano.
El corazón lozano
Que una feliz obscuridad desdeña,
Que en el azar sangriento del combate
Alborozado late,

Y codicioso de poder o fama,
Nobles peligros ama;
Baldón estime sólo y vituperio
El prez que de la patria no reciba,
La libertad más dulce que el imperio,
Y más hermosa que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
Deponga de la guerra la librea:
El ramo de victoria
Colgado al ara de la patria sea,
Y sola adorne al mérito la gloria.
De su trïunfo entonces, patria mía,
Verá la paz el suspirado día;
La paz, a cuya vista el mundo llena
Alma serenidad y regocijo,
Vuelve alentado el hombre a la faena,
Alza el ancla la nave, a las amigas
Auras encomendándose animosa,
Enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
Y no basta la hoz a las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
Alzáis sobre el atónito Occidente
De tempranos laureles la cabeza!
Honrad al campo, honrad la simple vida
Del labrador y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
La libertad morada,
Y freno la ambición, y la ley templo
Las gentes a la senda
De la inmortalidad, ardua y fragosa,
Se animarán, citando vuestro ejemplo.

Lo emulará celosa
Vuestra posteridad, y nuevos nombres
Añadiendo la fama
A los que ahora aclama,
«Hijos son éstos, hijos
(Pregonará a los hombres)
De los que vencedores superaron
De los Andes la cima;
De los que en Boyacá, los que en la arena
De Maipo y en Junín, y en la campaña
Gloriosa de Apurima,
Postrar supieron al león de España.

LA LUZ

(Traducción de un fragmento del poema de Delille, titulado: *Los Tres Reinos de la Naturaleza*).

La ciudad por el campo dejé un día;
Y recorriendo vagaroso el bello
Distrito que a la vista se me ofrece,
El prado cruzo y la montaña trepo.
Llevé por la espesura de la selva
De mi libre vagar el rumbo incierto;
Del arroyuelo el tortüoso giro
Seguí; pasé el torrente; oí el estruendo
De la cascada; contemplé la tierra;
Y osé curioso interrogar al cielo.
El sol se puso, y envolvió la noche
La creación; mas por su triple imperio,
Discurre aún la mente vagarosa.

Descendió de los astros el silencio,
Derramando en mi ser sabrosa calma;
Y de mil formas peregrinas veo
El mágico prestigio todavía,
Y aun no da tregua a la memoria el sueño.
Parecióme mirar al Genio augusto
De la Naturaleza, entre severo
Y apacible el semblante, en luminosa
Ropa velados los divinos miembros!
De sus siete matices, Iris bella
Bordóle el manto. Urania, el rubio pelo
Le coronó de estrellas. Doce signos
El cinto le divisan. Arma el fuego
De Júpiter su diestra, y su mirada
Meteoros de luz esparce al viento.
Bajo sus huellas brota el campo rosas;
Ábrense a su mandato mil veneros
De cristalinas ondas. Las fragantes
Alas Favonio agita; o silba el Euro,
Acaudillando procelosas nubes.
Se inflama el aire, y ronco estalla el trueno,
Puéblase el ancho suelo de vivientes,
Y el hondo mar. En derredor, el tiempo
Con mano infatigable alza, derriba,
Cría, destruye. Sus despojos yertos
La tumba reanima, y da la Parca
Eterna juventud al universo.
Cuanto le miro más, mayor parece.
—¡Mirad!—me dice al fin.—Si hasta aquí tierno
Las formas exteriores que este globo
Muestra a tu vista, a tu pincel someto;

A empresa superior, la fantasía
Levanta ya. Sus íntimos cimientos
Cala, y de su escondida arquitectura
Revela a los humanos los misterios;
Los primitivos elementos canta,
Su mutua lid, sus treguas y concierto;
Mide con huella audaz la escala inmensa
Que sube desde el polvo hasta el Eterno;
Haz que en sus vetas el metal se cuaje;
Desarrolla la flor; somete al carro
Del hombre el bruto; eleva a Dios el hombre.
Yo a tu pintura infundiré mi aliento;
Y durará cuanto yo dure. — Dijo;
Y a obedecerle voy; mas lejos, lejos
De mí, sistemas vanos, parto espurio
De la razón, que demasiado tiempo
Pusisteis en cadenas afrentosas,
De sí mismo olvidado, el pensamiento.
Sobre apoyos aéreos erigido,
Obra de presuntuosa fantasía
Que desprecia el examen, un sistema
Hasta los cielos la cabeza empina;
Y de los hombres usurpando el culto,
Reina siglos tal vez; mas no bien brilla
La clara luz de un hecho inesperado,
La hueca mole en humo se disipa.
Los vórtices pasaron de Cartesio.
Pasaron las esferas cristalinas
De Ptolomeo; y con flamantes alas
En torno al sol la grave tierra gira.
De sus frágiles basas derrocados,

Así también vendrán abajo un día
Tantos sueños famosos como aquella
Estatua del monarca de la Asiria,
Que de oro, plata y bronce fabricada,
Se sustentaba en flacos pies de arcilla:
Y desprendida de una cumbre apenas
El tosco barro hirió menuda guija,
Se estremece el coloso, y desplomado
Cubre en torno la tierra de ruïnas.
Sigamos, pues, de la experiencia sola
El seguro fanal. Ella me dicta:
Yo escribo. A sus oráculos atento,
Celebro ya la luz. A la luz rinda
Su homenaje primero el canto mío,
Y la sutil esencia peregrina
Que los cuerpos fomenta, alumbra, cala;
Que el verde tallo de la planta anima;
Su pureza vital conserva al aire;
Llena el espacio inmenso en que caminan
Los mundos; y en su rápida carrera
A la mirada del Eterno imita,
A cuya voz rasgó su primer rayo
El hondo seno de la noche antigua;
Fuente de la beldad, pincel del mundo.
De la naturaleza espejo y vida.

A la celeste bóveda mi vuelo
Dirige tú, Delambre, que combinas
Gusto y saber, y la elegancia amable
Con el severo cálculo maridas.
Y, pues, Newton de su potente mano

A la tuya pasó, no menos digna,
Las riendas de los orbes luminosos,
Tiende a tu admirador la diestra amiga.
Subir me da sobre tu carro alado,
Y la hueste de esferas infinitas
Que en raudo curso surcan golfos de oro,
O equilibradas penden de sí mismas,
Veré contigo, y su diurna vuelta,
Y su anuo giro, y de qué ley regidas,
Ora se buscan con amantes ansias,
Ora el consorcio apetecido esquivan.
No te conduce allá la gloria sólo
De interpretar ocultas maravillas,
Ni en la región te engolfas de la duda
En que sistemas con sistemas lidian;
Mas del Gran Ser la soberana idea
Y el parto eterno exploras que armoniza
Ese de luz imperio portentoso,
Donde al orden común todo conspira;
Donde el cometa mismo, que la roja
Melena desgreñando, pone grima,
Guarda en su vasta fuga el señalado
Rumbo, y el patrio hogar jamás olvida.
Pura es allí de la verdad la fuente,
Cuyo ideal modelo te cautiva;
Mas ¡ah! que en esos rutilantes orbes
Do el ángel de la luz con ojos mira
De piedad este cieno que habitamos,
Do te ofrece un abismo cada línea,
Cada astro un punto, y cada punto un mundo,
No es posible, Delambre, que te siga

En pos de objetos que a Virgilio mismo
Dieron pavor: no vuelo ya. Campiñas,
Y prados, y boscajes me enamoran.
Ellos, como al Mantuano, me convidan.
A gozar voy su asilo venturoso;
Y mientras tú con alas atrevidas
Corres tu reino etéreo, y pides cuenta
De su prestado resplandor a Cintia,
O del soberbio carro del Tonante
Contemplas la lumbrosa comitiva,
Te veré yo, desde mi fuente amada,
En los astros dejar tu fama escrita;
Y menos animoso, a cantar sólo
La bella luz acordaré mi lira.

A cada ser su colorida ropa
Viste la luz. Si toda la penetra,
Obscuro luto; si refleja toda,
Pura le cubre y cándida librea.
Rompe también a veces y divide
Su trama de oro en separadas hebras;
Y reflejada en parte, en parte al seno
Osando descender de la materia,
Visos le da y matices diferentes.
Mas otras veces rápida atraviesa
El interior tejido; y lo más duro,
Variamente doblada, transparenta.
Ora a la superficie en que resurte,
Con ángulos iguales busca y deja;
Ora a diverso medio transmitida,
Según es denso, así los rayos quiebra.

Antes que de Newton el alto ingenio
De la luz los prodigios descubriera,
Mostróse siempre en haces concentrada.
Él descogió la espléndida madeja,
Y de la magia de su prisma armado,
Del iris desplegó la cinta etérea.
Mas, a las maravillas de tu prisma,
Precedió, inglés profundo, la ampolluela
De jabón, con que el niño, sin saberlo,
Desenvolviendo los colores, juega.
Lo que inocente pasatiempo al niño,
Fué a ti lección: así Naturaleza
Fía al atento estudio sus arcanos,
O un acaso felice los revela.

De los siete colores la familia,
Si toda se reune, el brillo engendra
De la radiante luz; y si con varia
Asociación sus varios tintes mezcla,
Ya del metal el esplendor produce,
Ya el oro de la mies que el viento ondea,
Ya los matices que la flor adornan,
Ya los celajes que la nube ostenta,
Y de los campos el verdor alegre,
Y el velo azul de la celeste esfera.
Su púrpura el racimo, y su vistosa
Cuna de nácar le debió la perla.
Y ¿quién los dones de la luz no sabe?
Triste la planta y lánguida sin ella,
Niega a la flor colores, niega al fruto
Dulce sabor, y adonde alcanza a verla,

Allá los ojos y los tiernos ramos
Descolorida tiende y macilenta.
¿Ves de enfermiza palidez cubrirse
La endibia en la honda estancia prisionera?
¿Ves en la zona do a torrentes de oro
Derrama el sol su luz, cuál hermosea
Florida pompa el oloroso bosque?
Empapadas allí de blanda esencia
Bate las aras céfiro lascivo;
Dorada pluma el avecilla peina;
Abril florece sin cultura eterno;
Y toda es vida y júbilo la selva;
Mientras del Norte la región sombría
De funeral horror yace cubierta.
Pero ¿qué digo? Allá en el Norte helado
Es do mejor sus maravillas muestra
La bella luz. Brillantes meteoros
El largo imperio de la noche alegran;
Y la atezada obscuridad en llamas
Rompe de celestial magnificencia,
Con quien el alba misma no compite
En el clima feliz que la despierta.
Ora la lumbre boreal el aire
Cautiva tiene en tenebrosa niebla;
Ora le da salida, y la derrama
En fúlgidas vislumbres; ora vuela
En rayos dividida; ora se tiende
En ancha zona. Aquí relampaguea
Bruñida plata; allá con el zafiro,
El amatiste y el topacio alterna;
Y del rubí la ensangrentada llama

Ya un alterado piélago semeja,
Que, de furiosa ráfaga al embate,
Montes lanza de fuego a las estrellas
Ya estandartes tremola luminosos;
Bóvedas alza; en carros de oro rueda;
Columnas finge; o risco sobre risco,
Fábrica de gigantes aglomera,
Y hace el horror de la estación sombría
De maravillas varïada escena.

Creyólas la ignorancia largo tiempo
Ígneas exhalaciones, que, en la densa
Nieve del septentrión reverberadas,
A las naciones presagiaban guerra,
Iras, tumulto; y vacilar hacían
Al tirano en la frente la diadema.
Otros el polo helado imaginaron
Ver envuelto en el limbo de la inmensa
Atmósfera solar, cuyos reflejos
Denso el aire o sutil, rechaza, alberga,
Difunde en modos varios, o acumula,
Y su luz tiñe, y formas mil le presta.

Refieren los poetas (de natura
Elegantes intérpretes) que Jove
A dos bellas hermanas hizo reinas,
Una del rico Oriente, otra del Norte.
La boreal Aurora cierto día
(Añaden), viendo que su hermana el goce
De la divinidad obtiene sola,
Y el incienso le usurpa de los hombres,
Al Sol, su padre, va a quejarse; y mientras

Que de sus ojos tierno llanto corre:
—¡Oh eterno rey del día! ¡Oh padre! —exclama,
¿Hasta cuándo será que me deshonren
Los que hija de la tierra me apellidan,
Y parto vil de frígidos vapores?
¿Hasta cuándo querrás que oprobio tanto
Infame tu linaje? El manto rompe
De púrpura que visto, y de mis galas
La inútil pompa en luto se transforme.
Arranca de mis sienes la corona,
Si por hija ¡ay de mí! me desconoces.
¡Oh cuánto es más feliz la hermana mía!
La hospeda el cielo, y la bendice el orbe;
Conságranle sus cánticos tus Musas;
Y en blando coro la saluda el bosque.
¿Y a qué beldad honores tales debe?
¿Por qué la adora el mundo, y de mi nombre
Se acuerda apenas? ¿Vale tanto acaso
El falso lustre de caducas flores
Que a un leve soplo el ábrego deshoja?
Siempre descoloridos arreboles
La ven nacer; y de abalorios vanos
Las trenzas orna que a tu luz descoge.
Mas yo, de oro, y de púrpura y diamantes
Recamo el cielo. Yo, a la parda noche,
Hago dejar sus lúgubres capuces,
Y alas de luz vestir. Por mí depone
Su sobrecejo la arrugada bruma.
Por mí Naturaleza, en medio el torpe
Letargo del invierno, abre los ojos
Y tu brillante imperio reconoce.

Mi hermana, dicen, a servirte atenta,
Madruga cada día, y tus veloces
Caballos unce, y a la tierra el velo
De la tiniebla fúnebre descorre.
Sí, sábelo el Olimpo, que, dejando
La cama de Titón, va con el joven
Céfalo a solazarse, y no se cura
De que a la tarda luz el mundo invoque.
¿Por qué, pues, ha de ser la hermana mía
Única en tu cariño y tus favores?
¿Por qué, si hija soy tuya, no me es dado
Beber contigo el néctar de los dioses?
— Cese tu duelo, cese ¡oh, sangre mía!
Tus lágrimas enjuga (el Sol responde).
Yo vengaré tu largo vituperio.
Un mortal he elegido que pregone
La alteza de tu cuna, y a su cargo
Con noble empeño tu defensa tome.
Él diga tu linaje; y las estrellas,
Cual hija de su rey, de hoy más te adoren. —
Dice: ella parte. El rey del cielo un rayo
De su frente inmortal desprende entonces
(De aquellos con que a espíritus felices
De estro divino inflama, y lleva a donde
Los haces de tus obras confidentes,
Naturaleza, y tus arcanos oyen).
El nombre en él grabó de su hija amada,
Y la estirpe, y las gracias; y lanzóle
Al ilustre Mairán. El dardo vuela;
Hiérele; y ya inspirado, los blasones
De la hiperbórea diosa canta el sabio.

La Aurora de los climas de Bootes,
Como la del Oriente, es ensalzada,
Y adoradores tiene, imperio y corte.

Así cantaron las divinas Musas.
Otros la vasta atmósfera suponen
De eléctricos principios agitada,
Que en intestina lid hierven discordes;
Y el cielo hinchiendo de tumulto y guerra,
Alzan sobre el atónito horizonte
Lucidos meteoros; mas, en medio
De encontradas hipótesis, esconde
Su lumbre la verdad; y el juicio ignora
Dónde la planta mal segura apoye.

A LA NAVE

IMITACIÓN DE HORACIO

(O navis referent...)

¿Qué nuevas esperanzas
Al mar te llevan? Torna,
Torna, atrevida nave,
A la nativa costa.

Aun ves de la pasada
Tormenta mil memorias,
¿Y ya a correr fortuna
Segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes
Aleves tu derrota,
Do tarde los peligros
Avisará la sonda.

¡Ah! Vuelve, que aun es tiempo,
Mientras el mar las conchas
De la ribera halaga
Con apacibles olas.

Presto erizando cerros
Vendrá a batir las rocas,
Y naúfragas reliquias
Hará a Neptuno alfombra.

De flámulas de seda
La presumida pompa
No arredra los insultos
De tempestad sonora.

¿Qué valen contra el Euro,
Tirano de las ondas,
Las barras y leones
De tu dorada popa?

¿Qué tu nombre, famoso
En reinos de la Aurora,
Y donde al sol recibe
Su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,
Segura de sí propia,
Desafiaba al viento
Otra arrogante proa;

Y ya padrón infausto
Que al navegante asombra,
En un desnudo escollo
Está cubierta de ovas.

¡Qué! ¿No me oyes? ¿El rumbo
No tuerces? ¿Orgullosa
Descoges nuevas velas
Y sin pavor te engolfas?

¿No ves ¡oh malhadada!
Que ya el cielo se entolda,
Y las nubes bramando
Relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana
Que hinchada se alborota,
Ni el vendaval te asusta
Que silba en las maromas?

¡Vuelve, objeto querido
De mi inquietud ansiosa;
Vuelve a la amiga playa
Antes que el sol se esconda!

LA ORACIÓN POR TODOS

IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO

I

Vé a rezar, hija mía. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo.
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra va a colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino
Al soplo de la noche, y en el suelto
Manto de la sutil neblina envuelto,
Se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! Su ruedo de cambiante nácar
El Occidente más y más angosta,
Y enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
Brilla el albergue rústico, y la tarda
Vuelta del labrador la esposa aguarda
Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido diamante,
Y ya apenas de un carro vacilante
Se oye a distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
Y a los destellos últimos del día
Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes:
¡He aquí la noche plácida y serena!
El hombre tras la cuita y la faena
Quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
Conversan con espíritus alados,
Y los ojos al cielo levantados
Invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas y los pies desnudos,
Fe en el pecho, alegría en el semblante,
Con una misma voz, a un mismo instante,
Al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán: y en leda tropa
Sobre la cuna volarán ensueños,
Ensueños de oro, diáfanos, risueños,
Visiones que imitar no osó el pincel;
Y ya sobre la tersa frente posan,
Ya beben el aliento a las bermejas
Rosas, como lo chupan las abejas
A la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
Esconde su cabeza la avecilla,
Tal la niñez en su oración sencilla
Adormece su mente virginal.
¡Oh dulce devoción, que reza y ríe

¡De natural piedad primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraíso!
¡Preludio del concierto celestial!

II

Ve a rezar, hija mía. Y ante todo
Ruega a Dios por tu madre; por aquella
Que te dió el ser, y la mitad más bella
De su existencia ha vinculado en él;
Que en su seno hospedó tu joven alma,
De una llama celeste desprendida;
Y haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega después por mí. ¡Más que tu madre
Lo necesito yo!... Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena,
Y devora en silencio su dolor.
A muchos compasión, a nadie envidia
La vi tener en mi fortuna escasa;
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos... ni lo sean
A ti jamás... los frívolos azares
De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipan la vejez;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza a la conciencia delincuente,
La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
Conozco el mundo y sé su alevosía;
Y tal vez de mi boca oirás un día
Lo que valen las dichas que nos da;
Y sabrás lo que guarda a los que rifan
Riquezas y poder, la urna aleatoria,
Y que tal vez la senda que a la gloria
Guiar parece, a la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al ataúd.
La tentación seduce; el juicio engaña;
En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual: la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.

Vé, hija mía, a rezar por mí, y al cielo
Pocas palabras dirigir te baste:
« Piedad, Señor, al hombre que criaste;
Eres grandeza; eres bondad. ¡Perdón! »
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo a la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oración.

Todo tiende a su fin; a la luz pura
Del sol, la planta; el cervatillo atado,
A la libre montaña; el desterrado,
Al caro suelo que le vió nacer;
Y la abejilla en el frondoso valle,

De los nuevos tomillos al aroma;
Y la oración en alas de paloma
A la morada del Supremo Ser.

Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego,
Soy como el fatigado peregrino,
Que su carga a la orilla del camino
Deposita y se sienta a respirar.
Porque de tu plegaria el dulce canto
Alivia el peso a mi existencia amarga,
Y quita de mis hombros esta carga
Que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea
En esta noche de pavor, el vuelo
De un ángel compasivo, que del cielo
Traiga a mis ojos la perdida luz,
Y pura, finalmente, como el mármol
Que se lava en el templo cada día,
Arda en sagrado fuego el alma mía,
Como arde el incensario ante la cruz.

III

Ruega, hija, por tus hermanos,
Los que contigo crecieron,
Y un mismo seno exprimieron,
Y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen sólo
El favor del cielo implores;
Por justos y pecadores
Cristo en la cruz expiró,

Ruega por el orgulloso
Que ufano se pavonea,
Y en su dorada librea
Funda insensata altivez;
Y por el mendigo humilde
Que sufre el ceño mezquino
De los que beben el vino,
Por que le dejen la hez;

Por el que de torpes vicios
Sumido en profundo cieno,
Hace aullar el canto obsceno
De nocturna bacanal;
Y por la velada virgen
Que en su solitario lecho,
Con la mano hiriendo el pecho,
Reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
En cuyo pecho no vibra
Una simpática fibra
Al pesar y a la aflicción;
Que no da sustento al hambre,
Ni a la desnudez vestido,
Ni da la mano al caído,
Ni da a la injuria perdón;

Por el que en mirar se goza
Su puñal en sangre rojo,
Buscando el rico despojo
Y la venganza cruel;
Y por el que en vil libelo

Destroza una fama pura,
Y en la aleve mordedura
Escupe asquerosa hiel;

Por el que surca animoso
La mar, de peligros llena;
Por el que arrastra cadena,
Y por su duro señor;
Por la razón que leyendo
En el gran libro vigila;
Por la razón que vacila,
Por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
Los que penan y trabajan;
Y de todos los que viajan
Por esta vida mortal.
Acuérdate aun del malvado
Que a Dios blasfemando irrita:
La oración es infinita,
Nada agota su caudal.

IV

Hija, reza también por los que cubre
La soporosa piedra de la tumba,
Profunda sima adonde se derrumba
La turba de los hombres mil a mil:
Abismo en que se mezcla polvo a polvo,
Y pueblo a pueblo; cual se ve a la hoja
De que al añoso bosque abril despoja,
Mezclar las suyas uno y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
Donde segada en flor yace mi Lola,
Coronada de angélica aureola;
Do helado duerme cuanto fué mortal;
Donde cautivas almas piden preces
Que las restauren a su ser primero,
Y purguen las reliquias del grosero
Vaso, que las contuvo, terrenal.

Hija, cuando tú duermes, te sonríes,
Y cien apariciones peregrinas
Sacuden retozando tus cortinas;
Travieso enjambre, alegre, volador:
Y otra vez a la luz abres los ojos,
Al mismo tiempo que la aurora hermosa
Abre también sus párpados de rosa,
Y da a la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!... ¡Si supieras
Qué sueño duermen!... Su almohada es fría,
Duro su lecho: angélica armonía
No regocija nunca su prisión.
No es reposo el sopor que las abruma;
Para su noche no hay albor temprano,
Y la conciencia, velador gusano,
Les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
Hará que gocen pasajero alivio,
Y que de luz celeste un rayo tibio
Logre a su obscura estancia penetrar;
Que el atormentador remordimiento

Una tregua a sus víctimas conceda,
Y del aire, y el agua, y la arboleda,
Oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo, con pavor secreto
La sombra ves que de los cielos baja,
La nieve que las cumbres amortaja,
Y del ocaso el tinte carmesí;
En las quejas del aura y de la fuente
¿No te parece que una voz retiña,
Una doliente voz que dice: « *Niña,*
Cuando tú reces, ¿rezarás por mí? »

Es la voz de las almas. A los muertos
Que oraciones alcanzan, no escarnece
El rebelado arcángel, y florece
Sobre su tumba perennal tapiz.
Mas ¡ay! a los que yacen olvidados
Cubre perpetuo horror: hierbas extrañas
Ciegan su sepultura: a sus entrañas
Árbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)
Huésped seré de la morada obscura,
Y el ruego invocaré de un alma pura
Que a mi largo penar consuelo dé.
Y dulce entonces me será que vengas
Y para mí la eterna paz implores,
Y en la desnuda losa esparzas flores,
Simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás a mi enemiga estrella,
Si disipadas fueron una a una
Las que mecieron tu mullida cuna
Esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
Te arrancará una lágrima, un suspiro
Que llegue hasta mi lóbrego retiro
Y haga mi helado polvo rebullir.

CARTA [1]

ESCRITA DE LONDRES A PARÍS POR UN AMERICANO A OTRO

Es fuerza que te diga, caro Olmedo,
Que del dulce solaz destituído
De tu tierna amistad, vivir no puedo.

¡Mal haya ese París tan divertido,
Con todas sus famosas fruslerías,
Que a soledad me tienen reducido!

Mal rayo abrase, amén, sus Tullerías,
Y mala peste en sus teatros haga
Sonar, en vez de amores, letanías;

[1] Esta bella epístola se ha publicado siempre incompleta, con cierta incongruencia de expresión, y un error de rima entre dos tercetos, inverosímil en Bello. Aquí se imprime por pimera vez correcta y con sus ocho últimos tercetos y el cuarteto final, según los borradores hallados por Miguel Luis Amunátegui, y de que hace mérito en el prólogo, pero no en el texto (lo mismo que Menéndez Pelayo en su *Antología americana*), de la edición de las poesías de Bello, volumen 3.º de sus *Obras completas*, Santiago de Chile, 1883.

Y, cual suele el palacio de una maga
A la virtud de superior conjuro,
Toda esa pompa en humo se deshaga;

Y tú al abrir los ojos, no en obscuro
Aposento entre sábanas fragantes
Te encuentres, blando alumno de Epicuro

Sino cual paladín de los que errantes
De yermo en yermo, abandonando el nido
Patrio, iban a caza de gigantes,

Te halles al raso, a tu sabor tendido,
Rodeado de cardos y de jaras,
Cantándote una rana a cada oído;

Y suspirando entonces por las caras
Ondas del Guayas (Guayaquil un día,
Antes que al héroe de Junín cantaras),

Digas: «¡Oh venturosa patria mía!
¿Quién me trajo a vivir do todo es hecho
De antojos, de embeleco y de falsía?

»A Londres de esta vez me voy derecho,
Donde, aunque no me aguarda el bien amante
De mi Virginia, mi paterno techo,

»Me aguarda amigo fiel, veraz, constante,
Que al verme sentirá más alegría
Que la que él me descubra en el semblante.

»Con él esperaré que llegue el día
De dar la vuelta a mi nativo suelo
Y a los abrazos de la esposa mía.

»Y mientras tanto bien me otorga el cielo,
¡Oh musas! ¡Oh amistad! A mis pesares
En vuestros goces hallaré consuelo.»

¡Vén, vén, ingrato Olmedo! Así los mares
Favorables te allanen su ancha espalda
Cuando a tu bella patria retornares,

Y cuanta fresca rosa la esmeralda
Matiza de sus campos florecidos,
Guayaquil entreteja a tu guirnalda;

Y a recibirte salgan los queridos
Amigos con cantares de alegría,
Por cien veces y ciento repetidos.

Vén, y de nuestra dulce poesía
Al apacible delicioso culto,
Vuelva ya tu inspirada fantasía.

Otro se goce en el feroz tumulto
De la batalla, y la sangrienta gloria,
A la llorosa humanidad insulto.

Otro encomiende a la tenaz memoria
De antiguos y modernos la doctrina,
De absurdos y verdades pepitoria.

Mientras otro que ciego te imagina
En sólidos objetos ocupado,
Y también a su modo desatina,

Intereses calcula desvelado,
Y por telas del Támesis o el Indo
Cambia el metal de nuestro suelo amado:

Te manda el cielo que el laurel del Pindo
Trasplantes a los climas de Occidente
Do crece el ananás y el tamarindo;

Do en nieves rebozado alza la frente
El jayán de los Andes, y la vía
Abre ya a nuevos hados nueva gente.

¡Feliz, oh Musa, el que miraste pía
Cuando a la nueva luz recién nacido
Los tiernezuelos párpados abría!

No ciega nunca el pecho embebecido
En la visión de la ideal belleza,
De incesantes contiendas el ruído.

El niño Amor la lira le adereza,
Y díctanle cantares inocentes,
Virtud, humanidad, naturaleza.

Huye el vano bullicio de esas gentes
Desventuradas, que la paz irrita,
Y se aduerme al murmullo de las fuentes;

O, por mejor decir, un mundo habita
Suyo, donde más bello el suelo y rico
La edad feliz del oro resucita;

Donde no se conoce esteva o pico,
Y vive mansa gente en leda holgura
Vistiendo aún el pastoral pellico,

Ni halló jamás cabida la perjura
Fe, la codicia o la ambición tirana
Que nacida al imperio se figura,

Ni a la plebe deslumbra, insulsa y vana,
De la extranjera seda el atavío,
Con que tal vez el crimen se engalana;

Ni se obedece a intruso poderío,
Que ora promulga leyes y ora anula,
Siendo la ley suprema su albedrío;

Ni al patriotismo el interés simula
Que hoy a la libertad himnos entona
Y mañana al poder sumiso adula;

Ni victorioso capitán pregona
Lides que por la patria ha sustentado
Y en galardón le pide una corona.

¡Oh! ¡Cuánto de este mundo afortunado
El fango inmundo en que yacemos dista,
Para destierro a la virtud criado!

Huyamos de él, huyamos do a la vista
No ponga horror y asombro tanta escena
Que al bien nacido corazón contrista.

¿Ves cómo en nuestra patria desenfrena
Sus fuerzas la ambición, y al cuello exento
Forjando está otra vez servil cadena?

¿No gimes de mirar cuál lleva el viento
Tantos ardientes votos, sangre tanta,
Cuadros llenos de horror y asolamiento,

Campos de destrucción que al orbe espanta,
Miseria y luto, y orfandad llorosa
Que en vano al cielo su clamor levanta?

Como el niño inocente que la hermosa
Fábrica ve del iris, que a la esfera
Sube esmaltado de jacinto y rosa,

Y en su demanda va por la pradera,
Y cuando cree llegar, y a la encantada
Aparición poner la mano espera,

Huye el prestigio aéreo, y la burlada
Vista lo busca por el aire puro,
Y su error reconoce avergonzada;

Así yo a nuestra patria me figuro
Que en pos del bien que imaginó se lanza
Y cuando cree que aquel feliz futuro

De paz y gloria y libertad alcanza,
Su ilusión se deshace en un momento
Y ve que es un delirio su esperanza;

Fingido bien que ansioso el pensamiento
Pensaba asir, y aéreo espectro apaña,
¡Luz a los ojos y a las manos viento!

Huyamos, pues, a do las auras baña
De alma serenidad fuente dichosa,
Que, si ella engaña, dulcemente engaña;

Y este triste velar, por la sabrosa
Ilusión permutemos, que se sueña
En los floridos antros de tu diosa.

Dame la mano; y sobre la ardua peña
Donde el sagrado alcázar se sublima,
Podrán dejar mis pies alguna seña;

Mas ¡ ay! en vano mi flaqueza anima
Tu vuelo audaz, que al fatigado aliento
Pone pavor la levantada cima.

Sigue con generoso atrevimiento
A do te aguarda, en medio el alto coro
De las alegres Musas, digno asiento.

Ya para recibirte su canoro
Concento se suspende, y la armonía
De las acordes nueve liras de oro.

Y llegas, y te sientas, y Talía,
Que al áureo cinto arregazó la falda,
La copa te presenta de ambrosía.

Y ciñe tu cabeza con guirnalda
De siempre verde lauro, que matiza
Purpúrea flor, y azul, y roja, y gualda.

Y luego que las cuerdas armoniza,
El coro celestial en nuevo canto
Celebra tu llegada, y solemniza.

« Alma eterna del mundo, numen santo,
Tutela del Perú (cantan ahora,
Y su onda Castalia enfrena en tanto),

Envía sin cesar luz bienhechora,
Que cesó de tu tierra la rüina,
Y libre ves al pueblo que te adora.

La libertad, amable peregrina,
Su templo allí plantó; y allí su llama
Hermosa arde otra vez, pura y divina.

Y en todos sus oráculos proclama
Que al Magdalena y al Rimác turbioso
Ya sobre el Tíber y el Garona ama.»

A encontrar vuela el himno melodioso
La hueste de los vates inmortales,
El cielo, el agua, el viento, el bosque umbroso;

Y vestida de diáfanos cendales,
Ocupa el aire en torno al foco santo
Bella visión de cándidos cristales
Que con etérea voz repite el canto.

A LA VICTORIA DE BAILÉN

Rompe el león soberbio la cadena
Con que atarle pensó la felonía,
Y sacude con noble bizarría
Sobre el robusto cuello la melena.

La espuma del furor sus labios llena,
Y a los rugidos que indignado envía,
El tigre tiembla en la caverna umbría,
Y todo el bosque atónito resuena.

El león despertó: ¡temblad, traidores!
Lo que vejez creísteis, fué descanso;
Las juveniles fuerzas guarda enteras.

Perseguid, alevosos cazadores,
A la tímida liebre, al ciervo manso:
¡No insultéis al monarca de las fieras!

LA MODA

Quise más de una vez en mala hora,
Escribir una página, Isidora,
Que detener tu vista mereciera.
Desoyóme mi Musa. Toda entera
Me pasé (te lo juro) esta mañana,
Hilando coplas con tenaz porfía.
— Musa, son para el álbum, le decía,
De una joven beldad. — ¡ Plegaria vana !
No me salió una sola ni mediana.
— Para este bello altar que se atavía
Con tanta flor de amena poesía,
Entretejer una guirnalda quiero
Digna de la beldad que en él venero.
Es (tú lo sabes) cosa
De obligación forzosa.
Si agradable te fué mi culto un día,
Te ruego, te conjuro, te requiero,
Amada Musa mía,
Que lo muestres ahora ; y si ya cesas
De mirarme propicia, este postrero
Favor te pido sólo. — ¡ Ni por esas !

Despechado, el papel hice pavesas ;
Al tintero la pluma consignaba,
Y ofrecerte pensaba,
Por único tributo, humilde excusa.
La culpa echando a la inocente Musa,
Como es costumbre en semejantes casos ;
Cuando acercarse miro a lentos pasos

Una, no sé si diga ninfa, diosa,
Aparición, fantasma: caprichosa
Forma que cada instante
De color, de semblante,
Y de tocados, y de ropas muda:
Ora triste, ora alegre, ora sañuda;
Ya pálida, ya rubia, ya morena.
Tan presto por el cuello y las espaldas
Derrama en ondas de oro la melena;
Tan presto en trenzas de ébano cogida,
Adórnala de joyas y guirnaldas;
Y tan presto ¡qué horror! encanecida
La lleva; o sin piedad la troncha y tala,
Y de prestados rizos hace gala.
Ora el ropaje en anchuroso vuelo
Despliega; y va arrastrando luenga falda
Verde, azul, carmesí, purpúrea, gualda,
De gasa, de tisú, de terciopelo.
Señala luego en mórbido relieve
Su figura gentil basquiña leve.
Sus ojos aprisiona en blanco velo,
Pudibunda beata,
Que hace de más valor lo que recata;
Y un momento después, traviesa niña,
Ríe, retoza, guiña,
No sabe tener quieta
Su pupila de fuego;
Busca y rehuye luego:
Cuanto más melindrosa, más coqueta.

Suspenso, absorto estaba yo pensando
Si era ilusión aquello; y lo estuviera

Sabe Dios hasta cuándo,
Si ella misma por fin no me dijera:
— Nadie puede sacarte del empeño
En que te ves, sino mi numen solo.
El arte de agradar yo sola enseño:
Ríete de las Musas y de Apolo.
Si aplaudido un poeta en boga está,
Y ante los ojos de las damas brilla,
Y con el loro, el gato y la perrilla
Divide los honores del sofá,
Débelo todo a mí, que, cuando tomo
Esta mágica vara, lo más pobre
Hago rico, y transmuto el oro en cobre.
Sea su entendimiento agudo o romo,
Tosco o pulido, vista larga o corta,
Ingenio estéril o feraz, no importa;
Todo aquel que se viste mi librea,
Altivo, ufano, espléndido campea.
Y a más de cuatro orates
Coronas di tempranas,
Que, a despecho de críticos embates,
Durarán (no lo afirmo) tres semanas.
Por no cansarte más, yo soy la Moda.
Oye, y aprenderás mi ciencia toda.
En tres o cuatro prácticas lecciones,
Voy a especificar mis opiniones;
Y podrás expedirte en el presente
Caso, y en los demás, gallardamente.

¿Una leyenda o cuento
Es a lo que dedicas el intento?

Manos a la labor: o da principio
Con gran proemio de elegante ripio;
O si te place, empieza
Con esa *nonchalance* de buen tono,
Con ese aire de lánguido abandono
De quien al despertar se despereza,
Como si del lector no hicieses caso,
Ni de la historia: y cuando paso a paso
Por entre mil rodeos
Ambajes y floreos,
Llegue al fin el momento de contarla,
Y ya el lector dé al diablo tanta charla;
Allá como a la octava ciento y cuatro
Mudarás de teatro,
Y en una digresión... (importa un pucho
Que no tenga que ver poco ni mucho,
Con el sujeto, porque, amigo, hoy día,
¿Qué es para un escritor de fantasía,
En resumidas cuentas el sujeto?
Es una percha cómoda, de donde
Cuanto en su seno tu cartera esconde,
Estudio, ensayo, informe mamotreto,
Puedes colgar sin el menor empacho.
Uno de mis pupilos,
Excelente muchacho,
Ha escrito en diversísimos estilos
Composiciones vastas, panteísticas,
Escépticas, católicas y místicas,
Patrióticas, y báquicas, y eróticas,
Miríficas y exóticas;
Y se propone hacer una leyenda

En que bonitamente las ensarte
Todas sin que aparezca en nada el arte
(Que es lo que más a un genio recomienda),
Dando en ella a lectores eruditos,
Que tengan razonables apetitos,
Una merienda monstruo, una merienda
Con variedad de platos estupenda.)
Pues, como digo, en una
Digresión... (cuanto menos oportuna
Mejor; produces de esa
Suerte mayor sorpresa,
Que es en el arte un mérito sublime
A que debe aspirar todo el que rime.
Era una transición obra de suma
Dificultad para la inhábil pluma
De aquellos escritores desdichados
De los tiempos pasados.
Era como ponerlos en un potro
El tener que pasar de un tema a otro
De modo que el lector inteligente,
Con movimiento el más süave y blando,
Se hallara, sin saber cómo ni cuándo,
Arrebatado a un mundo diferente.
En esto, como en todo,
Los modernos han dado
Un paso agigantado.
Hácese de este modo:
¿Hay que pasar de un baile, por ejemplo,
A una batalla, de un mesón a un templo,
De una choza a un palacio soberano?
Se pone en medio un número romano.

Por tan sencillo arbitrio como ese
Al discreto lector, mal que le pese,
En menos de un segundo,
Se le dispara a donde tú le mandes,
Desde los Pirineos a los Andes,
Desde la tierra al Tártaro profundo,
O al bañado de luz coro seráfico,
Con más velocidad que va un aviso
Por el alambre electro-telegráfico;
Y sin que de antemano, o al proviso,
Se tema la fatiga
De preparar la cosa;
Y gruña cuanto quiera y lo maldiga
El bueno de Martínez de la Rosa,
Y hágalo con el clásico Areopago.)
Pero yo mismo sin pensar divago:
De uno en otro paréntesis me pierdo.
Lo que quise decir, si bien me acuerdo,
Es que la línea recta, cuanto puedas,
Evites: tortüosas las veredas
Son que prefiere el consumado artista
Para el placer del alma o de la vista.
Como sobre un terreno
De matorrales y malezas lleno,
Un raudal serpentino
Va abriéndose camino
Lenta y difícilmente;
Y aquí desaparece de repente
Bajo el tupido monte;
Y en lejano horizonte
Vuelve a mostrar su clara o turbia onda,

Para que, a poco trecho,
Cuando algunos pantanos haya hecho,
Bosque denso otra vez su curso esconda;
No de modo distinto,
Aunque el fino lector se desanime,
El sujeto camine,
Y por entre el espeso laberinto
De las enmarañadas digresiones
Se hunda, reaparezca, se zabulla
De nuevo, y nuevamente salga y bulla,
Hasta llegar al fin que te propones.
Mas hora en filosóficos zigzagues,
Teológicos, políticos, divagues,
O en un rocín aprietes los talones
Lanzándote a remotas excursiones,
O vía recta el argumento vaya,
Y la locomotiva,
Potencia de no fútil inventiva,
Quieras tener a raya
(Lo que, si mis preceptos obedeces,
Harás muy pocas veces),
Haya sin falta alguna
En tus poemas luna
Que esplendorosa o pálida rïele.
¡Oh de la noche solitaria reina!
¿Cuál hay que a ti no apele,
Vate que canas peina,
O que rubio mostacho apenas hila?
Pero tan socorrida como ahora
Nunca fuiste. Vigila
Todo autor, toda autora

Que a veces aulla o canta, ríe o llora,
Porque la bella luz con que plateas
El universo, irradie sus ideas,
Desde el que hijo mimado de la fama
Ciñe a su frente inmarcesible rama,
Hasta el que dice *vera* por *veía*
En tosca jerigonza todavía.
No deje, pues, de rïelar la luna,
O en el cristal de límpida laguna
Que el aura arrulle o que entre sauces duerma,
O en el follaje obscuro de una yerma
Cumbre, recién mojada de rocío,
O en bullicioso río
Que al voraz Oceano,
En que se abismará, corre anhelante,
Imagen ¡ay! del existir humano.

Un *¡ay!* de cuando en cuando es importante:
Por lo pronto hará ver que tienes hecho
De hebras delicadísimas el pecho,
Blandas en sumo grado y sensitivas;
Y no será preciso que te afanes
Y los sesos que tengas los devanes
Buscando frases nuevas, expresivas,
Con que secretos íntimos reveles
Del corazón. Atente a tus *rïeles*,
Y pon de trecho en trecho uno o dos ayes
Cuando la cuerda del dolor ensayes.

Tras un cuadro de vívidos colores
En que retrates lúbricos amores,
Encaja bellamente una homilía

Contra la corrupción social; y luego
Que a la ya inaguantable tiranía
De este gobierno jesuíta, godo,
Que lo inficiona y lo agangrena todo,
Lances una filípica de fuego,
Llora la servidumbre de la prensa,
Que prohibe decir lo que se piensa,
Y por ninguna hendrija
Permite que respire una siquiera
(Sábenlo los lectores demasiado)
Útil verdad, de tantas que cobija
En sus profundidades tu mollera;
Es el cuadro encantado
Que se descubre en más dichosa era.
Leyendo tan espléndida bambolla,
Habrá mil que suspiren por el día
En que eches a volar la fantasía
Que tu medula cerebral empolla.

Si el tono blando tomas,
Conviene que derrames
Profusamente aromas,
Y que todas las voces embalsames
De azahares, jazmines y azucenas,
Y que de olores la nariz abrumes.
«Sacudir las alillas pueda apenas
El céfiro agobiadas de perfumes.»
Bello concepto, a que echarás el guante,
Aunque no faltará tal vez pedante
Que a Byron lo atribuya.
¡Necios! Como si fuera culpa tuya

Que, cuando para ti del cielo vino,
Byron lo interceptase en el camino!

Es de rigor que llores
Alguna pobre niña arrebatada
En verdes años ¡ay! a los amores.
Su imagen adorada
De tu memoria un punto no se aparte;
Y para más desgracia atormentarte,
Y de esas penas aguzar la punta,
Dirás que la difunta
Era un ángel de amor, era un modelo
De perfección, en que vació natura
Toda virtud, y gracia, y hermosura:
Divina joya, incomparable perla,
Que, para tu regalo y tu consuelo,
Quiso enviar expresamente el cielo
A un mundo vil, indigno de tenerla;
Y con estos elogios, y otros tales,
Conocerán las damas lo que vales,
Y el tuyo propio harás sin que te cueste
Una sola palabra
Que tu modestia en lo menor moleste.
¡Sólo con un diamante otro se labra!

Tenga abundante acopio
De ensueños tu paleta.
Nada más de mi gusto, ni más propio.
Cual suele de abejillas tropa inquieta
Volar entre el tomillo y la violeta,
Así acudir se ve legión alada
De ensueños en la silla o en la almohada

De todo aquel que el inspirado pecho
A su pupitre arrima,
O se desvela en solitario lecho
Dándole caza a la difícil rima.

Pero lo que en el día
Logra aplauso mayor, es una cosa
Que se suele llamar misantropía.
Huye a la selva umbrosa,
O más bien a la selva que desnuda
De su follaje la estación sañuda;
Oculta allí el hastío que devora
Tu gastada existencia; el negro tinte
Que los odios fantásticos colora,
De cada objeto alrededor se pinte.
Huye a donde jamás hiera tu oído
El eco envenenado, aborrecido,
De humana voz; allí donde la roca
Amortaja de nieves su cabeza
Titánica; o allí donde bosteza
De apagado volcán lóbrega boca.
¿Ves cómo ya el postrero
Rayo de sol expira en el otero,
Y al entreabrirse cárdenos nublados,
De tempestad preñados,
Lámpara sepulcral arde el lucero
Sobre la tierra que la sombra enluta?
Huye al amigo seno de la gruta.
Medita allí, cavila,
Y de tu pecho el negro humor destila
Sobre todos los seres gota a gota;

Y llama al mundo en que naciste, infierno,
De que fué a Lucifer dado el gobierno
Para jugar con él a la pelota,
Y cón este menguado, pobre, triste,
Infinitesimal átomo humano,
Discorde unión de espíritu y materia,
Que monarca se cree de cuanto existe,
Porque le cupo el privilegio vano
De conocer él mismo su miseria.
Todo allí muerte, esplín, hondo fastidio,
No el que con el champaña se disipa,
O con el humo de cigarro o pipa,
Sino el que pensamientos de suicidio
Engendra; y logren sólo distraerte
Impresiones de horror, de duelo y muerte.
O el ronco trueno música te sea,
Y de encontrados vientos la pelea,
Y de natura atormentada el grito
Cuando sobre sus bases de granito
El bosque secular se bambolea;
O el esquilón distante
Que llora la agonía
Del moribundo día,
Aunque de plagio se te queje Dante;
O del buho el fatídico graznido,
Que por la soledad pavor derrama;
O el gemir de la tórtola que llama,
Y llama sin cesar... y llama en vano,
En el desierto nido,
Al esposo querido,
Que presa fué de cazador villano.

Pero no es bien que mucho te demores
En silvestres y rústicas escenas,
Que huelen a la edad de los pastores,
Cuando andaban Belardos y Filenas
Cantando a las orillas de los ríos
Insulsos, inocentes amoríos.
¿Inocencias ahora? Nada de eso
En un siglo de luz y de progreso.
Loca algazara aturda
En infernal zahurda,
Do el adusto Timón, medio beodo,
Haga de todo befa, insulte a todo;
Y brillen entre copas las espadas,
Y se mate, y se ría a carcajadas;
Y retumbe en satánicos cantares
Audaz blasfemia, horrífica, inaudita,
Que es para ejercitados paladares
Una salsa exquisita.

Mucho más dijo la parlera diosa,
Sin que de tanto embrollo
De lindos disparates, otra cosa
Engendrarse pudiera en mi meollo
Que confusión, y vértigo, y mareo.
En el estado que me vi, me veo:
Impotente la voz, el alma seca,
Y por añadidura, una jaqueca.
Pero, para decir, bella Isidora,
Que eres un ángel que la tierra adora,
Que sabes ser honesta y ser amable,
¿Ha de ser necesario que me empeñe

Por selvas y por riscos, que me ensueñe,
¿Que me arome, y, por último, me endiable?
Antes seguro estoy de que sería
Imperdonable insulto
El ofrecerte semejante culto.
Si ya no soy ni aquello que solía,
Pues de la frente que la edad despoja
Huye, como el amor, la poesía,
Puedo hablar a lo menos el lenguaje
De la verdad, que, ni al pudor sonroja,
Ni hacer procura a la razón ultraje.
Aunque de la divina lumbre, aquella
Que al genio vivifica, una centella
En mi verso no luzca, ni lo esmalte
Rica facundia, y todo, en fin, le falte
Cuanto en la poesía al gusto halaga,
Lo compone benigna una alma bella
Que de lo ingenuo y lo veraz se paga.

EL PROSCRITO

(Fragmentos de una leyenda)

CANTO PRIMERO

LA FAMILIA

Ante la reja está de un locutorio
De monjas, a la hora de Completas
(No digo la ciudad ni el territorio
Por evitar hablillas indiscretas),

La mujer del anciano don Gregorio
De Azagra, caballero de pesetas
Pocas, pero de alcurnia rancia, ilustre
A quien ni aun la pobreza empaña el lustre

Que dió espanto a las huestes agarenas
Un don Gómez de Azagra con la espada,
Y añicos hizo él sólo tres docenas
De moros en la Vega de Granada;
Y que su sangre corre por las venas
De don Gregorio, en cuya dilatada
Prosapia no encontró jamás indicio
Judaico que tiznar, el Santo Oficio;

Ni cayó de traición la mancha fea,
Ni hubo sectario alguno de Mahoma,
Ni abuelo con raíces en Guinea,
Ni, en fin, más fe que la de Cristo y Roma;
Claramente verá todo el que lea
(Donde se lo permita la carcoma)
La iluminada ejecutoria antigua
Que contra malas lenguas lo atestigua.

Cuenta en sus bienes el señor de Azagra
Dos minas *broceadas;* vasta hacienda
De campo, que le rinde renta magra,
Y vieja casa de capaz vivienda,
Do la vida le endulza y le avinagra
Alternativamente la leyenda,
El mate, la tertulia un corto rato,
Los acreedores, la mujer y el *flato*.

Era también de esclarecida cuna
Su mujer, doña Elvira de Hinojosa;
Y aunque en el matrimonio la fortuna
De su marido no medró gran cosa,
Fué una santa mujer sin duda alguna:
Y como tan austera, escrupulosa
Y timorata que es, ciertas cosillas
Que en don Gregorio ve le hacen cosquillas.

A la tertulia sin cesar combate;
Porque se viene tardes y mañanas
A beberle la aloja y chocolate,
Gastando el tiempo en pláticas profanas.
Dice que su marido es un petate,
Y algunas veces le llamó Juan Lanas:
Quiere que todo, en fin, se le someta,
Y trata a don Gregorio *a la baqueta.*

Cosa muy natural seguramente
En tan alta virtud; ni pudo menos
La que abrasada en santo celo, siente
Aun más que sus pecados los ajenos.
Y lo peor de todo es que el pariente,
Cuando estalla en relámpagos y truenos
Su bendita mujer, vira de bordo,
Toma la capa, o calla y se hace el sordo.

De esta feliz matrimonial coyunda
Tuvo Azagra hijos dos: perdió el primero,
Y le vive Isabel, prole segunda,
Que ya su corazón ocupa entero.

No ha vuelto la señora a ser fecunda:
Y como la Isabel de enero a enero
En aquel monasterio se lo pasa,
No hay más que Elvira y don Gregorio en casa.

De lo que dejo dicho se colige
Que la tal Isabel es la heroína
De mi leyenda, y de rigor se exige
Que la retrate. Cabellera fina,
Rizada sin que el arte la ensortije,
Negra; rosado cutis, coralina
Boca con marfilada dentadura:
Espalda, cuello y brazos, nieve pura.

De beldad envidiados caracteres,
Isabel, en tu patria menos raros,
Madre de donosísimas mujeres,
De hombres valientes y de ingenios claros
Pero en el talle esbelto única eres,
Y en esos ojos, de su fuego avaros,
Fuego amoroso, y juntamente esquivo,
En tus tímidos párpados cautivo.

Edúcase la niña en el convento,
Sin ver ni la ciudad, ni la paterna
Casa jamás. El crítico momento
De pronunciar su despedida eterna
Del mundo va a llegar; y el pensamiento
(En que arrullada fué desde la tierna
Infancia) de celeste desposorio,
A toda la familia es ya notorio.

Quiere su madre, y quiere fray Facundo,
Su confesor, que tome luego el velo;
Y ella, a quien el recinto del profundo
Retiro en que ha vivido es, bajo el cielo,
El universo todo; ella que al mundo
Recuerda como un sueño vago, al celo
Del confesor y a la materna instancia
Cede sin aparente repugnancia.

Bien que a las veces este sueño vago
La muestra un no se qué dorado, hermoso,
Que hace en el alma excitador halago,
Muy diferente del claustral reposo.
Quisiera ver el valle, el río, el lago,
La montaña elevada, el mar undoso;
Y en libertad triscar por la pradera,
Con alguna querida compañera.

Objetos que no ha visto y se figura
Aun más bellos acaso que la propia
Naturaleza; pues la infiel pintura
De la imaginación, partes acopia
Que unidas no se ven; y es toda pura,
Es toda bella y diáfana la utopia
De joven alma, que su forma aeria
Y su albor virginal da a la materia.

«¿Este claustro ha de ser depositario
De mi existencia toda?» Isabel mira
El silencioso, umbrío, solitario
Recinto; y sin saber por qué, suspira.

« ¿ Viviré, como vive mi canario,
Que sin cesar de un lado al otro gira
De su prisión, y sin cesar se roza
Contra las rejas ? » Isabel solloza.

Pero este triste pensamiento pasa
Como en el cielo fugitiva nube,
Como el aura sutil que un lago rasa,
Y a su nivel de nuevo el alma sube.
Por lo que fray Facundo se propasa
A declarar que no es razón se incube
Con tan superfluo empeño en esta idea,
Pues la niña consiente y lo desea.

Que de su inclinación sale garante,
En cuanto puede serlo el juicio humano;
Pero que el corazón es inconstante:
El juvenil espíritu liviano;
Y perder no se debe un solo instante
En cumplir un designio tan cristiano,
Poniendo un muro indestructible, eterno,
Entre el alma inocente y el infierno.

« Esto (concluye) es lo que pide el caso.
No aburrir con sermones a la niña.
— Eso es lo que repito a cada paso »,
Elvira dice y maliciosa guiña.
« Estoy (responde Azagra) un poco escaso;
Pero con la primera plata-piña... »
Mirando a su mujer medroso calla:
La doña Elvira, por un tris, estalla.

Sólo el respeto al padre la modera.
« ¿ Qué plata-piña ? » (dice). « ¿ Cuánta han dado
Tus minas, perdurable sangradera
Del dinero, en este año ni el pasado
Ni en seis años atrás ? Si la primera
Plata-piña es el fondo destinado
Para que mi Isabel pronuncie el voto,
¿ Por qué no decir claro : *no la doto ?*

— Si no han dado, darán ». Aquí el enojo
De doña Elvira iba a soltar el dique,
Y Azagra echaba a su sombrero el ojo,
Pues no sabe qué alegue o qué replique ;
Cuando el padre, advirtiendo por el rojo
Color de doña Elvira, que está a pique
De reventar la concentrada bilis,
« Mi don Gregorio, en eso está el busilis

(Dice con una flema, una cachaza
Admirable), en que den. Pero yo pienso
Que podemos hallar alguna traza...
Algún arbitrio... verbigracia, un censo
Sobre la hacienda ». Doña Elvira abraza
La indicación con un placer inmenso :
«Ya se ve : ¿ por qué no ? — « Si acaso el fundo
No está gravado (agrega fray Facundo ;

Y una mirada exploratoria lanza,
Como que algún obstáculo presuma) ;
Y si lo está, con una buena fianza
Podemos a interés buscar la suma.

Mi compadre don Álvaro Carranza...»
— Al que en sus garras pilla lo despluma
(Responde Azagra). No se piense en eso;
Un dos por ciento, padre, es un exceso.

— «Su tertulio de usted, don Agapito...»
Repone el fraile. Elvira refunfuña:
«No lo puedo tragar: es un bendito,
Que come, bebe, pita, el mate empuña,
Y sorbe, y charla, y no le importa un pito
Que la señora de la casa gruña.
Sólo el mirarle (Dios me lo perdone,
Pero no está en mi mano), me indispone.»

— Caridad. — Y su tema favorito
Es: Toma el fraile y daca la beata.
— «Hereje (dice el padre); un sambenito
Le viniera de perlas. ¡Democrata!
¡Fracmasón! Pero al fin don Agapito
Es hombre servicial y tiene plata.
Ocurramos a él: sé que le sobra:
Hará a lo menos esa buena obra.»

Ellos, por más que don Gregorio tienta
Medios para salir de un compromiso
Que a su cariño paternal violenta
(Pues en su corazón está indeciso,
Y si accede al monjío, lo aposenta,
Por amor a la paz), quiso o no quiso,
Acuerdan apelar al contertulio,
Y hacer la fiesta en el cercano julio.

La precedente discusión pasaba
En la mañana misma de aquel día
En que, como antes dije, Elvira hablaba
Por entre la enrejada celosía
A las amigas monjas; se trataba
De la pobre Isabel... Mas todavía
No le llega su turno al locutorio;
Que tiene la palabra don Gregorio.

Acabo de decir que consentía
Por el bien de la paz en el monjío;
Aun cuando el primogénito vivía
(Que pereció cautivo al filo impío
De cuchilla araucana), lo tenía
Por un desacordado desvarío;
Bien que pacato, tímido, indolente,
Nunca lo contradijo abiertamente.

De lo que procedió que, poco a poco
Y sin sentirlo, a indisoluble empeño
Se viese encadenado. «¿Estaba loco,
Decía, o de mí mismo no era dueño?
¿Cómo ya el concertado plan revoco?
¡Maldita dejadez! ¡fatal beleño,
Que a todos los caprichos me sujeta
De ajena voluntad! Soy un trompeta...

«¿Qué digo? un padre bárbaro, inhumano,
Que ve inmolar esa inocente niña
A un celo iluso, que a interés mundano
Sirve tal vez, o a infame socaliña,

Y no osa alzar la voz, meter la mano,
Porque su ama y señora no le riña,
Y no regañe el necio conciliábulo,
Que la da en su delirio apoyo y pábulo.

«¡No, por Dios! No he de ser yo quien permita
Se sacrifique así, se eche una losa
Sepulcral a mi pobre Isabelita:
No será que me arranquen mi amorosa,
Mi cándida, mi tierna palomita.
Sin duda tronará mi santa esposa...
Que truene. El corro ladrará... Que ladre;
Quiero ser hombre al fin, quiero ser padre.

«Pero si ella ama el claustro, si la encanta
El claustro, como afirma el fraile seria
Y gravemente (y nadie tiene tanta
Proporción de juzgar en la materia),
¿Debo yo de esa senda pura y santa
Extraviarla, hundirla en la miseria
Y corrupción del mundo? No lo creo,
Porque una cosa dicen y otra veo.

«Ella es verdad que salta y juega y ríe;
Mas ¿quién no juega y salta en años quince?
Nadie de tales síntomas se fíe,
Que de tener se precie un ojo lince:
El que la observe, el que en su rostro espíe,
Ora el sollozo ahogado, ora el esguince,
Verá que en sus adentros Isabela
Contra ese pensamiento se revela.

«De cierto tiempo acá se me figura
Que pensativa y lánguida la miro.
Cuando oye hablar de profesión futura,
Escápasele a hurto algún suspiro.
Y si su madre la elocuencia apura
Pintando las delicias del retiro,
Vuelve a un lado los ojos, o impaciente
Suele tocar asunto diferente.

«¡Cuántas veces en mí clava la vista,
Y luego melancólica la baja!
No se queja, es verdad; no habla, no chista;
Mete ella misma el cuello en la mortaja;
En vez de que la esquive o la resista,
A las que se la ponen agasaja:
Así va el corderillo al matadero,
Y le lame la mano al carnicero.

«¿Y yo he de consentirlo? Si viviera
Mi malogrado Enrique, ese consuelo,
Ese apoyo, ese báculo tuviera
En mi vejez... mas ¿cómo, santo cielo,
Cómo dejar me quiten mi postrera,
Mi única prenda? A ti, mi Dios, apelo:
Tú con las fuerzas los deberes mides,
Y sacrificio tanto no me pides.»

El buen señor los sesos se devana,
Y no ve cómo salga del apuro.
A una mujer tan necia y casquivana
Hacer la guerra cara a cara es duro.

Su inconquistable genio le amilana:
A la sordina es mucho más seguro.
Un instrumento fácil y expedito
Se le presenta; y es don Agapito.

Don Agapito Heredia, el tertuliano
De cuyo filantrópico bolsillo
Iba a salir la dote: buen cristiano
Si los hay; aunque amigo del tresillo
Más que del ejercicio cotidiano,
Y nada afecto a gente de cerquillo;
Injusta prevención, que no me admira
Le tenga en mal olor con doña Elvira;

Pero a lo que maquina don Gregorio,
Circunstancia en extremo favorable;
Pues el proyecto Heredia hará ilusorio,
O al menos por lo pronto impracticable,
Con un *no* terminante y perentorio
Cuando con él la pretensión se entable;
Para lo cual hablarle piensa al punto
Con la reserva propia del asunto.

En el suceso don Gregorio fía
Haciendo entre los dos aquel enjuague.
Y si más adelante otra crujía
Sobreviniere que a Isabel amague,
«Con esta industria no hay temor, decía,
Porque mientras la dote no se pague
(Que no se pagará, *volente Deo)*,
Pensar en el monjío es devaneo.»

Mientras que así discurre el caballero
Y el vaporoso espíritu refresca
Dulce esperanza, desvolvió el yesquero;
Suena la piedra herida, arde la yesca;
Y ya ondeante nube de ligero
Humo el cigarro esparce, que la gresca
De pensamientos agitados calma,
Y en deliciosa paz aduerme el alma.

Si no estuviera yo de prisa ahora
(Que a la mujer de nuestro don Gregorio,
Por lo menos hará su media hora,
A la reja dejé del locutorio),
Gustoso templaría la sonora
Lira para cantar a mi auditorio,
Tabaco amado, compañero mío,
Tu blando inexplicable poderío.

Ya el cigarro te exhale, o ya circules
En largos tubos o enroscadas pipas,
O en polvo las narices estimules,
Tú los cuidados, tú el pesar disipas.
¿A príncipes, magnates o gandules
Una incomodidad ralla las tripas?
¿Abruma la fatiga? ¿Enfada el ocio?
Tú eres del alma cordïal socrocio.

Despejas tú la embarazada cholla
Del sabio, y le solazas las vigilias;
Más vívidos sus cuadros desarrolla
El pensamiento cuando tú le auxilias;

Y si el poeta alguna vez se atolla,
Le acorres tú; la rima le concilias
Que a sus esfuerzos se resiste ingrata,
Y en fácil verso el numen se desata.

Mas ahora es forzoso que se trate
De don Gregorio, que discurre y pita,
Pita y discurre; y luego pide un mate.
«¡Un mate! (El buen señor se desgañita,
Y el mate no parece). ¡Cucufate!
¡Serafina! ¡Tomasa! ¡Margarita!
Es de perder el juicio, ¡Dios eterno!
¡Qué criados! ¡qué casa! ¡qué gobierno!»

Viene por fin el mate.—¿Y doña Elvira?
— Salió (Gregorio pone el gesto grave,
Sorbe, y a la pared atento mira).
«Y Margarita, ¿dónde está? ¡Quién sabe!
— Toma; y no más. (El mozo se retira).
— ¡Cierra esa puerta, bestia!» — ¿Echo la llave?
— ¡Bruto! ¿quieres aquí tenerme preso?
Júntala sólo, y márchate, camueso.»

Tras esto don Gregorio se reclina
Y echa antes de comer su larga siesta.
Despierta; pita; sorbe; Serafina
Viene a decir que está la mesa puesta.
Comen. Un guachalomo, una gallina,
Porotos, charqui, un pavo tal cual fiesta
Es, con su buen por qué de ají y de grasa,
Lo que da la despensa de la casa.

Un rato Azagra está meditabundo;
Y ya que el buche con un trago enfría
De lagrimilla. «¡Es mucho fray Facundo!»
(Dice como entre veras e ironía):
«¡Qué talento de fraile! y ¡qué rotundo,
Qué colorado está! Por vida mía,
Que tiene harta razón su reverencia
Para decir que engorda la abstinencia.»

Dudando si lo que oye es befa o loa,
Dice la dama con mirar perplejo:
«Aunque al siervo de Dios la envidia roa,
Es hombre de virtud y de consejo.»
— Y do el siervo de Dios pone la proa.
(Responde en tono socarrón el viejo),
No hay cosa que al esfuerzo no sucumba
De su elocuencia». Impertinente zumba,

Y de que el buen señor se arrepintiera
En otras circunstancias. Ni al presente
Osara tanto Azagra, si no fuera
Que al recordar su treta, el pecho siente
Bullir de gozo. Elvira no se altera:
«Resuella por la herida mi pariente»
(Dice a su sayo, y calla). Fué un bonito
Recurso el de la bolsa de Agapito.»

Prosigue Azagra: «Es franco caballero;
Tengo de su amistad más de una prueba,
Y prestará gustoso su dinero,
Cuando tan santo fin la cosa lleva.

Hija, mañana mismo hablarle quiero.
— «Nuestra Señora sus entrañas mueva,
Y nuestro pensamiento ponga en planta» ;
Contesta doña Elvira, y se levanta.

Don Gregorio tomó sombrero y capa,
Doña Elvira la saya y la mantilla.
Ella se va a las monjas ; él se escapa
Al tajamar adonde la pandilla
De tertulianos al pasar le atrapa :
Se habla de independencia y de malilla ;
Y de Marcó del Pont y de la España,
Y de cera, polvillo y telaraña.

Eran aquellos días de funesta
Memoria, en que la patria moribunda
Cambió en luto la túnica de fiesta,
Y la guirnalda en la servil coyunda.
La noble frente que miraba enhiesta
Al astro de la gloria, ya en profunda
Sombra eclipsado, triste inclina al suelo,
Y no divisa un término a su duelo.

Noche improvisa obscureció la aurora
De libertad. Venciste, ¡ tiranía !
Mártires y cautivos atesora .
Allá el presidio, acá la tumba fría,
Y de los hijos que la patria llora
Se ve crecer la suma cada día.
Doquiera oculto el espionaje acecha,
Y va la proscripción tras la sospecha.

Noche fué de dolor, no de letargo:
Que si el pecho una vez respira aliento
De dulce libertad, no sueñe largo
Desmayo, ni durable rendimiento
El opresor: vendrá desquite amargo;
De la retribución vendrá el momento:
Mientras él altanero se entroniza,
Arde divino fuego en la ceniza.

Tal el estado de la patria era:
Reina Marcó del Pont; y aquella inculta,
Baja, soez canalla talavera
Roba, asesina, y más que todo, insulta.
El *diez y seis* principia su carrera,
Y a la arboleda y a la mies adulta
Las frutas pinta y las espigas dora,
Ardiendo el campo en sed abrasadora.

Y a par del turbio río iba y venía
Nuestra tertulia en platicar discreto,
Que temeroso de escondido espía
Tras cada tronco y cada parapeto,
En tímido susurro se confía
Con aire de misterio y de secreto
Cada vez que dan suelta a dura crítica
Sobre cualquier asunto de política.

De varias trazas eran, genios, modos;
Y aunque de armas tomar ninguno fuera
(Porque de los cincuenta pasan todos),
Son por una misinísima tijera

Cortados en tratándose de godos:
Y si de Elvira el nombre no sirviera
De protección, tuvieran hoy la cancha
En parte no tan fresca ni tan ancha.

Éste de O'Higgins el valor celebra,
O de Carrera o Freire las hazañas;
Quién la exacción deplora, que a una quiebra
Le reduce y le saca las entrañas;
Maldiciones aquél (¡qué horror!) enhebra
Contra el augusto Rey de las Españas;
Y en profética trípode se encumbra
Alguno ya, y a San Martín columbra.

Sentada en tanto Elvira ante las rejas
Del locutorio, como arriba indico,
Aligeraba un poco las bandejas
De las devotas madres. Con el pico
Que Dios le ha dado ensarta mil consejas,
Moviendo sobre el seno el abanico,
Y dando a todo el grato condimento
En que consiste la sazón de un cuento;

No el de la destrucción que hiere y mata,
Mas de la caridad que muerde y pica,
Con aquella prudencia timorata
Y aquel celo cristiano que edifica.
De esta manera justamente trata
A don Gregorio su mujer: critica
Su dejadez; su indevoción censura;
Mas propiamente hablando, no murmura.

Sobre el programa, en fin, del ya cercano
Monjío el general discurso rueda,
Tembló Isabela oyendo aquel tirano
Decreto que en un claustro la empareda;
Cáesele el abanico de la mano;
Pierde el color; atónita se queda;
Mas al imperio maternal se inmola,
Y no pronuncia una palabra sola.

Nadie averigua si en el alma siente
Inclinación al religioso estado.
¿Puede no amar la joven inocente
El santo asilo donde se ha criado?
Aquel *sí* irreflexivo, indiferente,
Pedido no diré, sino dictado
A la niñez, que su sentido ignora,
Indisoluble vínculo es ahora.

¡Indisoluble!... Así lo juzga. El pecho
Que resignado y dócil y sumiso
Natura y arte a competencia han hecho;
A quien la abnegación deber preciso,
Y ajeno mando es natural derecho;
Que sólo quiso, en fin, lo que otro quiso;
¿La suerte que una madre le destina
Rechazar osará? Ni aun lo imagina.

«¿De qué me asusto? (en su interior exclama).
¿No he sido siempre destinada al velo?
¿No lo admití? ¿No lo esperé? Me llama
El cielo mismo, ¿y contradigo al cielo?

Un mundo vil, que tanto vicio infama,
¿He de poner con Dios en paralelo?»
Diciendo así, conformidad serena
Rayó en el alma, y mitigó la pena.

Esto en el sobredicho locutorio;
Mientras desde el paseo le decía
A su cara consorte don Gregorio:
«Bravo chasco te pegas, prenda mía.»
Jamás le vió el andante consistorio
De tan jovial humor como aquel día;
¡Mísero! Y truena ya la nube parda
De la tormenta horrible que le aguarda.

Luego que la oración da el campanario,
De la vecina iglesia a la morada
De don Gregorio van, donde el rosario
Rezaban doña Elvira y su mesnada.
No hubo esa noche nada extraordinario
En la tertulia: naipes, variada
Conversación, el consabido mate,
Cigarros, dulce, aloja y chocolate.

Al sonar el reloj las nueve y media,
«Señores, con la música a otra parte»
A sus contertulianos, dice Heredia;
Y cuando ya, como los otros, parte,
El don Gregorio la ocasión promedia,
Y a hurto en baja voz «Quisiera hablarte,
Le dice, es un favor de poca monta;
Y... — Ya sabes que está mi bolsa pronta

Para servirte (respondió Agapito).
Negocio concluído: no hables de eso.
— No es lo que tú imaginas; es... — Repito
Que es cosa hecha, peso sobre peso.
— ¿Qué cosa? — Los dos mil. — No necesito.
En otra muy distinta me intereso.
Ni quiero que prometas, ni que entregues,
Ni que fíes: se trata de que niegues.

— ¿Que niegue? Es imposible, amigo: es tarde.
— ¡Misericordia! — Fray Facundo vino
(Eran como las cuatro de la tarde)
Con un recado muy atento y fino
De tu querida esposa, que Dios guarde...
— No pases adelante; lo adivino.
— Como me aseguraba tu anüencia,
Expresada, me dijo, en su presencia...

— Sí, la expresé, con una soga al cuello.
— Y como entiendo que la niña anhela
Meterse monja, y empeñada en ello
Parece estar tu santa parentela...
— Basta, no digas más. Echado el sello
A mi desgracia está. ¡Pobre Isabela!
Todo al revés, Heredia, me sucede.
Parece que el demonio lo hace adrede.

— No tal: esos petardos te granjea
El hacer, como haces, a dos caras.
Si no quieres que ciña la correa
Tu hija Isabel, ¿por qué no lo declaras?

Y si la pobre chica titubea,
O lo repugna, y tú la desamparas
Que protegerla debes, cruel, impía,
Abominable esa omisión sería.

«Y más diré. Si yo su padre fuera,
Y en esa tierna edad la viera ansiosa
De vestir el sayal, lo resistiera
Con todo mi poder; que no, no es cosa
En que se deba estar a la ligera
Decisión de alma incauta, veleidosa,
Dócil a toda voz, a todo imperio,
El consignar la vida a un monasterio.

«La que renuncia al mundo en esa verde
Edad primera, ¿podrá ser que estime
Lo que la aguarda, o sepa lo que pierde?
Y cuando, vuelta en sí, ve que la oprime
Cadena eterna, y despechada muerde
El duro hierro, ¿a quién acusa, dime?
Al que su juicio leve, antojadizo,
Debió haber alumbrado, y no lo hizo.

«En dar consejos donde no hay deseo
De recibirlos, siempre hallé reparo.
Mi genio lo repugna. Mas te veo
En aflicción, y debo hablarte claro:
Tu flojedad es un delito feo.
La autoridad paterna es el amparo
Natural de Isabel. Defiende, guarda
Su inocente candor. ¿Qué te acobarda?

— ¿Y entregado el dinero fué? — Lo mismo,
Porque lo tengo prometido y pronto.
— ¿A quién se puso, Heredia, un sinapismo
Como el de esta mujer? ¿Qué pobre tonto
Sufrió jamás tan fiero despotismo?
Pero verán, si en cólera me monto,
De lo que soy capaz. Volverá al techo
Paterno mi hija... volverá a mi pecho...

« Volverás, volverás, yo te lo fío...
Harto tiempo tratada como ajena
Fuiste ya, mi Isabel, regalo mío,
Víctima de... » Diciendo así, refrena
La voz un repentino escalofrío:
En el hinchado esófago le suena
Tumultuoso vapor: eructa, brama;
En suma, le da el flato, y va a la cama.

CANTO TERCERO

LA CHACRA

¡Al campo! ¡Al campo! La ciudad me enoja.
Esas tristes paredes do refleja
La luz solar intensa, ardiente, roja,
No quiero ver, ni del balcón la reja,
Donde una flor cautiva se deshoja,
E inclinándose lánguida, semeja
Suspirar por la alegre compañía
De sus hermanas en la selva umbría.

¡Al campo! digo yo como Tancredo;
Mas no en verdad al campo de batalla,
Donde el tronar del bronce infunde miedo
Y el zumbar de la bala y la metralla;
Ni al campo donde el bárbaro denuedo
De un falso honor, teutónica antigualla,
Dos pechos pone a dos contrarias puntas
Por ofensas reales o presuntas;

Sino al campo que alegra fuente pura
Con el rumor de su cristal parlero;
Y de la selva a la hospital verdura,
De paz y holganza asilo verdadero;
Do el aura entre los árboles murmura,
Y la diuca revuela y el jilguero;
Y de trémulos iris coronada
Salta del monte al valle la cascada;

Y a la colina que, al rayar la aurora,
La ciudad nebulosa me descubre,
Mientras el suelo en derredor colora
De azules lirios genïal octubre;
Do fresco baño el río, y mugidora
Vaca me ofrece su tendida ubre,
O salgo envuelto en poncho campesino
A respirar el soplo matutino;

A la animada trilla, y al rodeo,
De fuerza y de valor muestra bizarra;
Del pensamiento al vago devaneo
Bajo el toldo frondoso de la parra;

Al bullicioso rancho, al vapuleo,
Al canto alegre, a la locuaz guitarra,
Cuando chocan caballos pecho a pecho,
Y en los horcones se estremece el techo.

Pláceme ver en la llanura al guazo,
Que, al hombro el poncho, rápido galopa:
O con certero pulso arroja el lazo
Sobre la res que elige de la tropa.
Pláceme ver paciendo en el ribazo,
Que una niebla sutil tal vez arropa,
La grey lanuda, y por los valles huecos
De su ronco balido oír los ecos.

Pláceme penetrar quebrada umbrosa,
Y dando suelta al pensamiento mío,
Fijar la vista en la corriente undosa
Con que apacible se desliza el río,
A cuyo murmurar visión hermosa
Evoca el alma en dulce desvarío:
Visión de alegres días que corrieron
Sobre mi vida, y para siempre huyeron;

Y se desvanecieron, cual la cinta
De aéreo iris que en la azul esfera
Deshace el viento, o cual la varia tinta
Que, cuando el sol termina su carrera,
Blanco vellón de vagas nubes pinta,
O cumbres de nevada cordillera,
Y el soplo de la noche las destiñe,
Y parda franja al horizonte ciñe.

Véolos otra vez aquellos días,
Aquellos campos, encantada estancia,
Templo de las alegres fantasías
A que dió culto mi inocente infancia;
Selvas que el sol no agosta, a que las frías
Escarchas nunca embotan la fragancia;
Cielo... ¿más claro, acaso?... No, sombrío,
Nebuloso tal vez... Mas era el mío.

Naturaleza da una madre sola,
Y da una sola patria... En vano, en vano
Se adopta nueva tierra; no se enrola
El corazón más que una vez; la mano
Ajenos estandartes enarbola;
Te llama extraña gente ciudadano...
¿Qué importa? — ¡No prescriben los derechos
Del patrio nido en los humanos pechos!

¡Al campo! ¡Al campo! Allí la peregrina
Planta que, floreciendo en el destierro,
Suspira por su valle o su colina,
Simpatiza conmigo: el río, el cerro
Me engaña un breve instante y me alucina;
Y no me avisa ingrata voz que yerro,
Ni disipando el lisonjero hechizo
Oigo decir a nadie: *¡Advenedizo!*

Pero volviendo al cuento comenzado,
Digo que don Gregorio en tiempo breve
Tanto convaleció, que trasladado
Es a vecina chacra donde eleve

El tono de sus nervios relajado
La salubre impresión de un aire leve,
Puro, que el grande pueblo a donde mora
Se hallaba entonces sucio, como ahora.

Y haciendo a cada cual justicia neta,
Digo también que, no al doctor Grajales
La salud le debió, ni a la lanceta,
Ni a doctas confecciones mercuriales;
Sino a la terapéutica discreta
De Valdemor, que sólo cordiales
Y anodinos a el alma enferma aplica,
Que no se hallan en frascos de botica.

Es en substancia el régimen süave
Que llama antiflojístico la ciencia.
A doña Elvira alejan (ya se sabe
Que era toda flojisto por esencia),
Y empeño fué dificultoso y grave,
Pues le parece cargo de conciencia
Que, si muere, no lleve don Gregorio
Su recomendación al purgatorio.

Y más interesada que la suya,
Ni que tanto la carga le aligere
Cuando de su prisión el alma huya,
No puede haber. Repugna, pues, no quiere,
por más que se le diga y se le arguya,
De su lado apartarse. Que se muere
Su caro esposo, exclama sollozando,
Y en trance tal, si no le asiste, ¿cuándo?

Del tono moderado por instantes
Al de la ira y la soberbia pasa.
«¡Qué par de consejeros importantes!...
Señor don Agapito, en esta casa
Mando yo. Vomitivos y purgantes,
Mi buen doctor, prescriba usted sin tasa:
En cuanto a lo demás no le consulto,
Y su proposición es un insulto.»

Pero al oír que deja el monasterio,
Y que su hija prontamente llega,
Toma un semblante la contienda serio:
Ya no es ira la suya, es rabia ciega.
Propásase al baldón, al improperio;
Grita, patea, jura. Al que la ruega,
Al que la insta, ordénale que calle,
Y le muestra la puerta de la calle.

Don Agapito, que, si bien modesto
Y circunspecto, nada emprende en balde,
Tiene ya prevenida para esto
La intervención del cura y del alcalde.
En el rostro de Elvira descompuesto
Al carmín desaloja el albayalde;
El furor la enajena, la sofoca;
De la casa se va como una loca.

No volvió más: sucede a la señora
La señorita: el suspirado abrazo,
Al padre alienta, sana, corrobora;
Sola Isabel le cuida; el tierno brazo

Le tiene la cabeza y le incorpora;
Tal vez la calva frente en su regazo
Posa; tal vez, solícita enfermera,
A su lado pasó la noche entera.

Tal vez, abriendo angélica sonrisa
Frescos labios, do el viento aromas bebe,
El revuelto cabello asiendo, alisa
Con la mano gentil de pura nieve.
De báculo le sirve si va a misa,
Si por el corredor los pasos mueve;
Diviértele el fastidio; le consuela;
La que le ceba el mate es Isabela.

¡Y él también, cuánto la ama! ¡Pobre anciano
¡Cuántas veces en tanto que dormita,
Velándole ella en el sillón cercano,
Decir le oye: «¡Isabel! ¡Isabelita!»;
Y puestas la una mano en la otra mano,
¡Cuántas veces a ti, Virgen bendita,
Los ojos vuelve, y presintiendo azares
En su orfandad, te ruega que la ampares!

Por la ciudad en tanto la noticia
De la nueva beldad al punto vuela.
¡Visitas mil! No es ella la que oficia
En el salón, sino una tía abuela;
La que por ella fué; doña Leticia
De Azagra Valdovinos y Varela,
La más discreta y más cabal matrona
Que llenó estrado, o que oprimió poltrona.

Doquiera que la niña ver se deja,
Tras sí arrastra las almas con la vista.
Lleva desaliñada la guedeja;
No le cortó el vestido la modista;
Mas en gracia, en beldad, no hay su pareja;
Viejo ni mozo no hay que la resista.
Dicen al ver su cara y cuerpo y traza
Los hombres, ¡ángel!; las mujeres, ¡guaza!

No canta... Importa poco. Al alma cuela
De aquella voz la innata melodía,
Mejor que la más dulce cantinela
De la hechicera Malibrán García.
No baila... Pero tiene la Isabela
Un talante, un andar, que sentaría,
Si no de Chipre a la deidad liviana,
A la casta hermosura de Diana.

Pero la historia es menester que siga.
Recibe la carreta el cargamento;
El carretero unce y empertiga;
Los perezosos bueyes al violento
Primer arranque la picana obliga;
Y rueda estremeciendo el pavimento
La vacilante mole, y con chirridos
Horrorosos taladra los oídos.

Iban en la carreta Margarita,
Tomasa, el consabido negro paje,
Con la balumba bárbara, infinita
De que consta un doméstico menaje,

Y que llevar consigo necesita
Todo el que alguna vez al campo viaje,
Si vivir al estilo no le agrada
De nuestros padres en la edad dorada.

Cabalgan en unión y compañía
De tal cual obsequioso tertuliano,
El don Gregorio, la Isabel, la tía,
Y Cunefate. Un espacioso llano
(Que allá y acá interrumpe una alquería,
Hermosa con los dones del verano),
Y de una acequia el mal seguro puente,
Huella la cabalgata lentamente.

Y luego, entre la salva vocinglera
De una turba de perros ladradores,
Recibe de naranjos larga hilera
A nuestros polvorientos viajadores,
Que, apenas desmontados, la escalera
Suben; y ya en los altos corredores,
Vasto paisaje admiran de sembrados,
Potreros, rancherías y arbolados.

Don Agapito, de la chacra dueño,
Cariñoso a los huéspedes atiende;
A la doña Leticia rinde el sueño;
Y el don Gregorio su cigarro enciende;
Mientras Isabelita el halagüeño
Panorama, que ante ella el campo extiende,
Goza con emoción que no le cabe
Dentro del pecho, y descifrar no sabe.

Allá eleva la torre de la aldea
Su pardo fuste; acá la choza exhala
Blanca espiral; la viña verdeguea;
La higuera ostenta su frondosa gala;
Susurrando un ciprés se bambolea;
El toro muge; el corderillo bala;
Pelado risco arroja en la llanura,
Dominador jayán, su sombra obscura.

No hay verde seto de tupida zarza
Do a su amador la tórtola no arrulle,
Ni umbrío bosquecillo que no esparza
Perfume grato, si agitado bulle;
Navega ufano el ánade; la garza
Cándida en el estero se zabulle:
Todo semeja que a gozar incita,
Y que de amor y de placer palpita.

¿Qué sientes, Isabel, en el otero,
Cuando cuelga la noche su cortina
Lúgubre, y paso a paso el valle entero
Ocupa, y su fanal en la colina
Occidental enciende ya el lucero,
Que al pálido crepúsculo domina
Como lámpara triste que destella
Sobre un sepulcro, triste, pero bella?

Y cuando persiguiendo la pintada
Mariposa, te internas en la espesa
Arboleda, y te paras agitada
De secreto pesar, ¿qué te embelesa?

En el recinto obscuro tu mirada
¿Qué fija así? ¿Qué suspensión es esa?
¿A qué mágico canto, a qué rüido
Misterioso diriges el oído?

Y cuando ves el baile de la choza,
Y la sonora voz de la vihuela
Los descuidados pechos alboroza
De la rústica turba, ¿qué revela
Al tuyo aquel mirar que tanto goza
En lo que mira, aquel mirar que anhela,
Y el que responde cariñoso y grato,
Y el que tímido amor hurtó al recato?

Pero el alegre canto bien publica
Lo que habla de los ojos el idioma,
Y lo que en bajo acento se platica;
Y qué dice la mano que se toma,
O se esquiva, o se da; qué significa
Aquel rubor que a la mejilla asoma,
Cuál es de los suspiros el sentido,
Y del adiós mil veces repetido.

¿Mas qué te turba ahora y te amilana,
Pobre Isabel? Pausada, grave, austera,
Como el consejo de una madre anciana,
El viento trae, tu pecho reverbera,
La conocida voz de la campana
Del monasterio: voz que se apodera
Del alma toda, y cada son que emite
Ven, niña, vén, parece que repite.

Como de caballeros joven tropa,
En cierto drama, de alborozo llenos,
Se ven banquetear, henchir la copa,
Brindar, reír; y cuando piensan menos,
En grave marcha, en luenga y parda ropa,
Entra una procesión cantando trenos
De penitencia, y pára la alegría
En aflicción, y en funeral la orgía;

Así al oír aquella voz sonora,
A la visión de mundanal contento,
A la dulce emoción encantadora
(Germen de un imperioso sentimiento,
Destello de un incendio que devora),
Temor sucede y mustio abatimiento.
A el alma inquieta aquella voz reclama:
Es voz del otro mundo, que la llama.

Tan joven, y tan tímida, y tan pura,
¿Y un roedor remordimiento abriga?
¿A los goces de un ángel de dulzura
Se mezcla ya de un sinsabor la liga?
¿Es que la copa de mortal ventura
Siempre esconde un tormento que atosiga?
¿O nuestros propios míseros errores
Ponen tal vez la espina entre las flores?

Yo no lo sé. Mas hay un pensamiento
Que a todas horas en el alma nace
De Isabel; que acibara su contento
Y no deja que libre se solace:

Las eternas paredes del convento...
¡Tumba de vivos en que el alma yace!...
¡Desierta melancólica morada,
A los placeres... al amor cerrada!

¿Al amor? sí: no hay duda: ya Isabela
Pronunció la palabra misteriosa:
La mágica palabra que revela
Una existencia nueva, deliciosa,
Excelsa: los mil ecos que encarcela
El corazón, bandada bulliciosa,
Despiertan, y más pura y encendida
La llama centellea de la vida.

Yo no daré (que fastidioso haría
El cuento a mis lectores) el diario
Del padre, de la hija y de la tía
En este hermoso albergue solitario.
Un día pasa, y otro, y otro día
Sin que nada notable, nada vario
Suceda allí: la noche al fin primera
De marzo vino, en esta historia éra.

Isabela dormía (era la una
O poco más); y despertando acaso,
En el contiguo corredor alguna
Persona cree sentir, que a lento paso
Va y viene. Lanza la creciente luna,
Trasmontando los cerros del ocaso,
Un rayo, que se rompe en una reja
Y en el opuesto muro la bosqueja.

Y en el espacio que la luna traza
A la luz en aquel opuesto muro,
Nota Isabel que un hombre a veces pasa,
Quiero decir, de un hombre el trazo obscuro,
Con manta y guarapón. Es de la casa,
Según se ve, por el andar seguro,
Y por no haber un perro que le ladre:
«¿Un criado tal vez? tal vez mi padre?»

Isabela concluye que no puede
Ser sino algún criado; y ya no tarda
En dormirse otra vez, cuando sucede
Lo que tanto la turba y acobarda,
Que respirar apenas le concede
Y encomendarse al ángel de su guarda:
Llegóse el hombre a la cerrada puerta,
Que hallarse suele rara vez abierta;

Porque esta alcoba sólo comunica
Con el cuarto vecino, do acostada
Doña Leticia duerme. El hombre aplica
Con la mayor frescura a la vedada
Puerta una llave... «¡Dios!... ¿Qué significa?
¡Sin duda algún ladrón!... ¡Desventurada!»
El hombre entró... Después, con gesto grave,
Cerró otra vez la puerta y la echó llave.

Y luego con la misma flema arroja
Sobre la tierra el guarapón; se quita
La grosera chamanta azul y roja,
Y... «¡Socorro! ¡socorro!» Isabel grita.

¡Un hombre!... ¡un hombre! — «¡Cielos!... ¿Quién aloja
Ahora en este cuarto?...» ¡Señorita!
Dice el mancebo (que lo era), ha sido
Un desgraciado error... ¡No más rüido!

«Silencio ¡por la Virgen! Si usted llama,
Me pierde para siempre. Yo venía,
Como suelo, a dormir en esa cama,
Por supuesto, creyéndola vacía...
¡Silencio!... Sois mujer, sois una dama;
Ser causa de mi muerte os pesaría;
Sabed que soy... mi suerte deposito
En vuestra compasión... soy un proscrito.»

«Salga usted luego, pues, salga usted luego»...
Dice ella y tiembla. — «Salgo en el instante;
Pero ¡por Dios! ni una palabra, os ruego,
Ni una palabra a nadie... El más distante
Rastro, el menor indicio de que llego
A este sitio, a perderme era bastante,
¡Y ojalá que a mí solo!... Hay una vida
Cara, preciosa, en mí comprometida.

¡Adiós!» — «El cielo de peligro os guarde»,
Dice Isabel, del joven apiadada.
Iba a salir; mas por desgracia es tarde;
De Gregorio a la voz, viene alarmada
La gente de la casa, haciendo alarde
De garrote, puñal, pistola, espada.
«Hija, dice el anciano, ¿qué sentiste,
Qué te asustó, que tales voces diste?» —

«Nada, caro papá... fué un susto vano.»
Aunque las voces de Isabel ha oído
Gregorio sólo, que si bien lejano
Tiene su cuarto y lecho, no ha podido
Esta noche dormir el pobre anciano,
Juraban los demás, no haber sentido,
Sino visto también extraña gente,
Que pinta cada cual diversamente.

Dos guazos, asegura Cunefate;
El negro, tres; hombre hubo que vió cinco:
El dicho ajeno cada cual rebate,
Y se aferra en el suyo con ahinco.
—« No puede ser». — « Sí tal». — « Es disparate »...
Y en esto allí se apareció de un brinco
Un perro extraño, que en la voz, los gestos
Da de inquietud indicios manifiestos.

Huele y escarba en el umbral vecino,
Y gritos da como que avisa o llama.
Afortunadamente un inquilino
Llega, que como suyo lo reclama.
« Señor, dice el patán, que era ladino,
Yo no he visto moverse ni una rama.
¿ Hombre en la chacra extraño ?... ¡ Tontería !
¡ Tanto perro ! ... y la luna como el día. »

Azagra al fin se vuelve satisfecho,
Pero dejando guardia suficiente
Para que estén alerta y en acecho,
Por si en la casa algún rumor se siente.

Vese Isabel en un terrible estrecho:
Salir el mozo es imposible; hay gente
Al rededor que vela; ¿pero dónde
Le dará asilo? ¿En qué lugar le esconde?

¡En su alcoba un mancebo! ¿Y a qué hora?
Solamente el pensarlo la estremece
Y hasta su frente de rubor colora.
Fuerza es se vaya luego, antes que empiece
El matutino albor; que si la aurora
Le encuentra en este sitio, el riesgo crece;
O más bien, es preciso ¡horrible idea!
Que todo el mundo y su papá le vea.

«Es menester que al punto le desvíe
De este lugar, — concluye Isabelita, —
O que su vida a mi papá confíe
Y al favor celestial de la bendita
Madre de la Merced. ¡Ella le guíe,
Que a los cautivos las cadenas quita!»
Esto entre sí; y en tímido, confuso,
Piadoso acento, al joven lo propuso.

Que alcance su secreto alma nacida
Resiste él, y de nuevo recomienda
A Isabela guardarlo: «Que la vida,
Dice, va en él, la estimación, la hacienda
De... Pero libre el paso a la salida
Parece... El cielo os guarde». — «Él os defienda.»
Paró un instante, a ver si alguien cuidase
Del largo corredor: y visto, vase.

El corredor estaba despejado,
Y atravesarle sin peligro pudo;
Pero dos o tres gradas no ha bajado
De la escalera, cuando un grito agudo
De alarma a la familia aquel menguado
Negrito dió, que así medio desnudo
Como está, de la tierra se levanta,
Y le sigue, y le agarra de la manta.

« Suelta, dice el mancebo, o te traspaso
Con esta daga el corazón ». Su presa
Soltó el negrito, y hacia atrás dió un paso;
El otro corre; una arboleda espesa
Le oculta; monta en su caballo; al raso
Sale después; e impávido atraviesa
Cercas, potreros, huertas, viñas, soto,
Dejando a la familia en alboroto.

Uno coge puñal, otro machete;
Otro un descomunal bastón agarra;
Éste en el denso matorral se mete;
Aquél registra el huerto, aquél la parra;
Y Cunefate, alzado a matasiete,
Le jura escarmentar si le echa garra:
Todo es correr por campos y por cerros,
Gritar de guazos y ladrar de perros.

Y mientras de este modo se alborota
La chacra, y la feliz doña Leticia,
Que vence en el dormir a la marmota,
Ni un instante de sueño desperdicia,

La asustada Isabel reza devota,
Con el oído puesto a la noticia
Que a su regreso cada cual relata,
Y que el patrón recibe en gorro y bata.

Y cuando ha oído que el ladrón supuesto
Escapa, y no se sabe a dó camina,
Gracias por un favor tan manifiesto
Rinde a Dios; y corriendo la cortina
(Pues el calor de estiva noche el puesto
Cede ya a la frescura matutina),
Hunde otra vez la frente en la almohada,
Y queda en dulce sueño sepultada.

JOSÉ MARÍA HEREDIA

(Cubano — Siglo XIX)

A LA ESTRELLA DE VENUS

Estrella de la tarde silenciosa,
Luz apacible y pura
De esperanza y amor, salud te digo.
En el mar de Occidente ya reposa
La vasta frente el sol, y tú en la altura
Del firmamento solitaria reinas.
Ya la noche sombría
Quiere tender su diamantado velo,
Y con pálidas tintas baña el suelo
La blanda luz del moribundo día.
¡Hora feliz y plácida cual bella!
Tú la presides, vespertina estrella.

Yo te amo, astro de paz. Siempre tu aspecto
En la callada soledad me inspira
De virtud y de amor meditaciones.
¡Qué delicioso afecto
Excita en los sensibles corazones
La dulce y melancólica memoria
De su perdido bien y de su gloria!

Tú me la inspiras. ¡Cuántas, cuántas horas
Viste brillar serenas
Sobre mi faz en Cuba!... Al asomarse
Tu disco puro y tímido en el cielo,
A mi tierno delirio daba rienda
En el centro del bosque embalsamado,
Y por tu tibio resplandor guiado
Buscaba en él mi solitaria senda.

Bajo la copa de la palma amiga,
Trémula, bella en su temor, velada
Con el mágico manto del misterio,
De mi alma la señora me aguardaba.
En sus ojos afables me reía
Ingenuidad y amor: yo la estrechaba
A mi pecho encendido,
Y mi rostro feliz al suyo unido,
Su balsámico aliento respiraba.
¡Oh goces fugitivos
De placer inefable! ¡Quién pudiera
Del tiempo detener la rueda fiera
Sobre tales instantes!...
Yo la admiraba extático: a mi oído
Muy más dulce que música sonaba
El eco de su voz, y su sonrisa
Para mi alma era luz. ¡Horas serenas
Cuya memoria cara
A mitigar bastara
De una existencia de dolor las penas!
¡Estrella de la tarde! ¡Cuántas veces
Junto a mi dulce amiga me mirabas

Saludar tu venida, contemplarte,
Y recibir en tu amorosa lumbre
Paz y serenidad!...
Ahora me miras
Amar también, y amar desesperado.
Huír me ves al objeto desdichado
De una estéril pasión, que es mi tormento
Con su belleza misma;
Y al renunciar su amor, mi alma se abisma
En el solo y eterno pensamiento
De amarla, y de llorar la suerte impía
Que por siempre separa
Su alma del alma mía.

EN EL TEOCALLI DE CHOLULA

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban
Los aztecas valientes! En su seno
En una estrecha zona concentrados
Con asombro se ven todos los climas
Que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos
Cubren a par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan
A la frondosa vid, al pino agreste,
Y de Minerva al árbol majestuoso.
Nieve eternal corona las cabezas

De Iztaccihual purísimo, Orizaba
Y Popocatepec; sin que el invierno
Toque jamás con destructora mano
Los campos fertilísimos, do ledo
Los mira el indio en púrpura ligera
Y oro teñirse, reflejando el brillo
Del sol en Occidente, que sereno
En hielo eterno y perennal verdura
A torrentes vertió su luz dorada,
Y vió a Naturaleza conmovida
Con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa
Las alas en silencio ya plegaba
Y entre la hierba y árboles dormía,
Mientras el ancho sol su disco hundía
Detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,
Cual disuelta en mar de oro, semejaba
Temblar en torno de él; un arco inmenso
Que del empíreo en el cenit finaba
Como espléndido pórtico del cielo
De luz vestido y centellante gloria,
De sus últimos rayos recibía
Los colores riquísimos. Su brillo
Desfalleciendo fué: la blanca luna
Y de Venus la estrella solitaria
En el cielo desierto se veían.
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
Que la alma noche y el brillante día,
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa
Choluteca pirámide. Tendido
El llano inmenso que ante mí yacía,
Los ojos a espaciarse convidaba.
¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡Oh! ¿quién diría
Que en estos bellos campos reina alzada
La bárbara opresión, y que esta tierra
Brota mieses tan ricas, abonada
Con sangre de hombres, en que fué inundada
Por la superstición y por la guerra?...

Bajó la noche en tanto. De la esfera
El leve azul, obscuro y más obscuro
Se fué tornando: la movible sombra
De las nubes serenas, que volaban
Por el espacio en alas de la brisa,
Era visible en el tendido llano.
Iztaccihual purísimo volvía
Del argentado rayo de la luna
El plácido fulgor, y en el Oriente
Bien como puntos de oro centellaban
Mil estrellas y mil... ¡Oh! yo os saludo,
Fuentes de luz, que de la noche umbría
Iluimnáis el velo,
Y sois del firmamento poesía.

Al paso que la luna declinaba
Y al ocaso fulgente descendía
Con lentitud, la sombra se extendía
Del Popocatepec, y semejaba
Fantasma colosal. El arco obscuro
A mí llegó, cubrióme, y su grandeza

Fué mayor y mayor, hasta que al cabo
En sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,
Que velado en vapores transparentes
Sus inmensos contornos dibujaba
De Occidente en el cielo.
¡Gigante del Anáhuac! ¿Cómo el vuelo
De las edades rápidas no imprime
Alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando
Años y siglos, como el norte fiero
Precipita ante sí la muchedumbre
De las olas del mar. Pueblos y reyes
Viste hervir a tus pies, que combatían
Cual hora combatimos, y llamaban
Eternas sus ciudades, y creían
Fatigar a la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día
De tus profundas bases desquiciado
Caerás; abrumará tu gran rüina
Al yermo Anáhuac; alzaránse en ella
Nuevas generaciones, y orgullosas
Que fuiste negarán...
Todo perece
Por ley universal. Aun este mundo
Tan bello y tan brillante que habitamos,
Es el cadáver pálido y deforme
De otro mundo que fué...

En tal contemplación embebecido
Sorprendióme el sopor. Un largo sueño
De glorias engolfadas y perdidas
En la profunda noche de los tiempos,
Descendió sobre mí. La agreste pompa
De los reyes aztecas desplegóse
A mis ojos atónitos. Veía,
Entre la muchedumbre silenciosa
De emplumados caudillos, levantarse
El déspota salvaje en rico trono
De oro, perlas y plumas recamado;
Y al son de caracoles belicosos
Ir lentamente caminando al templo
La vasta procesión, do la aguardaban
Sacerdotes horribles, salpicados
Con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo
Las bajas frentes en el polvo hundía
Y ni mirar a su señor osaba,
De cuyos ojos férvidos brotaba
La saña del poder.
Tales ya fueron
Tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo:
Su vil superstición y tiranía
En el abismo del no ser se hundieron.
Sí, que la muerte, universal señora,
Hiriendo al par al déspota y esclavo,
Escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
Tu insensatez oculta y tus furores
A la raza presente y la futura.

Esta inmensa estructura
Vió a la superstición más inhumana
En ella entronizarse. Oyó los gritos
De agonizantes víctimas, en tanto
Que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
Les arrancaba el corazón sangriento;
Miró el vapor espeso de la sangre
Subir caliente al ofendido cielo
Y tender en el sol fúnebre velo,
Y escuchó los horrendos alaridos
Con que los sacerdotes sofocaban
El grito del dolor.
Muda y desierta
Ahora te ves, pirámide. ¡Más vale
Que semanas de siglos yazcas yerma,
Y la superstición a quien serviste
En el abismo del infierno duerma!
A nuestros nietos últimos, empero,
Sé lección saludable; y hoy que el hombre
Al cielo, cual Titán, truena orgulloso,
Sé ejemplo ignominioso
De la demencia y del furor humano.

VERSOS ESCRITOS EN UNA TEMPESTAD

Huracán, huracán, venir te siento,
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del señor de los aires el aliento.

En alas de los vientos suspendido
Vedle rodar por el espacio inmenso,
Silencioso, tremendo, irresistible,
Como una eternidad. La tierra en calma
Funesta, abrasadora,
Contempla con pavor su faz terrible.
Al toro comtemplad... La tierra escarban
De un insufrible ardor sus pies heridos;
La armada frente al cielo levantando,
Y en la henchida nariz fuego aspirando,
Llama a la tempestad con sus bramidos.
¡Qué nubes! ¡Qué furor!... El sol temblando
Vela en triste vapor su faz gloriosa,
Y entre sus negras sombras sólo vierte
Luz fúnebre y sombría,
Que ni es noche ni día,
Y al mundo tiñe de color de muerte.
Los pajarillos callan y se esconden,
Mientra el fiero huracán viene volando,
Y en los lejanos montes retumbando,
Le oyen los bosques, y a su voz responden.

Ya llega... ¿No le veis? ¡Cuál desenvuelve
Su manto aterrador y majestuoso!...
¡Gigante de los aires, te saludo!
Ved cómo en confusión vuelan en torno
Las orlas de su parda vestidura.
¡Cómo en el horizonte
Sus brazos furibundos ya se enarcan,
Y tendidos abarcan
Cuanto alcanza a mirar, de monte a monte!

¡Obscuridad universal! Su soplo
Levanta en torbellinos
El polvo de los campos agitado.
¡Oid!... Retumba en las nubes despeñado
El carro del Señor, y de sus ruedas
Brota el rayo veloz, se precipita,
Hiere y aterra el delincuente suelo,
Y en su lívida luz inunda el cielo.

¿Qué rumor?... ¿Es la lluvia?... Enfurecida
Cae a torrentes, y obscurece el mundo,
Y todo es confusión y horror profundo.
Cielos, colinas, nubes, caro bosque,
¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis? Os busco en vano,
Desparecisteis... La tormenta umbría
En los aires revuelve un oceano
Que todo lo sepulta...
Al fin, mundo fatal, nos separamos;
El huracán y yo solos estamos.
¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno,
De tu solemne inspiración henchido,
Al mundo vil y miserable olvido,
Y alzo la frente de delicia lleno!
¿Dó está el alma cobarde
Que teme tu rugir?... Yo en ti me elevo
Al trono del Señor: oigo en las nubes
El eco de su voz: siento a la tierra
Escucharle y temblar: ardiente lloro
Desciende por mis pálidas mejillas,
Y su alta majestad trémulo adoro.

NIÁGARA

Dadme mi lira, dádmela: que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz!... Niágara undoso,
Sólo tu faz sublime ya podría
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador; disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan,
Y déjame mirar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: vi al Oceano
Azotado del austro proceloso,
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Sus abismos abrir, y amé el peligro,
Y sus iras amé; mas su fiereza
En mi alma no dejara
La profunda impresión que tu grandeza.

Corres sereno y majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mía
En vagos pensamientos se confunde
Al contemplar la férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde obscuro
Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan, y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.
Mas llegan... saltan... El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados;
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
Al golpe violentísimo en las peñas
Rómpese el agua, y salta, y una nube
De revueltos vapores
Cubre el abismo en remolinos, sube,
Gira en torno, y al cielo
Cual pirámide inmensa se levanta,
Y por sobre los bosques que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista
Con inquieto afanar? ¿Por qué no miro

Alrededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de la brisa del Océano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto, y delicada rosa,
Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardín: a ti la suerte
Guarda más digno objeto y más sublime.
El alma libre, generosa y fuerte
Viene, te ve, se asombra,
Menosprecia los frívolos deleites,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Dios, Dios de la verdad! En otros climas
Vi monstruos execrables,
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar con sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra
Y desolar frenéticos la tierra.
Vilos, y el pecho se inflamó a su vista
En grave indignación. Por otra parte
Vi mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,

Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban:
Por eso siempre te buscó mi mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre a ti; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz baja a mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista mi ánimo enajena
Y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Oceano?
Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz a tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.

Miro tus aguas que incansables corren,
Como el largo torrente de los siglos
Rueda en la eternidad: así del hombre
Pasan volando los floridos días,
Y despierta el dolor... ¡Ay! ya agotada.
Siento mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
Mi mísero aislamiento, mi abandono,
Mi lamentable desamor... ¿Podría
Un alma apasionada y borrascosa
Sin amor ser feliz? ¡Oh! ¡Si una hermosa
Digna de mí me amase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y mi andar solitario acompañase!
¡Cuál gozara al mirar su faz cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreírse
Al sostenerla en mis amantes brazos...
¡Delirios de virtud!... ¡Ay! desterrado,
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!
Oye mi última voz: en pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
Al contemplar tu faz algún viajero
Dar un suspiro a la memoria mía.
Y yo al hundirse el sol en Occidente,
Vuele gozoso do el Criador me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

HIMNO AL SOL

En los yermos del mar, donde habitas,
Alza ¡oh Musa! tu voz elocuente:
Lo infinito circunda tu frente,
Lo infinito sostiene tus pies.
Vén: al bronco rugir de las ondas
Une acento tan fiero y sublime,
Que mi pecho entibiado reanime,
Y mi frente ilumine otra vez.

Las estrellas en torno se apagan,
Se colora de rosa el Oriente,
Y la sombra se acoge a Occidente
Y a las nubes lejanas del Sur:
Y del Este en el vago horizonte,
Que confuso mostrábase y denso,
Se alza pórtico espléndido, inmenso,
De oro, púrpura, fuego y azul.

¡Vedla ya!... Cual gigante imperioso
Alza el Sol su cabeza encendida...
¡Salve, padre de luz y de vida,
Centro eterno de vida y calor!
¡Cómo lucen las olas serenas
De tu ardiente fulgor inundadas!
¡Cuál sonriendo las velas doradas
Tu venida saludan, oh Sol!

De la vida eres padre: tu fuego
Poderoso renueva este mundo:
Aun del mar el abismo profundo
Mueve, agita, serena tu ardor.
Al brillar la feliz primavera,
Dulce vida recobran los pechos,
Y en dichosa ternura deshechos
Reconocen la magia de amor.

Tuyas son las llanuras: tu fuego
De verdura las viste, y de flores,
Y sus brisas y blandos olores
Feudo son a tu noble poder.
Aun el mar te obedece: sus campos
Abandona huracán inclemente
Cuando en ellos reluce tu frente,
Y la calma se mira volver.

Tuyas son las montañas altivas
Que saludan tu brillo primero,
Y en la tarde tu rayo postrero
Las corona de bello fulgor.
Tuyas son las cavernas profundas,
De la tierra insondable tesoro,
Y en su seno el diamante y el oro
Reconcentran tu plácido ardor.

Aun la mente obedece tu imperio,
Y al poeta tus rayos animan;
Su entusiasmo celeste subliman,
Y le ciñen eterno laurel.

Cuando al éter dominas, y al mundo
Con calor vívificas intenso,
Que a mi seno desciendes yo pienso,
Y alto numen despiertas en él.

¡Sol! Mis votos humildes y puros
De tu luz en las alas envía
Al autor de tu vida y la mía,
Al Señor de los cielos y el mar.
Alma eterna, doquiera respira,
Y velado en tu fuego le adoro:
Si yo mismo ¡mezquino! me ignoro,
¿Cómo puedo su esencia explicar?

A su inmensa grandeza me humillo.
Sé que vive, que reina y me ama,
Y su aliento divino me inflama
De justicia y virtud en amor.
¡Ah! Si acaso pudieron un día
Vacilar de mi fe los cimientos,
Fué al mirar sus altares sangrientos
Circundados por crimen y error.

ANDRÉS QUINTANA ROO

(Mejicano — Siglos XVIII-XIX)

DIEZ Y SEIS DE SEPTIEMBRE

Ite, ait: egregias animas quae sanguine nobis
Hanc patriam peperere suo, decorate supremis
Muneribus...

(V. En. L. XI.)

Renueva, oh musa, el victorioso aliento
Con que fiel de la patria al amor santo,
El fin glorioso de su acerbo llanto
Audaz predije en inspirado acento:
Cuando más orgulloso
Y con mentidos triunfos más ufano,
El ibero sañoso
Tanto ¡ay! en la opresión cargó la mano,
Que al Anáhuac vencido
Contó por siempre a su coyunda unido.

«Al miserable esclavo (cruel decía)
Que independencia ciega apellidando,
De rebelión el pabellón nefando
Alzó una vez en algazara impía,

De nuevo en las cadenas,
Con más rigor a su cerviz atadas,
Aumentemos las penas,
Que a su última progenie prolongadas,
En digno cautiverio
Por siglos aseguren nuestro imperio.

« ¿Qué sirvió en los *Dolores,* vil cortijo,
Que el aleve pastor el grito diera
De libertad, que dócil repitiera
La insana chusma con afán prolijo?
Su valor inexperto,
De sacrílega audacia estimulado,
A nuestra vista yerto
En el campo quedó y escarmentado;
Su criminal caudillo
Rindió ya el cuello al vengador cuchillo.

« Cual al romper las pléyadas lluviosas
El seno de las nubes encendidas,
Del mar las olas antes adormidas
Súbito el austro altera tempestosas;
De la caterva osada
Así los restos nuestra voz espanta,
Que resuena indignada
Y recuerda, si altiva se levanta,
El respeto profundo
Que inspiró de Vespucio al rico mundo.

« ¡Ay del que hoy más los sediciosos labios
De libertad al nombre lisonjero
Abriese, pretextando novelero
Mentidos males, fútiles agravios!

Del cadalso oprobioso
Veloz descenderá a la tumba fría,
Y ejemplar provechoso
Al rebelde será, que en su porfía
Desconociere el yugo
Que al invicto español echarle plugo.

Así los hijos de Vandalia ruda
Fieros clamaron cuando el héroe augusto
Cedió de la fortuna al golpe injusto;
Y el brazo fuerte que la empresa escuda
Faltando a sus campeones,
Del terror y la muerte precedidos
Feroces escuadrones
Talan impunes campos florecidos,
Y al desierto sombrío
Consagran de la paz el nombre pío.

No será, empero, que el benigno cielo,
Cómplice fácil de opresión sangrienta,
Niegue a la patria en tan cruel tormenta
Una tierna mirada de consuelo.
Ante el trono clemente
Sin cesar sube el encendido ruego,
El quejido doliente
De aquel prelado, que inflamado en fuego
De caridad divina,
La América indefensa patrocina.

« Padre amoroso, dice, que a tu hechura
Como el dón más sublime concediste
La noble libertad con que quisiste
De tu gloria ensalzarla hasta la altura,

¿No ves a un orbe entero
Gemir privado de excelencia tanta
Bajo el dominio fiero
Del execrable pueblo que decanta,
Asesinando al hombre,
Dar honor a tu excelso y dulce nombre?

«¡Cuánto ¡ay! en su maldad ya se gozara
Cuando por permisión inescrutable
De tan justo decreto y adorable
De sangre en la conquista se bañara,
Sacrílego arbolando
La enseña de tu Cruz en burla impía,
Cuando más profanando
Su religión con negra hipocresía,
Para gloria del cielo
Cubrió de excesos el indiano suelo!

«De entonces su poder ¡cómo ha pesado
Sobre el inerme pueblo! ¡Qué de horrores,
Creciendo siempre en crímenes mayores,
El primero a tu vista han aumentado!
La astucia seductora
En auxilio han unido a su violencia:
Moral corrompedora
Predican con su bárbara insolencia,
Y por divinas leyes
Proclaman los caprichos de sus reyes.

«Allí se ve con asombroso espanto
Cual traición castigado el patriotismo,
En delito erigido el heroísmo
Que al hombre eleva y engrandece tanto.

¿Qué más? En duda horrenda
Se consulta el oráculo sagrado
Por saber si la prenda
De la razón al indio se ha otorgado,
Y mientras Roma calla,
Entre las bestias confundido se halla.

«Y qué, cuando llegado se creía
De redención el suspirado instante,
¿Permites, justo Dios, que ufana cante
Nuevos triunfos la odiosa tiranía?
El adalid primero,
El generoso Hidalgo ha perecido:
El término postrero
Ver no le fué de la obra concedido;
Mas otros campeones
Suscita que rediman las naciones.»

Dijo, y Morelos siente enardecido
El noble pecho en belicoso aliento;
La victoria en su enseña toma asiento
Y su ejemplo de mil se ve seguido.
La sangre difundida
De los héroes, su número recrece,
Como tal vez herida
De la segur, la encina reverdece,
Y más vigor recibe
Y con más pompa y más verdor revive.

Mas ¿quién de la alabanza el premio digno
Con títulos supremos arrebata,
Y el laurel más glorioso a su sien ata,
Guerrero invicto, vencedor benigno?

El que en Iguala dijo:
¡Libre la patria sea! y fuelo luego
Que el estrago prolijo
Atajó, y de la guerra el voraz fuego,
Y con dulce clemencia
En el trono asentó la Independencia.

¡Himnos sin fin a su indeleble gloria!
Honor eterno a los varones claros
Que el camino supieron prepararos
¡Oh Itúrbide inmortal! a la victoria.
Sus nombres antes fueron
Cubiertos de luz pura, esplendorosa;
Mas nuestros ojos vieron
Brillar el tuyo, como en noche hermosa,
Entre estrellas sin cuento,
A la luna en el alto firmamento.

¡Sombras ilustres, que con cruento riego
De libertad la planta fecundasteis,
Y sus frutos dulcísimos legasteis
Al suelo patrio, ardiente en sacro fuego!
Recibid hoy benignas
De su fiel gratitud prendas sinceras
En alabanzas dignas,
Más que el mármol y el bronce duraderas,
Con que vuestra memoria
Coloca en el alcázar de la gloria.

FRANCISCO ORTEGA

(Mejicano—Siglos XVIII-XIX)

A ITÚRBIDE, EN SU CORONACIÓN

¡Y pudiste prestar fácil oído
A falaz ambición, y el lauro eterno
Que tu frente ciñera,
Por la venda trocar que vil te ofrece
La lisonja rastrera
Que pérfida y astuta te adormece!

Sús, despierta y escucha los clamores
Que en tu pro y del azteca infortunado
Te dirige la Gloria:
Oye el hondo gemir del patriotismo,
Oye a la fiel Historia,
Y retrocede ¡ay! del hondo abismo.

En el pecho magnánimo recoge
Aquel aliento y generoso brío
Que te lanzó atrevido
De Iguala a la inmortal heroica hazaña,
Y un cetro aborrecido
Arroja presto, que tu gloria empaña.

Desprecia el aura leve, engañadora,
De la ciega voluble muchedumbre,
Que en su delirio insana
Tan pronto ciega abate como eleva,
Y al justo a quien «hosana»
Ayer cantaba, su furor hoy lleva.

Con los almos patricios victoriosos,
Amigos tuyos y en el pueblo electos,
En lazo fiel te anuda:
Atiende a sus consejos, que no dañan:
Sólo ellos la desnuda
Verdad te dicen: los demás te engañan.

Esos loores con que al cielo te alzan,
Los vítores confusos que de Anáhuac
Señor hoy te proclaman,
Del rango de los héroes, inhumanos
Te arrancan, y encaraman
Al rango ¡oh Dios! fatal de los tiranos.

¿No miras ¡oh caudillo deslumbrado!
Ayer delicia del azteca libre,
Cuánto su confianza,
Su amor y gratitud has ya perdido,
Rota ¡ay! la alïanza
Con que debieras siempre estarle unido?

De puro y tierno amor no cual solía
Allegarse, veráslo ya a tu lado,
Y el paternal consejo
De tus labios oír; mas zozobrante

Temblar al sobrecejo
De tu faz imperiosa y arrogante.

La cándida verdad, que te mostraba
El sendero del bien, rauda se aleja
Del brillo fastüoso
Que rodea ese solio tan ansiado;
Ese solio ostentoso
Por nuestro mal y el tuyo levantado.

Y en vez de sus acentos celestiales,
Rastrera turba, pérfida, insolente,
De astutos lisonjeros,
Hará resonar sólo en tus oídos
Loores placenteros:
¡Ah, placenteros... pero cuán mentidos!

No así fueron los himnos que entonara
Tenoxtillán cuando te abrió sus puertas,
Y saludó risueña
Al verte triunfador y enarbolando
La trigarante enseña
Seguido del leal patricio bando.

¡Con qué placer tu triunfo se ensalzaba!
La ingenua gratitud ¡con qué entusiasmo
Lo grababa en los bronces!
Tu nombre amado, con acento vario,
¡Cuál resonaba entonces
En las calles, las plazas y el santuario!

Ni esperes ya el clamor del inocente,
Ni de la ley la majestad hollada,

Ni el sagrado derecho
De la patria vengar; que el cortesano,
De ti en continuo acecho,
Atará para el bien tu fuerte mano.

De la envidia las sierpes venenosas
Del trono en derredor ¿no ves alzarse,
Y con enhiestos cuellos
Abalanzarse a ti? ¿Los divinales
Lazos de amistad bellos
Rasgar, y conjurarte mil rivales?

La patria, en tanto, de dolor acerbo
Y de males sin número oprimida,
En tus manos ansiosa
Busca el almo pendón con que juraste
La libertad preciosa,
Que por un cetro aciago ya trocaste.

Y no lo halla, y en mortal desmayo
Su seno maternal desgarrar siente
Por impías facciones;
Y de desolación y angustia llena,
Los nuevos eslabones
Mira forjar de bárbara cadena.

¡Oh cuánto de pesares y desgracias,
Cuánto tiene de sustos e inquietudes,
De dolor y de llanto;
Cuánto tiene de mengua y de mancilla,
De horror y luto cuánto
Esa diadema que a tus ojos brilla!

MANUEL EDUARDO GOROSTIZA

(Mejicano — Siglos XVIII - XIX)

ROMANCE MORISCO

No pienses, Zaida enemiga,
Que se ignoran tus traiciones,
Y lo mal que a tus palabras
Con tus hechos correspondes.
Ya sé que Tarfe te adora,
Sin extrañar que te adore;
Que el sol para todos luce
Y de ninguno se esconde;
Mas sé también que en mi daño
Escuchaste sus razones,
Y sus finezas pagaste
Con permitidos favores.
Sé que tu calle pasea,
Y que te asomas entonces,
Y que sus ojos te hablan
Y que los tuyos responden.
Sé que en los juegos te sirve,
Ya vistiendo tus colores,

Ya ornando el novel escudo
Con la cifra de tu nombre.
Sé, por fin, que compra el necio
Interesadas acciones
De esclavos, que como tales
Su vil precio reconocen.
Y que sepa mis agravios
Tampoco, Zaida, te asombre,
Que nunca falta quien cuente
Desaires y sinsabores.
No te pido, por lo tanto,
Pensadas satisfacciones,
Pues el que las solicita
Luego es fuerza las abone.
Sólo sí decirte quiero
Que en hora buena te goces
En los plácidos recreos
De tus recientes amores;
Que me olvides... mas no, Zaida,
No logrará tal renombre
El infame que me ofende
Con sus locas pretensiones.
Daréle muerte mil veces
Antes que su intento logre,
Y escribiré con su sangre
La fecha de sus traiciones.
Pero no quiero matarle
Sólo porque no le llores,
Y tus lágrimas le vuelvan
Lo que mi acero le cobre.
Segunda vez lo repito:

En hora buena le goces
Y en tiernos lazos, tirana,
Su constancia galardones;
Que a mí para consolarme
No es maravilla me sobre
Ocasión en la memoria
De tu trato falso y doble.
Dijo Zulema a su Zaida
En mal concertadas voces
Estas quejas, que sus celos
Califican de razones.
Ella quiso responderle,
Mas no pudo, que a galope,
Apenas las articula,
Para Antequera volvióse.

JOSÉ FERNÁNDEZ MADRID

Colombiano — Siglos XVIII-XIX)

LA HAMACA

CANCIÓN

No canto los primores
Que otros poetas cantan,
Ni cosas que eran viejas
En tiempo del rey Wamba:
Si el alba llora perlas,
Si la aurora es rosada,
Si murmura el arroyo,
Si el lago duerme y calla.
«¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca!»

¿Qué me importan los cetros
De los grandes monarcas,
De los conquistadores
Las sangrientas espadas?
Me asusto cuando escucho
La trompa de la fama,

Y prefiero la oliva
Al laurel y las palmas.
« ¡ Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Al modo que en sus nidos,
Que cuelgan de las ramas,
Las tiernas avecillas
Se mecen y balanzan;
Con movimiento blando,
En apacible calma,
Así yo voy y vengo
Sobre mi dulce hamaca;
« ¡ Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Suspendida entre puertas
En medio de la sala,
¡Qué cama tan süave,
Tan fresca y regalada!
Cuando el sol con sus rayos
Ardientes nos abrasa,
¿De qué sirven las plumas
Ni las mullidas camas?
« ¡ Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Meciéndose en el aire,
Sobre mi cuerpo pasa
La brisa del Oriente
Que me refresca el alma;
De aquí descubro el campo,

La bóveda azulada,
Y la ciudad inquieta,
Y el mar que fiero brama:
«¡Salud, salud, dos veces
Al que inventó la hamaca!»

A nadie tengo envidia:
Como un sultán del Asia
Reposo blandamente
Tendido aquí a mis anchas:
Es verdad que soy pobre,
Mas con poco me basta:
Mi mesa no es muy rica,
Pero es buena mi gana.
«¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca!»

Los primeros, sin duda,
Que inventaron la hamaca
Fueron los indios, gente
Dulce, benigna y mansa:
La hamaca agradecida
Consuela sus desgracias,
Los recibe en su seno,
Los duerme y los halaga.
«¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca!»

Pobres los descendientes
Del grande Huayna-Cápac,
Y de los opulentos
Monarcas del Anáhuac,

Hoy miserables gimen,
Todo, todo les falta,
Y sólo un bien les queda,
Su pereza y su hamaca.
« ¡ Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Hace muy bien el indio
Que, en su choza de paja,
De sus ávidos amos
Engaña la esperanza:
Para que éstos no cojan
El fruto de sus ansias,
En su hamaca tendido
Se ocupa en no hacer nada.
« ¡ Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Mi hamaca es un tesoro,
Es mi mejor alhaja;
A la ciudad, al campo,
Siempre ella me acompaña.
¡ Oh prodigio de industria!
Cuando no encuentro casa,
La cuelgo de dos troncos,
Y allí está mi posada.
« ¡ Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Sí: venga el ciudadano
Que dos mil pesos gasta
En ricas colgaduras

Para vestir su cama:
Venga, venga y envidie
Mi magnífica hamaca,
Más cómoda y vistosa,
Sin que me cueste nada.
«¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca!»

Las copas elegantes
De las ceibas y palmas
Son las verdes cortinas
Que mi hamaca engalanan:
Pintados pajarillos
De rama en rama saltan,
Y en trinos acordados
Amor, amor me cantan.
«¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca!»

Vén, que los dos cabemos,
Amira idolatrada;
Sobre mi pecho ardiente
Ponme tu mano blanca.
¿No sientes cuál me late?
¿No sientes cuál se abrasa?
¡Oh Amira encantadora!
¡Oh sonrisa! ¡oh palabras!
«¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca!

LUIS VARGAS TEJADA

(Colombiano — Siglo XIX)

AL ANOCHECER

Ya muere el claro día
Tras la cumbre empinada de los cerros,
Y en rústica armonía
Saludan su esplendor que se despide
Los sencillos pastores.
Los zagales y perros
Conducen el ganado a la majada:
El tardo insecto que la tierra mide,
De su morada obscura,
Por gozar de la brisa
De la noche, a salir ya se apresura.
Ostenta su hermosura,
En medio al tachonado firmamento,
La cándida lumbrera
Que desde su alto asiento
Refleja suavemente
La luz que esparce la encendida esfera.
¡Ay! ¡De cuán refulgente

Brillo refleja ufana
Su tersa faz galana!
¡Mírala, Clori! ¡En su belleza mira
La imagen del hechizo lisonjero
Que tu semblante inspira!
¡Qué lánguido suspira
El céfiro ligero
Que los arbustos mueve
Mientras sus ramas baña
El fresco aljófar que la tierra embebe!
Allí la blanda caña
Hacia la fuente su cabeza inclina,
Y a la avecilla que en su mimbre posa
Su propia imagen sin cesar engaña
Retratada en el agua cristalina.
Cierra la tierna rosa
Su cáliz perfumado,
Y esconde ruborosa
El ámbar deseado:
¡Ay! ¡Cuánto más se oculta es más hermosa!

Vamos a la colina
Que baña suave la sidérea lumbre:
Al pie de aquella encina
Que erguida allá se empina,
Coronando del cerro la alta cumbre;
O allá donde el torrente
Saliendo de la breña,
Por el peñón tajado se despeña.
Allá nos sentaremos, Clori mía,
Y disfrutando las tranquilas horas

Que mece en su regazo la alegría,
Nuestro tímido acento juntaremos
A las voces canoras
Con que el bosque resuena :
Allí repetiremos
La tierna cantilena
Que afables entonaron los pastores,
Cuando, acabada mi gravosa pena,
Coronó la fortuna mis amores.

MARIANO MELGAR

(Peruano — Siglos XVIII-XIX)

YARAVÍ

Vuelve, que ya no puedo
Vivir sin tus cariños:
Vuelve, mi palomita,
Vuelve a tu dulce nido.

Mira que hay cazadores
Que con afán maligno
Te pondrán en sus redes
Mortales atractivos;
Y cuando te hayan preso
Te darán cruel martirio:
No sea que te cacen:
Huye tanto peligro.
Vuelve, mi palomita,
Vuelve a tu dulce nido.

Ninguno ha de quererte
Como yo te he querido,
Te engañas si pretendes
Hallar amor más fino.

Habrá otros nidos de oro,
Pero no como el mío:
Por ti vertió mi pecho
Sus primeros gemidos.
Vuelve, mi palomita,
Vuelve a tu dulce nido.

Bien sabes que yo, siempre
En tu amor embebido,
Jamás toqué tus plumas
Ni ajé tu albor divino;
Si otro puede tocarlas
Y disipar su brillo,
Salva tu mejor prenda:
Vén al seguro asilo.
Vuelve, mi palomita,
Vuelve a tu dulce nido.

¿Por qué, dime, te alejas?
¿Por qué con odio impío
Dejas un dueño amante
Por buscar precipicios?
¿Así abandonar quieres
Tu asiento tan antiguo?
¿Con que así ha de quererte
El corazón herido?
Vuelve, mi palomita,
Vuelve a tu dulce nido.

No pienses que haya entrado
Aquí otro pajarillo:
No, palomita mía,
Nadie toca este sitio.

Tuyo es mi pecho entero,
Tuyo es este albedrío,
Y por ti sola clamo
Con amantes suspiros.
Vuelve, mi palomita,
Vuelve a tu dulce nido.

Yo sólo reconozco
Tu bello colorido,
Y sólo sabré darle
Su precio merecido.
Yo sólo así merezco
Gozar de tu cariño;
Y tú sólo en mí puedes
Gozar días tranquilos.
Vuelve, mi palomita,
Vuelve a tu dulce nido.

No seas, pues, tirana;
Haz las paces conmigo;
Ya de llorar cansado
Me tiene tu capricho.
No vueles más, no sigas
Tus desviados giros;
Tus alitas doradas
Vuelve a mí, que ya expiro.

Vuelve, que ya no puedo
Vivir sin tus cariños;
Vuelve, mi palomita,
Vuelve a tu dulce nido.

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA

(Uruguayo — Siglos XVIII - XIX)

EPIGRAMAS

MADURECES

— Ansioso un higo comía —
Cuenta a Gil el viejo Arbelo; —
Y ¡tris! saltó un diente al suelo,
De sólo tres que tenía.
— Es bien raro este accidente
Estando maduro el higo.
Y aquél contestóle: — Amigo,
Más maduro estaba el diente.

EL « FLOS SANCTORUM », O LA VIDA DE LOS SANTOS

Del *Flos Sanctorum* leer
Cuatro vidas cada día,
Por penitencia imponía
A Justa el padre Oliver.
— Mándeme, padre, otras penas —
Díjole humildosa Justa.
—¿Por qué?— Porque no me gusta
Saber de vidas ajenas.

NO PERDONAR NI AL DEMONIO

Tuerta y vieja Estefanía,
Demanda a Antonio ante el juez
Porque impudente y soez
La persigue noche y día.
—¡Un sátiro es ese Antonio!—
Exclamó el juez impaciente.—
Ya veo que el insolente
No perdona ni al demonio.

UN SANTO SORDO

Para que las muchas lluvias
Cesasen en una aldea,
Sacan a San Roque en andas,
Y empezó lluvia más recia.
—El santo se habrá engañado—
Exclamó el cura: Paciencia;
O con la bulla ha entendido
Que le pedimos que llueva.

LA INOCENCIA DE LOS NIÑOS, NO DE AHORA

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS

Dos niños, Gaspar y Rosa,
Que en la inocencia se hallaban
(Cual pocos hay), se extasiaban
Ante una pintura hermosa.

Viendo a Eva y Adán allí
Cual Dios los crió por su mano,
Preguntó Rosa a su hermano:
—¿Cuál será el marido aquí?
—Decir cuál será el marido
No sé — contestó Gaspar; —
¿Y quién lo va a adivinar
Si están los dos sin vestido?

A TORO MUERTO

Cuenta Gil que con braveza
Cortó un brazo a un enemigo:
Y Blas contestóle: —Amigo,
Mejor fuera la cabeza. —
A esto el guapo replicó:
—¿Con que la cabeza? ¡Ah, pavo!
Ya esa operación un cabo
La había hecho antes que yo.

LA DECLINACIÓN DEL «QUIS VEL QUI»

Declinando el *quis vel qui*
Don Pedancio a unos cazurros,
Díjoles: — Todos los burros
Se atascan por fuerza aquí.
—¿Con que... todos?—exclamó
Uno de ellos; — eso es broma.
—¿Por qué lo supones? — ¡Toma!
Porque usted no se atascó.

UN BARBERO DESOLLADOR

Afeitándose Trifón
Con un barbero asaz viejo,
Vió luego en su mal manejo
Que era miope y temblón.
— No me vayáis a cortar —
Dijo el paciente al armado;
Y él responde: — No hay cuidado;
El hueso lo ha de avisar.

UN ENEMIGO SIN MOTIVO

Sé que es un ingrato Bruno;
Pero ese odio que me tiene
No sé de dónde le viene,
Pues no le hice bien ninguno.

UN TRAMPOSO ASPIRANDO A LA INMORTALIDAD

Lleno de deudas don Febo,
Solía enfermo decir:
— No me deje Dios morir
Sin pagar a cuantos debo.—
Y no es poco lo que el tal
Pide a Dios; pues ciertamente,
Para pagar solamente
Tendrá que ser inmortal.

LAS SIETE HERMANAS

— Siete hijas tenéis, y en ellas
Veis las siete maravillas.
— Poco es; pues siendo tan bellas,
Pueden pasar por estrellas...
— Y ser las siete cabrillas.

CONSEJO A UN MAL PINTOR

— La casita que compré —
Dice un pintor chapucero —
La he de hacer blanquear primero,
Y después la pintaré.
— Al revés debes obrar —
Respondió un crítico adusto;—
Píntala antes a tu gusto
Y luego la haces blanquear.

A LA PAJA Y NO AL GRANO

Charla y más charla embutía
Paca al juez que la escuchaba,
Y por más que el dice: — Acaba
Y al grano, — ella proseguía.
— Acaba ya de una vez,
Que es inútil tanta paja.
— Señor: — respondió la maja —
No es inútil para el juez.

UNA OBRA SIN ÍNDICE

De la lengua castellana
El Diccionario un librero
Propuso a Crispín Badana:
Y él, con suficiencia vana,
Dijo: — Veamos primero. —
La obra hacia el fin registró
Con aire grave Crispín,
Y luego la desechó.
— Qué, ¿no hacemos trato? — No;
Le falta el índice al fin.

EL ASNO LEYENTE

Mi asno lee y es erudito, —
Decía Perico a Pablo;
Y por prueba, en el establo
Púsole un papel escrito.
— ¡Hombre, no mientas así!
Yo no le oigo leer ni jota.
— ¿Qué has de oír? ¿No ves, idiota,
Que él lee sólo para sí?

A UNA FLAQUÍSIMA TUERTA

(EPITAFIO)

Aquí yace Estefanía,
Flaca y aguda mujer,
Que bien pudo aguja ser,
Pues sólo un ojo tenía.

Momia, esqueleto de alambre,
En torno a sus huesos vanos
Yacen también los gusanos,
Porque se murieron de hambre.

UN CONSUELO BIEN DESATINADO

De un gran ladrón el sobrino
Lloraba, viéndole ahorcar;
Y decíale un vecino:
— ¡ Paciencia ! ese es el camino
Que todos hemos de andar.

LA MUERTE DE ANACREÓN

Laureado Anacreón, y en grata orgía,
Entre el vino y los cánticos murió.
Vive y bebe ¡ oh mortal ! con alegría,
Que al fin has de morir, bebas o no.

RESPUESTA SARCÁSTICA A UN OBISPO

Sin prudencia un obispo a un pobre cura
Reprendió de manera torpe y dura:
— ¿ Cómo conmigo disputáis, insano,
Vos que sois de la tierra un vil gusano ?
— ¡ Qué queréis ! — respondióle con modestia ; —
No todos pueden ser una gran bestia.

UN SERMÓN OÍDO EN EL MAYOR SILENCIO

— Hoy todos en silencio y recogidos
Oyeron mi sermón — dice fray Juan; —
Dios los toca. — Y añade el sacristán:
— Apenas se escuchaban los ronquidos.

UN VIEJO Y UN LABRADOR

Un viejo a un labrador
Díjole con cara adusta:
— ¡Pasto al mulo, y del mejor! —
Y él contestó: — Sí, señor;
Tengo del que a usted le gusta.

UNA QUE NO PUEDE DECIR NO

Reprendiendo Cornelio a su María
Por tantas infidencias que le hacía,
Responde ella: — Es verdad, bien lo sé yo:
¡Es cosa singular! desde que a ti
En la iglesia me hicieron decir sí,
Se me olvidó a los otros decir no.

LA PROPIEDAD LITERARIA

De la obra que a luz Panuncio diera
La propiedad por ley se reservó;
Y porque intacta reservada fuera,
Ni un ejemplar el pueblo le tomó.

CORTESÍAS A UN VERSISTA PLAGIARIO

Sus versos con cien plagios recitaba
Celio, y cien veces yo lo saludaba.
— ¿ Por qué y a quién saludas hecho un lele ? —
Preguntóme, y al punto contestéle :
— Yo siempre hago cumplidos
Y saludo al pasar mis conocidos.

A UN LADRÓN RATERO QUE IBAN AZOTANDO

Azotado por sentencia
Va ese ladrón : ¡ qué ignorante !
No ha robado lo bastante
Para probar su inocencia.

DÓNDE APRENDIÓ EL LATÍN EL POETA HORACIO

El latinista mejor
Fué Horacio... ¡ Qué poesía !
Y ¡ qué sátira ! — decía
A don Serapio un doctor.
— ¡ Oh ! — respondió don Serapio,
Rascándose el peluquín : —
Debió de estudiar latín
Con algún padre Escolapio.

UN SERMÓN DESATINADO

Fray Calixto en el sermón
De la Anunciación, decía
Que « el gran Dios premió en María
La cristiana devoción. »
Y añadió el padre Calixto
Que « el divinal emisario
La halló rezando el rosario
Delante de un Santo Cristo. »

LO QUE ES LA MUJER

— ¡ La mujer! joya sin par,
Sumo bien, dulce vocablo,
Del cielo rico manjar.
— Así es — respondió Gaspar ; —
Menos si lo guisa el diablo.

GENIO Y FIGURA...

A un avaro prestamista
A bien morir auxiliaba
Un fraile, y le aproximaba
Un crucifijo a la vista.
De plata era el crucifijo,
Y al verlo exclamó el doliente :
— Daré sobre él solamente
Media onza con plazo fijo.

UN JUDÍO VENDIENDO UN SANTO CRISTO

De marfil un crucifijo
Vende el judío Absalón
En cien pesos; y un burlón,
— Eso es un robo — le dijo.—
¡Por la copia un precio tal
Pedir! eso es de usureros,
Cuando por treinta dineros
Vendiste el original.

PROPOSICIÓN DE UN GASTRÓNOMO

— Para poderse comer
Un pichón a cualquier hora —
Decía Bruno a Isidora —
Dos al menos deben ser.
—¿Para tan parca ración
No es muy bastante con uno?
— Dos deben ser — dijo Bruno; —
El que come y el pichón.

VALOR DE UNA ESPOSA

Un pobre marido al ver
De gran gala a su consorte,
Le dijo:-¡Viva ese porte!
¡Cien pesos vales, mujer!

—¿Cien pesos? ¡linda bobada!
Eso vale mi vestido.
—Eso es, respondió el marido,
Pues sin él no vales nada.

RIÑA CONYUGAL

¡Vete a un cuerno, vive Dios!—
Dice Blas a Liberata.
—Tú y tu madre piden plata...
¡Vayan a un cuerno las dos!
—¡Ándate tú a los infiernos!—
Responde ella—¡Ten decoro!
Te hablo bien, y tú, hecho un toro,
Siempre sales con tus cuernos!

MUERTE OPORTUNA

Una elegía Lisardo
Hizo (que era una herejía)
A un muerto; y bien merecía
Ceñir una albarda el bardo.
Buena pro le haga y provecho
Al tal difunto el morir:
Así se libra de oír
La elegía que le han hecho.

RÁPIDA ASISTENCIA MÉDICA

—¡Ay, doctor, corra usted ya!
Se ha empeorado don Toribio.
Vaya a darle algún alivio,
Por Dios.—Mañana iré allá.
—El infeliz, delirando,
Grita que morir quisiera,
Que lo despene cualquiera...
—¿Eso dice? ¡Voy volando!

BARTOLOMÉ HIDALGO

(Uruguayo — Siglos XVIII - XIX)

RELACIÓN

QUE HACE EL GAUCHO RAMÓN CONTRERAS A JACINTO CHANO
DE TODO LO QUE VIÓ EN LAS FIESTAS MAYAS DE BUENOS AIRES, EN EL AÑO 1822

CHANO

Con que, mi amigo Contreras,
¿Qué hace en el ruano gordazo?
Pues desde antes de marcar
No lo veo por el *Pago*.

CONTRERAS

Tiempo hace que le ofrecí
El venir a visitarlo,
Y lo que se ofrece es deuda:
¡Pucha! pero está lejazos.
Mire que ya el mancarrón
Se me venía aplastando.
¿Y usté no jué a la ciudá
A ver las fiestas este año?

CHANO

¡No me lo recuerde, amigo!
Si supiera ¡voto al diablo!
Lo que me pasa, ¡por Cristo!
Se apareció el veinticuatro
Sayavedra el domador
A comprarme unos caballos:
Le pedí a diez y ocho riales,
Le pareció de su agrado,
Y ya no se habló palabra,
Y ya el ajuste cerramos;
Por señas, que el trato se hizo
Con caña y con mate amargo.
Caliéntase Sayavedra,
Y con el aguardientazo
Se echó atrás de su palabra,
Y deshacer quiso el trato.
Me dió tal coraje, amigo,
Que me asiguré de un palo,
Y en cuanto lo descuidé,
Sin que pudiera estorbarlo,
Le acudí con cosa fresca:
Sintió el golpe, se hizo gato,
Se enderezó, y ya se vino
El alfajor relumbrando:
Yo quise meterle el poncho;
Pero, amigo, quiso el diablo
Trompezase en una taba,
Y lueguito mi contrario
Se me durmió en una pierna

Que me dejó coloriando:
En esto llegó la gente
Del puesto, y nos apartaron.
Se jué y me quedé caliente,
Sintiendo no tanto el tajo
Como el haberme impedido
Ver las junciones de Mayo:
De ese dia por el cual
Me arrimaron un balazo,
Y peliaré hasta que quede
En el suelo hecho miñangos.
Si usté estuvo, Contreras,
Cuénteme lo que ha pasao.

CONTRERAS

¡Ah, fiestas lindas, amigo!
No he visto en los otros años
Junciones más mandadoras,
Y mire que no lo engaño.
El veinticuatro a la noche,
Como es costumbre, empezaron.
Yo vi unas grandes colunas
En coronas rematando,
Y ramos llenos de flores
Puestos a modo de lazos.
Las luces como aguacero
Colgadas entre los arcos,
El cabildo, la pirame,
La recoba y otros laos,
Y luego la versería.

¡Ah, cosa linda! un paisano
Me los estuvo leyendo,
Pero ¡ah, poeta cristiano,
Qué décimas y qué trovas!
Y todo siempre tirando
A favor de nuestro aquel.
Luego había en un tablao
Musiquería con juerza,
Y bailando unos muchachos
Con arcos y muy compuestos
Vestidos de azul y blanco;
Y al acabar, el más chico
Una relación echando
Me dejó medio... quién sabe.
¡Ah, muchachito liviano,
Por Cristo que le habló lindo
Al *veinticinco de Mayo!*
Después siguieron los fuegos,
Y cierto que me quemaron,
Porque me puse cerquita,
Y de golpe me largaron
Unas cuantas escupidas
Que el poncho me lo cribaron.
A las ocho, de tropel
Para la Mercé tiraron
Las gentes a las comedias;
Yo estaba medio cansao
Y enderecé a lo de Roque:
Dormí, y al cantar los gallos
Ya me vestí; calenté agua.
Estuve cimarroniando,

Y luego para la plaza
Agarré y vine despacio:
Llegué, ¡bien haiga el humor!
Llenitos todos los bancos
De pura mujerería;
Y no, amigo, cualquier trapo,
Sino mozas como azúcar,
Hombres, eso era un milagro;
Y al punto en varias tropillas
Se vinieron acercando
Los escueleros mayores
Cada uno con sus muchachos,
Con banderas de la patria
Ocupando un trecho largo:
Llegaron a la pirame
Y al dir el sol coloriando,
Y asomando una puntita...
¡Bracatán! los cañonazos,
La gritería, en tropel.
Música por todos laos,
Banderas, danzas, junciones,
Los escuelistas cantando;
Y después salió uno solo
Que tendría doce años,
Nos echó una relación...
¡Cosa linda, amigo Chano!
Mire que a muchos patriotas
Las lágrimas les saltaron.
Más tarde, la soldadesca
A la plaza jué dentrando,
Y desde el Juerte a la iglesia
Todo ese tiro ocupando.

Salió el gobierno a las once
Con escolta de a caballo,
Con jefes y comendantes
Y otros muchos convidaos,
Dotores, escribanistas,
Las justicias a otro lao,
Detrás la oficialería
Los latones culebriando.
La soldadesca hizo cancha,
Y todos jueron pasando
Hasta llegar a la iglesia.
Yo estaba medio delgao
Y enderecé a un bodegón,
Comí con Antonio el manco,
Y a la tarde me dijeron
Que había sortija en el Bajo;
Me juí de un hilo al paraje,
Y cierto, no me engañaron.
En medio de la alamera
Había un arco muy pintao
Con colores de la patria:
Gente, amigo, como pasto,
Y una mozada lucida
En caballos aperaos
Con pretales y coscojas,
Pero pingos tan livianos
Que a la más chica pregunta
No los sujetaba el diablo.
Uno por uno rompía
Tendido como lagarto,
Y... ¡zas!... ya ensartó... ya no...

¡Oiganle que pegó en falso!
¡Qué risa, y qué boraciar!
Hasta que un mocito amargo
Le aflojó todo al rocín
Y ¡bien haiga el ojo claro!
Se vino al humo, llegó
Y la sortija ensartando
Le dió una sentada al pingo
Y todos, *viva*, gritaron.

Vine a la plaza: las danzas
Seguían en el tablao;
Y vi subir a un inglés
En un palo jabonao
Tan alto como un ombú,
Y allá en la punta colgando
Una chuspa con pesetas,
Una muestra y otros varios
Premios para el que llegase:
El inglés era baquiano[1]:
Se le prendió al palo viejo,
Y moviendo pies y manos
Al galope llegó arriba,
Y al grito, ya le echó mano
A la chuspa, y se largó
De un pataplús hasta abajo.
De allí a otro rato volvió
Y se trepó en otro palo,
Y también sacó una muestra,
¡Bien haiga el bisteque diablo!

[1] Diestro.

Después se treparon otros
Y algunos también llegaron.
Pero lo que me dió risa
Jueron, amigo, otros palos
Que había con unas guascas
Para montar los muchachos,
Por nombre rompecabezas;
Y enfrente, en el otro lao,
Un premio para el que juese
Hecho rana hasta toparlo;
Pero era tan belicoso
Aquel potro, amigo Chano,
Que muchacho que montaba,
Contra el suelo... y ya trepando
Estaba otro... y ¡zas! al suelo;
Hasta que vino un muchacho
Y sin respirar siquiera
Se fué el pobre refalando
Por la guasca, llegó al fin
Y sacó el premio acordao.
Pusieron luego un pañuelo
Y me tenté, ¡mire el diablo!
Con poncho y todo monté,
Y en cuanto me lo largaron,
Al infierno me tiró,
Y sin poder remediarlo
(Perdonando el mal estilo)
Me pegué tan gran culazo,
Que si allí tengo narices
Quedo para siempre ñato...
Luego encendieron las velas,

Y los bailes continuaron.
La cuetería y los juegos.
Después todos se marcharon
Otra vez a las comedias.
Yo quise verlas un rato
Y me metí en el montón,
Y tanto me rempujaron
Que me encontré en un galpón,
Todo muy iluminao,
Con casitas de madera
Y en el medio muchos bancos.
No salían las comedias
Y yo ya estaba sudando,
Cuando, amigo, redepente
Árdese un maldito vaso
Que tenía luces dentro.
Y la llama subió tanto
Que pegó juego en el techo:
Alborotóse el cotarro,
Y yo, que estaba cerquita
De la puerta, pegué un salto,
Y ya no quise volver.
Después me anduve pasiando
Por los cuarteles, que había
También muy bonitos arcos
Y versos que daban miedo.

Llegó el veintiséis de Mayo
Y siguieron las junciones
Como habían empezao.
El veintisiete lo mesmo;

Un gentío temerario
Vino a la plaza: las danzas,
Los hombres subiendo al palo,
Y allá en el rompecabezas
A porfía los muchachos.
Luego con muchas banderas
Otros niños se acercaron,
Con una imagen muy linda
Y un tamborcito tocando:
Pregunté qué virgen era;
« La Fama », me contestaron:
Al tablao la subieron
Y allí estuvieron un rato,
Aonde uno de los niños
Los estuvo proclamando
A todos sus compañeros.
¡Ah, pico de oro! Era un pasmo
Ver al muchacho caliente,
Y más patriota que el diablo.
Después hubo volatines,
Y un inglés todo pintao,
En un caballo al galope
Iba dando muchos saltos.
Entre tanto la sortija
La jugaban en el Bajo.
Por la plaza de Lorea
Otros también me contaron
Que había habido toros lindos.
Yo estaba ya tan cansao,
Que así que dieron las ocho
Corté para lo de Alfaro,

Aonde estaban los amigos
En beberaje y fandango:
Eché un cielito en batalla,
Y me refalé hasta un cuarto
Aonde encontré a unos calandrias
Calientes jugando al paro.
Yo llevaba unos rialitos,
Y así que echaron el cuatro,
Se los planté, perdí en boca,
Y sin medio me dejaron.
En esto un catre viché[1],
Y me le juí acomodando.
Me tapé con este poncho
Y allí me quedé roncando.

Esto es, amigo del alma,
Lo que he visto y ha pasao.

CHANO

Ni oírlo quisiera, amigo;
Cómo ha de ser, ¡padezcamos!
A bien que el año que viene,
Si vivo, iré a acompañarlo,
Y la correremos juntos.

Contreras lió su recao
Y estuvo allí todo un día;
Y al otro ensilló su ruano,
Y se volvió a su querencia,
Despidiéndose de Chano.

1822.

[1] Descubrí

JOSÉ ANTONIO MIRALLA

(Argentino — Siglos XVIII-XIX)

EL CEMENTERIO DE ALDEA

(TRADUCCIÓN DEL INGLÉS, DE TOMÁS GRAY)

La esquila toca el moribundo día,
La grey, mugiendo, hacia el redil se aleja,
A casa el labrador sus pasos guía,
Y el mundo a mí y a las tinieblas deja.

La débil luz va del país faltando,
Y alto silencio en todo el aire veo,
Menos do gira el moscardón zumbando,
Y allá, do al parqne aduerme el cencerreo;

O en esa torre envuelta en hiedra, en donde
El triste buho quéjase a la luna
Del que vagando por donde él se esconde,
En su antiguo dominio le importuna.

Bajo esos tilos y olmos sombreados
Do el suelo en varios túmulos ondea,
Para siempre en sus nichos colocados
Duermen los rudos padres de la aldea.

Del alba fresca la incensada pompa,
La golondrina inquieta desde el techo,
Bronco clarín de gallo, eco de trompa,
No más los alzan del humilde lecho.

No arde el hogar para ellos, ni a la tarde
Se afana la mujer, ni a su regreso
Los hijos balbuceando hacen alarde
De trepar sus rodillas por un beso.

¡Cómo las mieses a su hoz cedían,
Y los duros terrenos a su arado!
¡Cuán alegres sus yuntas dirigían!
¡Cuántos bosques sus golpes han doblado!

No mofe la ambición caseros bienes
Y obscuras suertes de fatigas tales,
Ni la grandeza escuche con desdenes,
Por humildes, del pobre los anales.

El boato y el blasón, mundo envidiable,
Y cuanto existe de opulento y pulcro,
Lo mismo tiene su hora inevitable:
La senda de la gloria va al sepulcro...

No los culpéis, soberbios, si en su tumba
La memoria trofeos no atesora;
Do en larga nave y bóveda retumba
De alto loor la antífona sonora.

¿Volverá una urna inscrita, un busto airoso,
El fugitivo aliento al pecho inerte?
¿Mueve el honor al polvo silencioso?
¿Cede a la adulación la sorda muerte?

Tal vez en este sitio abandonados
Hay pechos donde ardió celestial pira,
Manos capaces de regir estados,
O de extasiar con la animada lira.

Mas su gran libro, donde el tiempo paga
Tributos, nunca les abrió la escuela;
Su noble ardor fría pobreza apaga,
Y el torrente genial de su alma hiela.

¡Cuánta brillante asaz piedra preciosa
Encierra el hondo mar en negra estancia!
¡Cuánta flor, sin ser vista, ruborosa
En un desierto exhala su fragancia!

Tal vez un Hampden rústico aquí se halla
Que al tiranuelo del solar, valiente
Resistió; un Milton que sin gloria calla;
De sangre patria un Cromwell inocente...

Oír su aplauso en el Senado atento,
Ruinas, penas echar de su memoria,
La tierra henchir de frutos y contento,
Y en los ojos de un pueblo leer su historia,

Su suerte les vedó; mas en su encono
Crímenes y virtudes dejó yertas;
Vedóles ir por la matanza al trono,
Y a toda compasión cerrar las puertas;

Callar de la conciencia el fiel murmullo,
Apagar del pudor la ingenua llama,
O el ara henchir del lujo y del orgullo
Con el incienso que la musa inflama.

Lejos del vil furor del vulgo insano.
Nunca en vanos deseos se excedieron;
Y por el valle de un vivir lejano
Su fresca senda sin rumor siguieron.

Mas, protegiendo contra todo insulto
Estos huesos aquel túmulo escaso
De rústica escultura, en verso inculto
Pide el tributo de un suspiro al paso.

Nombre y edad por pobre musa puestos,
Vez de elegía y fama desempeñan;
Y esparcidos en torno sacros textos,
Que a bien morir al rústico le enseñan.

Pues ¿quién cedió jamás esta existencia
Inquieta y grata al sordo olvido eterno,
Y dejó de la luz la alma inflüencia
Sin mirar hacia atrás lánguido y tierno?

Al irse el alma, un caro pecho oprime,
Y llanto pío el ojo mustio aguarda:
Naturaleza aun en la tumba gime,
Y aun en cenizas nuestro fuego guarda.

Por ti, que al muerto abandonado honrando
Su triste historia haces que en verso fluya,
Si acaso solo, pensativo errando,
Un genio igual pregunta por la tuya,

Tal vez un cano labrador le diga:
Del alba le hemos visto a la vislumbre,
Sacudiendo el rocío en su fatiga,
Ir a encontrar el sol en la alta cumbre.

« Al pie del roble aquel algo inclinado
« Que hondas raíces tuerce caprichoso,
« Yacía por la siesta recostado,
« Viendo al vecino arroyo bullicioso.

« Ya en ese bosque desdeñoso andaba
« Sus temas murmurando y sonriendo;
« Ya solitario y pálido vagaba,
« Como de amor y penas falleciendo.

« Faltóme un día en la colina usada,
« Junto a su árbol querido; en la dehesa
« Al otro no le hallé, ni en la cascada,
« Ni en la alta loma, ni en la selva espesa.

« Con ceremonia lúgubre cargado
« En el siguiente al cementerio vino.
« Lee (pues sabes) lo que está grabado
« En esa piedra, bajo aquel espino. »

EPITAFIO

De la tierra en el seno aquí reposa
Un joven sin renombre y sin riqueza;
Su cuna no esquivó la Ciencia hermosa,
Y marcóle por suyo la tristeza.

Generoso y sincero fué, y el cielo
Pagóle; dió cuanto tenía consigo:
Una lágrima al pobre por consuelo;
Tuvo de Dios cuanto pidió: un amigo.

Su flaqueza y virtud bajo esta losa
No más indagues de la tierra madre:
Con esperanza tímida reposa
Allá en el seno de su Dios y Padre...

JUAN CRUZ VARELA

(Argentino — Siglos XVIII - XIX)

CAMPAÑA DEL EJÉRCITO REPUBLICANO AL BRASIL Y TRIUNFO DE ITUZAINGÓ

CANTO LÍRICO

(Fragmento)

. . . .

Pero el bronce tronó; la Muerte fiera
Subió en su carro a la señal de Marte,
Y se lanzó en el campo carnicera.
El belicoso bruto al punto parte,
Que ya el andaz jinete
Alzó el acero y le soltó la brida,
Y al ímpetu feroz con que arremete
Retiembla la campaña combatida.
De temor que el estrago a la distancia
No tan sangriento sea,
Y de que silbe el plomo en la pelea
Sin herir, sin matar, los escuadrones
Acometen, se encuentran, se rechazan,
Y se estrellan legiones con legiones,
Y con mutuo furor se despedazan.

Queda encerrado en el fusil entonces
El plomo matador, callan los bronces;
Y el puñal fiero y el recorvo sable,
La bayoneta y la tremenda lanza
Sirven más al furor de la venganza,
Y en silencio horroroso y espantable
Se ejecuta la bárbara matanza;
Sin elección la Muerte
Ciega revuelve su fatal guadaña,
Y ciegamente hiere; rinde al fuerte,
Ceba en el débil su sangrienta saña,
Y ningún bando es suyo. En la campaña
La sangre amiga y la enemiga sangre
Con furia igual vertidas,
En un mismo raudal corren unidas;
Brazo a brazo pelea el combatiente.
No hay punta aguda ni tajante acero
Que no penetre el pecho de un valiente,
Que no corte la vida de un guerrero.

Mas no ciego furor, razón serena
De Alvear los esfuerzos dirigía,
Y del duro soldado la osadía
Ora estimula más, ora refrena;
Su ánimo imperturbable no se inmuta,
Y en el confuso caos mantenía
La inalterable calma del que ordena,
La ardiente intrepidez del que ejecuta.
De en medio de la lid llamando a Brandzen,
«Allí (dijo) el combate es más sangriento,
Y nuestra Patria, amigo, este momento
Entre el honor y la ignominia lucha.»

No dijo más; el héroe que lo escucha,
Fiero, orgulloso de que así lo mande
Y allí le envíe donde el riesgo es grande,
A la arena con ímpetu desciende:
El rayo está en su mano, y en sus ojos
La llama brilla que el honor enciende.
La presencia de Brandzen los enojos
Redobló del soldado: tal un día
Allá en los campos de la antigua Troya
Héctor descendería
Con un valor igual, con igual suerte,
En demanda de Aquiles y la muerte.
Y el momento llegó: la Parca avara,
De matanza vulgar no satisfecha,
Una víctima grande señalara,
Y Brandzen expiró... ¡Golpe terrible!
¡Oh brasileñas huestes! Más valiera
Que tal honor el hado
En este día atroz no os concediera.
La sangre que el campeón ha derramado
Mil vidas vale, y el estrago horrendo
Ahora empezará. «¡Venganza!» grita
El intrépido Paz: «¡venganza!» clama
Ardiendo en ira el escuadrón tremendo,
Y «¡venganza!» Alvear también responde.
Toma el lugar de su difunto amigo,
Hondo en el pecho el sentimiento esconde,
Y se lanza, cual rayo, al enemigo.
El soldado le sigue: vanamente,
Con la muerte de Brandzen orgulloso,
El experto jinete brasilero

Oponerse pretende al horroroso.
Al repetido choque: allí el acero
Corta, hiende, destroza, despedaza;
Como torrente el escuadrón furioso
Por sobre miembros palpitantes pasa,
Por sobre moribundos atropella,
Atraviesa de sangre el ancho lago,
Deja a su espalda el espantoso estrago,
Y en sólida falanje al fin se estrella.
La aguda bayoneta la defiende
De aquel ímpetu ciego,
Y el mortífero plomo se desprende
De su prisión de fuego;
Pero más bravo el argentino avanza
Por el camino que le abrió la lanza
Y del fogoso bruto el ancho pecho.
Ciérrase luego: el escuadrón deshecho
Vuelve, júntase, estréchase, acomete
Con ímpetu mayor, con mayor ira,
Y otra vez y mil veces se retira,
Y otra vez y mil veces arremete.
Así las olas la muralla embaten,
Y contra ella rompiéndose estruendosas,
Retroceden, y vuelven, y furiosas
Con repetido empuje la combaten;
Hasta que se desploma a lo más hondo
La contrastada mole, y victoriosas
Revuelven los escombros en el fondo
No de otro modo allí desparecieron
Esas fuertes columnas, esperanza
Del vil usurpador: en la matanza

También algunos libres perecieron;
Mas, cayendo opresores a millares,
Digno holocausto fueron
A las sombras de Brandzen y Besares.

La lid por todas partes entre tanto
Es, como aquí, sangrienta,
Y, como aquí, se aumenta
Por todas partes el horror y espanto.
Asorda el trueno del cañón: su fuego
La árida hierba inflama
Que todo el campo cubre; cunde luego
La abrasadora inextinguible llama,
Mientras el aire hienden
Globos ardiendo que también lo encienden.
Pelea el combatiente enfurecido
Entre el incendio, el humo, la ceniza;
Y el grito lamentable del herido,
La hórrida convulsión del que agoniza,
La sangre que en el campo corre hirviendo,
Los miembros de sus troncos separados,
Y a la llama de pábulo sirviendo
Muertos y moribundos hacinados:
Tal es el cuadro que la lid presenta...

Y en medio del estrago,
¿Adónde está el guerrero,
Cuya presencia triunfa, cuyo amago
Pavor infunde al enemigo fiero,
Y cuyo brazo el genio de la guerra
Armara él mismo del fulmíneo acero
Para que hiciera estremecer la tierra?

Lavalle, ¿dónde está? Cual raudo viento
Que arrebata en furioso remolino
Cuanto encuentra a su paso, y que violento,
Derribando no más, se abre camino;
O cual de la alta cumbre de repente,
Las desquiciadas rocas arrastrando,
Rápido se despeña algún torrente,
Y a los llanos con ímpetu bajando,
Todo arranca en su curso, todo arrasa,
Y sobre escombros espumante pasa:
Así Lavalle y su escuadrón valiente
Atropellan, derriban este día
A todos los que hubieron la osadía
De ponerse insensatos a su frente.
Muy más allá del campo de batalla
Los siguen, los persiguen, los acosan,
Los acaban en fin, y no reposan,
Y a la lid vuelven que pendiente se halla.

Llegaron, y al instante
Disipada la nube que ocupaba
La faz del sol, que a su cenit tocaba,
Se mostró más que nunca radïante.
De lo más elevado
De los aires, desciende de repente
Un trono refulgente,
De azul y de oro y resplandor cercado.
Armoniosos cantares
Mil coros celestiales repetían,
Y las sombras de Brandzen y Besares
El pedestal del trono sostenían.

Belgrano estaba en él: su frente orlaba
El laurel de la gloria
Y en su mano brillaba
La espada que nos daba la victoria
Cuando Belgrano fué. — « Basta de sangre
(El héroe prorrumpió); que es este el día
En que, en otro Febrero,
Rendir vió Salta el pabellón ibero,
Y cubrirse de honor la Patria mía.
Este estrago terrible, este escarmiento
Es sacrificio a mi memoria digno,
Y digno de la Patria el vencimiento.
Argentinos, triunfad. » — Dijo, y benigno
A la sien de Alvear en el momento
Hizo el lauro bajar que le adornaba,
Y la visión desapareció en el viento.

En el medio del campo se entroniza
Entonces el terror: el brasilero
El estrago contempla, se horroriza,
Y deja el premio del combate fiero
A quien ganarle supo. El argentino
También vuelve y se asombra
De mirar a sus pies la horrible alfombra
Que le dejó la Muerte por despojos.
Ella su vista en el estrago ceba,
Y, no bien satisfechos sus enojos,
Por sobre muertos su carroza lleva.

¡ Ilustre general! ¡ Oh, si mi verso
Al del cisne de Mantua se igualara!

¡Cómo entonces por todo el universo
Orgullosa mi Musa te aclamara!
Y a la par vuestro nombre ensalzaría,
Soler, Oribe, Paz, Olavarría,
Preclaros adalides,
Vencedores en estas y otras lides.
Ni tu nombre, Vilela esclarecido,
Fuera por mí olvidado;
Tú al campo del honor has conducido
Pacíficos vecinos, que al soldado
Dieron grandes ejemplos de bravura,
Cual si en la escuela de la guerra dura
Educado se hubiesen,
Y a sus horrores avezados fuesen.
¡Vivid, vivid, guerreros! Las hileras
Que en el campo formáis, son hoy la Patria:
Sólo cubren su honor vuestras banderas.
Hija de la Victoria, ya de lejos
Os saluda la Paz, y a los reflejos
De su lumbre divina,
Triunfante y de ambiciosos respetada,
Libre, rica, tranquila, organizada,
Ya brilla la República Argentina.

EL 25 DE MAYO DE 1838, EN BUENOS AIRES

Ya raya la aurora del día de Mayo:
Salgamos, salgamos a esperar el rayo
Que lance primero su fúlgido sol.

Mirad: todavía no asoma la frente,
Pero ya le anuncia cercano al Oriente
De púrpura y oro brillante arrebol.

Mirad esas filas; el rayo, el acero,
Los patrios pendones, la voz del guerrero
Al salir el astro saludo le harán;
De párvulos tiernos inocente coro
Alzará a los cielos el canto sonoro,
Y todas las madres de amor llorarán.

Por los horizontes del río de Plata
El pueblo en silencio la vista dilata
Buscando en las aguas naciente fulgor;
Y el aire de vivas poblaráse luego
Cuando en el baluarte con lenguas de fuego
Anuncie el momento cañón tronador:

Cándida y celeste la patria bandera
Sobre las almenas será la primera
Que el brillo reciba del gran luminar:
Y ved en las bellas cándida y celeste
Como la bandera, la nítida veste
En gracioso talle graciosa ondear.

Yo he sido guerrero: también ha postrado
Mi brazo enemigos: me le ha destrozado
La ardiente metralla del bronce español.
No sigo estandartes inútil ahora;
Pero tengo patria... Ya luce la aurora,
Y seré dichoso si miro este sol.»

Así entre extranjeros que absortos oían,
Y a ver esta pompa de lejos venían,
Hablaba un soldado, y era joven yo.
¡Qué Mayo el de entonces! ¡Qué glorias aquéllas!
¡Pasaron! ¡Pasaron! Ni memoria de ellas
Consiente el tirano que el mando robó.

¡Ay, sella tus labios, antiguo guerrero,
Y no hables ahora si ansioso extranjero
La gloria de Mayo pregunta cuál es!
Sí, sella tus labios, reprime tus iras,
¡Ah, no te desprecien los hombres que miras,
Espera los días que vendrán después!

¡En vano se abrieron de Oriente las puertas!
¡Como en negra noche mudas y desiertas
Las calles y plazas y templos están!
Sólo por escarnio de un pueblo de bravos
Bandas africanas de viles esclavos
Por calles y plazas discurriendo van.

Su bárbara grita, su danza salvaje
Es en este día meditado ultraje
Del nuevo caribe que el Sur abortó.
Sin parte en tu gloria, nación Argentina,
Tu gloria, tu nombre, tu honor abomina:
En su enojo el cielo tal hijo te dió.

Feroz y medroso, desde el hondo encierro
Do temblando mora, la mano de hierro
Tiende sobre el pueblo mostrando el puñal.

Vergüenza, despecho y envidia le oprimen;
Los hombres de Mayo son hombres de crimen
Para este ministro del genio del mal.

Sin él, *patria, leyes, libertad* gritaron,
Sin él, valerosos la espada empuñaron,
Rompieron cadenas y yugo sin él.
Por eso persigue con hórrida saña
A los vencedores de su amada España,
Y en el grande día la venga cruel.

El Plata, los Andes, Tucumán hermoso,
Y Salta, y el Maipo, y el Perú fragoso
¿Le vieron acaso pugnar y vencer?
Vilcapujio, Ayuma, Moquegua, Torata,
Donde la victoria nos fué tan ingrata,
¿Le vieron acaso con gloria caer?

A fuer de cobarde y aleve asesino,
Espiaba el momento que al pueblo argentino
Postrado dejara discordia civil;
Y al verle vencido por su propia fuerza,
Le asalta, le oprime, le burla, y se esfuerza
En que arrastre esclavo cadena servil.

¡Oh Dios! No supimos vivir como hermanos:
De la dulce patria nuestras mismas manos
Las tiernas entrañas osaron romper:
¡Y por castigarnos al cielo le plugo
Hacer que marchemos uncidos al yugo
Que obscuro salvaje nos quiso imponer!

¿Y tú, Buenos Aires, antes vencedora,
Humillada sufres que sirvan ahora
Todos tus trofeos de alfombra a su pie?
¿Será que ese monstruo robártelos pueda
Y de ti se diga que sólo te queda
El mísero orgullo de un tiempo que fué?[1]

¿Qué azote, qué ultraje resta todavía,
Qué nuevo infortunio, cara patria mía,
De que tú no seas la víctima ya?
¡Ah, si tu tirano supiese siquiera
Reprimir el vuelo de audacia extranjera
Y vengar insultos que no vengará!

De Albión la potente sin duro castigo,
Del Brasil, de Iberia bajel enemigo
La espalda del Plata jamás abrumó.
¡Y hora extraña flota le doma, le oprime,
Tricolor bandera flamea sublime,
Y la azul y blanca vencida cayó!

¿Qué importa al perjuro tu honor o tu afrenta?
Los heroicos hechos que tu historia cuenta,
Tus días felices, tu antiguo esplendor,
Deslumbran su vista, confunden su nada,
Y el bárbaro intenta dejar apagada
La luz que a los libres en Mayo alumbró.

[1] *Col misero orgoglio d'un tempo che fu*, dice el vehemente Manzoni en uno de sus coros. (El A.)

Tú, que alzando el grito despertaste un mundo
Postrado tres siglos en sueño profundo
Y diste a los reyes tremenda lección,
¿De un déspota imbécil esclava suspiras?
¡Eh! contra tu fuerza ¿qué valen sus iras?
¿No has visto a tus plantas rendido un león?[1]

¡Hijos de mi patria, levantad la frente
Y con fuerte brazo la fiera inclemente
Que lanzó el desierto, de un golpe aterrad!
Lavad vuestra mancha, valientes porteños,
Y mostrad al mundo que no tiene dueños
El pueblo que en Mayo gritó *Libertad*.

[1] Alusión al último verso de la primera estrofa del Himno Nacional Argentino.—(El A.)

NOTAS

EPOCA COLONIAL

FRANCISCO DE TERRAZAS

Este poeta mejicano, de mediados del siglo XVI, es, hasta ahora, el más antiguo poeta hispano-americano conocido. Gozó de buen nombre en Méjico y en España. Cervantes lo cita con enfático elogio en su *Canto de Calíope* inserto en *La Galatea* (edición de 1584):

De la región antártica podría
Eternizar ingenios soberanos,
Que si riquezas hoy sustenta y cría,
También entendimientos sobrehumanos.
Mostrarlo puedo en muchos este día,
Y en dos os quiero dar llenas las manos:
Uno de Nueva España y nuevo Apolo,
Del Perú el otro, un sol único y solo.
Francisco el uno *de Terrazas* tiene
El nombre acá y allá tan conocido,
Cuya vena caudal nueva Hipocrene
Ha dado al patrio venturoso nido...

Nada se sabe con precisión de su vida, sino que era hijo de un conquistador, mayordomo de Hernán Cortés y alcalde ordinario de Méjico. Los versos que de él quedan se reducen a tres sonetos y unos fragmentos de un poema que la muerte le impidió terminar, titulado *Nuevo Mundo y Conquista,* descubiertos y publicados en el tomo II de las *Memorias de la Academia Mejicana*, correspondiente de la Real Española, por el insigne erudito mejicano García Icazbalceta.

Los sonetos se publicaron en un antiguo cancionero de Méjico, del mismo siglo XVI, hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid, de donde los tomó Bartolomé José Gallardo para insertarlos en su *Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos* (tomo I, columnas 1003-1007). En dicho *Ensayo*, bajo el número 1046, se trascribe así la portada del cancionero: «Flores de varia poesía, recogida de varios poetas españoles. Divídese en cinco libros, como declara en la tabla que inmediatamente va aquí escripta. Recopilóse en la ciudad de Méjico, anno del nascimiento de nuestro Salvador Jesu Cristo de 1577 annos.

Terrazas tenía indudable ingenio y versificaba con espontaneidad y armonía. Es muy de lamentar que no concluyese é imprimiese su poema, si no por el aliento épico, de que indudablemente carecía, por la delicadeza de su sentimiento idílico, manifiesto en algunos episodios[1].

La trivialidad de uno de los sonetos indicados, y la poca honestidad de otro, aunque vale mucho más y tiene mucho brío de estilo, me han obligado a incluir uno solo de los tres en el texto de esta *Antología*. Es, sin duda, muy ingenioso y elegante, en su curiosa y bien compuesta mezcla de madrigal y de invectiva, caracteres, por opuestos, difíciles de armonizar. Por ello me ha parecido de mérito suficiente para inaugurar la serie de la época colonial.

[1] Menéndez y Pelayo inserta algunas lindas octavas de este carácter en las páginas xxxiii y xxxiv del primer tomo de su *Antología*.

PEDRO DE OÑA

Es este el más antiguo poeta chileno conocido, y el segundo de América, después de Terrazas. Muy poco se sabe de el. Nacido en la segunda mitad del siglo XVI (en 1670), en los Infantes de Engol, puesto avanzado sobre los araucanos, quedó pronto huérfano por haber perecido su padre, el capitán Gregorio de Oña, en un combate. En 1590 estudiaba en Lima en San Felipe y San Marcos, donde se graduó de licenciado hacia 1596, fecha en que se publicó en Lima la primera parte del *Arauco domado*, unica conocida.

De lo que antecede resulta que el *Arauco domado* es obra juvenil de un estudiante lleno de retórica, cosa que debe tenerse muy en cuenta para juzgarle. Por su fondo, lo peor que tiene es su pesada adulación al Marqués de Cañete, para resarcirlo del desdén de Ercilla en su *Araucana*, por medio de una nueva versión de una parte de su materia histórica. Como obra poética esta llena de graves defectos, carece de nervio épico, de buena pintura de caracteres, de todo color y sentimiento de naturaleza americana ; abunda en mitología indigesta y mal aplicada, asi como en prosaísmos y vicios de ejecución. Y a pesar de todo ello, no pueden negarse a Oña notables cualidades de ingenio, brío y desembarazo tecnico, aptitud nada comun para escenas idílicas de voluptuosidad y de amor (como la escena entre Caupolicán y Fresia, en el canto V, el mejor sin duda del poema, que va en el texto de esta *Antología)*, rasgos gráficos, y en suma, muchas lumbres de natural poesía .

Véase este rasgo:

> Cuál águila caudal que desde el cielo
> En viendo al ballenato dar en tierra,
> Prestísima con él en punta cierra,
> *Dejando roto el aire con su vuelo,*
> Y dando con las alas por el suelo
> Encima dél se arroja y dél se afierra,
> Tal sobre el cuerpo echado en sangre roja
> La bárbara frenética se arroja.

La estrofa empleada en el poema es una muy feliz variante, invención del poeta, de la octava real, que no ha sido nunca imitada por nadie, que yo sepa.

Fuera del *Arauco*, Oña escribio un pesadísimo poema de asunto religioso, *El Ignacio de Cantabria,* publicado en Sevilla, en 1636; *El temblor de Lima de 1609*, y el muy superior, a juzgar por los fragmentos hasta ahora publicados, titulado *El Vasauro*, de carácter histórico y genealógico, concluido en 1635, a los sesenta y cinco años de su edad. Dejo tambien sonetos y otros versos líricos de poca monta. Se ignora el año de su muerte.

Lo mejor que puede leerse sobre este poeta es el estudio de Juan María Gutierrez en sus *Estudios biográficos y críticos de algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX* (Buenos-Aires 1865), y el de Menendez y Pelayo, en el segundo tomo de su *Historia de la poesía hispano-americana* (tercero de sus *Obras completas)*, paginas 309 a 324.

AMARILIS

En la nota del texto queda ya indicado el verdadero nombre que muy probablemente se oculta bajo el pseudónimo de *Amarilis:* Maria de Alvarado, nacida en la ciu-

dad de León de Huánuco, descendiente de los conquistadores de esa tierra y fundadores de dicha ciudad, don Pedro de Alvarado, y su hermano el capitán Gómez de Alvarado, según lo afirma ella:

> Bien pudiera, Belardo, si quisiera,
> En gracia de los cielos,
> Decir hazañas de *mis dos abuelos*
> Que aqueste nuevo mundo conquistaron
> Y esta ciudad también edificaron,
> Do vasallos tuvieron
> Y por su rey su vida y sangre dieron.

Esta curiosa epístola al gran Lope, escrita anónimamente por una doncella peruana a principios del siglo XVII, es realmente interesantísima. Por la sencilla elevación y nobleza de su sentir y pensar, no desmiente, en verdad, su ilustre sangre. A ello se añade sabrosamente su actitud de admiradora y de platónica apasionada de Lope, de cuya peligrosa fascinación la defienden, dice, la enorme distancia, la seguridad de no conocerle nunca personalmente, y su tendencia mística. Así puede hablarle, y le habla, a la vez con la más cariñosa admiración y con cierta superioridad moral y *exhortativa*, que no raya nunca en pedantesca. Encantan también el señorío y la ingenua sinceridad de su expresión. Ante esto, ¿qué importan ciertas trivialidades, su falta de destreza y malicia técnica? Casi estoy por decir que son, *en este caso*, una gracia mas. Nótese, por último, la curiosa coincidencia con un célebre pensamiento de Goethe, en estos versos escritos casi dos siglos antes del florecimiento del gran genio alemán:

> Mas nunca tuve por dichoso estado
> Amar bienes posibles,
> *Sino aquellos que son mas imposibles.*
> *A éstos ha de amar un alma osada,*
> Pues para más alteza fué criada
> Que la que el mundo enseña...

POETISA ANÓNIMA PERUANA

A la inversa de lo relativo a *Amarilis*, nada ha podido saberse hasta ahora acerca del nombre de la famosa *anónima* peruana, autora del *Discurso en loor de la Poesía*, que va en el texto, y del cual ha dichó Rafael Pombo que «rara vez en verso castellano se ha discurrido más alta y poéticamente sobre la poesía». Su inspiración es más didáctica que lírica; pero de una didáctica superior, que libremente discurre, sin exposición de reglas ni clasificaciones menudas y prosaicas, propias de los poemas didascálicos. Discípula del sevillano Diego Mexía, traductor de las *Heroidas* de Ovidio, que tanto anduvo por el Perú y otras tierras americanas, incluyó éste el *Discurso* en su *Parnaso Antártico*, impreso en Sevilla en 1608. Esta fecha indica que el *Discurso en loor de la Poesía* corresponde a los primeros años del siglo XVII, o, más probablemente, a los últimos del XVI, pues según dice Mexía, en el prólogo de su *Parnaso*, él salió del Perú para Méjico en 1596, viaje en el que sufrió mil calamidades y demoras. Si después de él volvió a España e imprimió su obra en Sevilla, en 1608, la fecha correspondiente al *Discurso sobre la Poesía* bien puede ser anterior al fin del siglo XVI.

Mexía dice solamente que la incógnita poetisa era una señora principal del Perú, muy versada en las lenguas toscana y portuguesa. No faltan ciertamente en su *Discurso* desfallecimientos y larguras, así como muchos elogios convencionales y de troquel en la curiosa reseña de ingenios del Virreinato, nativos o españoles; pero nadie negará que contiene trozos sumamente bellos, llenos de un alto concepto platónico y místico de la poesía, gallardamente expresado.

LUIS DE TEJEDA

Ha sido, sin duda, un hecho interesantísimo para nuestra historia literaria, en estos ultimos años, la publicación de las obras en prosa y verso del poeta cordobés del siglo XVII, fray Luis de Tejeda y Guzmán, la cual retrotrae el verdadero origen de la poesía argentina, de fines del siglo XVIII a los principios de la segunda mitad del XVII, desplazándolo, ademas, de Buenos-Aires a Córdoba.

De la existencia de los versos de Tejeda se tenía segura noticia, de tiempo atras. La primera (publicada, al menos) es de 1867, en que la *Revista de Buenos-Aires* (tomo XII y siguientes) publicó en parte la obra de un genealogista anónimo de los Tejedas (deudo de ellos), bajo este titulo: Ensayo sobre la genealogia de los Tejedas[1] de Córdoba del Tucumañ, o relación abreviada del carácter, vida y servicios del capitan Tristan de Tejeda, conquistador y poblador de dicha provincia, y de su legitima descendencia, desde el año 1573 que se estableció en aquella ciudad, hasta el presente año de 1794. La *Revista* publicó ademas los títulos de algunas composiciones de Tejeda, todo con arreglo al códice perteneciente a don Angel Justiniano Carranza, obtenido por éste en Córdoba. Muerto Carranza, el rastro de su códice se perdió por mucho tiempo, por no figurar su titulo en el inventario de su biblioteca ni en el Catalogo de la Biblioteca Nacional, adonde aquella pasó por compra del Gobierno. En 1915 cupo a la diligencia de nuestro brillante escritor y profesor de nuestras letras, don Ricardo

[1] Algunos, al citar y copiar este titulo, lo *enmiendan* poniendo *los Tejeda*, en vez de *los Tejedas*. El genealogista, si viviera, podria decirles con razón que los que se equivocan son ellos... *Los Tejeda* es tan incorrecto como decir *los árbol, los caballo, las nube*.

Rojas la suerte de hallarle en el códice 6622 *bis* de la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, y dió a luz los versos de Tejeda en él contenidos, en 1916, en el tomo X de su *Biblioteca Argentina,* bajo el título de *Peregrino en Babilonia,* y otros poemas, precedidos de una *Biografía,* una *Bibliografía* y de una esmerada *Noticia preliminar.* La publicación de este códice, tardía copia de copias, muy incompleto y todo plagado de groserísimos errores, como muy bien observa el señor Rojas, fué seguida, en 1917, por otra hecha por la Universidad de Córdoba (en su *Biblioteca* del tercer centenario de dicha Universidad), mucho más completa y autentica, sobre los manuscritos originales de Tejeda, cotejados con una copia que posee el señor presbítero don Pablo Cabrera, jefe de la sección de manuscritos de la Universidad. Esta publicación, de prosa y verso, hecha en virtud de una ordenanza de la Universidad dictada en 1915, lleva por título *Coronas líricas,* y esta precedida de una *Noticia histórica y crítica* del señor Enrique Martínez Paz, y anotada por el señor Cabrera. Es de advertir que esta edición no contiene tampoco todas las obras de Tejeda, sino cuantas hasta ahora han podido hallarse, siendo seguro que escribió otras, de las cuales se conservan sólo algunos títulos.

La vida de Tejeda se extiende de 1604 a 1680. De sangre hidalga, hijo de padres también cordobeses, y descendiente de castellanos ricos, que figuraron entre los conquistadores y fundadores de Córdoba, como su abuelo paterno el capitán Tristan de Tejeda, gozó de todas las prerrogativas y holguras propias de tan elevado origen, en medio de la selecta sociedad que en Córdoba había empezado a formarse. Su educación fue esmeradísima bajo la dirección de los jesuítas, coincidiendo el principio de sus estudios con la iniciación de los cursos universitarios de Córdoba, en 1614. Estudió latín, literatura, artes, filosofía

y teología, y recibió el grado de bachiller, licenciado y maestro en artes alrededor de los diez y siete años. La precocidad de su inteligencia y su ardor por el estudio fueron sin duda grandes y causaron la admiración de sus maestros y de los hombres más ilustrados de su época, que hicieron a su respecto los más lisonjeros vaticinios. Puede muy bien admitirse que haya exageración en lo que dice el genealogista anónimo sobre las sorprendentes aptitudes y profundo saber de Tejeda en edad tan temprana; mas para ello no hace ninguna falta aducir, como lo hace asombrosamente el distinguido prologuista de la edición cordobesa, que en España *no había humanistas* en el siglo XVII; que «no arraigó en ella propiamente el Renacimiento»; que «el humanismo fué patrimonio de pequeños grupos aislados (como si en alguna parte o época hubiera podido ser *extensa* y *popular* tal profundidad y selección de estudios), que las instituciones *reaccionarias* (¿contra qué *acción* se *reaccionaba* entonces?) no dejaron prosperar (¿qué tuvo nunca que ver esa extraña *reacción*, con el humanismo, representado espléndidamente tantas veces por los más ortodoxos?); que «la erudición clásica *es notorio* que no se difundió en España»; que «el ingenio español *sólo* se mostró entonces en *cruzadas románticas* o en obras de imaginación», y otras herejías por el estilo.

Al salir de las aulas, la segunda época de la vida de Tejeda, de 1620 a 1624 (de los diez y seis a los veinte años de edad), se caracteriza por la temeridad y el desenfreno de sus aventuras amorosas, a que contribuían de consuno el ardor sensual de su temperamento, su condición de joven apuesto, noble y rico, y la liviandad reinante en la mejor sociedad cordobesa de entonces. Casado, por empeño de su afligido y austero padre, don Juan de Tejeda, en 1624, con una virtuosísima y noble joven riojana, Francisca de Vera y Aragón, no terminó por ello el escandaloso desorden de

sus costumbres, crudamente relatado por él mismo en el llamado Romance sobre su vida.

La tercera época, aventurera, pero digna y heroica, fué de caracter militar, y va sólo, más o menos, de 1624 a 1627. Siendo alférez real, hizo su aprendizaje de guerra bajo las órdenes del general Molina y Navarrete, combatiendo bravamente contra los indios. Nombrado luego capitán de infantería, le tocó traer fuerzas de diferentes provincias para defender el puerto de Buenos-Aires contra la invasión de los piratas holandeses y combatir también, como él dice:

Contra el estado del Brasil intruso,
Que de invadir su puerto siempre trata.

Esta campaña, y las realizadas contra los indios en el Chaco, Tucumán y Río Cuarto, le granjearon gran fama de valor y pericia militar, mostrandose el soldado tan impetuoso, como el estudiante y el enamorado.

Con su vuelta a Córdoba, se inicia la cuarta época de su vida, la mas larga y tranquila, en general, junto a su esposa, siempre pronta al perdón, y sus hijos, que tuvo en numero de diez. Recayó, sin embargo, en ella, en nuevas y desenfrenadas aventuras eróticas, y hacia su término, su caracter osado y sin miramientos le arrojó en una terrible crisis politica, que determinó sin duda su arrepentimiento y posterior vida conventual. En ese cuarto período, el poeta se dedica, por una parte, a la administración de su fortuna, heredada por muerte de su padre en 1628, y por otra a la vida publica, a que le invitaban su condición de hidalgo rico y sus variadisimas aptitudes. Fuera de sus atenciones como patrono del convento de Carmelitas descalzas fundado por su padre, y del de las Catalinas, tuvo a su cargo, como militar, la defensa de la ciudad. El Cabildo le eligió, en 1634, procurador general de la misma; en 1637 era alcalde ordinario de primer voto, y, por ultimo, en 1649, fun-

cionario municipal, prestando en tal caracter señalados servicios a la ciudad con la construcción de diques de cal y canto que previnieran los desbordes del rio y sirviesen para la irrigación. Hacia el fin de este activo período de su vida, poco después de morir su mujer, en 1661, ocurrió, como he dicho, su última y terrible aventura, de caracter político. Arrojado violentamente contra los principales vecinos y magistrados de la ciudad, que desacataron una convocatoria suya de las milicias, hecha sin duda con grave extralimitación de sus facultades, la Audiencia de la Plata, ante la cual los atropellados acudieron en queja, dictó orden de prisión contra Tejeda, con confiscación y venta de sus bienes. Para esquivar la terrible prisión que le amenazaba, el poeta se asiló primero en el convento de San Francisco, y fué luego a buscar refugio errante en las sierras.

Puso fin al peligro que corría su vida entrando en el convento de Santo Domingo, como novicio, en 1663, donde profesó en 1666, y permaneció hasta su muerte, ocurrida en 1680. En esta quinta y ultima época de su vida escribió sus obras y brilló con la luz de una virtud ejemplar y del más ardiente espíritu religioso[1].

Tal existencia, tan larga, varia, activa y turbulenta, revela el más vigoroso caracter y las más brillantes y complejas cualidades de espíritu. Para estudiarle, habría que tener en cuenta las cuatro fases principales que ofrece, con igual firmeza acentuadas: la intelectual y universitaria, la mundana, principalmente erótica, la militar y la religiosa. Todas ellas se caracterizan por la intensidad y la decisión, que les prestan gran interes y un real valor representativo del lugar y de la epoca en que tan briosamente se desplegaron.

[1] Para mayores detalles de la vida del antiguo escritor cordobés, véase la *Noticia preliminar*, de Rojas, y la *Noticia historica y critica* que va al frente de la edición de Córdoba.

Pero debo ya decir algo, aunque con la concisión que estas simples notas exigen, acerca de lo que más importa para nosotros: el valor, relativo y absoluto, de su producción poética. Ante todo, observaré que los títulos de *Peregrino en Babilonia*[1] y de *Coronas líricas* con que, respectivamente, se han publicado sus obras en Buenos-Aires y en Córdoba, no se deben al autor, son arbitrarios, y sugeridos por ciertas frases alegóricas usadas en el texto y que no comprenden, ni con mucho, la totalidad de las composiciones del códice, respecto del cual es pretensión vana hablar de *unidad orgánica*. En cuanto al título de *Coronas líricas*, él es del todo insuficiente para abarcar, no ya la abundante prosa del volumen, pero ni aun las diversas composiciones en verso. El poeta emplea la expresión *Corona Lyrica* en la introducción en prosa a los *misterios dolorosos* (página 229 de la edición de Córdoba), como antes nos había hablado de la «*corona de Rosas* del Rosario santísimo» (página 160); pero ello no hace menos impropio el título de *Coronas líricas* para todo el conjunto de su conservada producción. El llamado *Romance sobre su vida* no es nada *lírico,* sino *narrativo,* y no corresponden tampoco a las *coronas* (relativas a los misterios gozosos y dolorosos del rosario), composiciones como *El árbol de Judá*, *Los celos sin agravios*, *El fenix de amor*, el romance *En la jura de la inmaculada concepción,* las redondillas *Al misterio de María inmaculada*, los tres romances *Al Niño Jesús* (aunque todas ellas sean un homenaje a la Virgen), y menos aun las poesías dedicadas a Santa Rosa de Lima y a Santa Teresa de Jesús. En la copiosa prosa hay, ademas, cosas tan ajenas a las *coronas* como la «Relación de la fundación del convento de religiosas carmelitas descalzas». El espíritu religioso, y, dentro de él

[1] La edicion de Rojas agrega, sin embargo, convenientemente, *y otros poemas*.

la devoción a la Virgen, inspiró sin duda todos o casi todos las escritos de Tejeda; pero ese impulso general no basta a dar unidad orgánica a las diversas composiciones, en verso y prosa, en que ese espíritu se manifiesta. En realidad, el códice de Tejeda es una *miscelánea*, como se ve por su verdadero título original: *Libro de* varios tratados y noticias, *escrito por el Reverendo Padre Fray Luis de Tejeda, Religioso del Sagrado Orden de Predicadores de la Provincia de Tucumán, Año del Señor de 1663*. Lo acertado, pues, al hacer su publicación completa, es dejar de lado títulos alegóricos y amanerados, que no son del autor, y poner en su lugar el sencillo y comprensivo de *Obras en prosa y verso*. Y en verdad, una vez cumplido por los dos primeros editores el imprescindible deber de publicar con toda exactitud, sin correcciones, los códices encontrados, hace ahora falta una edición crítica, juiciosamente correcta y depurada, con la ortografía moderna. Este cambio ortográfico sería tanto más justificado, cuanto aun el códice de puño y letra del poeta cordobés está lleno de groseros errores *personales*.

¿Qué valor poético y artístico debemos atribuir a los versos del más antiguo poeta argentino? El relativo, aunque secundario y muy intermitente, es, a mi juicio, admisible; el absoluto, escasísimo. Es, sin duda, interesante leerlos, por su antigüedad, por el carácter que revelan, por los *lances de amor y fortuna* que antobiográficamente relatan y por el documento de costumbres que ofrecen; pero la poesía desaparece de ellos casi siempre, ya a manos de una abstrusa teología, o de una fraseología convencionalmente literaria y enfática, o de las trivialidades de una expresión vulgar. Sus sentimientos más intensos quedan en la simple condición de tales, sin idealizarse o depurarse en una esfera artística. En la naturaleza (pecado muy frecuente en los poetas españoles de América, como en los ameri-

canos de la colonia), no ve más que pedrerías y tapicerías. Carece en su expresión de esa limpieza y desembarazo propios del verdadero artista, y sus cláusulas pecan frecuentemente de embrolladas y mal construídas. Llamarle, pues, *gran poeta,* como se ha hecho, es abusar desastrosamente de las palabras y confundir sin duelo la vanidad nacional, o regional, con la crítica.

El llamado *Romance sobre su vida,* en romance octosílabo, no obstante la mayor sencillez y naturalidad de expresión, no es más que un largo centón autobiográfico, sin lumbres de poesía ni línea de arte. Mas que de un poeta, parece la obra de un coplero. Su interés reside sólo en lo novelesco o trágico de las aventuras propias que cuenta. Y a este respecto, no puedo menos de manifestar mi sospecha de que a pesar de su arrepentimiento, de cuya sinceridad no dudo, el rescoldo de sus sensualidades no se había apagado del todo al escribirlo. Esa confesión de sus pecados eróticos, no general ni abstracta, sino tan insistente y circunstanciada, parece dejar traslucir (Dios me perdone, si me equivoco) una especie de delectación inconsciente de la memoria en aquellas mismas delicias pecaminosas que por reflexión y religiosidad ya aborrecía; y recuerda el saladísimo cuento de Valera: *La confesión reiterada.* Ello, si fuera cierto, comprobaría la indestructible identidad de su voluptuoso temperamento.

Lo que en general queda dicho de las poesías de Tejeda, que acaso parezca excesivamente severo, no significa que no haya aquí y allá alguna honrosa excepción que hacer, aunque siempre de carácter relativo. Al fuego eterno habría que condenar, como poesía y literatura, composiciones tales como *Los celos sin agravios,* las cinco *Soledades de María Santísima,* incoherentemente mezcladas con *El Peregrino en Babilonia,* segunda parte del relato de su vida), *La Cena,* los terribles esdrujulos a Santa Teresa, y otras; pero tam-

bien ha de reconocerse que entre sus poesías místicas hay algunas más felices y estimables, en todo o en parte, ya por el brillo de las imágenes y el color y elegante soltura del estilo, ya por la unción delicada y tierna. En este caso se encuentran ciertas bellas estrofas de *El árbol de Judá*, que van en el texto, como aquella, tan lírica y gallarda, en que hablando de Elía, al asomar en la cumbre del Carmelo, *piadosamente penetrando el cielo,* dice :

Tan ligera y fogosa
El mar inflama y por el aire sube
Su oración fervorosa,
Que a vista de su fe, cándida nube
De breve nacimiento
La tierra riega y humedece el viento.

Así también su canción *El fénix de amor*, no obstante algunas caídas y la metafísica teológica que a veces compromete el color poético de esta interesante composición. Tanto en ésta como en los buenos trozos de la anteriormente citada, Tejeda se muestra discípulo del siglo XVII español, y especialmente de la escuela sevillana y del buen Góngora, por la elegancia y lujo de estilo y por el ritmo y sonoridad del verso. Por esta pendiente resbala luego hasta el culteranismo más impávido, como en el soneto a Santa Rosa de Lima, con aquel

Crepúsculo de olor, rayo de rosa,

que a cualquier archiculto le mata el punto. Pero la más feliz inspiración del poeta cordobés, en mi sentir, a pesar de algunos rasgos gongóricos (no exentos de cierta gracia infantil propia del asunto), son los tres romances *Al Niño Jesús*, que incluyo también en esta *Antología*. Hay en ellos una poética unción de sentimiento y una feliz armonía de entonación sencilla y viveza imaginativa, que le permite trazar ligeros cuadritos llenos de color y frescura. Los dos

primeros son mas pintorescos y graciosos, el ultimo más intimo y penetrante. Si Tejeda hubiera escrito así más a menudo, el juicio general sobre su talento poético podría serle más favorable.

He dicho que Tejeda carece del sentimiento de la naturaleza. Pero aun aquí he de hacer, en debida justicia, una unica excepción en favor de un trozo descriptivo muy interesante, a pesar del habitual enredo de sus períodos, por lo bien visto del modelo natural que tenía al frente, y por la vigorosa entonación profética y bíblica de su final, tan en relación con graves temores cordobeses contemporáneos. Se halla ese trozo, que voy a trasladar aquí, hacia el fin de la segunda parte del relato de su vida *(El Peregrino en Babilonia)*:

Vi la empinada sierra,
Otro mentido Olimpo, del Achala,
Que la última región del viento iguala,
Teatro de las nubes que contrarias
Con intestina guerra
En tempestades se deshacen varias
Por invadir la tierra.
Mas por un ojo de su pie bullente,
Arrepentidas de tan fiero estrago,
Toman prolijo e interior camino
Hasta la hondura de un profundo lago
En humor manso, claro y cristalino,
Que inagotable es fuente perenne
Donde su noble nacimiento tiene
De esta ciudad de Babilonia el rio,
Que fué crianza y nacimiento mio.
Así corriendo salen del poniente
Doce leguas continuas al oriente.
Hasta llegar sus apacibles aguas
Tres leguas solas de ella, adonde iguales
Dos cerros se le oponen poderosos,
Y su libre corriente a sus cristales
Estos tan juntos suben, tan estrechos
Desde sus pies hasta la extrema cumbre,
Que el mismo sol de penetrante lumbre,
Cuando a la otra parte se traspasa,
Hoja parece de oropel que pasa.

Esta canal y próvida compuerta,
No más desde el un cerro al otro abierta,
La soberana Providencia puso
Para el remedio de infinitos males,
Porque aunque el río en sus primeras aguas
Desde su fuente corre y tan desnudo,—
Cuando a las sierras y soberbios montes
Que cercan sus vecinos horizontes
Las enojadas nubes encapotan,
Y sus raudales túrbidos azotan
Sus perpendiculares
Vertientes,— tantos mares
De aguas sulfúreas, tanto horrible oceano,
Que parecen que bajan de las fraguas
Del Etna, o Mongivelo de Vulcano,
Embisten a vestir de horror el río,
Que con el embarazo y poderío
De los cerros opuestos,
Por florestas, cañadas, valles, punas,
Se reparte en millares de lagunas.
No providencias, como dije, solas,
Misericordias soberanas fueron
Del que embarazo prodigioso puso
Al mestizo torrente circunfuso;
Que si pasara con sus libres olas
A esta mi Babilonia decantada,
En dos horas quedara aniquilada.
Dos veces he yo visto por mis ojos,
La experiencia que tengo me lo enseña:
Que tal vez que oprimido el tumor sale
Por la canal de la doblada peña,
De suerte que de pie a cabeza iguale,
Con tan horrenda furia se despeña,
Que abriendo mayor madre por la raya
De la una y otra contrapuesta playa,
Le deja alpestre, barrancoso y feo,
Y en sepulcros de arena sepultado
(Como el arcadio Alfeo
Va, por seguir los pasos de Aretusa).
Hasta salir a derribar con duros
Golpes, de la ciudad los fuertes muros,
Y inundar plaza y calles,
Como pudiera en los profundos valles,
Desmantelando los sagrados templos.
¡Oh lamentables míseros ejemplos,
Con vuestra brevedad, figura y sombra
De aquel del Juicio día tremebundo,

Pues un forzado y exprimido lago,
Un marco más de agua como hurtado
Hizo en esta ciudad tan fiero estrago
Ha tantos años, y hoy su ruina asombra!
¿Qué será cuando libre el mar las rayas
No respete de márgenes y playas,
Dándole mandamiento de soltura,
La obendencial potencia,
De aquella cárcel vil de arena pura,
Y en túmulo sepulte de agua el mundo,
Del alto monte al valle más profundo?
¿Qué será cuando caigan los coluros
Y refulgentes astros,
Artesones del cielo,
De aquel su hermoso incorruptible velo,
Si estos míseros rastros
Y recibidos daños,
¡Oh mísera ciudad, oh patria mía!
El breve rato te dejó de un día,
Que a olvidarlos no bastan tantos años?
¿Qué ha de ser de ti, si acaso fuere,
Si los amenazantes dos padrastros
Que tienes sobre ti, que siempre miras,
Sin providencia que su furia ataje
De cárcel contrapuesta entre dos piras
De un medio mar que por cenit te hiere,
Por esas quiebras tan profundas baje
A sepultarte en sus salobres aguas?...

Este es, sin duda, un robusto trozo de poesía *realista*, digno todavía de mayor aprecio por la época en que se escribió. Lástima que sea unico en la obra del poeta, quien en los versos siguientes vuelve a despeñarse en esos periodos enmarañados y estériles tan comunes en él.

Claro esta que no es posible juzgar literariamente a Tejeda sin tener muy en cuenta la época y lugar en que floreció, la absoluta falta de ambiente artistico y de roce literario de la Córdoba de entonces, lo precario e insuficiente de toda disciplina de carácter estético, que hacia difícil, si no imposible, la depuración del gusto y la maestría tecnica aun en los mejor dotados por la naturaleza. La capital intelectual del vasto imperio español se hallaba muy

lejos, las comunicaciones eran lentas y difíciles, y escasísimos los libros de imaginación y amena literatura que podían obtenerse, por la interdicción que sobre ellos pesaba. Pero todo ello, muy cierto como es, no debe llevarnos a exagerar, por un mal entendido amor propio nacional, los méritos poéticos del escritor cordobés, a confundir la elevación o el interés de los asuntos tratados en sus versos con la eficacia y el brío de su artístico desempeño, ni tampoco a pretender equipararlo, sin excepción, a los demás poetas coloniales de su época en otras regiones de Hispano-América. Sin contar a la deliciosa María de Alvarado en su epístola de *Amarilis a Belardo*, ni a la admirable anónima de la misma región, a quien se debe el *Discurso en loor de la Poesía*, y que pertenecen a fines del siglo XVI y principios del XVII, no puede olvidarse que en la misma segunda mitad de este ultimo siglo, a que también corresponden las composiciones de Tejeda, vibraba divinamente en Méjico el más bello y apasionado canto de las musas castellanas de entonces, en España y América, en la garganta armoniosa de la excelsa Sor Juana...

Digamos, pues, en suma, sin desconocer en modo alguno el valor relativo muy apreciable y el verdadero interés que ofrecen las pocas composiciones o pasajes de Tejeda que dejo indicados, y van, con pleno derecho, en esta *Antología*, que nuestro más antiguo poeta conocido hasta ahora no supo o no pudo dar en el conjunto de sus obras poéticas la imagen fiel de su brillante ingenio, y que por su extraordinaria vida, por su temple y su caracter, interesará siempre, con razón, mucho más que por sus versos.

Una última palabra, para terminar esta larga nota, sobre la corrección del texto. He seguido, naturalmente, el auténtico de la edición cordobesa, basado en el códice original del autor. El más somero cotejo basta para evidenciar su gran superioridad sobre el códice de la Biblio-

teca Nacional y hallar la autorizada rectificación de enormes errores de sentido y de forma. Diversas sospechas sobre la verdadera lección, sagazmente indicadas por el ilustrado editor y comentador del códice de Buenos Aires, quedan en el de Córdoba confirmadas. Yo mismo, que no conocía, al preparar las copias para esta obra, sino el códice viciado, habia anotado doce correcciones sugeridas por el sentido, el metro y la rima, que he tenido el gusto de ver tambien exactamente confirmadas luego en el códice original. Pero necesito decir aquí, que fuera del natural cambio ortográfico, he hecho algunas rectificaciones al mismo códice original, ligeras en la forma, pero a veces importantes para aclarar y hacer inteligible el sentido. Muchas de ellas son de puntuación, tan defectuosa en el códice, y que tanto contribuye a agravar las tortuosas y en ocasiones viciosas construcciones del poeta. Así, por ejemplo, el tema que empieza en la décima estrofa del romance primero *Al Niño Jesús*, con las palabras *Aquella bella Aurora*, no tiene sentido con la puntuación del códice original. Substituyendo con una coma, como lo he hecho, el punto que remata, cerrándole el paso, el cuarto verso de dicha estrofa, el sentido queda claro y perfecto, continuando y concluyendo la clausula en la estrofa siguiente. En la tercera estrofa del segundo romance al mismo asunto, he puesto, en vez de *Indigno que les pise*, *Indigno que* le *pise*, como exige evidentemente la concordancia. De todos modos el concepto queda algo confuso, sin duda por la zurda construcción. En el códice de nuestra Biblioteca este pasaje es un puro galimatías. En la estrofa decimaquinta del romance tercero al mismo asunto, he puesto *elicie* (por elipse, sin duda) en vez de *clicie*, como, acaso por error tipografico, trae la edición de Córdoba. Para el sexto verso de la primer estrofa de *El Arbol de*

Juda, he preferido la lección del cuerpo del texto original,

Me prestarán su voz y dulce acento,

a la variante puesta por el autor mismo al margen:

Me prestarán la voz y el instrumento;

no sólo por ser para mí preferible, sino por el lugar principal que ocupa, sin haber sido tachada. No veo que, como dice el distinguido anotador señor Cabrera, el escribir simplemente una variante al margen significara dar por tachado el verso similar correspondiente, que trazara primero». A lo sumo indicaría una vacilación, que no llegó a resolverse, dejando sin borrar la primera en el lugar principal que ya tenía. En el verso undécimo de la undécima estrofa de *El fenix de amor*, he puesto *para* en vez de *pare*, que no tiene sentido. Sin duda se trata también aquí de un error de imprenta, o de la copia sacada del códice para imprimirlo. Por último (para no hacer interminables estas menudencias, que sólo obedecen al propósito de mostrar la índole y razón de las correcciones hechas por mi cuenta), he aceptado, por parecerme acertadísima, la corrección sugerida en nota por el señor Cabrera para el penúltimo verso de la misma canción: *cielo* en vez de *siglo*. *Un siglo de años ciento*, como reza el códice, es una huera tautología.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Esta célebre poetisa mejicana, llamada por sus contemporáneos *la décima musa*, nació el 12 de noviembre de 1651 y murió el 17 de abril de 1691, a los treinta y

nueve años y cinco meses de edad. Su nombre en el siglo era Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Cantillana, y usaba el pseudónimo poético de *Julia*. Fué hija de madre mejicana y de padre vascongado. Devorada desde sus más tiernos años por un ansia universal de saber, realmente excepcional en su epoca y en su sexo, ni su vida mundana, ni sus dolores íntimos, ni su posterior vocación religiosa, tan ardiente y severa, la alcanzaron a atenuar hasta el fin de sus días. Abarcó las mas diversas materias de ciencias y letras, dejando pasmados, en un examen público generalísimo, a los diez y siete años, a cuarenta profesores de la Universidad.

Dotada de singular belleza, asistía al palacio de la Virreina, y era objeto de encanto y solicitaciones en sus saraos. Sus versos profanos, ya que no ningún dato público, prueban indiscutiblemente, por su penetrante acento de sinceridad y de dolor, que amó intensamente y fué mal o tibiamente correspondida. Volvió entonces su espíritu al amor divino, en el que halló más digno empleo al fuego de su grande alma, y profesó en el monasterio de San Jerónimo. Allí, en las prácticas del más rigoroso ascetismo, remató noblemente su vida muriendo en la asistencia de sus hermanas, en una epidemia.

Las obras de Sor Juana se han publicado diversas veces, desde fines del siglo XVII, en vida suya, y a través de la primera mitad del XVIII, en tres volúmenes. Para apreciar debidamente su genio poético y sus versos líricos, hay que distinguir y separar desde luego toda la escoria de extravagancias, pedanterías y pueriles juegos de ingenio, con sus encrespados y mitológicos títulos, propios del viciadísimo gusto universal de su tiempo, tanto en España como en América, de las poesías en que venciendo y desdeñando esa contaminación exterior, expresó sincera y bellísimamente su alma noble, pura y ardiente. Sus versos de amor profano

son sin duda los más apasionados e interesantes, y aunque no siempre exentos del discreteo conceptista en la manera de enlazar y contraponer los pensamientos, la sinceridad e intensidad de sus afectos, las reales ansiedades, tristezas y dolores de su alma, unas veces lo anulan y otras resquebrajan su corteza para dar triunfante paso a la llamarada de amor, hecha belleza. En sus poesías religiosas es todavía mas sencilla y limpia la expresión, por lo cual observa Menendez y Pelayo que más parecen del siglo XVI que del XVII, y más de algún discípulo de San Juan de la Cruz y de Fray Luis de León, que de una monja ultramarina cuyos versos se imprimían con el rótulo de *Inundación Castálida*. ¡Tan cierto es que no hay mejor antídoto contra las modas, vicios y amaneramientos decadentes de escuela, de antes o de ahora, que sentir el encendimiento de algo substancial en el alma! Ello se encarga de fundir las escorias, para llegar a la expresión sencilla, pura, natural, eterna. El ejército artístico de los *modistas* se reclutó y se reclutará siempre entre los vacíos presumidos que sobreponen, necesariamente, la *apostura* a la *idea*.

SOR FRANCISCA JOSEFA DE CASTILLO Y GUEVARA

Religiosa del convento de Santa Clara, de la ciudad de Tunja (Nueva Granada), muerta en 1742. El suave y sencillo romance místico inserto en el texto (sólo escribió dos, pues se distinguió más en la prosa) se recomienda por una pureza y sencillez de estilo y lengua propias de la mejor tradición del siglo XVI, y muy de excepción en el XVIII. Sólo en monjas o religiosas, herederas de la tradición de

Santa Teresa, atentas a su voz interior y ajenas a las vanidades literarias de la época, podía producirse tal milagro.

FRAY MATÍAS CÓRDOBA

Nació en Chiapa, provincia entonces de Guatemala, después anexada a Méjico (1824), no se sabe el año. Floreció en la segunda mitad del siglo XVIII y murió en 1829. Fué un docto dominico, gran profesor de la Universidad de San Carlos. No queda de él en verso más que la fabula que va en esta *Antología;* pero ella es bastante para acreditar en el autor dotes poéticas nada comunes y el dón de ensanchar y realzar un género entonces harto vulgarizado y reducido a albergar cierto espíritu malicioso de bajo vuelo y documentos de moral utilitaria. En la obra del Padre Córdoba se respira otro ambiente, así por la alta leccion de clemencia en los seres superiores, en que se inspira y dicta, cuanto por la destreza del desarrollo, la facil elegancia del estilo (no exento de algunos prosaísmos propios de la época) y la clasica majestad de su andadura.

RAFAEL LANDÍVAR

He juzgado de interes incluír, como lo hace Menéndez y Pelayo en su Antología academica, la traducción parafrastica que el moderno poeta mejicano don Joaquín Arcadio Pagaza, obispo de Veracruz, ha hecho del primer canto del poema latino del Padre Landívar, *Rusticatio me-*

xicana. Aunque sea fragmentariamente y en traducción, merece conocerse y divulgarse esa muestra de una antigua y excelente poesía descriptiva americana, que sirve, además, para apreciar mejor los pocos pero magistrales ejemplares posteriores del género. Yo no conozco el original, hoy rarísimo; pero el lector me agradecerá la transcripción de lo que de obra tan singular dice e informa Menéndez y Pelayo, que logró obtener un ejemplar después de muchos años de andar a su caza.

La Musa del Padre Landívar es la de las *Geórgicas*, rejuvenecida y transportada a la naturaleza tropical. Pero aunque Virgilio sea su modelo, y una gran parte del libro merezca el nombre de *Geórgicas* americanas, no se ha de creer que la *Rusticatio* sea un poema de materia puramente agrícola, como los cuatro divinos libros de Virgilio. La *Rusticatio*, que está dividida en quince libros con un apéndice, abarca mucho más, y es una total pintura de la Naturaleza y de la vida del campo en la América Central: vasto y riquísimo conjunto de rarezas físicas y de costumbres insólitas en Europa. La novedad de la materia, por una parte, contrastando con lo clásico de la forma y obligando al autor a mil ingeniosos rodeos y artificios de dicción para declarar cosas tan extraordinarias, y por otra el sincero y ferviente amor con que el poeta vuelve los ojos a la patria ausente y se consuela con reproducir minuciosamente todos los detalles de aquella Arcadia para él perdida, empeñan poderosamente la atención de quien comienza a leer la *Rusticatio*, desde la sentida dedicatoria a la ciudad de Guatemala. Y luego, creciendo el interés y la originalidad de canto en canto, van apareciendo a nuestros ojos, como en vistoso y mágico panorama, los lagos de Méjico, el volcán de Xorullo, las cataratas de Guatemala; los alegres campos de Oaxaca, la labor y beneficio de la grana, de la púrpura y del añil; las costumbres y habitaciones de los castores; las minas de

oro y de plata, y los procedimientos de la metalurgia; el cultivo de la caña de azucar, la cría de los ganados y el aprovechamiento de las lanas; los ejercicios ecuestres, gimnasticos y venatorios; las fuentes termales y salutíferas; las aves y las fieras, los juegos populares y las corridas de toros: todo lo que el autor compendia en los versos de su proposición... Tal es la materia de este peregrino poema, cuyo autor, escribiendo en la lengua de los sabios, atinó de lleno con el color local americano que tantos otros han buscado sin fortuna; y ciertamente, quien estudie los orígenes de la poesía descriptiva en el Nuevo Mundo, y las pocas pero selectas muestras que ha producido, pondrá la *Rusticatio* en el punto intermedio entre la *Grandeza mejicana* y las *Silvas* de Bello. Heredia admiraba mucho este poema, y tradujo de él en verso castellano el episodio de la pelea de gallos»[1].

Nació Landívar en Guatemala el 29 de octubre de 1731, y graduado maestro en artes, entró en la Compañía de Jesús en 1750. Desterrada la Compañía, emigró a Italia en 1767, y falleció en Bolonia el 27 de septiembre de 1793.

RAMÓN VIESCAS

Pertenece al pequeño grupo de los jesuitas poetas, no muy inspirados, pero sí muy sensatos, que salieron de los colegios de Quito y Guayaquil, en el siglo XVIII, y que víctimas de la catástrofe de su orden, honraron el nombre de su patria en los centros de la cultura italiana». Sus poesías serias son imitaciones y paráfrasis del italiano y del francés, hechas con elegante desembarazo.

[1] Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispano-americana* (en sus *Obras completas*), tomo I, páginas 186 y 187.

MANUEL DE ZEQUEIRA Y ARANGO

Con este poeta, y su contenporáneo y amigo Ruvalcaba, se inicia, modestamente, la poesía cubana. Zequeira precedió al segundo sólo nueve años en la vida y es sin duda el mejor. Dotado de un ardiente sentimiento de raza, narró la batalla naval de Hernán Cortés en la Laguna de Méjico, en octavas reales, y cantó, en la guerra de la Independencia española, el *Dos de Mayo*, y el *Primer sitio de Zaragoza*. El tipo de esta poesía corresponde a la escuela de Quintana y Gallego, bien que le sea notoriamente inferior. Más interés tiene hoy para nosotros, y sólo podía entrar en esta *Antología*, su oda *A la piña,* de caracter horaciano y de mejor gusto clásico que sus otros resonantes versos. El insigne poeta cubano Luaces ha dicho de ella, con alguna exageración, que «Apolo la inspiró y la embellecieron las Gracias.»

Nació este poeta en la Habana, en 1760. Dedicado desde 1774 a la milicia, fué en 1815 gobernador de Santa Marta, y en 1816 teniente del rey de Cartagena de Indias. En la plenitud de su brillante carrera, se vió atacado de enajenación mental, en 1821, y en tan triste estado prolongó su vida hasta cerca de los ochenta y seis años. Murió en la Habana en 1846.

MANUEL JUSTO DE RUVALCABA

Nació en Santiago de Cuba en 1709 y murió en la misma ciudad en 1805, a la edad de treinta y seis años. Cultivó el género bucólico y tradujo las églogas de Virgilio.

Se le debe un poemita *La muerte de Judas* y una elegía *A la noche*, de muy escasos quilates. Más valen algunos sonetos, como el delicado que va en el texto.

FRAY MANUEL DE NAVARRETE

Fué *mayoral* de la *Arcadia mejicana*, fundada a fines del siglo XVIII como reacción contra el vil prosaísmo entonces predominante. A fuer de poeta *arcádico*, y a pesar de su hábito franciscano y sus irreprochables costumbres, escribió muchos versos bucólico-eróticos en el gusto de los similares de Meléndez Valdés. Todo ello es hoy letra muerta, puro y frío convencionalismo, sin la menor chispa siquiera de inspiración sensual. Pero el nombre de Navarrete puede tomar pasaje en la nave de los poetas, aunque en segunda clase, merced a algunas composiciones de asunto moral y religioso, propio no sólo de su estado, sino de la verdadera y noble tendencia de su espíritu. En ellas mismas, aunque elevado y apacible, es muy desigual, y fue sin duda un inconcebible extremo del apasionamiento americano de Juan María Gutiérrez el pretender ponerle en parangón y rivalidad con el sublime cantor de *Noche serena*. Discurre con mucha elevación, — dice Menéndez y Pelayo — siente con cierto fervor melancólico, que es como tibia aurora del sentimiento romántico (véanse especialmente sus *Ratos tristes*); pero las alas no le sostienen bastante, le falta ímpetu lírico, y es mucho mejor para citado por trozos sueltos que para leído en su integridad. El mismo gran crítico cita los siguientes versos de los *Ratos tristes*, donde, como en Cienfuegos, y

con más naturalidad, hay como un vago preludio del lirismo romántico moderno y lamartiniano:

Dulces momentos aunque ya pasados,
A mi vida volved, como a esta selva
Han de volver las cantadoras aves,
Las vivas fuentes y las flores suaves,
Cuando el verano delicioso vuelva!
....

¡Áridas tierras, más que yo dichosas,
No así vosotras, ya que os manda el cielo
Anuales primaveras deleitosas
A coronar con mirtos y con rosas
La nueva juventud de vuestro suelo!

El Padre Navarrete tuvo también como cualidad un número, armonía y fluidez de versificación superior a sus contemporáneos e inmediatos sucesores. No obstante la epoca en que vivió, tan contaminada en España y América de galicismo literario y lingüístico, se mantuvo libre del contagio por su continuo trato con los poetas del siglo XVI, especialmente Garcilaso y Lope de Vega. En este sentido tiene verdadera hermandad con el poeta salmantino de la segunda mitad del siglo XVIII, Fray Diego González.

Nació Navarrete en 1768, en Zamora de Michoacán, y murió en 1809. Hay una edición de sus *Poesías*, de Méjico, 1823; otra de París, en 1835.

MANUEL DE LAVARDÉN [1]

—

Este escritor lleva el título de primer poeta porteño, en el orden del tiempo, y último de nuestra época colonial.

[1] Tal es su verdadero nombre. Por mucho tiempo se le llamó Juan Manuel Labardén, como hace Gutiérrez, confundiéndole con su padre

Con él se iniciaba también, aunque modestamente, hasta hace poco tiempo, toda poesía argentina; pero la reciente publicación de las obras de Luis de Tejeda, de quien hablo en una nota anterior, ha venido a dejarlo en segundo termino en la precedencia de tiempo, aunque no en la de mérito, dentro de la colonia.

Nació en Buenos-Aires el 9 de junio de 1754. Estudió en la Universidad de Chuquisaca, y con el grado de doctor en Leyes regresó a Buenos-Aires. El prestigio de esa casa de estudios, sus vínculos de familia, y sobre todo, su ilustración y talento le granjearon el trato y la alta estimación de los más autorizados profesores y escritores de entonces, y aun la amistad de Vértiz. Dióse a conocer en 1778, en un meditado y elegante discurso pronunciado en un acto público del Colegio Carolino de esta ciudad.

Dentro de su escasa producción, sólo debe mencionarse la *Sátira* literaria incluída en el texto, escrita en 1786 y publicada por primera vez por Gutiérrez, largos años después; la tragedia *Siripo*, de 1789, sobre un interesante episodio colonial americano, real o supuesto, de la que sólo se conoce hasta ahora el acto segundo; y por último, el célebre canto *Al Paraná*, dado a conocer en el primer número del primer periódico argentino, el 1.º de abril de 1801.

La *Sátira* en tercetos, contra los malos versos porteños y limeños, es pieza sumamente interesante por el dominio del género, el sabor tradicional, en él, del buen tiempo, la agudeza feliz, la invención del detalle, la destreza técnica y el modo de poner a los interlocutores, al final, en animadísima escena.

De *Siripo* ningun juicio cabal puede hacerse con sólo el

a[illegible] de guerra; pero el descubrimiento de su partida bautismal por el señor Reynal O'Connor ha puesto en evidencia que se llamó Manuel José. Él, en documentos auténticos, firma solamente *Manuel de Lavardén*

fragmento conocido. Por él se ve únicamente que pertenece al tipo de la tragedia pseudo-clásica francesa, tan en auge entonces entre los literatos españoles, como desdeñada por el público de la Península. El asunto, por su carácter local nuestro, fué muy bien elegido, y no faltan rasgos y escenas felices, en medio del énfasis y artificio habituales. De todos modos, se trata sin duda de una obra meditada y literariamente escrita y con la cual se inaugura la poesía dramática argentina.

La oda *Al Paraná*, que tan alto coro de alabanzas alzó en ambas orillas del Plata, fué su canto del cisne. Dentro de la retórica y el gusto mitológico de la época, hoy tan marchitos, nadie podrá desconocer con justicia la palpitación de un sincero y grave sentimiento personal, que imprime al verso, en los mejores trozos, un movimiento de onda caudalosa, en íntima armonía con el asunto. Sin ser una obra de mérito absoluto, hay en este canto una feliz fusión de elementos diversos, en el ensayo descriptivo de nuestra naturaleza, único entonces, y en la preocupación científica e industrial con que exhorta a sus compatriotas al aprovechamiento de los dones naturales en pro de la futura prosperidad de su patria. ¿Quién no ve un precursor de Bello, hasta en el tono y giro (salvando todas las distancias), en los siguientes versos?

No quede seno que a tu excelsa mano
Deudor no se confiese. Tú las sales
Derrites, y tú elevas los extractos
De fecundos aceites; tú introduces
El humor nutritivo, y suavizando
El árido terrón, haces que admita
De calor y humedad fermentos caros.

También es curiosa y singular, en ese tiempo, la preocupación de la realidad, al justificar en sus notas los rasgos del texto.

Por tales trozos, Lavardén merece ser contado entre los iniciadores del arte descriptivo americano, y lo sería en absoluto entre los argentinos, si no fuera por el pasaje de Tejeda transcripto en la nota correspondiente. Es lástima que este canto remate de modo tan desastroso, con una referencia a los reyes de España, que fuera de ser adulatoria (aunque pudiese interpretarse patrióticamente entonces) es de la más ridícula incongruencia, al pintar al Paraná llevando en su corriente los reales retratos, guarnecidos *de diamantes y de rojos rubíes*, en premio de sus beneficios. Yo no me he decidido a estropear con tan absurdo pegadizo el texto de esta *Antología*; pero lo copio aquí para el que no los conozca y se incline a censurar la amputación:

No quedarás sin premio (¡premio santo!):
Llevarás guarnecidos de diamantes
Y de rojos rubíes dos retratos,
Dos rostros divinales que conmueven:
Uno de Luisa es, otro de Carlos.
Ves ahí que tan magnífico ornamento
Transformará en un templo tu palacio:
Ves ahí para las Ninfas argentinas
Y su dulce cantar, asuntos gratos.

He aquí como *explica* esta oda Juan María Gutiérrez:

La invención es original y sencilla: la falta por algunos años del crecimiento periódico del gran río. Se finge retraído por los horrores de la pasada guerra extranjera, y le invita a que descienda en su carro de nácar, tirado por caimanes, vertiendo abundancia y frescor, desde la gruta distante, en donde, entre perlas nevadas y topacios ígneos, tiene volcada su urna de oro. Píntale rodeado de céfiros, de genios y de ninfas; ceñido con bandas de silvestres camalotes, coronado de lirios y arrebatado por caballos marinos a las regiones patagónicas. Mas no sólo el poeta se trasluce en esta composición, sino el observador guiado

por los buenos principios científicos. No era desconocido para Lavardén el auxilio que ofrece la química para proceder con acierto en las faenas de la agricultura, y en esto se mostraba discípulo de la escuela progresista a que pertenecían sus compatriotas Vieytes y Belgrano. Él sabía explicarse la economía de la naturaleza en sus recónditos procederes, y sabía también, como Virgilio y Delille, revelar sus misterios a los profanos, en el lenguaje de las musas »[1].

De todo lo cual resulta, que dentro de las precarias condiciones literarias de su época, y en la categoría de ensayos, Lavardén introdujo a la vez la sátira, el drama y el canto lírico-descriptivo en nuestra poesía.

Lavardén pasó sus últimos años en la Colonia del Sacramento, en el establecimiento del *Sauce*. Fué casado con su prima Celedonia Manuela de la Quintana. Se ignora la fecha cierta de su muerte, acaecida seguramente a inmediaciones de 1810. Su nombre no figura ya en la Revolución de Mayo[2].

[1] Manuscrito de la colección de Gutiérrez, existente en la biblioteca del Senado, copiado por el señor Puig en su *Antología de poetas argentinos*, página 15.

[2] Consúltese, además de Gutiérrez, el bello estudio de Ricardo Rojas, en el tomo II de su *Historia de la literatura argentina*, páginas 130 a 155.

ÉPOCA DE LA REVOLUCION

Antes de hablar, con la brevedad que estas *Notas* requieren, de los poetas comprendidos en la segunda parte de esta *Antología,* creo oportuno transcribir aquí algo que, acerca de la literatura, y especialmente de la poesía hispano-americana, tuve ocasión de indicar someramente hace ya muchos años, en unos *Apuntes de literatura castellana* (siglos XVIII y XIX), impresos, pero no *publicados*, con destino a mis alumnos del Colegio Nacional, en 1886. Divulgados, sin embargo, no sé cómo, por América y España (el señor Cejador y Frauca, entre otros, los cita en la página 327 del tomo IX de su *Historia de la lengua y literatura castellana*, Madrid, 1918), bien pueden hallar aquí nuevo asilo para encerrar en una línea general tantas notas parciales, mostrando a la vez una interesante concordancia de ideas, que presume su acierto, con escritores de muy diversa índole que han escrito mucho después. He aquí los párrafos pertinentes:

«La historia de la literatura hispano-americana, propiamente dicha, comienza en la época de la independencia, cuando, con la conciencia de su fuerza y su derecho, las antiguas colonias españolas, rompiendo una unidad política por graves razones contraria a su libre desenvolvimiento y progreso, decidieron erigirse en naciones independientes y soberanas. Antes de esa época, la literatura hispano-ame-

ricana se confunde e identifica con la española. Ello no obstante, para adquirir cabal conocimiento de los caracteres, progresos y estados de esa literatura, es absolutamente necesario estudiar con ánimo sereno y desapasionado, histórica y literariamente, la época de la conquista y el largo período colonial...

Mucho se ha declamado y se declama todavía contra España, su régimen colonial y el estado de atraso intelectual en que mantuvo sus posesiones de América; pero, sin negar en absoluto la parte de verdad que puedan contener tan insistentes acusaciones, la investigación detenida y seria de los orígenes, circunstancias y desenvolvimiento de ese período histórico, impide de todo punto hacer coro a esas sistemáticas condenaciones. Y llega la aberración a tal extremo, que no es raro oir a escritores hispano-americanos considerarse e indignarse como conquistados por España, ellos, los descendientes de los conquistadores![1]

Si toda conquista llevó siempre consigo graves violencias y desórdenes, mayores debieron de ser, y más durables, los de la conquista española en América, por la época en que se realizó, por lo desconocido, apartado y extenso de la región conquistada, así como por el cortísimo número de los audaces invasores. Pedir, en toda la primera época de la dominación española regularidad política y administrativa y lo que es más, una propagación eficaz y activa de la cultura intelectual, importa desconocer totalmente la naturaleza y condiciones de dicha época. La población y or-

[1] Y no ha contribuido poco la eterna machaca de las *cadenas rotas* a divulgar entre los americanos la estúpida y bochornosa creencia de que fuimos esclavos, y que peleamos, no de iguales a iguales con los altivos y libérrimos españoles nuestros padres, para alcanzar la independencia política, sino para manumitirnos. Que lo diga, si no, ese *gorro frigio*, insignia de *libertos*, que hemos hecho absurda y ridículamente nuestra. ¡Así se enseña aún la historia argentina en nuestras escuelas por nuestros adocenadísimos *profesores* de Historia!

ganización de todo un mundo nuevo y lejano no podía menos de ser una empresa colosal, erizada de dificultades de todo género, que obligara a las sociedades allí establecidas a una vida de ruda lucha exterior y a un modo de ser incoherente y precario. Y precisamente con la época en que la conquista podía irse normalizando, con el transcurso del tiempo y el aumento de población peninsular, coincidió la decadencia de España, decadencia mortal y profunda, de que sólo empezó a convalecer en los años en que, aprovechando su titánica lucha contra Napoleón, las colonias a viva fuerza se desligaron de ella. Natural era que el régimen despótico y el agotamiento moral y material que pesaban sobre la misma España, se hiciera sentir con mayor fuerza todavía en sus apartadas posesiones ultramarinas, donde no era facil, por otra parte, atender y juzgar las reclamaciones de los oprimidos ni reprimir los abusos de los funcionarios públicos. De aquí la contradicción que se advierte a veces entre el estado real de las cosas en las colonias y las notables providencias dictadas frecuentemente por los reyes de España en favor de los americanos. Ahora bien, si todo esto contribuye a justificar la independencia de América de todo poder europeo, no es menos cierto que relega a la condición de declamaciones huecas, por viejos y mezquinos odios inspiradas, la mayor parte de los cargos dirigidos a España. Si se quiere comprobar su falta de fundamento, recuérdese que al levantarse gradualmente la madre patria de su postración, en el curso de este siglo, se han ido levantando con ella las colonias que le quedaron. Así Cuba, cuya literatura y vida intelectual, lo mismo que las de las repúblicas emancipadas, ha progresado mas en este periodo que en toda la época colonial que se extiende hasta el fin del siglo XVIII y principios del actual, y ha llegado a producir uno de los dos o tres más grandes poetas americanos: Heredia. Y hay que añadir, que, a más de

olvidar los nada despreciables beneficios en este mundo, de una vida social apacible y blanda a través de tres siglos, y la convivencia y mezcla de los españoles con los indios, mientras en otras partes se les exterminaba a sangre y fuego por los que hablan siempre de civilización en beneficio propio y con la mecha del cañón encendida, hay que añadir, digo, que se ha exagerado todavía, y mucho, la falta de elementos de instrucción y cultura en los dominios españoles de America. Bastaría para demostrarlo el número considerable de estadistas e insignes hombres de letras y armas que surgieron en la guerra de la Independencia, educados bajo el régimen colonial, y cuyo florecimiento habría sido imposible si la obscuridad y la ignorancia hubieran reinado, con el absolutismo que se pretende, en las colonias americanas. Después de tanta bambolla, de tanto espíritu descastado, de ese abominable empeño de degradarnos a nosotros mismos en nuestros heroicos antepasados, de tanta historia de periódico y de discursos teatrales, que es la prostitución del género, nuestra verdadera historia colonial está aún por aprenderse y escribirse, alta y científicamente, para honor nuestro y de España.

Esto no impide admitir, sin embargo, que la instrucción debía ser, por las circunstancias históricas apuntadas, escasa y deficiente, por manera que, cuando la independencia nos puso en el caso de educarnos por cuenta propia, acudiendo en demanda de saber a las naciones más adelantadas de Europa, un cumulo de ideas y doctrinas nuevas, muchas de ellas superficiales y quimericas, por proceder de una reciente y grande transformación intelectual y política, hizo tumultuosa irrupción en nuestros espíritus, sacudiéndolos violentamente, desequilibrándolos, introduciendo la confusión y el desorden, llevándolos las más veces a enormes y lamentables extravíos, por falta de preparación y robustez suficientes para criticarlas, asimilar-

las y ponerlas en orden. Tal es el origen y la causa de casi todas las constantes desventuras políticas y sociales que han abatido y ensangrentado a los pueblos hispano-americanos desde la emancipación hasta hoy mismo (lo cual ha hecho pensar a algunos, acaso con razón, que nuestra emancipación fué prematura [1]) y tal es también lo que debe tenerse en cuenta para explicar racionalmente los caracteres, los quilates estéticos y los que podrían llamarse vicios orgánicos de su literatura.

La literatura hispano-americana, en general, derivada inmediatamente de la española, ofrece, no obstante, rasgos peculiares que la hacen una variedad interesante dentro de las condiciones fundamentales de la raza y de la lengua a que pertenece. Distínguese especialmente por la brillantez y el lujo de la expresión y por cierta tendencia a la exaltación y al lirismo aun en aquellos géneros que menos lo reclaman.

La historia, la novela, la dramática, la crítica, la prosa didactica estan todavía en la infancia en la mayor parte de los Estados hispano-americanos, y esto se debe a que tales manifestaciones literarias requieren, mucho más que la poesía lírica y narrativa, estudios serios y metódicos, vida normal, sello nacional, organización característica y definitiva.

El más cultivado de todos ellos, el género histórico, no ha revestido casi nunca el tono y estilo que le convienen, literariamente considerado. Unas historias pecan por áridas y descarnadas, pues sólo se preocupan de la relación de

[1] "Los que trabajamos por la independencia — decía Bolívar — hemos arado en el mar... Veo nuestra obra destruida y las maldiciones de los siglos caer sobre nuestras cabezas, como autores perversos de tan lamentables mutaciones". Comentando estas palabras, observa Restrepo, en su *Historia de Colombia*: "¡Tanta era la impresión que hacían en su ánimo los crímenes cometidos por doquiera, y las revueltas continuas de las nuevas Repúblicas!"

los hechos; otras por el excesivo predominio de la imaginación y de la impresión personal del historiador. El espíritu de investigación y de crítica, de que tanto necesita este género (y que no ha de confundirse con la menuda rebusca de papeles viejos por los que no tienen criterio ni vuelo intelectual para aprovecharlos) se ha mostrado generalmente exiguo en nuestra América, por lo cual el alcance y significado de muchos hechos importantes, cuando no su verdad misma, permanecen todavía en una luz indecisa. Entre los pocos excelentes ejemplares americanos de historias bien pensadas y bien escritas, debe citarse el *Resumen de la historia de Venezuela*, de Baralt.

La novela ha dado escasísimos frutos. Las continuas luchas y transformaciones por que, desde la época de la emancipación, han venido pasando las repúblicas americanas; la inmigración europea, abundante, sobre todo, entre nosotros, que borra y cambia sin tregua sus relieves y rasgos característicos, y el escaso espíritu observador de los hispano-americanos, que dan todo a la imaginación y a la sensibilidad, aunque carezcan de substancial cimiento en que asentarlas, son otras tantas causas que han estorbado, y estorbarán por mucho tiempo todavía, el desarrollo constante y feliz de este género literario. La novela, como todo arte objetivo, requiere costumbres originales y definidas, sello característico, relieve propio, en el teatro destinado a suministrarle sus elementos, y grandes dotes de intuición y de observación en quien los maneje: cosas todas que faltan en estos países, entregados desde hace más de setenta años a perennes luchas y trastornos. No quiere esto decir que no se hayan escrito en ellos algunas novelas de mérito relativo, entre las cuales han alcanzado mayor popularidad la *María*, del colombiano Isaacs, y *Cumandá*, del ecuatoriano León Mera.

De la poesía dramática puede decirse algo análogo. Las

mismas causas que han impedido el florecimiento de la una han estorbado el de la otra. Y aun es de observar que exigiendo el género dramático una mayor condensación artística que el novelesco, y mayor destreza técnica, la manifestación del primero ha debido ser y ha sido mas exigua aun que la del segundo. Del rigor de esta sentencia hay que exceptuar, relativamente, a Méjico, en donde el arte dramático tiene ilustre abolengo desde la edad de oro, con Alarcón, y ha ofrecido en este siglo dramaturgos más *hechos* y bien dotados, como Gorostiza, y en época más reciente, José Peón y Contreras.

La crítica literaria, bastante adelantada en algunas repúblicas del norte de América (principalmente en Colombia, que posee algunos críticos de primer orden, como Miguel Antonio Caro, humanista y poeta insigne, traductor en verso de Virgilio y de los más diversos poetas antiguos y modernos, con arte incomparable), es pobre o anda grandemente extraviada en las centrales y del sur. Es ello una consecuencia necesaria de la ausencia de estudios clásicos y fundamentales, únicos que pueden guiar con rumbo seguro por los vastos e inciertos caminos de la crítica literaria. Me apresuro a hacer la debida excepción, entre nosotros, con el ilustre nombre de Juan María Gutiérrez, docto e infatigable investigador de nuestras letras, de excelente criterio (cuando su apasionado americanismo no lo ciega), de tan ameno y castizo estilo, y, hasta el presente, nuestro verdadero hombre de letras. La cultura argentina le debe todavía el monumento de una buena edición completa de sus obras, algunas agotadas, y todas malamente esparcidas en periódicos y revistas de esta y otras repúblicas americanas.

En cuanto a la prosa didáctica, puede decirse que no es muy adecuada, ni a la índole general de los americanos, ni a sus actuales circunstancias. Requiere este género grandes y completos conocimientos, severidad de espíritu, so-

briedad y propiedad de expresión, de donde surge, con la natural y sencilla armonía del estilo, un suave resplandor de modesta pero persistente belleza. Tales cualidades no parecen destinadas a brillar por ahora en nuestro continente. Colombia (véanse, entre otros ejemplares, las nutridas y sabrosas *Apuntaciones sobre el lenguaje bogotano*, del profundo filólogo Cuervo) y Chile son las naciones que sobresalen más en dicho género[1].

La oratoria tribunicia y parlamentaria, muy del gusto de los americanos, ha tenido un vasto escenario en las tempestuosas vicisitudes de la política del Nuevo Mundo. Voces elocuentes han resonado sin duda desde los primeros días de la emancipación, sin que hayan faltado tampoco algunos ilustres oradores sagrados. Pero en esta clase de producción, por la índole misma del género, por la liga de efímera actualidad que más que otras contiene, por su carácter activo y los vínculos indisolubles que la unen con los hechos que la movieron y la hicieron vibrar, quedan para la posteridad más bien los nombres que las obras. Apartada del medio en que nació, muy generalmente se marchita y se seca, cuando no se hace ininteligible.

Concretándome, pues, a la poesía lírica y a la poesía narrativa, que son las más florecientes, las que mejor conocemos, y formarán, por lo tanto, la materia predilecta de nuestro estudio en estas regiones, diré que los poetas hispano-americanos poseen generalmente, como cualidades, imaginación brillantísima y rica, vuelo ambicioso, sensibilidad, y cierta frescura y lozanía en el modo de decir las cosas, es decir, las condiciones fundamentales de la poesía. Pero este mismo lujo de imaginación los vuelve (a la

[1] En los treinta y tres años transcurridos desde que estas apreciaciones se escribieron, la prosa hispano-americana, en la especulación filosófico-social, en la historia, en la crítica y exposición científica, ha acrecido mucho su caudal, descollando sobre la poesía.

manera de los españoles poco sobrios. Desconocen que la economía es la fuerza, y que la poesía es tanto más eficaz cuanto más concentrada. Otros graves defectos, comunes a muchos escritores americanos, son el descuido de la forma, en el arte tan esencial, la falta de propiedad en las expresiones de que se valen para manifestar sus pensamientos, la incongruencia en las imágenes y metáforas, y la incuria en cuanto al manejo feliz y abundante de la lengua. En suma, carecen por lo general de ese amor de los pormenores, de ese anhelo insaciable de perfección y de hermosura, de ese instinto de proporción y armonía que perpetúan en moldes artísticos, sólidos y consistentes los estados bellos del espíritu. Hay en ellos un derroche de naturaleza, no encauzada, sin apocarla, con los eternamente indispensables estudios clásicos, casi completamente desaparecidos de América. Por otra parte, la imitación mas o menos servil, ya de los mismos españoles, ya de los franceses, ya de otras literaturas europeas, perjudicando altamente su originalidad, ha dado por resultado, en ocasiones, hirientes anacronismos, y la rareza con que se refleja en sus cantos la espléndida naturaleza americana. Sucede esto, porque en vez de sentir y observar, prefieren muchos atenerse a impresiones ajenas, a modas literarias, que hallan en las obras de su predilección. No somos aborígenes, y no debemos nutrir la pueril pretensión de una absoluta originalidad americana; pero va mucha distancia entre nuestra natural comunión con el espíritu general europeo y universal, y esa falta de raíz de quien parece no haber nacido en ninguna parte, y estar, como eterno viajero, de visita en todas. El cosmopolitismo multicolor y *dilettante* no podrá fundar nunca una verdadera literatura. Pertenecemos a la raza española y debemos mantener con elevación e independencia, en acatamiento a una ley natural, su tradición literaria y las formas de nuestro rico idioma, desenvolviéndolo

y perfeccionandolo organicamente, no por medio de superpuestos barbarismos; pero somos también una *variedad* de esa raza, con modificaciones importantes, con rasgos, coloridos y costumbres que nos son peculiares; vivimos en medio de una naturaleza extraordinariamente hermosa, y esos rasgos, ese colorido, esas costumbres, esa naturaleza deben asimismo estamparse en nuestras obras, si nutrimos el grande anhelo de poseer una literatura propia, original y fecunda. Cada raza, cada pueblo, lo sepa o no (en mayor o menor grado, según las épocas), lleva en su tradición y en su naturaleza un algo suyo e inconfundible que le da valor propio, y que no tiene porque abandonar o dejar perder al entrar en alto coloquio con el alma y la cultura universal.

Lo dicho con respecto a los defectos más comunes de la poesía americana no vale decir que no hayan ya surgido en Hispano-América eminentes poetas, ya grandes, ya delicados, de elevada inspiración y la más elegante y segura maestría. Basta recordar los altos nombres de Olmedo, Bello, Heredia, en la época revolucionaria, los de ambos Caros, Gutiérrez González, Arboleda y el genial Pombo en la siguiente; a Zenea, Mármol, Ricardo Gutiérrez, Andrade, Guido y Spano, y otros varios mayores o menores, para afirmar que las musas no negaron sus largas visitas al continente americano, donde les agradó estampar su « sandalia de oro ».

Por lo demás, aunque ligados por un origen comun, los Estados hispano-americanos ofrecen diferencias dignas de estudio en cuanto a su cultura literaria, tendencias dominantes y circunstancias físicas y morales que los rodean. Unidos por estrechos vínculos a la civilización europea, de la cual forman como una gran rama, todos ellos han sentido, más o menos profundamente, las transformaciones que el gusto, las doctrinas y la producción artística en ge-

neral han experimentado en Europa en el curso de la actual centuria. Todos han tenido sus *clásicos* y *románticos*, sus *idealistas, realistas* y *naturalistas*. ¿Qué los distingue y caracteriza? La manera como han conservado la tradición castellana en literatura, después de rotos los lazos coloniales; como han entendido y asimilado los elementos nuevos; y aquel colorido y relieve propios que señalan a cada comarca, aunque esté unida por un origen común con otras varias.

JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO

Es este el poeta de más poderoso y amplio vuelo de su época, y acaso de cuantos hasta hoy han nacido en América. Se le ha llamado con razón el Quintana español. Pertenece a su escuela y manera, que es la misma de Gallego. Con un menor campo de visión de las cosas humanas, históricas, políticas y sociales, que el gran lírico de las *Odas a España*, con menos sostenida perfección y elegancia, menos vario y fecundo, le supera en lo que podría llamarse *encendimiento poético*, en abundancia de color y matices, en diversidad de tonos, en la hábil combinación de luces y sombras, y, especialmente, en sentimiento y observación personal de la naturaleza. Este gusto del detalle físico y poético a un tiempo, contrasta singularmente con la índole general de su inspiración y los hábitos de su escuela, y es por ello más digno de admirarse y agradecerse. Sorprende agradablemente, en verdad, en medio de tanta grandiosidad y estruendo, aquel admirable rasgo realista tantas veces citado y digno de serlo,

al pintar la puesta del sol en las montañas, en *La victoria de Junín*:

> *En mayor disco menos luz ofrece,*
> Y veloz tras los Andes se obscurece;

como la famosa pintura del caballo, en el canto al general Flores:

> Tiemblan sus miembros, su ojo reverbera,
> Enarca la cerviz, la alza arrogante
> De prominente oreja coronada;
> Y al viento derramada
> La crin luciente de su cuello enhiesto.
> *Ufano da en fantástica carrera*
> *Mil y mil pasos sin salir del puesto.*

A veces da a la frase y a la imagen una solemnidad de giro imponente, marca del gran poeta:

> ¿Quién es aquel que el lento paso mueve
> Sobre el collado que a Junín domina?...
>
> ¡Rey de los Andes, la ardua frente inclina,
> Que pasa el vencedor!...

Olmedo maneja magistralmente el verso, la estrofa, la magnífica lengua poética tradicional castellana; pero cae en desigualdades de tono y de estilo, en frases triviales o prosaicas, así como en adjetivos de relleno que no dan ninguna impresión pintoresca. Escribía poco, lentamente, y sin hacer gran uso de la lima, al menos una vez terminada la composición. Entre los grandes poetas, apenas podrá hallarse alguno menos fecundo. Las tres composiciones que van en el texto son, a mi ver, las unicas originales dignas de su genio, a las cuales hay que añadir su admirable traducción de tres epístolas del *Ensayo sobre el hombre*, de Pope. Su inspiración mas grande y opulenta es sin duda su *Canto a Bolívar*, pero el dedicado mucho mas tarde *Al general Flores, vencedor en Miñarica*, aun-

que de asunto tan inferior y local, es también espléndido, y dotado, en plan y estilo, de mayor perfección. El mayor defecto del primero, como ha sido tantas veces notado, aun por el mismo Bolívar, es la inoportuna e incongruente aparición del Inca, que desequilibra toda la composición por el vasto lugar que le concede el poeta, a lo cual se añade, para agrandarle, la inverosímil tirada filantrópica y humanitaria que pone en su boca, haciéndole confraternizar ridículamente con los descendientes de los conquistadores. Olmedo quiso con ello dar la debida unidad a su obra, que no celebra sólo a Junín, sino a Ayacucho y el triunfo definitivo de la Independencia americana, que coronaba a Bolívar; pero el recurso fué impropio, y en un asunto tan reciente y de tan plena evidencia histórica, inadmisible.

Olmedo ha sido objeto de largos y excelentes estudios de eminentes críticos españoles y americanos, a todos los cuales supera, según su costumbre, Menéndez y Pelayo, en el que le consagra en el tomo segundo de su *Historia de la poesía hispano-americana*. «Si al cantor de la Zona Tórrida dice — fué concedida la ciencia profunda de la dicción, y al poeta del Niágara la contemplación melancólica y apasionada, Olmedo tuvo, en mayor grado que ninguno de ellos, la grandilocuencia lírica, el verbo pindárico, la continua efervescencia del estro varonil y numeroso, el arte de las imágenes espléndidas y de los metros resonantes, que a la par hinchen el oído y pueblan de visiones luminosas la fantasía.»

Nuestro Juan María Gutiérrez, que había incluído en su *América Poética* diversas composiciones del gran vate del Guayas, publicó luego en Valparaiso, 1848, un tomito bastante completo con el título de *Obras poéticas*, precediéndolas de algunas palabras. El ejemplar que poseo de esta hoy rarísima edición está autógrafamente dedicado por Gutiérrez al doctor José Barros Paso.

Olmedo nació en Guayaquil el 20 de mayo de 1780. Estudió en Quito y en Lima, donde se graduó de doctor en 1805. Fué en la Universidad de Lima profesor de derecho romano, y se dedicó después en Guayaquil a la abogacía. Nonbrado diputado a las Cortes de Cádiz en 1810, regresó a América en 1814. Dos poesías juveniles suyas (*Elegía en la muerte de la princesa doña María Antonia de Borbón*, y *El Árbol*, de 1807 y 1808, respectivamente), en las cuales apuntan ya briosamente sus cualidades características, se inspiran en un fervoroso sentimiento español y monárquico, que contrasta con su exaltación posterior contra España. Desde 1820, desempeñó diversos cargos públicos en Juntas de Gobierno y Asambleas Constituyentes, hasta que su héroe y amigo Bolívar le envió de ministro a Londres, donde a la sazón residía Bello, con quien mantuvo desde entonces estrecha amistad. Regresó de Europa en 1828 y fué electo vicepresidente de la Republica y luego gobernador del Departamento del Guayas. Enemistado con Flores, a quien tan espléndido canto le dedicara, formó parte del Gobierno provisional revolucionario que derribó al general, y habiendo sido proclamado candidato a la presidencia del Ecuador, fué vencido en la elección por Vicente Ramón Roca. Murió en Guayaquil el 19 de febrero de 1847.

ANDRÉS BELLO

El plan de esta obra ha reunido naturalmente, en un excelso grupo, a los tres mayores y más representativos poetas hispano-americanos de su época, y en cualquier otra eminentes: Olmedo, Bello, Heredia. Al hablar aquí del se-

gundo, en vez de repetirme con diversas palabras, prefiero reproducir, de mis ya citados *Apuntes de literatura castellana*, de 1885, la semblanza por mí entonces trazada del gran maestro.

Durante la guerra de la Independencia, no surgió en Venezuela ningún poeta heroico que la cantara. Ni debe eso extrañarse, pues allí la lucha tuvo un caracter tan agitado, doloroso y dramático en el corazón mismo de la colonia, en Caracas, varias veces perdida y recobrada por cada bando combatiente, que el cultivo de las letras, siempre necesitado de cierto reposo, aun en medio de las tormentas, hubo de ser poco menos que imposible. Necesario es, por ello, llegar al año 30, en que, disuelta Colombia, Venezuela se constituye en república independiente, para hallar los primeros impulsos literarios de esta heroica región americana, que comparte con la nuestra el título de *libertadora*. Este primer movimiento se extiende hasta 1848, y ofrece el hermoso espectáculo de una brillante actividad intelectual derramada en todas direcciones. A un mismo tiempo, con febril entusiasmo, se organiza, estudia y crea. Digamos, pues, algo de los ingenios que mas descuellan en este periodo, comenzando por el que ocupa con perfecto derecho el primer puesto, no sólo en su patria, sino en la America toda.

Venezuela ha tenido el raro privilegio de poseer, en las armas, a Bolívar, y en las letras a Andrés Bello, de quien aquél fué discípulo. Mas si el primero encuentra en San Martín un guerrero tan grande como él, aunque de carácter opuesto, la más estricta justicia exige que, en el orden literario, se reconozca en el segundo una primacia absoluta. Bello es, en efecto, el gran patriarca, el principe de los escritores hispano-americanos, tomando la palabra *escritor* en su más amplio y elevado sentido.

Nació Bello en Caracas, el 29 de noviembre de 1781. Desde temprano, en su vida de estudiante, dió pruebas de

las mas excepcionales aptitudes y obtuvo ruidosos triunfos. Dedicado al principio a la enseñanza privada, el conocimiento y trato de Humboldt, a quien siguió en algunas excursiones, dió nuevos rumbos a su espiritu, iniciandole en el amor de la ciencia y la naturaleza. En 1810, la Junta Suprema establecida en Caracas, en reemplazo de la autoridad colonial, envió a Londres una especie de embajada patriótica compuesta de Bolívar y el doctor Luis López Méndez, a los cuales Bello, que era ya uno de los jóvenes mas ilustrados de la capital, y había desempeñado antes el cargo de oficial de secretaria en la Gobernación y Capitania General de Venezuela, acompañó en carácter de secretario. Allí, en unión del ilustrado literato neo-granadino García del Río, fundó dos revistas literarias con el nombre, respectivamente, de *Biblioteca americana* (1823) y de *Repertorio americano* (1825), destinadas especialmente a desvanecer los errores en que incurrían (y aun incurren) los europeos mas ilustrados al hablar sobre cosas de América. Bello colaboró en ambas, bajo las iniciales de su nombre y apellido, con notables trabajos literarios. Esa larga permanencia de cerca de veinte años en Londres fué fecundisima para su ilustración, que robusteció ampliamente frecuentando las bibliotecas y el trato de personas doctas. En ese periodo escribió sus mejores y mas conocidas poesías, sus excelentes estudios de filología castellana y de poesía medioeval. En 1829, llamado por el presidente de Chile, don Francisco Antonio Pinto, se encaminó a dicha Republica y en ella se estableció definitivamente, considerandola como su patria adoptiva. Ejerció allí desde entonces un amplio y transcendental magisterio, civil y literario, educó a las nuevas generaciones, con firmeza, pero sin rigorismos intolerantes, en las mas sabias disciplinas, fundó la Universidad de Chile (1843), de la cual fue el primer rector, difundió sus grandes lecciones por toda América y

murió, cargado de años, de respeto y de gloria, en 15 de octubre de 1865, después de haber llenado una de las existencias más nobles, laboriosas y fecundas de que haya ejemplo en todas las épocas y países de la tierra.

El examen y crítica de los méritos y obras de Bello requerirían un espacio infinitamente mayor del que me es dado consagrarle en este lugar. Su biografía ha sido hecha de la manera mas completa en un grueso volumen, *Vida de don Andres Bello*, por el escritor chileno Miguel Luis Amunátegui, discipulo suyo. Me limitaré, pues, a indicar ligeramente los rasgos más salientes y característicos de este vasto y comprensivo espíritu.

Bello cultivó con éxito extraordinario, dejando en todos huellas profundas, los más diversos ramos del saber. Fue filósofo, jurisconsulto, filólogo, gramatico, literato y poeta. A esas diversas actividades responden su *Filosofía del entendimiento*, su *Código Civil* de Chile, obra de gran reputación; su excelente tratado de *Derecho Internacional*; su *Gramática castellana*, escrita para el uso de los americanos, la mejor que existe en nuestra lengua, llena de espíritu filosófico y de ciencia filológica, de índole reformadora; su *Tratado de ortología y métrica*, que con tanta novedad y acierto desentraña la materia; su edición y glosario del *Poema del Cid*, maravilla de intuición y sagacidad crítica y filológica, realizada en América sin el auxilio del códice unico de Per Abat, con sólo la imperfectísima edición de Sanchez a la vista, y que, no obstante, supera infinitamente a cuanto se ha hecho en Europa[1]; sus numerosos artículos

[1] Cuando esto se escribia aun no habia publicado el sabio don Ramón Menéndez Pidal su trabajo magistral y definitivo al respecto. Del *Cid*, de Bello, dice con razón Menéndez y Pelayo: "Un libro de este género, que comenzado en 1827 y terminado en 1865, ha podido publicarse en 1881 sin que resulte anticuado en medio de la rápida carrera que llevan estos estudios, tiene sin duda aquella marca de genio que hasta en los trabajos de erudición cabe."

críticos, sus discursos y opúsculos diversos, y, por último, sus poesías traducidas y originales. Era, además, muy versado en las ciencias exactas y naturales, y se le debe un tratado de Cosmografía.

Si en medio de este cúmulo de obras y cualidades diversas, se me pregunta cuáles son las inclinaciones más características de este escritor insigne, y cuál la índole fundamental de su espíritu, responderé, a lo primero, que Bello es ante todo y sobre todo literato y poeta, comprendiendo en el dictado de *literato*, no sólo al escritor de imaginación, sensibilidad y buen gusto, no sólo al crítico, sino también al gramático, filólogo y hablista, pues en la ciencia de la elocución y la dicción, en el conocimiento y manejo de la lengua castellana, de su espíritu, secretos y delicadezas (cosas tan íntimamente ligadas al relieve y matices del pensamiento), Bello no reconoce superior en la literatura castellana, tanto antigua como moderna, así americana como española; y a lo segundo, que la unidad fundamental de su espíritu estriba en una tendencia universal de sabia innovación y reforma, no por medio de transiciones violentas, ni de concepciones sintéticas *a priori*, ni de raptos de una imaginación desordenada que ante todo busca presuntuosamente su lucimiento; sino de un análisis metódico y profundo, y de un espíritu conciliador y reposado, accesible a todo lo bueno, sea antiguo, sea moderno, adicto al desenvolvimiento orgánico, única forma sólida y fecunda de progreso, e igualmente distante de la revuelta y la rutina. Bello es, pues (y estas no son vanas palabras, sino verdades que pueden demostrarse con sus obras en la mano), un espíritu amplio, elevado y profundo, abierto a todas las corrientes de la inteligencia, a todos los horizontes de la imaginación, a todos los impulsos de la sensibilidad; pero dotado de la fuerza personal necesaria para examinarlo todo por cuenta propia y seguir en su marcha

un voluntario y firme derrotero. Así, realizando el tipo del sabio y del literato europeo, por su selecta cultura, por su mesura, por el orden y método de sus estudios, Bello es, al mismo tiempo, decididamente americano por el colorido y sello de su espíritu, y quiere que este colorido y este sello se difundan y graben en toda producción nuestra, no ya sólo artística y literaria, sino también científica, poniéndonos en estado de juzgar por nosotros mismos las conclusiones de la ciencia europea, y enriqueciéndola con los datos, observaciones y experiencias suministrados por las peculiares condiciones de nuestro suelo y de nuestro clima [1]. Con gran verdad y penetración dice, pues, nuestro Juan María Gutiérrez, que Bello, bajo las formas más disimuladas, ha sido un innovador atrevidísimo en diversas materias y un obrero efectivo del progreso y de la libertad. Y añade más adelante: Fué una abeja laboriosa que libó la miel de todas las civilizaciones en sus flores más originarias, dándonos a beber en el más exquisito licor patrio el fruto de sus útiles correrías por todos los climas favorecidos del pensamiento y del gusto.

Y bien, no obstante la exactitud evidente de estas afirmaciones, Bello ha sido objeto, por parte de ciertos espíritus desequilibrados o frívolos, de las más absurdas censuras. Los emigrados argentinos en Chile en tiempo de la tiranía de Rosas, entre los cuales hallábanse algunos dotados de brillante talento, pero de instrucción deficiente y desordenada, llenos de ideas revolucionarias y románticas mal digeridas, hubieron de encontrarse frente a frente con Bello, abierto ya a las nuevas tendencias, como lo prueban sus espléndidas imitaciones o adaptaciones de Víctor Hugo, pero con ideas bastante maduras para no dejarse arrebatar inconscientemente por una escuela europea, gloriosa y be-

[1] Véase su *Memoria de la Universidad de Chile* correspondiente al año de 1848.

nefica, pero extremada, y que exageraban todavía sus secuaces de América. Llevó, pues, a ella, como a todo, su fino espíritu crítico; bebió, clarificándolas, las turbulentas aguas de aquella nueva corriente, y supo distinguir a tiempo entre la libertad y la licencia, entre la inspiración y el delirio. Pero el fanatismo revolucionario, que no admite *distingos*, tomó pie de ahí para apellidarle gramático estrecho, retórico preceptista y rígido, sin inspiración y sin vuelo, pagado sólo de las exterioridades de la forma y de las delicadezas del idioma, con perjuicio de lo esencial, que es el espíritu. La injusticia llegó hasta confundirle con los que entonces se llamaban *clásicos*, y equipararle con Hermosilla, cuyo *Arte de hablar* aceptara como texto por razón de su excelente método, pero reservándose poner oportuno correctivo a sus doctrinas exclusivistas, que fué el primero en pulverizar[1]. El gran esmero que siempre demostró con respecto al idioma, lejos de deberse a superficial alarde gramático o retórico, era hijo de su profundo sentido, el cual le hacía comprender que en los complicados fenómenos de ese maravilloso instrumento es donde mejor pueden sorprenderse las funciones lógicas del pensamiento y los más delicados impulsos y matices del espíritu. Inútil es agregar que en esta lucha literaria cupo a Bello la mejor parte. El discurso magistral que poco después pronunció en la instalación de la Universidad de Chile, dijo la última palabra, y resonó en toda América consagrando el triunfo de sus doctrinas, tan elevadas como racionalmente liberales. Sin embargo, los emigrados argentinos nos hicieron a su vuelta una pintura, quizá sincera, pero antojadiza y falsa, en el sentido antes indicado, de aquel hombre eminente, y como la generalidad no se toma la pena de leer

[1] *Juicio crítico de don José Gómez Hermosilla.*

y juzgar por su cuenta las mil pruebas en contrario que nos ofrecen sus obras, esta es la hora en que, para agravio de nuestra ilustración y buen gusto, se repiten todavía a su respecto, con aires de imposición dogmática, las mismas vulgaridades [1].

Como poeta, ocupa Bello, no el primero, como quieren algunos, pero sí uno de los primeros puestos entre los hispano-americanos. Sus cualidades no son de aquellas que se imponen inmediatamente a la generalidad; no posee una originalidad poderosa, ni una imaginación fulgurante, ni una intensa y apasionada sensibilidad; sus cualidades son templadas y suaves, pero delicadísimas y profundas, y brillan de un modo incomparable en la detallada descripción de los objetos naturales, hecha siempre de acuerdo con la ciencia (y en tal sentido llama Caro *científica* a esta poesía), pero revestida de un colorido tan poético como sabiamente graduado. En ella interpola reflexiones morales dignas de Horacio por el giro artístico que sabe comunicarles. A su voz, todo se anima y vive, pero sin intemperancia, serenamente, como el hálito sano y tranquilo de los campos. La inspiración virgiliana de las *Geórgicas* es la suya, aplicada a nueva edad y nueva escena, y él fué el primero en señalar a la poesía el mundo virgen de América, en hallar las verdaderas fuentes de la poesía americana, que brindó luego a los poetas del nuevo continente [2]. Su género

[1] En sus últimos años, Sarmiento, que fue quien con mas furia arremetió contra Bello en Chile, me contaba un dia riendo en su casa, y dándome manotadas en la rodilla, la famosa aventura, y añadió con el tono de la más sincera convicción: "La verdad es que Bello tenia razón y sabia infinitamente más que todos nosotros". En cambio, el escritor chileno don Jorge Huneeus, en su reseña de introduccion a la parte chilena de la *América literaria* de Lagomaggiore (segunda edicion), reedita trasnochadamente la acostumbrada acusación de rutina contra Bello. No tiene perdón de Dios.

[2] No ha de olvidarse, sin embargo, que *En el Teocalli de Cholula*, de Heredia, es de 1820, y *El Niágara* se incluyó, junto con esa admirable meditacion, en la primera edición de Heredia, de 1825, en Nueva York. Sólo que la descripción de Heredia es cosa muy diversa de la de Bello

propio, no es, pues, el lirismo propiamente dicho, sino la poesía descriptivo-didáctica, para la cual fué superiormente dotado. En Bello, como en ciertos grandes poetas de la Edad Media, la poesía es un *saber poético e inspirado*. En cuanto a su estilo y dicción poética, nada puede darse más perfecto, por su propiedad, su limpieza, la íntima y delicada concordancia de sus cortes prosódicos con la idea o la imagen, su armonía y sabia naturalidad[1]. La *maestría*, en tales alturas, es también *genio*. En este concepto le corresponde el primer sitio entre todos los americanos.

Su producción poética puede y debe clasificarse en tres períodos: el juvenil, en Caracas, de meros tanteos sin valor, que remata, ya con mejor entonación y brío, con el soneto *A la victoria de Bailén*; el de su permanencia en Londres, hasta 1829, en el cual alcanza la plena madurez, escribe su bella epístola a Olmedo y publica en las revistas ya mencionadas las dos grandes y clásicas composiciones que le han dado renombre imperecedero, la *Alocución a la Poesía* (cuya segunda parte es muy inferior) y la silva *A la Agricultura de la Zona Tórrida*, su obra maestra y perfecta[2]; y por último, el de su residencia definitiva en Chile hasta su muerte. En este tercer período, su producción original es inferior a la del segundo; pero sus traducciones o adaptaciones incomparables, verdaderas *conquistas* para la musa americana, dan a su gloria de poeta nuevos fulgores. En la primera baste citar, como líricas, algunas odas *oficiales*, como la titulada *Al diez y ocho de Septiembre* (1841) y el canto (elogiado entonces en *El Mercurio* por el mismo Sarmiento) *El incendio de la Compañía*. Superior a todo ello, y muy interesante en sí mismo, es la leyenda colonial *El Proscripto*, que desgraciadamente sólo alcanzó a cinco can-

[1] "Manso río cargado de riqueza y con el fondo de oro", dice Pombo.

[2] De ella dice Menéndez y Pelayo que "por sí sola vincula la inmortalidad al nombre de Bello".

tos. Este notable fragmento, cuya introducción al tercer canto contiene, por excepción en el, una sentida y penetrante efusión personal del poeta, que en su adoptiva patria no podía olvidar la nativa, comprueba cuan amplia entrada había dado Bello en su espíritu a la renovación romantica de su época, no en las fórmulas militantes de escuela, ni en el lloriqueo quejumbroso, ni en el extravagante derroche de color, ni en la predilección, en América tan exótica, por los castillos y castellanas de la Edad Media; sino en algo mucho más substancial y fecundo, en el ambiente de libertad, en la desahogada familiaridad del tono, y en el abatimiento de la muralla artificialmente alzada entre los diversos géneros y estilos, por todo lo cual, así como por la inspiración apasionada (cuando era sincera), el Romanticismo de este siglo será eternamente glorioso. *El Proscripto* encierra trozos de muy bella poesía, en que sin esfuerzo alternan lo serio y lo humorístico, una narración diestra y fácil y muy gallardas octavas. Pertenece esta obra a una clase de poesía narrativa, generalmente destinada a pintar escenas, tipos y costumbres de la vida colonial, de que hay algunos ejemplares en la poesía americana. En ella figuran, aunque con muy diversos caracteres y méritos, *La Cautiva*, de Echeverría; *Tabaré*, de Zorrilla de San Martín; *El Campanario*, de Sanfuentes; *La Isidora*, de Pardo y Aliaga; *Gonzalo de Oyón*, de Arboleda; *La Cuesta del muerto*, de Roa Bárcena, y las *Tradiciones de Guatemala* (principalmente *El Reloj)*, del inimitable Batres y Montufar, que en desenfado y fantasía humorística a todos arrebata la palma [1].

Pero lo mejor de Bello en este período son sus traducciones. *La oración por todos*, imitación de Victor Hugo, magistralmente adaptada a nuestra lengua y gusto, ha logrado una difusión y aprecio superiores a todo encareci-

[1] Con excepción de *La Isidora*, que es muy débil, de todos los poemas citados van amplios trozos o capítulos en esta *Antología*.

miento, y ninguna buena *Antología* americana podrá jamás prescindir de ella. Muy bella es también, y muy conocida, su *Moisés en el Nilo*, y la deliciosa imitación de Horacio, *La nave*. Menos divulgadas, pero asombrosas, al punto de vencer a sus originales, alzándose a la categoría de obra propia, son el fragmento del poema *La luz*, de Delille, y la traducción, no completa, en excepcionales octavas, del largo poema de Boiardo, *Orlando enamorado*. El arte técnico de Bello llega aquí a su más inaccesible cumbre » [1].

[1] De los muchos estudios que sobre Bello se han publicado, ninguno puede medirse con el completo, magistral y profundo de Menéndez y Pelayo, en su *Historia de la poesía hispano-americana*, tomo I, págs. 359 a 393. De la colección de sus obras dice el gran crítico que " es el principal monumento de la cultura americana."

JOSÉ MARÍA HEREDIA

Nació este gran poeta, uno de los mayores y celebrados de América, en Santiago de Cuba, el último día del año de 1803. Después de haber viajado, siendo todavía niño, por Venezuela y Méjico, regresó a la Habana, donde, habiéndose recibido de abogado, ejerció su profesión hasta 1823. Decidido en favor de la independencia de Cuba, con gran exaltación contra España, y comprometido en una conspiración, fué desterrado a perpetuidad de la isla, y pasó a los Estados Unidos, en cuyo territorio residió algunos años, hasta que, llamado en 1825 por Victoria, presidente de Méjico, se estableció en esta República, donde desempeñó varios cargos y empleos importantes. Once años más tarde, en 1836, se le permitió volver a Cuba (donde seguía residiendo su familia), pero sólo por unos meses, y

al regresar nuevamente a Méjico, se halló cesante, en virtud de una ley que prohibía el desempeño de los empleos públicos a los que no hubieren nacido en el país. Pobre y falto de recursos, contrajo una enfermedad pulmonar que acabó con su agitada vida el 21 de mayo de 1839, a los treinta y cinco años de edad. He aquí la síntesis de su existencia, hecha por él mismo: «El torbellino revolucionario me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y, con más ó menos fortuna, he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta, a los veinticinco años...» Una vida de Heredia, completa y bien documentada, falta todavía, así como una edición crítica de sus poesías, tanto más necesaria, cuanto el poeta acostumbraba corregir e introducir notables variantes, no siempre acertadas, en sus composiciones. Las ediciones de Nueva York, 1825, y la de Toluca, 1832, fueron las únicas hechas bajo la dirección de Heredia (yo he preferido, para *El Niágara*, el texto de de la primera, sin duda superior al de la corrección auténtica posterior). Hay además, entre otras, la muy meritoria de Nueva York, 1875, por Néstor Ponce de León, y la de Garnier, París, 1893.

Heredia fué de carácter exaltado, impetuoso, sincero y algo infantil. Pudo extremarse a veces en sus pasiones; pero su intención fué siempre la más recta, su honestidad e integridad indiscutibles. En medio de las turbulencias y desventuras de su corta vida, se mantuvo bueno, sano de alma y firmemente cristiano y católico. En sus últimos años, su entusiasmo separatista se mitigó notablemente, ante el triste espectáculo político de que era testigo en Méjico, y que sabía común a tantas otras regiones de la América independiente. Su habitual sinceridad y franqueza no pudo entonces dejar de manifestarse en diversas conversaciones, y en la carta que, en 1.º de abril de 1836,

dirigió al general Tacón, entonces gobernador de Cuba, «desengañado, lacerado en lo más íntimo — dice el escritor cubano Enrique Piñeyro — por el desgobierno, el desorden inextricable en que Méjico convulsivamente se agitaba». En esa carta le dice, con enérgica tristeza: «Es verdad que hace doce años la independencia de Cuba era el mas ferviente de mis votos, y que por conseguirla habría sacrificado gustoso toda mi sangre; pero las calamidades y miserias que estoy presenciando hace ocho años han modificado mucho mis opiniones, y vería como un crimen cualquier tentativa para trasplantar a la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano». ¡Qué habría dicho Heredia si hubiera alcanzado a ver las nada líricas ni heroicas vías por las cuales se logró la *separación* (no la *independencia* noblemente soñada) de Cuba de España, por el zarpazo del coloso vecino, que sólo le ha dejado la irrisoria sombra de una soberanía nacional, tomándose, de adehala, a la pacífica y feliz Puerto Rico, *cambiada de casilla en el damero*, sin consultar su voluntad, a título de botín de guerra!

Heredia pertenece principalmente, como poeta, a la tendencia filosófica sentimental y humanitaria de Cienfuegos y de Quintana (en especial del primero), que a fines del siglo XVIII y principios del XIX predominaba en Europa, y fué, por la forma, poeta *clásico* en el sentido estrecho que se daba entonces a esa palabra; pero recibió las más diversas influencias de poetas ingleses, franceses e italianos. Aunque estas influencias han dejado rastros indelebles en sus escritos (pasando en ocasiones por original lo traducido), su originalidad poderosa triunfa de todas ellas y se impone con fuerza propia en sus mejores inspiraciones. Participó de ese albor de romanticismo que se advierte en Cienfuegos, influído ya por algunos pre-románticos ingleses como Young y el falso Ossián; y sin llegar nunca a

ser técnica y literariamente romántico, su caracter exaltado, apasionado y ardiente, su entusiasmo por todo lo grande, extraordinario y sublime, y las dolorosas turbulencias de su vida, acentúan mucho su *romanticismo interior,* encaminándole hacia la elegía lamartiniana. Son documentos de ello, entre otros, sus imitaciones de *La caída de las hojas,* de Millevoye, del falso Ossian en el *Himno al sol,* cuya forma métrica es ya de gusto romántico, y sobre todo su admiración por Byron, cuyo tipo del *pirata* tanto admira, cuyas *Tinieblas* tradujo y ante cuya muerte escribió un elocuente epitafio.

Son cualidades personalísimas de Heredia un movimiento impetuoso, una contemplación melancólica, una sensibilidad apasionada y exquisita, en íntima relación con los sentidos, y una imaginación plástica y brillante, muy apta para la « descripción sintética ». Las vicisitudes de su breve existencia, su época de transición poética, la inseguridad de su gusto, cierto descuido ingénito, y sobre todo, su costumbre de escribir bajo la influencia reciente e inmediata de sus afectos e impresiones, sin dar lugar a que el espiritu recobrase su libertad y se enseñorease de sus potencias y pasiones, para transformarlas en arte, malograron, sin embargo, hasta tal punto sus facultades eminentes, que sólo pueden citarse como grandes y completas en su conjunto sus célebres poesías *El Niágara* y *En el Teocalli de Cholula,* a las cuales sigue inmediatamente el robusto y magnífico rasgo de los « *Versos escritos en una tempestad* ». En las primeras resplandecen toques brillantes, entonces novísimos, de naturaleza americana[1]. En muchas otras encuéntranse rasgos bellísimos, pero son siempre desiguales. Cuando su genial inspiración no le sostiene, quedan más en descubierto sus deficiencias técnicas, sus con-

[1] Recuérdese lo que digo en la nota 2 de la página 199, con motivo de Bello.

taminaciones a veces ridículamente neológicas de Cienfuegos y la falta de abundancia y señorío en el manejo de la lengua. Su precocidad fué extraordinaria, y lo agitado y fugaz de su existencia no le permitieron llegar al perfecto equilibrio de sus facultades y a la depuración de su gusto. Pero raya en prodigio que tal maravilla como el *Teocalli* haya podido ser escrita por un adolescente de diez y siete o diez y ocho años. *El Niágara* lo fué antes de los veintidós.

Las poesías *amatorias* de Heredia son las más débiles de todas las suyas[1]. En cuanto a las *patrióticas,* por raro o contradictorio que parezca, tampoco añaden nada a su gloria de poeta. Los trozos que en ellas valen, no son casi nunca los *heroicos,* sino los contemplativos o los elegíacos por su situación personal. Ésta, y no aquélla, es la verdadera cuerda de Heredia. Así, lo mejor de su *Epístola a Emilia* es este bellísimo pasaje, dictado por la nostalgia del suelo natal:

. . . Enfurecido
Brama el viento invernal: sobre sus alas
Vuela y devora el suelo desecado
El hielo punzador. Espesa niebla
Vela el brillo del sol, y cierra el cielo
Que en dudoso horizonte se confunde
Con el obscuro mar. Desnudos gimen
Por doquiera los árboles la saña
Del viento azotador. Ningún ser vivo
Se ve en los campos. Soledad inmensa
Reina y desolación...

Mis ojos doloridos
No verán ya mecerse de la palma
La copa gallardísima, dorada
Por los rayos del sol en Occidente,
Ni a la sombra del plátano sonante
El ardor burlaré del Mediodía,
Inundando mi faz en la frescura
Que espira el blando céfiro...

[1] ¿Por exceso de amor, según piensa agudamente Menéndez y Pelayo?

De su *Himno del Desterrado* pueden sólo citarse estas estrofas, de una bella energía :

¡ Cuba ! al fin te verás libre y pura
Como el aire de luz que respiras,
Cual las olas hirvientes que miras
En tus playas la arena besar.
Aunqne viles traidores le sirvan,
Del tirano es inútil la saña ;
Que no en vano entre Cuba y España
Tiende inmenso sus olas el mar !

¡ Lástima que no suceda la mismo entre Cuba y los Estados-Unidos!

Heredia escribió algunas tragedias, ya originales, ya traducidas o imitadas de diversos autores.

Entre los poetas hispano-americanos, Heredia ha sido acaso el más conocido y celebrado en Europa por españoles y extranjeros. Lista y Canovas del Castillo, en España ; Ampère y Villemain, en Francia ; Kennedy, en Inglaterra, que tradujo al inglés algunas de sus poesías, han hecho el estudio o elogio del que es, sin duda posible, el príncipe de los poetas cubanos y altísima gloria de la poesía en América [1]

ANDRÉS QUINTANA ROO

La guerra de la Independencia tuvo en Méjico, como en otras partes, varios representantes poéticos, pero ninguno de ellos pasa de la medianía. Faltó allí — observa Menéndez y Pelayo — la unidad épica que tuvo la guerra del Sur.

[1] En plano superior, está el bello y completo estudio de Menéndez y Pelayo en su *Historia de la poesía hispano-americana*, tomo I, páginas 228 a 248.

Iturbide y los que con él hicieron el plan de Iguala, no eran los que habían acaudillado el movimiento popular de Dolores: nada tenían que ver con las turbas fanáticas que habían seguido a sus curas rurales, a los Hidalgos y Morelos. Eran, al contrario, los realistas de la víspera, los que, en nombre de Fernando VII, habían vencido y fusilado a los primeros insurgentes; los que ahora, en odio a la Constitución de Cadiz, deshacían su propia obra, y ponían bajo el pabellón de las tres Garantías la custodia del régimen antiguo. Este dualismo, que sólo en los primeros momentos pudo paliarse, este pacto entre enemigos irreconciliables, llevaba consigo el germen de innumerables calamidades intestinas, que muy pronto comenzaron a desarrollarse, quitando a la Revolución desde el primer momento todo carácter de unanimidad y concordia, lo cual, unido a la intervencion del elemento indio, y a la manera feroz y sanguinaria con que generalmente se había hecho la guerra por ambas partes, hizo que las Musas huyesen amedrentadas del campo de batalla o exhalasen sólo acentos débiles y roncos.»

Entre los poetas políticos mas conocidos de esta época figuran Joaquin del Castillo y Lanzas, Sánchez de Tagle, Andres Quintana Roo y Francisco Ortega, todos adeptos de la escuela pseudo-clásica española de su época, sin el brío personal necesario para infundir calor y vida a esas anémicas formas. El primero fué autor de una oda heroica *A la victoria de Tamaulipas*, mas extensa que su vida (97 años), una de tantas imitaciones de escaso aliento del magnífico canto de Olmedo *A la victoria de Junin*. Mas valen Quintana Roo y Ortega, unicos a que he dado escaso lugar en esta *Antología*, como representación de aquella región americana en época tan importante, y porque no carecen de ciertos meritos de elevación y nobleza, así como de entonación y versificación.

Quintana Roo nació en Mérida de Yucatán en 1787 y murió en Méjico en 1851. De carácter austero y firme, fué presidente del Congreso de Chilpancingo reunido por Morelos en 1813, y uno de los mas influyentes personajes de su época.

FRANCISCO ORTEGA

Nació en Méjico en 1793 y murió en mayo de 1849. Fué prefecto, diputado, subdirector del Establecimiento de Ciencias ideológicas y humanidades. Cultivó la poesía política y la religiosa. En ésta, en la que aparece como secuaz de la escuela sevillana española de entonces, se ha citado con algún elogio *La venida del Espíritu Santo.* La composición que va en el texto, contra Itúrbide, en su coronación, fué un acto de noble entereza moral y no carece de elocuencia.

MANUEL EDUARDO GOROSTIZA

Este escritor mejicano, del cual incluyo un *Romance morisco* de muy buen sabor, no fué poeta lírico, sino dramatico, en el género cómico moratiniano. Basta, pues, indicar aquí que su mayor actividad literaria se desplegó en Madrid, donde estrenó comedias originales y traducidas, siendo aplaudidísimo desde 1818, en que estrenó *Indulgencia para todos,* hasta 1833, año en que puso fin a su actividad dramática española, con *Contigo pan y cebolla.* « Solo, o casi solo —

dice en justa síntesis Menéndez y Pelayo — llena en la historia de nuestra escena el período intermedio entre Moratin y Bretón, siendo en parte continuador del uno y en parte precursor del otro, sin dejar de tener fisonomia propia, aunque mas débil y apagada que ellos.

Gorostiza nació en Veracruz, de padres españoles, el 13 de Octubre de 1789, y murió en Tacubaya el 23 de Octubre de 1851. Si su vida literaria es muy principalmente española, pues en Méjico sólo hizo representar, según parece, arreglos y traducciones, su vida política se parte en dos secciones, correspondiendo una a España y la otra a Méjico. Trasladado a España a los cuatro años de edad, tomó parte como capitán de granaderos en la guerra de la Independencia contra Napoleón, y fué entusiasta orador patriótico de club en el período constitucional del 20 al 23. En 1828 entró al servicio de su patria ya independiente, primero como diplomático, plenipotenciario de la República en Londres, luego como ministro de Hacienda y de Relaciones Exteriores, reformador de la instrucción pública y fundador de asilos. Figuró también honrosísimamente, a los cincuenta y ocho años, en la defensa de Churubusco contra la inicua invasión norteamericana de 1847. Guillermo Prieto, en sus poesías inspiradas en el funesto recuerdo de la *Invasión norteamericana*, le recuerda con tal motivo varias veces. En su *Poesía leída en Churubusco:*

> Y a tu diestra, Rincón el insurgente.
> Y Gorostiza, el de la excelsa lira;

y en sus romances heroicos, *El Peñón*, de que van tres en el texto:

> Y los «Bravos» que ilustra Gorostiza;
> ....
> Allí por fin el batallón de Bravos
> Que mandaba el insigne Gorostiza,
> Modelo de los ínclitos guerreros,
> Del Parnaso el orgullo y la delicia...

JOSÉ FERNÁNDEZ MADRID

Tampoco hubo en Colombia notables cantores de la independencia. Los dos unicos que débilmente la representan son José Fernández Madrid y Luis Vargas Tejada, de cada uno de los cuales incluyo una ligera muestra. El primero es mucho más de recordar por su sonada e incoherente vida que por sus versos. Tomó parte desde el primer momento en el movimiento revolucionario; pero su falta de entereza y de carácter le llevaron no sólo a rendirse a Morillo, siendo presidente de la República, en 1816, sino a abjurar ante él sus ideas de emancipación, afirmando que había entrado en ellas sólo para facilitar la sumisión a España. Ello no impidió que, desterrado a la Habana, aceptara luego la bandera y los beneficios de la independencia, y se dedicara en Londres, adonde Bolívar lo envió de ministro, a insultar ferozmente en verso a España y los españoles, «a quienes, de un modo o de otro, debía la salvación de su vida». La prisión y muerte de Atahualpa le arrancaban lágrimas a cada momento, haciéndole prorrumpir en interminables elegías, en que a su sabor vengaba en la sombra de Pizarro las tribulaciones que le había hecho pasar el general Morillo»[1]. Las odas políticas de Fernández Madrid son detestables, y sólo pueden recogerse como muestra de su estilo y versificación, que no carecían de corrección y elegancia, ciertas composiciones ligeras y festivas que publicó en la Habana: *La hamaca,* y *Mi bañadera.*

Fernández Madrid nació en Cartagena en 1789, fué doctor en medicina y en derecho canónico, y murió en Londres en 1830.

[1] Menéndez y Pelayo, op. cit.

LUIS VARGAS TEJADA

Fué, sin duda, más poeta que el anterior, y su delicada poesía *Al anochecer*, que va en esta colección, supera en mucho a cuanto escribió Fernández Madrid; bien que su corta y turbulenta vida no le permitieron dar la medida de su indudable talento. De carácter dulce y bondadoso, lleno del sentimiento de familia, las abstracciones políticas y retóricas de su época forjaron en él el tipo del conspirador contra *tiranos* imaginarios, queriendo emular a los Brutos y los Catones. Complicado en la conspiración urdida contra la existencia misma de Bolívar el año de 1828, escapó, huyendo, de la cárcel, para morir ahogado en un río, a los veintisiete años, despues de andar por algún tiempo errante y solitario. Escribió varias frías tragedias al estilo clasico de entonces; pero acertó muy de otra manera en su popular y graciosísimo sainete *Las convulsiones*.

Nació este desventurado poeta en Bogota, en 1802, y murió en 1829. Fué discípulo y amigo de nuestro poeta Miralla, de quién hablaré algo más adelante.

El insigne poeta colombiano Ortiz publicó sus *Poesías* en 1855, con las de José Eusebio Caro. Ningún epitafio podría convenirle mejor que estos versos suyos:

A los rigores de una suerte acerba
El hado me arrojó desde la cuna
Cual flor ignota entre la humilde hierba.

MARIANO MELGAR

Nació en 1791 y murió fusilado por los realistas, en 1814, a los veintitrés años, siendo auditor general de guerra de las tropas del general Pumacahua, después de la batalla de Humachiri.

Escribió odas, elegías y *yaravíes*. Las primeras valen muy poco. Su nombre ha quedado sólo ligado a sus *yaravíes*, sencillos y sentidos, « pequeñas canciones populares de íntima dulzura y tristeza, propias para ser acompañadas con musica » [1].

El señor F. García Calderón, en el prólogo a las *Poesías* de Melgar (Nancy, 1878), citado por Menendez y Pelayo, dice : « El *yaraví* es una composición destinada a cantarse con acompañamiento de vihuela ó de dos *quenas* ; la musica no tiene mas que un tema fijo, sin ninguna variación, y esta monotonía del canto lo asemeja a un golpe muchas veces repetido... ; así las notas del *yaraví* llevan poco a poco el alma a la melancolía... No es el *yaraví* la canción que debemos a los europeos... ; los indígenas lo enseñaron á los españoles ; y desde entonces se ha hecho de el una composición enteramente nacional en la música y una canción enteramente especial en nuestra literatura... Siendo el *yaraví* la poesía primitiva de los indígenas, las mejores composiciones de este género se encuentran en quichua. Las que se han hecho en español son traducciones e imitaciones de aquéllas, y el verso que se ha adoptado para estas imitaciones es, por lo común, de ocho sílabas, en cuartetas o quintillas. Se emplea también el verso de menos sílabas ;

[1] Discurso del señor don Javier Prado en la sesión solemne del 8 de Diciembre de 1817, de la Academia Peruana.

y es muy usada la interpolación de versos de cinco sílabas entre los de ocho, y a este *yaraví* se le llama de pie quebrado». A lo cual observa con toda verdad el autor de la cita, que, «prescindiendo de la cuestión de los orígenes, los diez *yaravíes* auténticos de Melgar nada tienen en la letra de indio ni de peruano, y son meramente cancioncitas amorosas bastante delicadas y sentidas, que ganarán mucho con el prestigio de la musica, si ésta es tan blanda, insinuante y melancólica como dicen.

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA

Es el más antiguo y el más fecundo de los poetas uruguayos. Nació en Montevideo el 20 de Septiembre de 1790 y murió el 6 de Octubre de 1862. Fué director de la Biblioteca Nacional del Uruguay.

De carácter sano y jovial, tomaba la vida alegre y superficialmente, sin sombra de pesimismo ni de graves preocupaciones. Fué muy español en su índole festiva, con razón comparada a la de Bretón de los Herreros en sus poesías sueltas, y en el castizo manejo de la lengua y del verso. Su educación clasica, latina y castellana, fué sólida, contra lo que pudiera presumirse por el carácter de su producción más conocida. Tuvo abundantísima e infatigable vena, y escribió a todo propósito con despreocupación de improvisador, sin escrúpulo artístico, y contento con lanzarse del trampolín de las dificultades metricas y salir airoso.

Sus obras presentan tres aspectos principales: uno serio y elevado por el asunto, sagrado o patriótico, no por su inspiración, y sólo recomendable por la facilidad o la ele-

gancia métrica; a él corresponden algunas odas, varias apreciables traducciones de Horacio (entre ellas el *Carmen saeculare)*, la traducción del salmo *Super flumina Babilonis* y la traducción y glosa de la oración de Jeremías; el segundo lo constituyen sus poesías *líricas (vel quasi)* de circunstancias, en celebración de sucesos públicos, sociales y domésticos. «Repentista de banquetes lo mismo que de profesiones de monjas, oscila entre lo poeta y lo coplero, y tropieza muchas veces en lo segundo». El tercero se caracteriza por el raudal de su poesía festiva, la mejor y más genial parte de su obra, con algunas letrillas, las *Toraidas*, revistas de corridas de toros, y sobre todo su *Mosaico*, o inmensa colección de epigramas, en número de 1.450. Son estas, sin duda, lo único que en verdad puede y debe hoy leerse de Acuña de Figueroa. Claro que en tal cantidad de epigramas hay mucho que desechar por trivial, o soso, o artificial, o flojedad del molde en que fué vaciado; pero queda siempre un buen lote donde resaltan la gracia y la agudeza de buena ley. El viejo poeta uruguayo es, sin disputa, el primer epigramatista hispano-americano. Tuvo también la no feliz ocurrencia de escribir un larguísimo *Diario poético*, centón rimado del sitio de Montevideo en los años de 1812, 13 y 14.

Hay una edición uruguaya de sus *Obras completas*, de 1890, en ocho volúmenes, revisados y anotados por don Manuel Bernárdez.

BARTOLOMÉ HIDALGO

Pocas noticias se tienen de la corta vida de este poeta, indiscutible creador de nuestra poesía gauchesca. Si no políticamente, porque nació y murió antes de que la tierra

oriental se erigiese en Estado independiente, fue geográficamente uruguayo, por haber visto la luz en Montevideo. Ello no obstante, como ciudadano y como poeta, pertenece por igual a ambas naciones del Plata, no sólo por haber vivido, haberse casado y muerto en la Argentina, sino por el grande amor que tuvo siempre a esta tierra, cuyas victorias cantó en diversos estilos, y de donde tomó las escenas y los tipos de sus célebres *Diálogos*. Con todo acierto, pues, el señor don Martiniano Leguizamón, en el interesante y justiciero comentario biográfico y crítico que le dedica al publicar sus poesías gauchescas en 1917, le llama *primer poeta criollo del Río de la Plata* [1]. Al señor Leguizamón le cabe tambien el honor de haber precisado los años de su nacimiento y de su muerte, antes discutidos, con la publicación de las partidas correspondientes.

Nació Hidalgo en Montevideo en 1788, de familia muy humilde y pobre, según él mismo lo declara, y se dice que fué en su primera juventud oficial de peluquería. En 1811, llevado de su entusiasmo patriótico que no se desmintió nunca, ni en su vida ni en sus escritos, sentó plaza de voluntario en el ejército del comandante José Ambrosio Carranza, en la expedición argentina al Uruguay contra los portugueses y reconquista de Paysandú. En 1812 se le nombró comisario de guerra, y mereció de Carranza los mayores elogios en su parte : « No se ha separado de mi lado — dice — llevando la dirección de mis consejos y trabajando en obsequio de la patria todo cuanto le era posible en el cargo que provisionalmente le di, de comisario y director, *por sus conocimientos*, capaces de encargarse de cualquiera otra mayor comisión ». El Triunvirato lo declaró *benemerito patriota*. Sabemos por el mismo poeta que estuvo en el sitio contra Montevideo y en los veintidós meses del nuevo sitio,

[1] *El primer poeta criollo del Río de la Plata* (1788-1822). *Revista de la Universidad de Buenos-Aires*, entrega de Julio de 1917, número 129.

y que sirvió a la patria de 1811 a 1815. No se tienen más pormenores de sus campañas. En 1818 vino a establecerse en Buenos-Aires, entrando en la tesorería de la aduana, y casó en 1820 con doña Juana Cortina, que llegó a ser tía abuela de nuestro Ricardo Gutiérrez, parentesco que tuvo también por otra línea el propio Hidalgo. En Buenos-Aires gozó de la amistad y el aprecio de los poetas de más fama entonces, como Esteban de Luca, y entre los cuales se le daba el nombre arcádico de *Delio*, según la amanerada moda de aquel tiempo en América y en España. Es probable también que asistiera a algunos de los principales salones, como al de la célebre Margarita Sánchez Velazco, en cuyo honor compuso una oda. Ningún otro rastro queda de su vida. Sólo sabemos ahora que en el mismo año de 1822, en que escribió su tercer y mejor *Diálogo* (inserto en esta colección), murió pobrísimo en Morón, a los treinta y cuatro años, de una afección pulmonar. Ni el menor eco de su muerte suena en los periódicos de la época, y el melancólico silencio de su fin se prolongó mucho tiempo sobre su canto y su memoria.

De la falta de todo retrato del popular poeta, podemos consolarnos leyendo el siguiente, bella y cariñosamente trazado por el señor Leguizamón: « Dejémoslo pasar y alejarse envuelto en la aureola de la fama póstuma, con el pálido rostro enfermizo de poeta, en que resaltaban los ojos penetrantes sobre el esmalte de la renegrida barba, y la lacia melena cayendo bajo el ala del chambergo, mientras retoza en sus labios de decidor festivo una copla de la tierra.....[1]

No ha faltado por cierto quien haya pretendido negar a Hidalgo su título de fundador del género gauchesco, ya en favor del canónigo santafecino Juan Baltasar Maziel, por un

[1] Op. cit.

insipido e incoloro romance en honor del virrey Cevallos, triunfador de los portugueses, en que habla de las *hermanas de Apolo,* y de «Hé de puja, *el caballero*», quedando a mil leguas de todo sabor gauchesco; ya del poeta mendocino Juan Gualberto Godoy, supuesto autor de un diálogo, en 1820, que no aparece en la colección de sus poesías, ni conoce nadie. Mi ilustrado amigo don Ricardo Rojas, en el tomo primero de su *Historia de la literatura argentina,* dedicado a *Los gauchescos,* hace un vasto, nutrido e interesantísimo estudio de los antecedentes payadorescos y literarios de la poesía gauchesca, encarnada en Hidalgo, y concluye, algo contradictoriamente, a mi juicio, que Hidalgo no es mas que un eslabón de una cadena centenaria, que arranca de la colonia, y aun de España, en un género tan complejo, impersonal y antiguo», y debe considerársele, no «creador», sino «precursor» del género. Pero si se trata de una cadena, cuyos eslabones primeros parten de España y continuan en la colonia, hasta rematar modernamente en Hernández, ¿de qué, o de quién, fué precursor Hidalgo? Si no puede señalarse un momento de plena constitución definitiva del género, con respecto a una germinación anterior, no es posible hablar de precursores; en caso contrario ¿cuál fué ese momento y en quién se manifiesta?

Cuando se habla, en materia poética, de «creación», de «creador», ya se trate de una composición o de un género, claro está que no debe ni puede darse a estas palabras un valor absoluto, sino sólo el de un conjunto orgánico, cuyos elementos le son necesariamente anteriores, pero que en un momento dado aparece definitivamente formado, ostentando una vida nueva, un valor representativo y un sello especial. Históricamente, no pueden entenderse las cosas de otra manera. Si Homero no tuvo predecesores *conocidos,* no por ello estamos menos autorizados para afirmar, categóricamente, la existencia de ellos, y con todo y con eso, él fué para el arte

universal el verdadero padre de la epopeya, como Herodoto de la historia, a pesar de los logógrafos. Nadie niega a Teócrito el título de fundador del género idílico, bien que sus elementos preexistieran, y se hallen ya en la *Odisea*. Así ha podido también escribirse un excelente estudio con el título aparentemente paradójico de « *La Divina Comedia* antes de Dante ». Antes de Lope hubo un teatro popular, o vulgar, español, que le sirve de base, pasa por Enzina, por *La Himenea*, de Torres Naharro, que contiene ya elementos muy característicos del futuro teatro español, y llega a Cristóbal de Virués, inmediato a Lope y muy admirado por él. Pero en ese caos confuso, contradictorio, y lleno de gérmenes fecundos, de la segunda mitad del siglo XVI, Lope pronuncia el *Fiat lux*, y él es, para el mundo, el *creador* definitivo y glorioso del teatro español.

Con respecto a Hidalgo *(paulo minora canamus!)*, los antecedentes señalados por el señor Rojas, tanto en los *payadores vulgares*, de verdad, como en el proceso literario, son indiscutibles y muy útiles de conocer. Sus *Diálogos patrióticos* tienen, además, antiquísima raíz, por la forma de tales, por la imitación de un lenguaje rustico, que no es el del poeta, y por la intención civil de apreciación y satira política y oposición de clases, en las famosas *Coplas de Mingo Revulgo*, primera muestra de un nuevo genero de representación de la vida de las cabañas, fielmente copiado del natural, sin ningun género de eufemismo. No escapó este estrecho parentesco al profundo conocimiento y sagacidad de Menéndez y Pelayo (de quien son las palabras arriba citadas), cuando dice : « La idea de hacer razonar a dos rústicos, en su dialecto, sobre los negocios publicos, reaparece en la literatura satírica de fines del siglo XVIII, especialmente en los coloquios de *Perico y Marica*, y ha sido después arbitrio muy usado, particularmente en la poesía

regional (gallega, bable...), y *aun en los diálogos* gauchos *de la América meridional* »[1].

Y no sólo en Hidalgo, sino asimismo en todos sus directos sucesores, el parentesco de nuestra poesía gauchesca con antiguas y modernas canciones y romances españoles popularizados, es patente en ideas, movimiento y giros, como puede verse comparando, entre otros muchos, los consejos del viejo Vizcacha, en *Martín Fierro*, con los del tío Lucas a Adán, y los tipos mismos, en el canto IV de *El Diablo Mundo*. Así con gran razón se ha dicho que lo más criollo y más nuestro, sin imitaciones exóticas, resulta, inesperadamente, en nuestra literatura, lo más castizo y popularmente peninsular. Los pueblos de aquende y de allende, por debajo de las escuelas y de las modas, se entienden y dan la mano. Ni podía ser de otro modo, ya que nuestro tipo local no es indígena de América, sino la adaptación y modificación de uno peninsular en un nuevo ambiente y una nueva historia, y la naturaleza simple y elemental (aunque sea por imitación) de esta poesía, que recoge como substancia íntima lo mas radical y menos adulterado de la raza, contribuye a conservarla en la corriente tradicional, malgrado los caracteres diferenciales, las luchas de familia y la independencia política. Tratándose de una misma y vivaz raza, esparcida por lejanas regiones y dividida políticamente en naciones diversas, resulta mas que nunca inconmovible aquel curioso aforismo : « no hay en todas las naciones cosa menos *nacional* que su poesía popular.

Pero todo ello, certísimo como es, no resuelve la cuestión ni en favor ni en contra de la prioridad de un poeta en un género. Hay que atender al momento de su virilidad, y ver si el coincide con su cultivo por un autor determinado. Es, para mí, el caso preciso de Hidalgo y el *arte* gau-

[1] *Historia de la poesía castellana en la Edad Media*, tomo II (V de sus *Obras completas)*, pág. 305.

chesco. Los antecedentes payadorescos que se citan en nada pueden invalidar la «creación» del poeta oriental, como que se trata de dos clases de producción muy diversas, aunque superficialmente miradas no lo parezcan : una poesía, no propiamente *popular*, sino *vulgar*, que ni siquiera es *poesía*, sino *coplismo* chocarrero y sin alma, nacido, en los *cielitos-bailes*, de circunstancias fugaces, y una poesía de poeta reflexivo y culto, que al *imitarla* exteriormente, la transforma, poniéndole, por *vía interpretativa* de lo que la barbarie y vulgaridad gaucha no es capaz de expresar, aunque inconscientemente lo sienta, un color, una emoción, una gracia, una luz de ideal que no tenía. Precisamente, el poder *creador artístico*, por definición, consiste en eso. Él es quien habla en verdad, por sí, y *tomando* la representación del pueblo, cuya lengua *adopta* para hacerse gustar y entender. Y en cuanto a los antecedentes literarios de la colonia, de algo que tenga suficiente relación con el género gauchesco, es necesario convenir que entre sus ramplonerías y los cielitos, y sobre todo, los *Diálogos*, de Hidalgo, media poéticamente un abismo. Sólo en éstos la *interpretación* gauchesca (porque no es otra cosa) adquiere en el concepto y en la forma, el brillo, la gracia, el brío y la intención de todo punto indispensables para poder anunciar con plena justicia que un nuevo género había nacido. Si, como dice Rojas, Hidalgo utilizó un instrumento ya existente, ese instrumento, rudimentario y sordo, se transformó en sus manos, haciéndolo capaz de vibraciones intensas, para entonar con él un nuevo canto. Modestísimo, sí, pero nuevo.

Podemos, pues, afirmar con toda seguridad que Hidalgo es nuestro primer poeta *criollo y local*, digno de este nombre, del cual son los otros tres sucesores más o menos afortunados ; pero no debemos llegar a darle el significado, más alto, de *nacional*, demasiado comprensivo para este caso. « Juzgo inadmisible — he escrito yo en otra parte, refirién-

dome al gaucho — el carácter representativo que se le quiere atribuir, dandole una transcendencia que absolutamente no tiene, como lo demuestra su misma desaparición paulatina. El gaucho no ha sido más que un tipo local, accidental y transitorio, inferior, aunque interesante; modificación en nuestro medio, en nuestras pampas bárbaras y solitarias, del campesino andaluz, de quien heredó su vivacidad y agudeza, cuyo antiguo vocabulario (*truje*, *mesmo*, *vide*) y cuya guitarra conserva. A medida que nuestra civilización, desviada y detenida un tiempo por el desierto, ha ido buscando su nivel con la cultura europea de donde originariamente procede, y la industria surge, y el comercio se activa, y el territorio se puebla, y la instrucción se difunde, el gaucho languidece y muere, o se transforma, sin que su desaparición altere ni desintegre en lo más mínimo nuestra alma nacional, de la cual él no pudo ser nunca verdadera raiz y fundamento. Hacer, pues, del gaucho el eje de la escena es incurrir en confusión lamentable, es propender a un arte pseudo-nacional, cayendo en convencionalismo análogo al de los libros de caballerías del siglo XVI, nunca más abundantes que cuando la institución y las costumbres que les dieron origen y se tomaban por modelo habían desaparecido »[1].

De todo lo hasta aquí expuesto se infiere, por lo demas, la verdadera naturaleza y carácter de la poesía gauchesca de Hidalgo, como de la de sus más señalados continuadores; pero es del caso advertir que desde hace poco tiempo, una crítica de fantasía modernista, más atenta a su propio lucimiento, por medio de pretensas analogías y comparaciones remotas, que a penetrar y desentrañar desinteresada y objetivamente la obra en estudio, ha incurrido con respecto a nuestra poesía gauchesca, y en especial a *Martín*

[1] *Del espíritu nacional en la lengua y en la literatura*, en mis ESTUDIOS LITERARIOS, Buenos-Aires, 1915.

Fierro, en las confusiones más lamentables. Bueno será desarraigar una vez por todas esas plantas viciosas, para plantar en vez de ellas la verdad, única que puede dar fruto. Ese pecado original crítico consiste en confundir la poesía natural, primitiva, verdaderamente *popular* (que debe distinguirse bien de la *vulgar*), con sus imitaciones, interpretaciones o remedos realizados por poetas más o menos cultos, pero de clase diversa y superior a aquella de donde los cantos originarios proceden. La diferencia es enorme, y la confusión imperdonable. La poesía popular brota del pueblo, en primero y segundo grado (trova real y absolutamente colectiva, y trova juglaresca), en su propio y natural lenguaje; la de su imitación, surgida necesariamente en edades cultas y literarias, *va hacia el*, en un lenguaje aprendido y más o menos bien asimilado por el poeta, pero que no es el suyo. Hablar de la *Ilíada*, de la *Chanson de Roland*, del *Poema del Cid* y del *Romancero* (sin distinguir, por supuesto, el abismo que separa los romances *viejos* de los *artísticos*, y a unos y otros de los *vulgares* o nuevos), para asimilarlos en género a nuestros poemas gauchescos, y los *leídos* autores de éstos, a los aedas o rapsodas, o *payadores*, es haber oído repicar campanas sin saber dónde. Si se tratara de verdaderos payadores (dictado que sólo extensiva o metafóricamente puede aplicárseles; ¡y cuan funesta resulta la *crítica metafórica!*), ¿qué sentido tendría el merecido elogio de la fiel *reproducción* de las costumbres, sentimientos y lenguaje gauchescos, que supone ya todo un arte reflexivo?[1]

[1] Juan María Gutiérrez, en su antigua *América Poética*, de 1846, da la nota justa al respecto, hablando de Hidalgo: "Están éstos (los *Diálogos*) escritos en el lenguaje pintoresco y rústico de los "gauchos", en el metro que emplean los "payadores" en sus justas poéticas, y tanto el uno como el otro de estos diálogos retratan al vivo el carácter y las costumbres de aquellos hombres altivos e inteligentes. Aquella difícil facilidad que resalta en las obras verdaderamente originales, ha inducido a mu-

De los romances artísticos del siglo XVI, la mayor parte estan escritos en lengua culta y literaria; pero hay algunos que remedan la *fabla* antigua, como el tan conocido que empieza:

Non es de sesudos homes
Ni de infanzones de pro
Facer denuesto a un fidalgo
Que es tenudo en más que vos.

Esta poesía de interpretación y remedo, mas o menos feliz, no es, pues, poesía popular, como la de los romances viejos, ni vulgar, como la de nuestros antiguos payadores; sino *popularizada*, lo que le da un sitio y un caracter muy diferentes de aquéllas. A veces, como en Hidalgo, y bajo otro aspecto, en Béranger, lleva una idea personalísima de exhortación y excitación patriótica o civil de las masas, para lo cual procura ponerse a nivel suyo, interpretando sus sentimientos, pintando sus costumbres y hablándole en su rudo, pero expresivo lenguaje.

Es muy cierto, sin embargo, que algo, y a veces mucho, del alma popular persiste en el canto popularizado, cuando el poeta la siente sinceramente, la observa, y se compenetra mas o menos espontaneamente con ella; es eso, sin duda, lo que le presta su mayor interes, y le da, en cuanto a su caracter, un honroso sitio intermedio entre el canto verdaderamente popular y la poesia selectamente artística; pero, por mas que se haga y se diga, el sello personal, la idea, sentimientos y modos propios de expresión del poeta culto

chos a escribir a la manera de Hidalgo: pero todos han quedado muy abajo del *maestro*. Tal vez conserva superioridad porque nadie *descendió* a hablar el lenguaje tosco del pueblo con mejores intenciones que él".— Asi tambien, refiriéndose a las *Coplas de Mingo Revulgo*, dice Menéndez y Pelayo (op. cit.): "Rompiendo con la monotonia de los *Cancioneros*, *desciende al pueblo para hablarle en su lengua*". Este es el caso evidente de toda nuestra poesia gauchesca, y parece mentira que sea menester recordarlo.

se traslucen a cada paso por todos lados, produciendo a veces las más curiosas disonancias. Fácil es para cualquier observador atento hallar en el mayor y más épico ejemplar de nuestra poesía gauchesca, el *Martín Fierro,* conceptos, doctrinas y modos de decir inverosímiles en un gaucho, y que, bajo su disfraz convencional, denuncian al poeta y al pensador culto, lleno de una convicción y perseguidor de un propósito[1].

La producción total de Hidalgo se extiende desde 1811 hasta 1822, año de su muerte. Ateniéndonos a lo seguramente auténtico, ella se divide en dos períodos: de 1811 a 1818, y desde este año hasta 1822. Al primero corresponden sus poesías *literarias*, dentro del gusto pseudo-clásico y el aparato mitológico de los más renombrados poetas contemporáneos, lo que basta para destruir la idea de que Hidalgo fué un simple *payador* ignorante. Corresponden a este período sus composiciones *La libertad civil,* la *Marcha nacional oriental,* las dos *Unilaterales,* o sean monólogos teatrales, en romance heroico, representados en fiestas cívicas: en Montevideo, 1816, el uno; el otro en Buenos-Aires, en 1818: el último bajo el nombre de *El triunfo de Maipu,* y en celebración de esta batalla; y la oda a María Sánchez Velazco, celebrando su habilidad en la vihuela, enviada por el poeta a *El Censor* y publicada anónima en el numero 140 de este periódico, el 23 de mayo de 1818, paginas 5 y 6. El segundo período comprende los cielitos *de Maipu,* 1818, *A la venida de la expedición española al Río de la Plata*, 1819, el de la *Contestación al manifiesto de Fernando VII,* 1820, el compuesto por *Ramón Contreras, en honor del ejercito libertador del Alto Perú*, y el dedicado *Al triunfo de Lima*

[1] Prescindiendo de cosas más substanciales, y sin que ello deponga, naturalmente, contra el real mérito del poema, recuerdo de memoria estos dos descuidos, uno de expresión, otro de palabra: "El cantar mi gloria *labra*" — "A estorbarlo no te *metas*."

y *el Callao,* ambos de 1821, y por ultimo, los tres *Diálogos patrióticos,* de 1821 y 1822. Si, además, se admiten como de Hidalgo, como con buenas razones sostiene el señor Leguizamón en su citado meritorio trabajo, cuatro cielitos correspondientes a los años 1813, 1814 y 1816 (relativos al sitio de Montevideo; a la aparición de la escuadra patriótica en el puerto de Montevideo, el *Cielito oriental* y el *Cielito de la Independencia),* tendremos completa la producción del poeta conocida hasta ahora; pero dicha admisión mezclaría en el tiempo las dos maneras de Hidalgo, colocando composiciones gauchescas en los años en que aun escribía en *estilo noble.* Sin ellas, los dos períodos quedan completamente deslindados, y el poeta se nos aparece, procedente del campo de la poesía docta, y *descendiendo* al de la gauchesca en 1818, con el cielito de Maipu, para serle fiel hasta su ultimo suspiro. En tal supuesto, dice bien el señor Leguizamón: « Y es digno de notarse que, este poeta que no nació gaucho, que vivió en la ciudad alternando con hombres de letras como Esteban de Luca; que asistía a las memorables tertulias de una de las porteñas mas bellas y elegantes, Margarita Sanchez Velazco, cuya rara habilidad para tocar la vihuela celebró en una oda... mantuvo, sin embargo, inalterable su amor a la nueva forma de la musa campestre. »

Véase ahora, a título informativo y de curiosidad, alguna muestra de su estilo *clásico.* La tomo de la *América Poetica,* de Gutiérrez (cita hecha también por el señor Leguizamón), quien al copiar un pequeño fragmento del *Unipersonal* representado en Montevideo en 1810, lo hace precediéndolo de unas palabras explicativas. « El autor de uno de los *Unipersonales* es un militar en hábito de campaña, el cual dirige sus discursos a una multitud de soldados. En la última escena toma un pabellón, se adelanta hacia ellos y les dice: »

Mirad el pabellón que esta provincia
Reconoce por suyo: defendedlo.
Tremole desplegado en nuestros muros,
Símbolo fiel de tan heroico esfuerzo!
Si el tirano intentase arrebatarlo,
Antes en sangre y muerte se halle envuelto;
El día se encapote, gima el aire,
La bóveda celeste al ronco estruendo
Despida rayos, y la triste noche
Aumente su pavor; retiemble el suelo;
Neptuno mande con acento horrible
Al oceano que salga de su centro:
Todo tiemble y destruya si se pierde
El pabellón que ufano doy al viento! [1].

Son, sin duda, versos de generalmente buena entonación, dentro del énfasis de la época, en los que palpita un ardor patriótico sincero. Léanse ahora, por ser de tema tan diverso, estas estrofas de su oda a Margarita Sánchez Velazco, en la cual hay un verdadero despliegue mitológico, con Apolo, Orfeo, la Fama y las Musas:

¿Qué mano angelical en mis oidos
Derrama generosa su dulzura?
¿Quién embargando ¡oh dioses! mis sentidos
Su canto lleva a la celeste altura
Y roba la armonía de las aves?
Con trinos suaves
En plectros de oro
Al bello coro
Suspenso tiene:
Todo detiene,
Y Apolo que le escucha con encanto
Depone el cetro y se desciñe el manto.

Seres sensibles, ¿quién... pero ella asoma,
Y al anunciar su armónico instrumento
De nuestro Oriente aun a los tigres doma:
El astro brillador pára al momento
La carrera precisa de sus giros:

[1] Del "unipersonal" *El triunfo de Maipú*, inserto en la rarísima *Lira Argentina*, de 1824, puede leerse un fragmento transcripto por Rojas en su *Historia*.

Sólo suspiros
Y agitaciones
Los corazones
Sienten, se inflaman,
Y temen, y aman,
Así cual suele la inocente hermosa
Si ve entre espinas la fragante rosa.
....

No hay más allá, gritó la Fama luego,
Y alígera su vuelo remontando,
No hay más allá, repite con gran fuego,
El eco en las montañas resonando:
Entre tanto que pulsa la amorosa
Y deliciosa
Que a amar convida,
Que muerte y vida
A un tiempo ofrece,
Que aun ella siente la impresión divina
De tus músicos juegos, Argentina.
....

Esta pobre composición, versificada no sin cierta soltura y gallardía, no es mejor ni peor que muchos otros versos de sociedad escritos entonces por nuestros versificadores *clásicos* de mayor renombre.

De su poesía gauchesca, en la que halló su senda de gloria, va íntegra en el cuerpo de esta colección la mejor pieza, el tercero y último de sus *Diálogos patrióticos* entre Chano y Contreras. Pero no resisto a la tentación de poner aquí dos pasajes justamente célebres del primero, uno descriptivo y el otro de sátira mordaz contra la falsa igualdad ante la ley, eternamente verdadero como la triste naturaleza humana:

CHANO

Sí, amigo: estaba de balde,
Y le dije a Salvador:
Andá, traeme el azulejo,
Apretamelé el cinchón,
Porque voy a platicar
Con el paisano Ramón;

Y ya también salí al tranco,
Y cuando se puso el sol
Caí al camino y me vine:
Cuando en esto se asustó
El animal, porque el poncho
Las verijas le tocó...
¡Qué sosegarse este diablo!
A bellaquiar se agachó
Y conmigo a unos zanjones
Caliente se enderezó.
Viéndome medio atrasao,
Puse el corazón en Dios
Y en la viuda, y me tendí;
Y tan lindo atropelló
Este bruto, que las zanjas
Como quiera las salvó.
¡Eh p... el pingo ligero,
Bien haiga quien lo parió!
Por fin, después de este lance
Del todo se sosegó,
Y hoy lo sobé de mañana
Antes de salir el sol,
De suerte que está el caballo
Parejo que da temor.
....

CONTRERAS

Pues yo siempre oí decir
Que ante la lay era yo
Igual a todos los hombres.

CHANO

Mesmamente así pasó,
Y en papeletas de molde
Por todo se publicó;
Pero hay sus dificultades
En cuanto a la ejecución.
Roba un gaucho unas espuelas
O quitó algún mancarrón,
O del peso de unos medios
A algún paisano alivió;
Lo prienden, me lo enchalecan,
Y en cuanto se descuidó
Le limpiaron la caracha,

Y de malo y saltiador
Me lo tratan, y a un presidio
Lo mandan con calzador:
Aquí la lay cumplió, es cierto,
Y de esto me alegro yo,
Quien tal hizo que tal pague.
Vamos, pues, a un señorón:
Tiene una casualidá...
Ya se ve... se *remedió*...
Un descuido que a cualquiera
Le sucede, sí, señor.
Al principio mucha bulla,
Embargo, causa, prisión,
Van y vienen, van y vienen,
Secretos, almiración.
¿Qué declara? Que es mentira,
Que él es un hombre de honor.
¿Y la mosca? No se sabe.
El Estao la perdió,
El preso sale a la calle
Y se acaba la junción.
¿Y esto se llama igualdá?
¡La perra que me parió!...

En general, la poesía de arte producida por elaboración o interpretación de una poesía natural, es substancial y poéticamente inferior a ella, aunque su forma sea más armónica y elegante. Los mas brillantes y hermosos romances artísticos españoles de la segunda mitad del siglo XVI, no pueden competir en encanto y frescura poetica con los viejos del siglo XV y de las primeras décadas del siguiente. En nuestra poesía gauchesca sucede lo contrario, y la razón es que ella no procede de una poesia popular primitiva realmente digna de este nombre, sino de un canto vulgar, cosa muy distinta, segun indique anteriormente. « Es bien sabido que antes de Hidalgo ya existieron cantores anónimos entre la gente campesina que con la guitarra acompañaban coplas de forma rudimentaria, restos de viejos romances venidos de España con los conquistadores, o compuestos burlescos de ocasión en que la grosería del concepto supera el inge-

nio del improvisador » [1]. Hay que reconocer, pues, bien alto y sin duelo, dejando de lado falsas y presuntuosas analogías antiguas y medievales, que nosotros no hemos tenido, en la de los payadores, una verdadera *poesía* popular y espontánea. Eran coplas burdas, groseras ó insípidas, donde por rarísimo caso aparece en alguna palabra o frase algún rasgo algo feliz. Nuestros poetas criollos, e Hidalgo el primero, regando con el raudal de su sentir colectivo y de su ingenio personal esas toscas raíces, hicieron surgir y florecer el árbol de la poesía gauchesca.

De un punto de vista puramente artístico, la poesía de Hidalgo, aun la de los *Diálogos,* que es la que realmente lo representa, adolece de una desventaja con respecto a la de sus grandes sucesores : el estar enteramente unida a la acción militante, heroica o civil, del momento, con menoscabo de ese libre desinterés artístico que alza la obra de arte a una esfera ideal y perenne ; pero si bien se mira, esa acción era en sí misma tan bella y dramática, tan poético de suyo el estado colectivo de entonces, que lo poco que llega a perder por una parte, lo compensa con un mayor hálito de pasión y una compenetración más espontánea y más íntima con el alma del pueblo cuyas glorias, recuerdos y dolores canta, sin ninguna preocupación trascendente o docente que de él ni por un instante lo aleje. Acaso por eso, el lenguaje gauchesco de Hidalgo me parece hasta hoy el más exacto, natural y bien asimilado de todos. En suma, si la poesía de Hernández es a modo de revuelto mar, y la de del Campo de bello y sereno río, la de Hidalgo parece un manantial recién surgido a flor de tierra : es la más fresca, transparente y pura.

[1] MARTINIANO LEGUIZAMÓN, op. cit.

JOSÉ ANTONIO MIRALLA

Nació en Córdoba en 1790, y bajo la protección del dean Funes, pariente suyo, vino a estudiar a Buenos-Aires. Hacia 1809, un genoves que había simpatizado con el por unos versos, le llevó consigo a Lima, y este fué el principio de su vida inquieta y aventurera, sin tornar a la patria, hasta su temprana muerte. En Lima cursó todo el bachillerato en la Universidad de San Marcos, y en 1812 era estudiante de medicina. Hizo amistad allí con don José Baquijano y Carrillo, conde de Vista Florida, y cuando éste se trasladó a España para hacerse cargo de su puesto en el Supremo Consejo de Estado, le llevó como secretario privado. Sospechoso por sus ideas políticas, pasó a Londres. En 1820 se hallaba en la Habana, dedicado al comercio, uniendose en gran amistad con el célebre político y escritor colombiano José Fernández Madrid, de quien he hablado en una nota anterior. Con él fundó *El Argos*, periódico político, publicado en el período constitucional de 1820 a 1823. Su influencia allí fué grande y su amigo le dedicó un soneto por haber apaciguado con su persuasiva palabra un tumulto revolucionario, en 1820. Complicado en trabajos en favor de la independencia de la isla, tuvo que salir de ella y se refugió en Estados-Unidos, donde Ticknor le conoció y apreció mucho, segun carta suya a Juan María Gutiérrez. De allí pasó a Colombia, en 1823, donde por entonces se estableció, hallando la mas cordial acogida en la mejor sociedad y entre los primeros hombres de letras. Fué profesor de lenguas vivas en Bogotá y luego oficial mayor de Relaciones Exteriores. Casado con la bogotana Elvira Zuleta, pareció olvidarse, en medio de su felicidad, de sus proyectos revo-

lucionarios; pero solicitado por sus amigos de Méjico, se puso en viaje con su mujer y su hijita. Al llegar a la costa del golfo mejicano contrajo una fiebre maligna, de la cual murió poco después en Puebla de los Ángeles, el 4 de Octubre de 1825, de edad de treinta y cinco años. Su muerte fué grandemente sentida por sus esparcidos amigos, y especialmente en Colombia, donde se escribieron muchos versos a su memoria, entre ellos una elegía de su amigo el poeta Luis Vargas Tejada, y otra de José M. Samper[1].

Estuvo Miralla dotado, sin duda, de muy notables y varias facultades, capaces de hacerle brillar en las letras, la política, la industria y el comercio. Tenía muy variados conocimientos, especialmente en lenguas, comprendiendo el latín; y poseía, además, el dón de inspirar simpatía y admiración a las personas de condición más diversa. Tuvo fama de muy elocuente, y en Bogotá se le llamaba *el rey de la conversación*, a lo cual contribuía sin duda su gallarda presencia y su elegante vestir. Con todas sus brillantes aptitudes literarias, no fué sino un aficionado a las letras, por causa seguramente de sus muy diversas y contradictorias actividades y de su corta existencia. Sus versos originales son escasísimos y de poco valor; pero queda una feliz traducción suya de la célebre elegía de Gray: *En el cementerio de una aldea,* interesante por señalar una unica y temprana influencia inglesa en nuestra poesía, y por la nerviosa y enérgica concisión de que ha hecho alarde ante el idioma inglés, traduciéndola verso a verso. En tales condiciones supera grandemente a todas las demás versiones castellanas de esta elegía, incluso la mejor, de Enrique de Vedia, más suelta, elegante y clásica, pero parafrástica.

[1] Éste dice en ella:

Cuando más esperanza prometía,
Le sorprendió la muerte en su camino:
Bajó la noche en la mitad del día.

El que quiera saber hasta dónde puede llegar la concisión de nuestra lengua, tan calumniada al respecto por los que no la conocen, no puede hacer nada mejor que comparar esta versión con su temible original. No todo es de igual valor en ella; pero, en conjunto, es un noble triunfo, y ha merecido de Menéndez y Pelayo el más cumplido elogio[1].

JUAN CRUZ VARELA

Es el poeta argentino por excelencia en la época de la Revolución, dentro de la escuela *clásica* de entonces, y el unico digno de representarla, aunque no llegue, dentro de ella, a ser un poeta de primer orden. Entre los argentinos, es, además, el primero en quien aparece el sello artístico del escritor, dueño de su arte y de su *maestría*, y en tal sentido es justo decir que inaugura nuestra poesía *propiamente dicha*, no siendo los que le precedieron, como Tejeda y Lavardén, sino meritorios precursores de ella.

Nació Varela en Buenos-Aires el 24 de Noviembre de 1794. Estudió en Córdoba, desde 1810, en el Colegio de San Carlos, donde cursó sus humanidades, y luego se graduó, en 1816, de bachiller en teología y cánones. Se estrenó en la poesía, siendo estudiante, con un poemita burlesco escrito con motivo de una revuelta universitaria. A él pertenecían aquellos conocidos y graciosos versos, citados por Gutiérrez, en los

[1] Gutiérrez, en el tomo X de la *Revista de Buenos Aires*, y en el IX de la del *Rio de la Plata*, fué el primero en darnos, con los más interesantes detalles, la biografía de Miralla, a quien justamente llama *Un forastero en su patria*. Consúltese también el tomo IV de la *Antología de poetas argentinos*, de don Juan de la C. Puig.

que la figura, o el figurón, de don Diego Olmos, que, como escribano, entró solemnemente a tomarle declaración, surge con insuperable relieve :

Entró una nariz primero,
Luego el ala de un sombrero,
Después, dos cejas pasaron,
Y de tantos como entraron,
Don Diego Olmos fué el postrero.

Andando el tiempo, en 1827 y 1828, volvió a dar suelta a su vena satírica, no característica en él, en versos de circunstancias destinados a caricaturar personajes del gobierno de Buenos-Aires. Se publicaron anónimos en el periódico *Granizo*, y le granjearon, al decir de Gutiérrez, mucha popularidad y aplauso ; pero él no les dió sitio en la colección de sus obras, que dispuso en 1831 en Montevideo.

Sus versos amatorios son muy inferiores, y corresponden en su mayor parte a su primera juventud, en Córdoba. Pertenecen al insípido y frívolo gusto arcádico de entonces en España y América, e imitan muy débilmente los de Melendez Valdés. Sólo pueden y deben exceptuarse algunas bellas y apasionadas octavas de su poema *Elvira* (1817), que salvó en fragmentos para su colección. A él pertenece aquella linda estrofa tan admirada y elogiada por Gutiérrez, y muy conocida aun hoy entre nosotros :

Tiemble la hermosa cuando, sola, al lado
De su querido, el corazón le lata;
Que contra el ruego de un amante amado
Es imposible que el rubor combata.
El primer beso a la modestia hurtado
El primer nudo del pudor desata,
Y arrancada a la flor la primer hoja,
El hálito del aire la deshoja.

En 1818 inaugura sus poesías patrióticas con la oda a Maipo, a la cual sigue la *A la libertad de Lima*, y por último, en 1827, su célebre canto lírico al *Triunfo de Itu-*

zaingó, la mejor, sin comparación, de este grupo, y una de sus dos mas notables inspiraciones. Las demás son hoy letra muerta.

Este vasto canto lírico-épico tuvo gran resonancia y mereció grandes elogios de diversos críticos, al par que algunas justas censuras. Bello, desde Londres, escribió en 1827, en su *Repertorio Americano*, un breve artículo en que, despues de ensalzar sus bellezas, reprueba las exageraciones hiperbólicas de la introducción, donde borra y da por no existentes en adelante las glorias y los héroes todos de Grecia y Roma, vaticinando que la Republica Argentina será la unica nación que se salvará *de la inmensa ruina de los tiempos*. Menéndez y Pelayo, en el juicio justo, elevado y lleno de simpatía que en su *Antología* le dedica, no puede menos de concordar con Bello cuando dice con toda la razón del mundo: « El gran defecto del poema es la hinchazón continua, aquella satisfacción infantil y pseudo-patriótica, *aquella hiperbole desaforada y candorosa*, como de pueblos recién nacidos, que infestaba entonces los versos y hasta la prosa oficial de los documentos americanos »[1].

Hoy esta composición nos parece, en general, un tanto marchita y de apagados colores, en parte por los defectos

[1] Con motivo de este exacto juicio, como con el de muchos otros, el colector de la *Antologia de poetas argentinos*, del Centenario, arremete una y otra vez con el mayor encarnizamiento contra el insigne critico español, enojándose por cualquier reparo parcial, de que no escapa el más pintado, y menos los poetas de segundo orden; sin atender a la apreciacion de conjunto, y confundiendo la critica con el panegirico empalagoso). En su *celo airado*, el colector ve en cada censura los móviles mas mezquinos, de odio, de envidia, etc., y llega hasta atribuir las ilevantables y sinceras observaciones de Menéndez y Pelayo sobre la version de la *Eneida*, a rivalidad contra un *émulo insuperado*, « bastando recordar — dice, con invención estupenda, — que el señor Menéndez es también *traductor del celebre poema (!!!)*. » Por lo demás, esa perpetua polémica (a media correspondencia, naturalmente) del colector, excelente persona a quien mucho estimo, con Menéndez y Pelayo, es algo que excede a toda previsión humana.

comunes a la escuela a que pertenece, y en parte por las desigualdades y deficiencias propias del autor. Contiene, no obstante, trozos de relevante mérito que serán siempre leídos con placer, como casi toda la última tercera parte, y especialmente la muerte de Brandzen y el terrible combate e incendio que le siguen. La descripción de esa *carga* es de las que no se olvidan, y también la Musa del poeta, valiente y enardecida.

Por sobre miembros palpitantes pasa.

En suma, con sus aciertos y sus defectos, este canto se alza muy por encima de cuanta composición bélica se escribió en América en sus días, si bien creo que Menéndez y Pelayo extrema su benevolencia al colocar por ella a nuestro poeta *a corta distancia de los Olmedos y Heredias.* La distancia, para mí, es grande. La ultima tercera parte, a que antes aludo, va en esta *Antología.*

Hay también en la obra de Varela una parte *social*, que comprende, tomando la palabra en sentido lato, *La gloria de Buenos-Aires*, *En honor de Buenos-Aires*, *Al bello sexo de Buenos-Aires*, *La corona de Mayo*, y las que Menéndez llama agudamente *de literatura administrativa*, en las cuales el poeta, grande amigo y colaborador en la magna obra de gobierno de Rivadavia, ensalza líricamente toda reforma y adelanto social, toda institución nueva y benéfica. El poeta desechó algunas de ellas en la colección formada por él, dejando *La superstición*, *A la juventud argentina*, *Profecía de la grandeza de Buenos-Aires* (con motivo de los trabajos hidráulicos decretados), y la titulada *Sobre la invención y libertad de imprenta*, que es sin duda la mejor y contiene rasgos felices, pero no llega a ninguna altura eminente.

Después de esta época, envuelto el poeta en la borrasca política, encarcelado, amenazado de muerte por la naciente

tiranía, fue desterrado a Montevideo, donde, en medio de sus tristezas, le consolaron las Musas. Allí murió el 23 de enero de 1839, a la edad de cuarenta y cinco años. Ocho meses antes escribió su composición mas hermosa y perfecta, de más puro estilo, con la cual cerró dignamente su carrera literaria: la invectiva contra Rosas titulada *El veinticinco de Mayo de 1838*. Esta patética inspiración civil, donde hay tanta indignación y tanta tristeza expresadas con viril sobriedad, no es sólo la perla de Varela, sino, en el orden del tiempo, la primer flor lírica argentina realmente artística y bella. Su fuente de inspiración no es ya el apocado y falso clasicismo que agonizaba, sino el puro y divino arte de Manzoni. Puesto en esa nueva y hermosa senda, ¡quién sabe qué evolución feliz hubiese dado nueva y más alta gloria al poeta, de haberle concedido Dios más larga vida!

La deficiencia principal de Varela, a mi juicio, es la falta de color de estilo, de temple poético, de expresión sintética y pintoresca: un intelectualismo discursivo y prosaico, comun a su época y a su escuela, y que se presenta más o menos atenuado o exacerbado segun la intensidad nativa de cada poeta, que es lo que al fin y al cabo importa más. Para reconocer esto, sin mengua de la alta consideración y estima que se le deben, no era en modo alguno necesario, ni admisible, como lo hizo Miguel Cane en el juicio que escribió en 1870, con motivo del *Estudio* de Gutiérrez sobre Varela, justificar la frialdad de su impresión de esta extraña manera: « Nosotros no tenemos el espíritu preparado — dice — para gozar con las bellezas de las *obras clásicas*, como aquellos que han pasado muchos años de su vida en comercio familiar con esa forma solemne, escultural, que parece cernerse sobre nosotros. No puedo ni podre jamás gozar con una oda de Horacio o un canto de Virgilio, como el doctor Gutiérrez, por ejem-

plo. *Del mismo modo*, encuentro muchos pasajes en las obras de don Juan Cruz Varela, que, entusiasmando a su crítico, me dejan completamente frío». En verdad, no podía salir Varela mejor librado, compartiendo la frialdad que inspiraba a Cané, nada menos que con Virgilio y Horacio, y por unas mismas razones! Pero esto es confundir bajo el nombre genérico y vago de *clasicismo* cosas profundamente diversas: el genuino y puro, propio de griegos y latinos (sin que ello importe identificarlos), y de sus verdaderos discípulos y rivales modernos, como Chénier, Leopardi, Fóscolo, con el postizo, exangüe, desvanecido y marchito — falso, en suma, — correspondiente a la escuela galo-española del siglo XVIII y principios del XIX, a que nuestro poeta pertenecía, y que, bajo engañosas apariencias y remedos externos, llegó a albergar un espíritu fundamentalmente *contrario*. Ello importa además poner, con temeridad extraña en el fino y elegante espíritu de Cané, un ingenio de segundo orden y de mérito relativo, a nivel de aquellos dos excelsos poetas antiguos, maestros supremos de tantos siglos y naciones, uno de los cuales, el mayor, fué digno de inspirar a Dante tan *grande amor* y *largo estudio*, revelándole el divino secreto de la belleza antigua, y forjando en él, como confiesa,

Lo bello stile che m' ha fatto onore.

El mismo Varela se habría sinceramente escandalizado.

Con Varela, la escuela clásica franco-española, que pareció condensar todas sus restantes fuerzas para darnos en él al único poeta y verdadero hombre de letras de la Revolución, desaparece para siempre. En los últimos años de su vida el Romanticismo surgía ya en torno suyo.

Una parte interesante de las obras de Juan Cruz la forman sus traducciones de poetas latinos. Ellas prueban, junto con su producción propia, que sus estudios clásicos

fueron excelentes, y cuando se piensa en la época en que se hicieron, hay que lamentar el retroceso enorme que a ese respecto hemos sufrido, aventando estupidamente de nuestros planes de enseñanza y de nuestro gusto toda flor y aroma de cultura clásica. De estudiante, se ensayó ya nuestro poeta en la traducción de una elegía de los tristes de Ovidio, y muy poco después, segun parece, tradujo algunas odas de Horacio, a que me he referido en otra parte [1]. Todo ello es de poca monta. Otra importancia reviste su traducción, hecha en edad madura, del primer canto de la *Eneida* y un fragmento del segundo. Menéndez y Pelayo dice que llegó a dejar limados y corregidos los dos primeros libros [2]; pero es un error de información. En 1874, Juan María Gutiérrez publicó el libro primero en la *Revista del Río de la Plata*. Se sabia que habia más, aunque no cuanto, y aun se anunció la publicación próxima de la versión completa, cuya posibilidad yo negué en una polemica, en *El Nacional*, con el doctor Saldías. Mi seguridad no podia ser más fundada. Yo había recibido en obsequio, de don Andrés Lamas (cuya carta al respecto conservo), el manuscrito autógrafo de Varela, curiosamente encuadernado, con todo cuanto llegó a traducir. Lamas me dijo que el poeta se lo había entregado como ofrenda de amistad en Montevideo, poco antes de morir, afirmándole que eso era todo. El manuscrito contiene sólo el primer libro, y 273 versos, del original latino, del segundo (443 versos castellanos). A mí me tocó, en virtud

[1] ESTUDIOS LITERARIOS, 1815 – *Traducciones de Horacio*, por el doctor *Osvaldo Magnasco*.

[2] Lo mismo Rojas, *Historia de la literatura argentina*, tomo II, página 608, nota 2.

Saldias, en su prólogo a la traducción de Varela ("La *Eneida* en la Republica Argentina, Buenos-Aires, 1888"), tan zurdo de pensamiento como de estilo, apunta que, *según sus informes*, fueron *cuatro* los libros traducidos por nuestro poeta. Pero no dice en qué consistian tales informes, evidentemente fantásticos.

de esto, publicar por primera vez el fragmento del segundo libro, en el segundo numero de la *Revista científica y literaria*, que yo dirigia en 1883, acompañándolo de la siguiente nota: «El distinguido publicista señor don Andres Lamas ha tenido la fineza de poner en mis manos, como precioso obsequio, por el cual me es muy grato darle aquí público testimonio de profundo agradecimiento, un autógrafo de Juan Cruz Varela que contiene su traducción del libro primero de la *Eneida*, y la parte que alcanzó a traducir del segundo. El libro primero vió ha tiempo la luz pública en la *Revista del Río de la Plata*; pero del segundo sólo se conocen algunas muestras publicadas por don Juan María Gutiérrez en su obra titulada: *Estudio sobre la persona y escritos de don Juan Cruz Varela* (por todo unos 56 versos, siendo así que la traducción llega hasta el verso 273 del original latino). Cualquiera que sea el juicio definitivo que este trabajo de Varela merezca, creo hacer un verdadero servicio a nuestras letras completando su publicación con el presente fragmento, que no dudo será leído con interés.»

La errónea creencia de que Varela tradujo los dos primeros libros de la *Eneida* ha nacido de tomar demasiado al pie de la letra una afirmación de Gutiérrez, cuando dice, en su *Estudio* citado, que es muy sensible «que no nos haya legado Varela sino los dos primeros cantos de la traducción de la *Eneida*». La idea de Gutiérrez, como se verá, no ha podido ser referirse a los dos primeros libros *completos*, sino al primero y una parte del segundo[1]. Para comprobarlo, basta leer la carta que con fecha 7 de Septiembre de 1838 (*cuatro meses y catorce dias antes de su muerte*) escribió Varela al mismo Gutiérrez, en la cual le

[1] En el mismo sentido de indicacion algo vaga, dice Gutiérrez en la *Advertencia* de su *Estudio*, que Varela se dignó enviarle "una copia autógrafa y esmerada de su traducción de *los primeros libros* de la *Eneida*". Después da la referencia exacta.

dice: «Como presente de amistad, remito a usted una copia autógrafa de la parte de la *Eneida que he traducido hasta ahora*». ¿Qué parte era esta? Gutiérrez nos lo dice poco más adelante: «Creemos haber dicho ya que no poseemos de la traducción del señor Varela mas que *una parte del canto segundo* (hasta el verso 273 del original), quedando suspendido en el relato de Eneas de la magnífica aparicion de la sombra de Héctor. ¿Estaba más adelantado o no este trabajo a la muerte de su autor? No lo sabemos». Se ve, pues, que la copia autógrafa obsequiada por Varela a Gutiérrez pocos meses antes de su muerte, acaecida en 23 de Enero de 1839, contenía exactamente lo mismo que la regalada, por esos mismos dias, por Varela a don Andres Lamas, y luego por este a mi (el libro primero, y 273 versos del original, del segundo). ¿Cómo podía afirmar Gutiérrez la existencia de los dos primeros libros completos, cuando el declara haber recibido del propio traductor sólo un fragmento del segundo, y que *ignora* si tradujo algo más? Nada autoriza, por lo demas, la presunción de que el poeta, tan enfermo ya, y muerto cuatro meses despues de su carta a Gutiérrez, dejase más adelantado su trabajo. Su mismo esmero en depositarlo autógrafo, en doble ejemplar, en poder de sus dos grandes amigos literarios, indica que lo daba por terminado. Así lo confirma, por ultimo, el no haberse hallado rastro alguno de continuación entre sus papeles[1]. Con esto creo que el caso queda definitivamente resuelto y no admite mas averiguaciones.

[1] El mismo Saldias, en su edicion, ya citada, de la traduccion en prosa de los seis primeros libros de la *Eneida* por Vélez Sarsfield, y del primer libro y un pequeño fragmento del segundo por Varela (258 versos menos de lo que yo habia publicado por primera vez, cinco años antes, en 1883), dice: «De mi parte he hecho humanamente lo posible para recabar ese trabajo (los supuestos cuatro libros, tan tercamente soñados por el) de la *persona que posee los manuscritos de don Juan Cruz*. Esa persona nos ha respondido que no se encuentran en su colección» (página 338).

Sólo diré aquí ahora que esta traducción virgiliana es estimable y discreta, pero no puede absolutamente ser considerada de primer orden. Ni el estilo ni la técnica de Varela le permiten rivalizar con la esbeltez y sabia elegancia de Virgilio, con esa delicada trama, a la vez complicada y sencilla, de su expresión imaginativa. Hay casi siempre en el traductor cierto decaimiento o falta de nervio, ciertas formas abstractas o triviales, que lo alejan demasiado del divino modelo. El abuso de los pareados y de las rimas verbales contribuye mucho a esa debilidad:

> ¡Y todavía, oh Troya, existirías!
> ¡Alto alcázar de Príamo, estarías!

Un ejemplo de esta *degradación* de expresión y de imagen, aun sin faltar a la fidelidad (como le sucede otras veces), puede verse comparando estos versos de Virgilio:

> Tempus erat quo prima quies mortalibus aegris
> Incipit et dono divom gratissima serpit,

con los correspondientes, doblados en número, de la versión de Varela:

> Era la hora del primer reposo:
> Cuando ya se difunde no sentido
> Por los miembros el sueño, don precioso
> Con que ha sido el mortal favorecido.

La doble traducción de *prima quies*, por *primer reposo*, en el primer verso, y por *sueño*, en el tercero; ese diluir del conciso y suficiente *dón de los dioses* en once palabras, con el *con que*, y el *no sentido*, y el *ha sido favorecido*; y la omisión del *aegris*, tan intencionado en el caso, lo desmedran todo, aflojando la tendida cuerda del arco virgiliano. En cuanto al *difunde* por *serpit*, demuestra que los pseudo-clásicos no apreciaron casi nunca la fuerza de la palabra gráfica y pintoresca.

Con razón se ha dicho que, cuando en vez de traducir, imita libremente, como en su tragedia *Dido* (1823), extraída del libro IV de la *Eneida*, asciende a mucho mayor altura. Hay en esa tragedia, de contextura dramática tan débil, versos bellísimos y llenos de fuego, que no es fácil hallar en las demas obras del poeta. Por esta tragedia y por la *Argía* (1824), de estilo y de expresión muy diversos, imitación de dos tragedias de Alfieri, debe darse a Varela el título de primer dramaturgo argentino (bien que sus tragedias valgan más literaria que dramáticamente), ya que de *Siripo* queda unicamente un acto, que, en todo caso, sólo autoriza a hablar de Lavardén como precursor.

Varela no se limitó, como se ve, al estudio de los latinos, sino que estudió también, como él mismo dice, « las obras de los grandes ingenios que, en los siglos modernos, han sabido apreciar el tesoro que nos legó la antigüedad », es decir, de sus discípulos, o los que entonces se tenían por tales. Conoció bien, en este concepto, a diversos poetas franceses e italianos, tradujo en verso el cuento de Lafontaine *La matrona de Éfeso*, admiró mucho a Racine, aprendió en Monti el excelente manejo del verso suelto, y concluyó, como he dicho, inspirándose en Manzoni para la última y más bella de sus poesías. Pero sus modelos favoritos, los que siguió e imitó más de cerca en la época central de su producción, no sólo en su tipo de arte, sino contaminándose repetidas veces de sus adjetivos, frases y aun versos, fueron los españoles contemporáneos, Meléndez, Arriaza, Vaca Guzman, y principalmente Cienfuegos y Quintana. La influencia de Cienfuegos es patente en sus versos de sentimiento (*A un amigo en la muerte de su padre*; *A un amigo en su larga enfermedad*); la de Quintana la supera en sus odas patrióticas y sociales ya mencionadas. Hasta en los temas, y aun en los títulos, se ve esta obsesión: *Sobre la* invención *y libertad de imprenta*; *En un convite de amigos*.

Varela reunió y corrigió cuidadosamente sus versos, desechando muchos, en 1831 en Montevideo, y los dejó prontos para imprimirse. A su muerte, el manuscrito, según Gutiérrez, pasó a manos de su hermano Florencio. Por lo que de él dice el poeta en el prólogo, del mismo año, así como del orden cronológico adoptado para la colección, se ve que es el mismo que sirvió para la única edición hasta hace poco existente, de 1879, en un volumen [1]. Es lástima que a causa de esa circunstancia, haya quedado fuera nada menos que *El 25 de Mayo de 1838, en Buenos-Aires,* su lírica corona.

En 1916, apareció en la biblioteca de «La cultura argentina» una nueva edición de las poesías de Varela; pero aunque en su portada reza *Reedición completa,* no contiene más, sino menos, que la edición anterior, pues sin pasar del año 31, ni añadir lírica alguna, faltan las dos tragedias. Éstas han sido publicadas, solas, en 1915, en el sexto volumen de la « Biblioteca Argentina » que dirige don Ricardo Rojas. En la *Noticia preliminar* anuncia una nueva edición de sus poesías líricas. ¿ Escribió el poeta nuevos versos originales, además de su *canto del cisne,* en los años transcurridos desde 1831, en que ordenó y corrigió su colección manuscrita (publicada cerca de medio siglo después), hasta su muerte, en 1839? Lo ignoro, pero me parece más que probable. El canto fué siempre su consuelo y su gloria.

[1] Buenos-Aires, imprenta de " La Tribuna ".

